LOS PARTIDOS DE CENTRO Y LA EVOLUCION POLITICA CHILENA

Timothy R. Scully

CIEPLAN - NOTRE DAME

LOS PARTIDOS DE CENTRO Y LA EVOLUCION POLITICA CHILENA

Timothy R. Scully, c.s.c.

CIEPLAN - NOTRE DAME

© LOS PARTIDOS DE CENTRO Y LA EVOLUCION POLITICA CHILENA

Título original: *Rethinking The Center. Party Politics in Nineteenth and Twentieth Century Chile,* Stanford University Press, Stanford, 1992.

CIEPLAN agradece a Stanford University Press la autorización para la publicación en español de este libro.

© Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica
Avenida Cristóbal Colón 3494, Fono: 2283262, Santiago

© Center for Civil and Human Rights. University of Notre Dame,
Notre Dame, Indiana, 46556

Derechos reservados en su versión en español

Inscripción N° 82.797

Primera edición de 1500 ejemplares
mayo de 1992

Diseño portada: DEL CASTILLO PARDOW

Diagramación y composición: CIEPLAN

Alfabeta Impresores, Lira 140, Santiago

Impreso en Chile - Printed in Chile

Para la Congregación de Santa
Cruz en Chile
y, en especial,
William M. Lewers, c.s.c.

AGRADECIMIENTOS

Al llevar a cabo la investigación necesaria para escribir este libro, he incurrido en numerosas deudas intelectuales y personales que me es grato reconocer aquí. Una buena parte del marco de análisis que he empleado en este estudio apareció por primera vez en mi disertación presentada ante la Universidad de California en Berkeley. Desde el comienzo de mis estudios de posgrado tuve la fortuna de contar con la compañía intelectual y el apoyo personal de David Collier. Ha sido un maestro dedicado, un consejero sabio y una fuente de aliento siempre disponible. Estoy agradecido también a muchos otros profesores de Berkeley, especialmente Tulio Halperin, Harold Wilensky, Gregory Luebbert, Kenneth Jowitt y Robert Price. Quiero también expresar mi reconocimiento a la vivaz comunidad de estudiantes de posgrado existente durante mi estadía en Berkeley. Las amistades que logré formar en esos años son un don para toda la vida.

CIEPLAN, institución de Santiago de Chile, me recibió mientras realizaba esta investigación entre junio y agosto de 1986, y más tarde en diferentes períodos de 1987, 1988 y 1989. Alejandro Foxley, entonces presidente de CIEPLAN, ha sido siempre fuente de inspiración y desafío para mí. Le estoy profundamente agradecido por su guía y apoyo, que hicieron inmensamente valiosa mi permanencia en Santiago. Los investigadores asociados a CIEPLAN me proporcionaron un ambiente intelectualmente estimulante y una comunidad acogedora donde el trabajo se hizo grato. Quiero agradecer especialmente a José Pablo Arellano, René Cortázar, Ignacio Walker, Oscar Muñoz, Patricio Meller, Ricardo Ffrench-Davis, Dagmar Raczynski, Manuel Marfán, Claudia Serrano y muchos otros. Las animadas discusiones con Marcelo Armas, Alejandro Ferreiro, Esteban Montes y Tomás Vial me dieron un mejor acceso analítico a las fuentes históricas. Les estoy también muy agradecido a ellos.

Quisiera también reconocer la ayuda que recibí de la comunidad de cientistas sociales de Santiago. Los iluminadores comentarios de Carlos Huneeus de CERC me ayudaron a enfocar este proyecto. Las observaciones de Mariana Aylwin, Carlos Bascuñán, Sofía Correa, Alfredo Jocelyn-Holt, Iván Jaksic y Sol Serrano me ayudaron a comprender algunas de las complejidades de la historia chilena, especialmente en relación al siglo XIX. Quisiera agradecer también a Gonzalo Vial C. y al recordado historiador Julio Heise G. por sus útiles comentarios.

En FLACSO, la comprensión que posee Tomás Moulián del material histórico me ayudó mucho. A él debo especialmente su interpretación de la política de partidos a partir de los últimos años de la década de 1930. Manuel

Antonio Garretón es siempre una fuente de intuiciones y vitalidad. Le agradezco especialmente por proporcionarme una comprensión más profunda de los contornos del sistema contemporáneo de partidos.

Quisiera expresar mi reconocimiento a muchas personas de CIEPLAN, CERC, FLACSO, la Academia de Humanismo Cristiano, ILET, y otras instituciones de Santiago que han dado un testimonio valeroso de promoción de la justicia social en Chile. Sus ejemplos personales han fortalecido mi deseo de contribuir de alguna manera a esta misma causa en mi vida.

Llegué por primera vez a vivir y trabajar en Chile como sacerdote católico en 1979. Quisiera expresar mi profundo sentido de gratitud a mis hermanos de la Congregación de Santa Cruz en Chile, especialmente P. Jorge Cánepa, c.s.c., y a muchos otros amigos chilenos que tuvieron la paciencia de permitirme llegar a conocer y amar a Chile. La subsiguiente redacción de este libro hubiera sido una experiencia solitaria si no hubiera sido por la amistad y apoyo de la comunidad del Centro de Santa Cruz en Berkeley y en la Universidad de Notre Dame. Quiero agradecer de modo especial a mi amigo William Lewers, c.s.c., quien me disuadió de estudiar leyes y me envió a Chile por primera vez. También a Ricardo Warner, c.s.c., quien me inspiró la confianza necesaria para llevar este trabajo a su conclusión.

El Instituto Kellogg de la Universidad de Notre Dame me proveyó apoyo institucional en diferentes etapas de la redacción de este libro. Mis colegas y buenos amigos Scott Mainwaring y Ronald P. Archer han sido críticos generosos y maravillosos colaboradores. Las sugerencias de Samuel Valenzuela me dieron ideas en una etapa temprana de mis investigaciones y contribuyeron decisivamente a dar forma a este estudio. Tanto él como Arturo Valenzuela me han dado importantes luces, sin ser, sin embargo, responsables por las limitaciones de esta obra. Otros en Notre Dame, especialmente Rod Ganey, Bill Cavanaugh y Rodrigo Atria me ayudaron mucho en diferentes aspectos de la investigación y redacción de este libro. Por último, estoy particularmente agradecido a Guillermo O'Donnell, no sólo por sus agudos comentarios de anteriores versiones de este libro, sino también por el consejo intelectual que siempre me ha ofrecido generosamente.

La traducción de este libro fue obra de mi amigo y maestro Fermín Donoso E., c.s.c.. La sabiduría y generosidad de Fermín me han sido una inspiración. Tomás Vial y Rodrigo del Valle, c.s.c. colaboraron generosamente en este trabajo. Espero que, con esta traducción, este trabajo pueda contribuir de alguna forma a la discusión sobre la evolución de la política y de los partidos en Chile.

Esta versión en castellano fue posible gracias a CIEPLAN (Fundación FORD y SAREC) y al apoyo del Centro de Derechos Civiles y Humanos de la Escuela de Leyes de la Universidad de Notre Dame. Aun reconociendo el apoyo recibido de esas instituciones, la responsabilidad de los resultados es solamente mía.

Finalmente, mi familia siempre me ayudó a poner este proyecto en la perspectiva apropiada. Han sido fuente de amor y apoyo, y, sobre todo, están muy contentos de que haya terminado.

INDICE

I. FISURAS, COYUNTURAS CRITICAS Y EVOLUCION DE LOS PARTIDOS EN CHILE: CONSTITUYENDO Y RECONSTITUYENDO EL CENTRO 11

1. Fisuras generativas y la evolución de los partidos 14
2. Partidos de centro: un debate sobre capacidad política 18
3. Las coyunturas críticas como aproximación a una explicación 25
4. Organización del análisis 31

II. LA DEFINICION DEL PANORAMA POLITICO: EL CONFLICTO CLERICAL-ANTICLERICAL EN EL SIGLO XIX 35

1. El sistema político antecedente (1810-1857) 35
2. La fisura 46
3. La coyuntura crítica (1857-1861) 53
4. El sistema de partidos resultante (1861-1920) 65

III. LA REDISTRIBUCION DEL PANORAMA POLITICO: IRRUPCION DEL CONFLICTO DE CLASES EN EL SECTOR URBANO 89

1. Sistema de partidos antecedente 91
2. La fisura 96
3. La coyuntura crítica (1920-1932) 109
4. El sistema de partidos resultante (1932-1952) 124

IV. LA POLARIZACION DEL SISTEMA DE PARTIDOS: LA MOVILIZACION DE CLASES SE EXTIENDE AL CAMPO 145

1. El sistema de partidos antecedente 148
2. La fisura 161
3. La coyuntura crítica (1952-1958) 168
4. El sistema de partidos resultante (1958-1973) 182

I. FISURAS, COYUNTURAS CRITICAS Y EVOLUCION DE LOS PARTIDOS EN CHILE: CONSTITUYENDO Y RECONSTITUYENDO EL CENTRO

Desde sus primeros días, a mediados del siglo XIX, los partidos políticos de Chile se dividieron en tres diferentes tendencias ideológicas, con partidos situados en los extremos opuestos del espectro político, y al menos un partido colocado entre los dos polos[1]. A través del curso de doce décadas de competencia política casi ininterrumpida, cada una de estas tendencias casi siempre obtuvo entre un cuarto y un tercio de la votación; ningún partido obtuvo por sí mismo una mayoría del electorado[2]. Esta distribución tripartita del sistema de partidos en Chile, y el espectro de partidos que llenó la escena política hizo del sistema de partidos chilenos un sistema diferente de cualquier otro sistema latinoamericano[3].

¿Cómo llegó a constituirse el peculiar sistema tripartito de partidos chileno? Es una proposición básica de este libro que la evolución del sistema de partidos chileno en el siglo XIX y XX puede entenderse parcialmente como un legado de la manera en que tres fisuras sociales básicas -el conflicto religioso, el de la clase urbana y el de la clase rural- se polarizaron en tres momentos históricamente distintos. Siguiendo la tradición de Lipset y Rokkan, llamo "coyunturas críticas" a los períodos en los que estas tres fisuras sociales básicas se tradujeron en alternativas concretas de partidos[4]. Dentro de cada una de estas coyunturas críticas, el análisis se centra en el problema clave de cómo los conflictos sociales fueron traducidos por los políticos desde la esfera de la

---

1 Sartori nos entrega una versión abreviada de lo que es un partido político definiéndolo como un grupo político que presenta candidatos para cargos públicos. Un complemento importante de esta definición es que un grupo político que podría presentar candidatos a cargos públicos pero que está incapacitado de hacerlo, ya sea porque está proscrito, o porque no hay elecciones, también es posible definirlo como un partido político. Véase a Collier y Collier (1991), p. 787.

2 Desde 1830 hasta 1973 la única desviación de esta competitiva pauta de políticas partidarias ocurrió en las crisis de 1891, 1932 y 1934, cuando gobiernos insconstitucionales se mantuvieron en el cargo por períodos que no superaron los cinco meses. La "dictadura" de Ibáñez desde 1927 a 1932 podría considerarse también una excepción. Véase Valenzuela, A. (1985), p. 1.

3 Estudiosos de la política latinoamericana a menudo han destacado la particularidad del sistema de partidos políticos chilenos. Entre otros, véase a Silvert (1965), p. 99; Gil (1968), p. 244; Valenzuela, A. (1985), p. 2-3; Valenzuela A. y J. Valenzuela (1983), pp. 15-22.

4 Lipset y Rokkan (1967), pp. 37-64; Rokkan (1970), pp. 112-44.

sociedad civil a la esfera de la sociedad política, esto es, la esfera de los partidos y del estado. Entender este proceso de desplazamiento de conflicto de una esfera a otra, requiere un estudio cuidadoso, tanto de la manera como las fisuras se reflejan a veces en partidos y en el sistema de partidos, como de la manera en que otras veces son seleccionadas y reforzadas por los políticos[5].

Este estudio rastrea el proceso histórico de desplazamiento de conflicto que condujo la formación y posterior evolución del sistema de partidos chilenos. Muestro así cómo en Chile, en el curso de doce décadas, tres fisuras sociales básicas fueron en algunos momentos activas y reforzadas, y en otros desviadas y reprimidas, a medida que tomó forma en Chile el sistema de partidos. En cada una de tres coyunturas críticas, se reorganizaron algunas relaciones políticas fundamentales a medida que los políticos respondían y actuaban según parámetros cambiantes de conflicto social. Las batallas políticas entre los lados opuestos de una fisura que podía llegar a ser "fisura generativa"[6] llegaron a cristalizarse en forma de nuevos conjuntos de arreglos institucionales, específicamente el surgimiento de nuevos partidos políticos, y la aparición de nuevas relaciones entre los partidos políticos más antiguos.

A través del examen de la manera en que las fisuras sociales y políticas se tradujeron en alternativas concretas de partidos a lo largo del tiempo, me propongo mostrar cómo un sistema de partidos determinado puede asumir su identidad propia. En un nivel analítico más general, este estudio explora un conjunto de proposiciones acerca de la forma cambiante adoptada por el conflicto político dentro de sistemas multipartidarios, y sus implicaciones para la estabilidad de la política competitiva. En los capítulos que siguen, argumento que la manera en que las elites sociales y políticas de Chile respondieron a la fisura clerical-anticlerical en el siglo XIX, y a la fisura de clase en el siglo XX, dejó tras de sí legados que determinaron modelos para alianzas y oposiciones de partidos políticos que habían de durar por años. El argumento de que el conflicto de clases precipitó la reorganización de la arena política chilena en dos coyunturas históricamente diferentes es crítico para mi análisis. Durante las primeras décadas del siglo XX el conflicto de clases desplazó la disputa clerical-anticlerical como eje primario de competencia política en Chile. Durante este primer período las elites tradicionales de los partidos lograron limitar la movilización política según líneas de clase al sector urbano[7]. Sólo a

---

5 Los partidos a un mismo tiempo representan y canalizan intereses sociales. Pero, junto con reflejar cuyunturas críticas en la sociedad, los partidos y los políticos también "agregan, seleccionan y eventualmente desvían y distorsionan" estos conflictos. Véase Sartori (1976), pp. 27-29. También Sartori (1969), pp. 87-89.

6 Esta expresión fue originalmente formulada en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983), p. 15. Véase también a Valenzuela, A. (1985), p.3. No todas las coyunturas críticas son "generativas", i.e, no todas son reproducidas en el campo político. Antes que este tipo de conflictos cristalicen bajo la forma de nuevas intituciones políticas, como los partidos políticos, es necesario que sean traducidas o "politizadas." Véase Hause y Rayside, en Maisel y Cooper (1987), p. 36.

7 Por "sector urbano" me refiero tanto a las áreas urbanas como a los enclaves mineros. Otro término utilizado para esto mismo, es el de "sector moderno" ya que éste incluye no sólo la economía del sector urbano, sino que también áreas marcadas por actividades como la extracción minera, las cuales se caracterizan por la aplicación de tecnologías que producen un

partir de la década de 1950, con la erosión en el campo de formas de control de antigua data, y la difusión de nuevas formas de organización política y social en el sector rural, pudieron los partidos que tenían una agenda de clase trabajadora penetrar el electorado rural. Por lo tanto, puesto que el conflicto de clases dentro del sector urbano y rural representa dos etapas diferentes del desarrollo político de la misma amplia fisura social, trato estas etapas separadamente.

Desde el mismo comienzo de la política organizada de partidos en Chile los conflictos dualistas dieron por resultado un sistema de partidos tripartito. El marco de coyuntura crítica utilizado en este estudio destaca el esfuerzo persistente de construir un centro político: partidos colocados entre los polos mayores en conflicto[8]. Curiosamente, en cada uno de los tres períodos que he identificado como coyunturas críticas en la redefinición de la forma que tomó el conflicto político dentro del sistema de partidos, se reconstituyó el centro político del sistema de partidos. Primero, este lugar lo ocupó el partido Liberal, a mediados del siglo XIX; más tarde lo ocuparon los radicales, en las primeras décadas del siglo XX; finalmente lo hicieron los democratacristianos a mediados del mismo siglo[9]. Mediante la investigación del nacimiento y la conducta de cada uno de estos partidos de centro en tres diferentes períodos dentro de un mismo país, es posible obtener instrumental analítico para enfrentar la controvertida cuestión del nacimiento y conducta de los partidos de centro. Concentrándome en el centro político durante cada uno de estos períodos, espero hacer avanzar nuestra comprensión de las múltiples maneras en que la presencia de partidos de centro ayuda a delinear formas de conflicto político dentro de sistemas pluripartidistas.

En lo que resta de este capítulo introductorio, esbozo el marco analítico más amplio que he empleado para estudiar el sistema de partidos chileno. En primer lugar, argumento que la formación y subsiguiente evolución del sistema de partidos chileno puede hacerse comprensible analizando un conjunto de fisuras fundamentales que se encuentran en el corazón de la vida política chilena. En segundo lugar, puesto que una de las principales cuestiones teóricas subyacentes a este análisis concierne el controvertido rol de los partidos de centro dentro de los sistemas multipartidistas, enfrento varios problemas debatidos en la literatura actual sobre partidos de centro. Mi argumento es que se debe repensar el rol que juega el centro político. En la tercera sección entro a discutir un conjunto de

---

relativamente alto nivel de rendimiento. O'Donnell (1973, capítulo 1) proporciona una útil exposición de los indicadores potenciales que sirven como punto de demarcación entre lo que él llama el sector "moderno" y el "tradicional", a los cuales yo me refiero como sectores urbano y rurales, respectivamente. Véase también Collier y Collier (1991), Glosario, pp. 785-86, 790.

8 Los partidos de centro que yo trataré en este libro son "centro" porque están ubicados en el medio de alternativas políticas fundamentales. Esto implica una posición intermedia en referencia a un espectro ideológico de izquierda-derecha (basado en clases) u otras alternativas políticas fundamentales. Véase Collier y Collier (1991), Glosario, p. 781. Yo enfatizaría que por "centro" no me estoy refiriendo a un punto geométricamente equidistante de los polos, sino que más bien a un "espacio" intermedio o medianero. Véase también Moulián (1986b), n 1.

9 Tanto los liberales como los radicales se convirtieron en partidos de centro cuando nuevos partidos emergieron a su "izquierda". Los democratacristianos emergieron desde una posición intermedia y, eventualmente, socavaron el centro existente previamente.

cuestiones metodológicas conexas con el uso de coyunturas críticas para analizar el cambio político en general, y, más específicamente, los sistemas de partidos. Finalmente, concluyo pasando una breve revista a la organización del análisis que sigue:

1. FISURAS GENERATIVAS Y EVOLUCION DE LOS PARTIDOS

A pesar de que el innovador trabajo de Lipset y Rokkan sobre los orígenes y desarrollo de los sistemas de partidos fue limitado explícitamente por estos autores al contexto occidental europeo, el enfoque es relevante para la exploración de la génesis y evolución de varios sistemas de partidos de América Latina[10]. Para explicar el nacimiento de diversas alineaciones de partidos en Europa Occidental, Lipset y Rokkan enfocaron una serie de conflictos sociales y políticos fundamentales que eran, a su vez, consecuencia de dos transformaciones sociales dramáticas: las revoluciones nacionales y la revolución industrial. Cada uno de estos acontecimientos revolucionarios introdujo profundas fisuras sociales y culturales en las sociedades europeas. Las revoluciones nacionales precipitaron (en algunos casos) una fisura centro-periferia entre la cultura nacional dominante y grupos étnicos, linguísticos, y/o religiosos que se resistían en las provincias alejadas. También puso en movimiento un conflicto entre los dirigentes de la Iglesia y del Estado: una lucha entre los privilegios históricamente establecidos de la Iglesia y los intereses de las elites centralizadoras interesadas en la construcción del Estado. Igualmente, la revolución industrial dejó profundas divisiones sociales a su paso. Primero, los intereses agrícolas se vieron lanzados en contra de las preocupaciones económicas de una naciente clase de emprendedores industriales. En segundo lugar, a medida que progresaba la industrialización, emergió una clase trabajadora industrial que se organizó para presionar por una mayor participación social y política. Este conflicto entre propietarios y trabajadores reflejaba la naciente lucha de clases en las sociedades en proceso de industrialización.

Según el modelo de Lipset y Rokkan, durante el período de creación de nacionalidades de los últimos siglos en Europa Occidental, se desarrollaron movimientos sociales relacionados a estas fisuras. Inmediatamente antes de la ofensiva final hacia la movilización masiva del sistema político, estos movimientos buscaron y, en último término, obtuvieron acceso al proceso de toma de decisiones políticas. La formación de partidos políticos en torno a estas cuestiones tendió a institucionalizar las coaliciones de elites existentes, creando el marco para los sistemas de partidos modernos. En 1967, Lipset y Rokkan argumentaban que los sistemas de partidos contemporáneos de Europa Occidental reflejaban el impacto de estas estructuras de fisuras anteriores.

10 Lipset y Rokkan (1967), esp. pp. 33-64; Rokkan (1970), esp. cap. 3. Aquí yo me estoy refiriendo a países como México, Colombia y Uruguay, cuya experiencia de extensos conflictos sociales en el siglo diecinueve fue de muchas maneras determinante en la consiguente forma de la competencia partidaria. El caso de Brasil es también ilustrativo; ahí la ausencia de conflicto entre las elites en la formación de los partidos en el siglo diecinueve podría ayudar a explicar la debilidad de los partidos en ese país.

Argumentaban que los sistemas de partidos se "congelaron" luego que se "agotó" el mercado a consecuencia de la movilización masiva del electorado y la institución de la representación proporcional[11]. Para Lipset y Rokkan, fue a esta altura que quedó definido en gran parte el paisaje político.

Este libro estudia el nacimiento del sistema de partidos chileno utilizando el modelo de Lipset y Rokkan como lente analítico[12]. Argumento que la evolución de la política de partidos en Chile puede ser en gran parte entendida sobre la base de tres coyunturas críticas[13]. 1) Un examen ceñido del conflicto clerical-anticlerical tal como se fue desplegando en Chile en el siglo XIX arroja un cuadro sorprendentemente coherente de la cristalización inicial de la política de partidos. 2) Su posterior desplazamiento por el conflicto de clases a comienzos del siglo XX realineó a los principales contendores dentro del sistema de partidos, reorganización política marcada especialmente por el surgimiento de partidos políticos de clase obrera en las zonas urbanas. 3) La expansión de la movilización política de la clase obrera al sector rural, en un contexto de amplias transformaciones sociales y políticas, precipitó una tercera coyuntura crítica durante la década de 1950, una coyuntura crítica caracterizada por el surgimiento de un fuerte partido de centro alternativo y la creciente polarización del sistema de partidos chileno.

Aunque el modelo de Lipset y Rokkan proporciona un útil instrumento heurístico para visualizar la continuidad y el cambio dentro de los sistemas de partidos, su aplicación a Chile plantea varias cuestiones de comparación. En primer lugar, las diferencias obvias entre las circunstancias históricas del desarrollo de la nación Estado en América Latina cuando se las compara a las que rigieron en Europa sugieren que el modelo aludido debe usarse con cuidado. Las consecuencias políticas de las fisuras sociales y políticas relevantes que

---

11 Lipset y Rokkan (1967), p. 50.

12 Varios autores han aplicado el marco analítico de Rokkan y Lipset para interpretar diferentes aspectos del sistema de partidos políticos chileno. Estos esfuerzos han generalmente enfatizado los legados históricos de dos fundamentales cuyunturas socioculturales: religión y clase. Esta literatura ha sugerido que el sistema de partidos chileno se formó, y luego evolucionó, sobre la base de estos dos fundamentales conflictos sociales, primero precipitado por el conflicto religioso en el siglo diecinueve, y luego cristalizando alrededor del conflicto de clase en las primeras décadas del siglo veinte. Estas explicaciones tienden a enfatizar la continuidad básica que ha caracterizado el sistema de partidos chileno desde 1920, cuando, siguiendo a Lipset y Rokkan, las relaciones políticas se "congelaron" en ese momento. Véase Valenzuela, S. (1979); Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983); Remmer (1984); Lechner (1985); Valenzuela, A. (1985, 1989); Huneeus (1984, 1988b).

13 En el caso de Chile sólo dos de las originalmente cuatro cuyunturas socioculturales de Lipset y Rokkan se convirtieron en políticamente importantes: Estado-iglesia y clase (i.e., sólo éstas se institucionalizaron bajo la forma de partidos políticos). Como veremos en el capítulo 2, el conflicto centro-periferia fue a lo menos parcialmente reflejado en el período postindependencia en dos rebeliones armadas contra Santiago: la primera en 1851 en Concepción y la segunda en 1859 centrada en Copiapó y otras ciudades. Ambas rebeliones fueron exitosamente derrotadas por fuerzas militares de Santiago. El conflicto agroindustrial en Chile nunca se tradujo en oposición política, principalmente porque esos intereses fueron controlados por las mismas elites oligárquicas. Para una exposición de esta fusión de los terratenientes y la burguesía industrial, véase a T. Moulián, en Aldunate, Flisfisch, y Moulián (1985), pp. 80-91. Véase también Remmer (1984), cap. 2.

dieron forma decisivamente a la política de partidos en Europa Occidental no han de ser necesariamente las mismas en América Latina. En realidad, es probable que las fisuras sociales y políticas en Chile difieran en aspectos importantes de las de Europa Occidental. Tal parece ser el caso, por ejemplo, cuando se comparan los diferentes legados políticos de la fisura Iglesia-Estado en los dos contextos.

La distinción fundamental trazada por Lipset y Rokkan respecto de la fisura religiosa en Europa Occidental es la que se da entre los países que experimentaron la Reforma y los que no lo hicieron. Argumentan que el acontecimiento de la Reforma en Europa Noroccidental en el siglo XVI dio como resultado una herencia de partidos muy diferente que la que se dio en América Latina. En los países de predominio protestante, como Gran Bretaña y los países escandinavos, las pretensiones en conflicto de la Iglesia y el Estado fueron resueltas por dictado real en el tiempo de la Reforma. "El poder temporal y el poder espiritual estaban unidos en la defensa de la cultura central formadora de la nacionalidad"[14]. Como resultado, en esos países no se formó ningún partido de oposición religiosa importante.

Fue muy diferente lo que sucedió en los países de Europa Occidental que no habían experimentado la Reforma. Estos "se dividieron profundamente en la estela de la Revolución Francesa secularizante, y, sin excepción ninguna, vieron nacer partidos fuertes para la defensa de la Iglesia, ya fuera explícitamente, como sucedió en Alemania, los Países Bajos, Suiza, Austria, Italia y España, o implícitamente, como en el caso de la derecha en Francia"[15]. Al extender su autoridad sobre la sociedad en los países de predominio católico, el Estado se vio confrontado a las pretensiones de autoridad supranacional de la Iglesia Católica Romana. La Contrarreforma en Europa del Sur y Central resultó en una profunda polarización a medida que las elites eclesiásticas fortalecían su alianza de larga data con el antiguo régimen. Se originaron profundas hostilidades entre los constructores de nación, nacionalistas y secularizados, y los católicos tradicionalistas, hostilidades que duraron cuatro siglos.

Al igual que la Europa Latina, América Latina no experimentó la Reforma. Todas las naciones hispanoamericanas experimentaron alguna manifestación de la fisura Iglesia-Estado después de las guerras de independencia a comienzos del siglo XIX[16]. Tal como en la Europa Latina, en Hispanoamérica de predominio católico, la extensión de la autoridad estatal por las elites secularizantes dedicadas a la construcción de la nación precipitó una colisión directa con las pretensiones supranacionales de la Iglesia Católica. Como veremos en el caso de Chile, la manera en que se resolvieron esos conflictos tuvo profundas

14 Lipset y Rokkan (1967), p. 34.
15 Ibid.
16 Para una exposición sobre el desarrollo del conflicto clerical-anticlerical a través de Latinoamérica, véase a Bushnell y Macaulay (1988), pp. 32-37. La América portuguesa siguió un muy diferente modelo en relación a estos conflictos.

implicaciones para el tipo de sistema de partidos que surgió como consecuencia en muchos contextos nacionales.

Una segunda área en que importa mucho tener gran cuidado al comparar los dos contextos es la de las diferencias en la oportunidad y secuencia en que ocurrieron las más importantes fisuras generativas en Europa Occidental y en América Latina. La aplicación de Lipset y Rokkan a la evolución de los partidos chilena requiere al menos dos importantes modificaciones a su modelo. Primero, en el caso del desarrollo de los partidos en Europa, Lipset y Rokkan presumen que la fisura de clase se tradujo políticamente en el sector urbano y en el rural conjuntamente. Sin embargo, al menos en el caso de Chile, hay que hacer una distinción entre la politización de la fisura de clase en sector urbano en contraposición al sector rural. Los estudios previos sobre Chile han enfocado generalmente el conflicto de clases cuando llegó a traducirse en oposiciones de partidos, y especialmente el desarrollo de una izquierda fuerte en las primeras décadas del siglo XX. La presuposición subyacente parece ser que el surgimiento de nuevas formas de conflicto de clases en el sector rural en la década de 1950 no dio por resultado transformaciones fundamentales dentro del sistema de partidos. Sin embargo, yo argumento que la actividad movilizadora de los partidos de clase obrera estuvo mayormente restringida al sector urbano y enclaves mineros hasta los años finales de la década de 1950, más o menos tres décadas después que los partidos de clase obrera habían movilizado a los trabajadores urbanos organizados. Fue sólo entonces que la confrontación entre propietarios y campesinos llegó a reflejarse en un conjunto concreto de alternativas de partido.

Una segunda modificación de Lipset y Rokkan también se impone. Puesto que los analistas de los partidos chilenos han tendido a ver el surgimiento de la política de clase obrera en el sector urbano y en el sector rural como un solo acontecimiento, han tendido a ver también el paisaje político chileno como un paisaje "congelado" desde la reaparición de la política de partidos en los primeros años de la década de 1930. Por ejemplo, en el trabajo excepcional de Samuel y Arturo Valenzuela sobre partidos chilenos, estos autores argumentan que el paisaje político chileno fue definido durante la década de 1930, y ha sido marcado por una substancial continuidad desde entonces[17].

Siguiendo la lógica de Lipset y Rokkan, implícitamente datan el impulso final hacia la máxima movilización del electorado chileno en la década de 1930, con la formación de los partidos basados en la clase obrera, los socialistas y los comunistas. Su énfasis en la continuidad del sistema de partidos, sin embargo, puede haberles llevado a subestimar la importancia del dramático surgimiento del partido Demócrata Cristiano (PDC) hacia fines de la década de 1950. Para incorporar el surgimiento de los democratacristianos dentro del modelo de Lipset y Rokkan, es necesario cambiar la fecha de la movilización máxima desde

17 Véase Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983); Valenzuela, A. (1985, 1989).

la década de 1930 a la de 1950; de lo contrario, su surgimiento aparece anómalo y transitorio[18].

La súbita y dramática expansión electoral del partido Demócrata Cristiano hacia fines de la década de 1950 tuvo implicaciones cruciales para la forma de la competencia de los partidos. El surgimiento de los democratacristianos al centro de un paisaje político supuestamente "congelado", combinado con la creciente rigidez de otros actores significativos dentro del sistema de partidos, representó una tercera coyuntura crítica y contribuyó decisivamente al quiebre de la competencia democrática de partidos en 1973. Reexaminar estos acontecimientos -teniendo en vista el carácter cambiante del centro político- requiere una modificación del modelo de Lipset y Rokkan para adecuarlo al caso chileno. En verdad, una investigación en profundidad del caso chileno puede arrojar luz sobre la utilidad potencial del modelo de Lipset y Rokkan para el estudio comparativo de otros sistemas de partidos latinoamericanos.

En suma, he argumentado que la forma adoptada por el conflicto dentro de sistemas de partidos puede analizarse a través del lente de fisuras generativas fundamentales. He sugerido que se puede entender mejor el desarrollo de los partidos en Chile en términos de tres (no dos) fisuras generativas: la pugna clerical-anticlerical en el siglo XIX, la fisura de clases en el sector urbano y enclaves mineros en la primera parte del siglo XX, y el conflicto de clases en el sector rural que llegó a su culminación en la década de 1950. Un segundo objetivo principal de mi análisis es explorar el surgimiento y conducta de los partidos últimamente constituidos en el centro del espectro de partidos y en cada una de estas fisuras críticas.

2. PARTIDOS DE CENTRO: UN DEBATE SOBRE CAPACIDAD POLITICA

En comparación con la atención prestada por los estudiosos de la política latinoamericana al estudio de los partidos de izquierda y (en menor grado) a los de derecha, se han hecho pocos esfuerzos sistemáticos para estudiar los partidos de centro[19]. A pesar de que unos pocos análisis más amplios de los partidos políticos han dedicado bastante atención a los partidos de centro, en general han subrayado los efectos negativos que los partidos de centro tienen sobre la dinámica de la competencia de partidos[20]. Estos análisis suscitan cuestiones

18 El énfasis en la continuidad dentro del sistema de partidos chilenos pasa a ser especialmente peculiar dada la importancia que Arturo Valenzuela le atribuye a la emergencia del PDC en el centro, en su explicación de la caída de la democracia en Chile.

19 Una importante y reciente excepción es el cuidadoso análisis que Lucía Hippolito hace de la conducta del PSD en la política brasileña desde 1946 a 1964.

20 Más notablemente: Duverger (1954) y Sartori (1976). Véase también Starzinger (1965). La contribución de Daalder (1984) representa un importante esfuerzo para reparar este desequilibrio. Es particularmente notable la insistencia de Daalder en la necesidad de una revaloración de los partidos de centro. Como él señala, inespecíficos (o negativos) juicios de valor asociados con el tratamiento de los partidos de centro son algo frecuente. Véase Daalder (1984), p. 108.

importantes acerca del papel del centro dentro de los sistemas de partidos políticos. ¿Es el centro político algo que existe por derecho propio y posee, por lo tanto, una cierta capacidad de iniciativa política, o es más bien el centro esencialmente una parte móvil del electorado, que fluctúa desde un polo al otro? ¿Fomenta la existencia de un partido de centro formas de competencia estable de partidos, o contribuye a una política de partidos inmoderada? ¿Bajo qué condiciones tiende a contribuir a la estabilidad del sistema, y cuándo actúa el centro más bien entorpeciendo las tendencias moderadoras dentro del sistema? En esta sección, evalúo argumentos anteriores en relación al papel del centro, argumentando que el surgimiento y la conducta de los partidos de centro debe repensarse[21].

La naturaleza y papel del centro político ha sido tema de algún debate entre un pequeño número de estudiosos. Una posición extrema dentro del debate es la de Maurice Duverger. En su trabajo seminal sobre partidos políticos, Duverger argumentó que "siempre que la opinión pública se enfrenta derechamente con grandes problemas fundamentales, tiende a cristalizarse alrededor de dos polos opuestos." Así, razona Duverger, donde predomina una única fisura, se desarrollarán sólo dos partidos. Aun en situaciones en que no prevalece un sistema de dos partidos, hay "casi siempre una dualidad de tendencias." Esto es así porque, como lo expresa Duverger, "toda política implica una elección entre dos clases de soluciones: las así llamadas soluciones de compromiso se inclinan a un lado o al otro. Esto equivale a decir que el centro no existe en la política, puede haber un partido de centro, pero no hay una tendencia de centro, una doctrina de centro"[22].

Según el punto de vista de Duverger, el centro no es más que una colección artificial de fragmentos de dos posiciones opuestas. Los sistemas multipartidistas, por lo tanto, surgen sólo como resultado de lo que él llama "dualismos superimpuestos". Es decir, cuando no hay una cuestión singular que predomine, pueden surgir múltiples posiciones como resultado de la interacción de diferentes cuestiones la una sobre la otra. Cuando diferentes líneas de fisura interactúan unas con otras, puede surgir una posición intermedia. Así, razona Duverger, "no hay verdaderos centros." Y puesto que la tendencia natural es siempre dualista, hacia el bipartidismo, el centro político tiene una falla fundamental, dividido contra sí mismo y separado en dos mitades: centroizquierda y centroderecha. A lo largo de un período de tiempo, el centro

21 En los estudios políticos recientes el rol del centro (aunque no el de los partidos de centro) a emergido como un tópico importante. El trabajo de Adam Przeworsk (1980, 1981) en los compromisos de clases, el énfasis de Linz y Stepan (1978) en el rol crucial de las opocisiones moderadas y semileales, y el enfoque de O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1986) en el rol de las oposiciones moderadas en las transiciones a la democracia, todos ellos apuntan a la necesidad de reinterpretar el centro.

22 Duverger (1954), pp. 216, 233, 215.

no puede sostenerse, sino que será "descuartizado, golpeado y aniquilado" por la tensión de los extremos[23].

El trabajo de Duverger ha sido influyente en subsiguientes evaluaciones del papel del centro en los sistemas multipartidarios. Entre éstas, los escritos de Giovanni Sartori representan un esfuerzo importante para escapar de la lógica dualista de Duverger. Alejándose significativamente del esquema de Duverger, Sartori insiste en distinguir dos tipos de sistemas multipartidarios o "pluralistas": los moderados y los polarizados. El pluralismo moderado se caracteriza por (1) una "distancia ideológica"[24] relativamente pequeña que separa los partidos relevantes; (2) una "configuración bipolar de coalición"[25], esto es, coaliciones alternativas de partidos agrupadas alrededor de sólo dos polos mayores, y (3) una figura de competencia centrípeta, esto es, una competencia entre partidos por los votos del centro. En contraste, el pluralismo polarizado se caracteriza por los rasgos opuestos, a saber (1) una distancia ideológica significativa entre los partidos relevantes; (2) una configuración multipolar, y (3) unas figuras de competencia centrífugas o "que huyen del centro," en las cuales los partidos se extienden hacia afuera, hacia los extremos, buscando nuevos votos. Según Sartori, una característica principal del pluralismo polarizado es que "el centro del sistema está copado. Esto implica que ya no estamos más confrontados con interacciones bipolares... El sistema es multipolar en cuanto que su mecánica competitiva gira sobre un centro que debe enfrentar tanto a la izquierda como a la derecha".[26].

Al distinguir entre estos dos tipos de sistemas multipartidarios, Sartori hace una importante contribución a la construcción de una teoría que dé cuenta de sistemas multipartidarios estables en sociedades caracterizadas por fisuras sociales y políticas profundas[27]. Su distinción tiene también implicaciones cruciales para el papel del centro. Según Sartori, el pluralismo moderado debe su estabilidad al predominio de fuerzas centrípetas en el sistema de partidos. La competencia centrípeta se explica por, entre otras cosas, la ausencia de un partido de centro. Puesto que el centro del sistema de partidos no está "ocupado" por uno o más partidos, indicio seguro de pluralismo polarizado, los partidos pueden competir los unos contra los otros por votos en el centro. En contraste, la ocupación del centro por uno o más partidos de centro coloca a los

---

23 Ibid. p. 215.

24 Para Sartori la "distancia ideológica" juega un rol importante para que un partido de centro emerja. La idea de Sartori sobre la "elasticidad del espacio" le lleva a concluir que "un espacio reducido no permite, o no facilita, la percepción de un centro político: de un modo u otro, no existe el espacio necesario. Un espacio reducido se define por sus límites, izquierda y derecha. Un tercer punto de referencia, el centro, se hace significativo y percibible sólo cuando el espacio se ensancha y, particularmente, cuando los límites del espacio son percibidos como dos polos separados", Sartori (1976), p. 347. Véase también Sani y Sartori (1983); Daalder (1984).

25 Sartori (1976), p. 179.

26 Ibid., p. 134.

27 Para una exposición más completa de la tensión entre pluralismos moderados y pluralismos polarizados véase Ibid., especialmente secciones 6.1 y 10.4, y la sección 6.3 para una exposición sobre el pluralismo moderado; para una versión más antigua de los mismos argumentos véase a Sartori (1966).

votantes moderados "fuera de la competencia," y, por lo tanto, fomenta una competencia centrífuga más bien que centrípeta en el sistema de partidos. En palabras de Sartori, "la existencia misma de un partido (o de partidos) de centro desincentiva la centralidad," esto es, desincentiva las fuerzas moderadoras del sistema político. "Las fuerzas centrípetas son precisamente las fuerzas moderadoras. Esta es la razón por qué este tipo de sistema de partidos es un sistema que huye del centro, o centrífugo, y conduce, por lo tanto, a una política inmoderada o extremista"[28].

Sin embargo, es difícil aceptar el argumento de Sartori. Mientras haya votos en el centro, no hay ninguna razón *a priori* por la que partidos no centristas debieran abstenerse de perseguir esos votos, utilizando en el proceso tácticas electorales moderadoras. En contraste con Sartori, Hans Daalder sugiere que, más bien que hablar de competencia centrípeta en sistemas de pluralismo moderado y de competencia centrífuga en sistemas de pluralismo polarizado, es más razonable argumentar que en cualquier sistema de tres o más partidos (en el cual al menos un partido se encuentra en una posición intermedia entre otros partidos), habrá siempre fuerzas tanto centrípetas como centrífugas[29]. Daalder observa que la lógica de Sartori falla en su análisis del caso italiano. Mientras el modelo de Sartori sugiere que ni los comunistas ni los socialistas compiten directamente con los democratacristianos por obtener votos en la Italia contemporánea[30], Daalder acumula pruebas de lo contrario. Como lo muestra Daalder en dos casos muy diferentes, Italia y Holanda, tanto los partidos de derecha como de izquierda compiten directamente con el gran partido del centro por los votos (y así contribuye a las fuerzas centrípetas que hay en el sistema)[31].

De hecho, un examen cuidadoso del caso chileno puede llevar a la conclusión opuesta a la de Sartori: en sistemas multipartidarios, una configuración de coalición bipolar puede tender a aumentar más bien que atenuar la polarización política. Un estudio de casi doce décadas de competencia política en Chile indica que la existencia de un centro que actúe como mediador entre los extremos puede ser necesaria para mantener cohesionado el sistema de partidos. El centro puede actuar como mediador entre los extremos, absorbiendo posibles perturbaciones del sistema que emanan de los dos polos. Cuando una configuración de coalición multipolar da paso a una política bipolar, la tendencia de centro tiende a dividirse en su interior, debilitando de esta manera el centro. Consiguientemente, el sistema de partidos puede tender a derrumbarse. Como lo ha mostrado Lijphart en el caso de sociedades pluralistas marcadas por profundas fisuras sociales y culturales, los sistemas multipartidarios bipolares tienden a socavar la arena del compromiso político. La ausencia de un centro en estos casos puede llevar a situaciones en que cada lado intenta aniquilar políticamente al

---

28 Sartori (1976), pp. 134-35.

29 Véase Daalder (1984), pp. 102-3. Luebbert apunta a lo mismo (1984, p. 13).

30 Sartori nos entrega una visual representación de la competencia entre cinco partidos indicando que grandes partidos en los extremos sólo pueden interactuar positivamente con partidos centristas menores, pero no con un gran partido en el centro.

31 Para una mayor elaboración de esta discusión véase a Farneti (1983).

otro[32]. La experiencia de Chile sugiere que es precisamente la persistencia de un centro lo que ayudó a hacer viable la competencia de partidos en ese país desde mediados del siglo XIX.

A pesar de sus muchas diferencias, Duverger y Sartori tienen al menos un elemento en común que es de importancia crítica para el presente análisis. Ambos tienden a subestimar la capacidad del centro para generar una identidad política y un proyecto propio. Para Sartori, esto es verdad a pesar de que en varios puntos trata explícitamente de distanciarse de la formulación dualista de Duverger. En uno de estos pasajes, Sartori plantea un desafío directo al análisis que Duverger hace del centro: "Yo argumentaré, por el contrario (frente a Duverger), que cuando carecemos de un partido de centro, es probable que tengamos una tendencia de centro." En contraste con Duverger, Sartori argumenta que cuando no hay un partido de centro, es probable que predomine una tendencia de centro dentro del sistema de partidos. Sin embargo, igual que el centro de Duverger, esta tendencia de centro, tal como es, carece de capacidad de acción política autónoma. El centro de Sartori es

> *...más una convergencia negativa, una suma de exclusiones que una agencia positiva de instigación. Y es por esto que es probable que sea pasiva, más bien inerte, y después de todo, una especie de agregado inmóvil. Por supuesto, el centro se moverá si se altera el equilibrio entre su izquierda y su derecha. Sin embargo, no será el agente de cambio real dentro del sistema, porque no es un centro de instigaciones* [33].

Un examen de la experiencia chilena y de la "veleidad crónica de los partidos que se sitúan en el medio" en ese país, llevó a Sartori a revisar su afirmación anterior. En esta última versión afirma: "a pesar de que los partidos de centro tienden a ser inmóviles, permanecen como fuerza equilibrante que realiza un 'papel de mediación' -y la mediación, o el papel de intermediario, no es lo mismo que el inmovilismo"[34]. Sin embargo, aun en esta versión enmendada, el centro -si bien no siempre es inmóvil- es caracterizado permanentemente por una escasa capacidad política y se ve como impugnado por dos extremos más dinámicos. Según la lógica de Sartori, un partido de centro que intentara apoderarse de la iniciativa política para superar los partidos a su derecha o a su izquierda, necesariamente contribuiría a un esquema mortal de competencia centrífuga, a medida que sus oponentes se vieran forzados a moverse más hacia los extremos.

El trabajo de Sartori ha tenido influencia en la literatura reciente sobre partidos chilenos. Los penetrantes estudios de Arturo Valenzuela sobre partidos chilenos reflejan en parte la misma lógica dualista que caracteriza el análisis que hace Sartori del centro. Valenzuela aplica directanmente el marco de referencia de Sartori en su propio análisis del derrumbe de la democracia chilena en 1973.

---

32 Respecto a las dinámicas políticas de la democracia en sociedades pluralistas véase a Lijphart (1977), esp. cap. 3, para una exposición sobre el centro.
33 Sartori (1976), p. 131; Sartori (1966), p. 164.
34 Sartori (1976), p. 135.

Para Valenzuela, el sistema de partidos chileno es un sistema polarizado de partidos, y "un sistema polarizado de partidos no tiene fuerza centrípeta. El centro no representa de por sí una tendencia política significativa, sino que tiende a estar compuesto de fragmentos que emanan tanto del polo izquierdo como del polo derecho." Así, concluye Valenzuela, "los movimientos centristas (en Chile) representaron sólo mínimamente una tendencia centrista viable y fueron de hecho en primer lugar reflejo de la erosión de los dos polos extremos"[35]. Sin embargo, este entendimiento de la experiencia de los partidos chilenos de centro adopta, al menos implícitamente, y algo mecánicamente, el modelo dualista de Sartori que tiene otro contexto histórico. Este tipo de análisis ha resultado no sólo en la subestimación de la capacidad política potencial del centro, sino que también lo ha condenado al rol de *enfant terrible* del sistema de partidos[36].

Este punto es sencillo, pero profundamente importante para nuestra comprensión de la dinámica de la política competitiva dentro de sistemas multipartidarios: no hay una esencia o naturaleza inmutable del centro, ni siquiera una tendencia inherente que perteneciera necesariamente al centro en un sistema multipartidario. Lo que existe es la competencia de un partido por un lugar, que a su vez se caracteriza por el cambio a través del tiempo, dentro de un espacio político intermedio que está siempre cambiando (expandiéndose y contrayéndose)[37].

Por lo tanto, el papel que desempeña un partido de centro, como el de cualquier partido, no puede ser determinado *a priori* por su posición relativa dentro del sistema de partidos. Más bien, su papel dependerá de su identidad y programa políticos específicos, como de la naturaleza de su interacción competitiva con otros partidos en el contexto de un conjunto dado de preferencias de los votantes[38]. El comportamiento de un partido de centro no puede deducirse de un modelo abstracto, sino que debe ser determinado empíricamente[39].

Ninguno de estos análisis captura, entonces, adecuadamente la multiplicidad de los papeles jugados históricamente por el centro en Chile. A diferencia de Duverger, argumento que una tendencia de centro no sólo puede existir sino que, en el caso de Chile, ha existido casi siempre. El centro ha permanecido y, lejos de ser de poca importancia, ha sido un protagonista principal desde los comienzos del sistema de partidos y a lo largo de su extensa

---

35 Valenzuela, A. (1985), p. 13.

36 Moulián utiliza esa expresión. Moulián se refiere aquí a la Democracia Cristiana, pero su observación nos entrega una idea de como es el tratamiento general dado al centro político.

37 Este punto es remarcado por Moulián, específicamente en relación al partido Demócrata Cristiano en Chile. Nuevamente, su aplicación es más general.

38 Downs visualiza la distribución de las preferencias de los votantes como el principal problema para explicar la conducta de los partidos políticos.

39 Esto también puede demostrarse como seguramente cierto para otros casos. En su excepcional trabajo sobre el PSD brasileño, Lucía Hippolito (1985), nos muestra el importante rol mediador jugado por ese partido dentro del sistema brasileño de partidos entre 1946 y finales de los 50, cuando el centro cayó presa de presiones centrífugas dentro del sistema.

historia. Esto ha continuado siendo así aun cuando reaparecieron en escena los partidos hacia el fin del régimen de Pinochet, a mediados de la década de 1980. A diferencia de Sartori, afirmo que el centro no constituye necesariamente un obstáculo a la competencia política democrática en sistemas multipartidarios polarizados, como el de Chile.. Más bien, el centro puede jugar un papel constructivo en la estabilización de sistemas multipartidarios polarizados mediando entre oponentes extremos. Como veremos en el curso de este análisis, la cuestión clave no es la presencia o ausencia de un partido de centro, sino la clase de partido de centro que sea.

La experiencia de los partidos de centro en Chile sugiere que hay al menos dos tipos diferentes de partidos de centro: los posicionales y los programáticos. Un partido de centro posicional es el que ocupa una posición intermedia, de compromiso con respecto a los polos extremos, sobre el eje predominante del conflicto político. Su liderazgo está motivado ante todo por la meta de obtener acceso al Estado y mantener el poder. Por el contrario, un partido programático de centro está substancialmente comprometido a un conjunto específico de políticas y un resultado peculiar a lo largo del eje de fisura principal, sobre los cuales no está dispuesto o no puede admitir compromisos. Sus líderes están más interesados en usar el Estado para alcanzar metas programáticas específicas. Los liberales del siglo XIX y los radicales que los siguieron en el centro en Chile proporcionan ejemplos del primer tipo: partidos de centro posicionales. Estos dos partidos fueron capaces de y estuvieron dispuestos a moverse con relativa libertad entre los polos dentro del sistema de partidos, haciendo y deshaciendo alianzas y coaliciones con partidos situados a ambos costados con el fin de obtener el control del gobierno. El papel jugado por estos partidos tuvo en general un efecto saludable sobre el sistema de partidos, sirviendo para facilitar el compromiso político.

Los deomcratacristianos sirven como ejemplo del segundo tipo, un centro programático. Ocupando el centro desde la década de 1950 en adelante, los democratacristianos, a diferencia de sus predecesores en el centro, propusieron un conjunto de programas y políticas en respuesta a la fisura de clases, encaminados a lograr una "tercera vía" que rechazara las aspiraciones tanto de la derecha como de la izquierda. En lugar de tejer un conjunto de posiciones de compromiso para mantener unidos los extremos, los democratacristianos intentaron actuar solos, contribuyendo de esta manera a la polarización de la política chilena en las décadas de 1960 y 1970.

En cada uno de los siguientes capítulos analizo los orígenes de los esquemas de competencia tripartita en Chile, y examino el papel específico de los partidos de centro en tres contextos diferentes. La evidencia derivada de estos tres estudios de casos sugiere la necesidad de repensar la dinámica política envuelta en el surgimiento y comportamiento de los partidos de centro. Después de completar nuestro estudio de los tres partidos principales que han surgido históricamente en el centro del espectro político en cada coyuntura crítica, retornaremos en el último capítulo a las cuestiones teóricas más amplias

suscitadas por la presencia de un partido de centro, y sacaremos conclusiones más generales basadas en la experiencia chilena.

3. LAS COYUNTURAS CRITICAS COMO APROXIMACION A UNA EXPLICACION

Adoptar un marco de referencia de coyuntura crítica en este análisis implica hacer una afirmación acerca de cómo cambian los sistemas de partidos, o, de modo más general, cómo cambia la política[40]. Este punto de vista tiende a ver los cambios políticos grandes como discontinuos, más bien que considerar los cambios políticos como fenómenos puramente de incremento.

El marco de referencia de coyuntura crítica está estrechamente ligado al concepto de "causa histórica" de Arthur Stinchcombe, y se centra en el cambio crucial producido en un punto dado por un particular conjunto de causas. Según Stinchcombe, una vez que una causa histórica da un resultado específico, el esquema que se establece se reproduce a sí mismo sin exigir la repetición de la causa original. Stinchcombe usa el ejemplo del surgimiento del protestantismo en Europa del Norte (una "causa histórica") para ilustrar este punto. No fue necesario que la reforma protestante ocurriera una y otra vez para que perdurara el protestantismo. Más bien, una vez que ocurrieron los acontecimientos de la reforma, el protestantismo se perpetuó, beneficiándose de un intenso período de creación institucional posterior a la reforma[41].

En esta aproximación a una explicación, Stinchcombe se interesa no sólo en la causa histórica que proporciona una oportunidad única para la definitiva reorganización de las relaciones políticas, sino también en los mecanismos que reproducen el legado de la causa histórica[42]. Estos mecanismos de reproducción incluyen un conjunto dado de instituciones que, una vez fundadas, dan origen a intereses creados[43]. Las distribuciones de poder dentro de las instituciones, una vez establecidas, buscarán perpetuarse a sí mismas. A medida que se forman esquemas institucionales, representan costos incluidos que, según Stinchcombe, pueden hacer demasiado " costosa" la substitución de instituciones antiguas por nuevas[44].

---

40 Véase a Collier y Collier (1991), esp. cap. 1, para una vista sumaria de los puntos envueltos al adoptar el modelo de coyunturas críticas. Los Collier utilizan el modelo de coyunturas críticas como una muy amplia herramienta analítica, investigando las condiciones previas y las consecuencias de los tipos de incorporación laboral en ocho diferentes países. Mi uso del concepto está restringido al análisis de la evolución del sistema de partidos en un solo país y por lo tanto intento utilizarlo en una forma más estrecha.

41 Las causas históricas son contrapuestas a las "causas constantes". Una causa constante es aquella que opera año tras año, con lo que resulta que las consecuencias de esa causa son relativamente parejas (Stinchcombe, 1968, pp. 101-29, ejemplos en p. 102).

42 Un interesante desarrollo paralelo de este punto de vista en el campo de la economía es el análisis de Paul David (1985) del cambio económico entendido como dependiente de un "patrón" de secuencias de cambio.

43 Collier y Collier (1991), p. 35.

44 Stinchcombe (1969), p. 121.

En este mismo sentido, Stephen Krasner ha propuesto un modelo de cambio político basado en cortas erupciones de transformación institucional seguidas por largos períodos de relativa estabilidad institucional. Tomando prestada una imagen de recientes elaboraciones de la teoría de la evolución, Krasner argumenta que el cambio político debe ser considerado como un proceso de "equilibrio puntuado." Según este modelo, las instituciones políticas son creadas con relativa rapidez en puntos de crisis históricas. Una vez instaladas estas instituciones "asumen su propia vida"[45]. La estabilidad institucional es fomentada por esquemas conocidos de comunicación y expectativas delineados por estructuras de antigua data. Un corolario importante del argumento de Krasner es que, una vez que se ha seguido un determinado camino institucional, se hace muy difícil desandar los pasos ya dados[46]. El modelo de Lipset y Rokkan de desarrollo de partidos en Europa queda claramente dentro de esta tradición analítica: una vez que un determinado esquema de fisuras se traduce en un conjunto de reales oposiciones y alianzas de partidos, la agenda para el desarrollo futuro de los partidos queda fuertemente condicionada[47].

El uso de un marco de referencia de "coyuntura crítica" suscita una cantidad de cuestiones analíticas más amplias acerca de la aptitud del concepto para el estudio de sistemas de partidos. Para los fines de este libro, uso el término coyuntura crítica para denotar un período de cambio profundo y perdurable en la "agenda" de la política chilena[48]. Por lo tanto, tal como lo uso aquí, el término está estrechamente ligado a los términos de "realineación mayor"[49] o "elección crítica"[50]. Quiero subrayar, sin embargo, que para que haya

---

45 Krasner (1983), pp. 2, 14.

46 Verba se ha referido a esto como el "modelo de ramas" de desarrollo económico. Véase Verba en Binder et. al. (1971), p. 308. Véase también Almond, Flanagan y Mundt (1973).

47 Hay muchos ejemplos de visiones disyuntivas del cambio político. Tanto la concepción marxista del rol del conflicto de clases en el cambio revolucionario como el análisis de Weber del rol jugado por el control carismático en la transformación social ven el cambio desde esta perpectiva. El cambio político se concibe también en términos de cuyunturas críticas en los trabajos clásicos sobre el desarrollo político, llendo desde el análisis de Barrington Moore (1966) sobre el impacto de la comercialización de la agricultura en el tipo de régimen político a la exposición de Alexander Gerschenkron (1962) sobre las consecuencias y concomitantes características del "gran auge" (great spurt) de la industrialización. Agudas discontinuidades juegan también un rol clave en el análisis de la fundación de nuevos estados hechos por Luis Hartz (1964), Raymond Grew (1978) y Charles Tilly (1975), para nombrar algunos. Para una penetrante exposición conceptual sobre continuidad y cambio desde la perpectiva de un historiador, véase a Gerschenkron (1962), esp. cap. 2.

48 Yo he tomado el término "agenda política" del clásico estudio de Schattschneider sobre el cambio en la agenda política norteamericana como consecuencia de la elección presidencial de 1932 (1960, p. 88).

49 Sundquist nos entrega una expocisión de los temas implicados en las realineaciones identificatorias. El define una realineación mayor como "un cambio en la estructura del conflicto de partidos y por lo tanto el establecimiento de una nueva línea de conflicto partidario sobre un nuevo eje dentro del electorado" (1983, p. 14). La exposición del caso de EEUU fue muy útil para darle forma a mi propia interpretación del caso chileno.

50 V. O. Key definió una "elección crítica" como "un realineamiento del electorado que es al mismo tiempo profundo y durable" (1955, p. 11). Para una exposición de la evolución del concepto desde Key, véase a Dalton, Flanagan y Beck (1984), pp. 13-14.

una coyuntura crítica en la evolución de un sistema de partidos, no es suficiente que los partidos simplemente experimenten un cambio (aun un cambio muy significativo) en la composición electoral, esto es, un cambio al nivel de la conducta de los votantes. Más bien, una coyuntura crítica es desatada por fenómenos que subyacen a la conducta de los votantes. En una coyuntura crítica, cambia la norma de la política, dando por resultado un desplazamiento en las lealtades partidarias básicas de los ciudadanos electores. Cuando los esquemas subyacentes de estas actitudes y predisposiciones básicas cambian, acontece una transformación básica en la composición de ciertos partidos dentro del sistema de partidos (y a menudo también en la identidad de los partidos), y se transforma igualmente el carácter de la lucha política entre partidos. Solamente cuando cambia el conjunto clave de cuestiones alrededor de las cuales se sitúan los partidos, y sobre las cuales luchan, puede darse una coyuntura crítica. Cuando esto ocurre, el sistema de partidos se desplaza sobre su eje, y se abre una nueva fisura entre los partidos que atraviesa el electorado en una dirección diferente. Una coyuntura crítica, por lo tanto, marca la transición de un específico sistema nacional de partidos a otro[51].

Muchos sistemas de partidos son bastante resistentes al cambio. Por lo tanto, un marco de referencia que ve el cambio político como algo esencialmente discontinuo puede ser particularmente apropiado para analizar la evolución de los sistemas de partidos. Por una parte, las identificaciones partidarias son frecuentemente inmunes a los acontecimientos políticos pasajeros y permanecen típicamente constantes en el curso de la vida de un determinado votante. Por otra parte, las rigideces institucionales y organizativas están con frecuencia incrustadas en la forma de regímenes electorales y otros obstáculos organizativos al cambio en la vida de los partidos y sistemas de partidos. Por ejemplo, como han argumentado Lipset y Rokkan, Gregory Luebbert y otros para el caso de la formación de partidos en Europa Occidental, los partidos políticos adquieren "perfiles," o identidades especificadas por un tema, tomando una posición de cara a las fisuras sociales y traduciéndolas a líneas de oposición de partidos. Esto fue especialmente evidente en Europa Occidental en el tiempo de la adopción del sufragio universal y la introducción de la representación proporcional[52]. La introducción de la representación proporcional y otros mecanismos electorales tuvo el efecto de consolidar relaciones políticas entre partidos y de cristalizar identidades de partidos. Desde ese punto en adelante, los partidos existentes tuvieron un lugar prácticamente asegurado dentro del sistema de partido y quedaron limitadas las oportunidades para reestructurar los sistemas de partidos. Porque, al contrario de lo que sucede en un sistema de mayoría, donde el ganador se lleva todo, la introducción de la representación proporcional hizo

51 Yo generalmente evito el uso de los términos "realineamiento mayor" y "elección crítica" en este análisis, porque, como correctamente destaca Sundquist, el uso equívoco de esos términos ha resultado en un "confuso concepto del realineamiento partidario" (1983, pp. 3-4).

52 Lipset y Rokkan (1967); Luebbert (1984), pp. 239-40.

muy difícil a cualquier partido administrar por sí solo un golpe definitivo a sus rivales.

En el curso del tiempo, los partidos llegaron a identificarse, y son todavía identificados, principalmente en relación a posiciones claves sobre cuestiones fudamentales alrededor de las cuales ganaron adeptos en su fundación inicial, aunque regularmente se les exige que tomen posiciones sobre otras materias. Estas líneas de fisura permanecen relevantes para dar forma a identidades particulares de partidos mucho después de que las disputas iniciales que dieron origen al partido han pasado a segundo plano. Por lo tanto, a lo largo de mi análisis del sistema de partidos chileno, prestó especial atención a la manera en que los partidos más importantes en cada período se sitúan de cara al eje de fisura predominante, y adoptan identidades de fondo como consecuencia de sus experiencias fundantes.

Debiera subrayarse que, al concentrarme en la importancia de las fisuras sociales y políticas para analizar la evolución del sistema de partidos, no estoy argumentando que los partidos y sistemas de partidos sean simplemente una expresión "natural" de las fisuras sociales, antes que, por ejemplo, la consecuencia de un conjunto dado de reglas y procedimientos electorales. Si bien es verdad que los partidos y jefes de partidos son una expresión de las fisuras sociales, es igualmente verdad que las fisuras sociales y políticas son seleccionadas y manipuladas por los políticos. Sin embargo, si buscamos explicar los orígenes del conflicto de partidos en el caso chileno, parece más fructífero comenzar con las fisuras sociales específicas que fueron explotadas por las elites políticas y sociales. Una vez que emergen los partidos y sistemas de partidos, los partidos en el poder adoptan regímenes electorales como el de representación proporcional, que tienden a consolidar, aunque no sea sino temporalmente, las relaciones políticas entre partidos y a estabilizar las líneas de fisura sociales alrededor de las cuales se fundaron inicialmente los partidos[53].

Los regímenes electorales como el de representación proporcional no preservan por sí solos las líneas de fisura sociales dentro de un sistema de partidos. Estas líneas también se mantienen vigentes por un continuo proceso de socialización y competencia dentro de los partidos, como también por la durabilidad de los conflictos subyacentes dentro de la sociedad[54]. Como sucede en la mayoría de las organizaciones, el avance dentro de un partido depende del grado en que los programas e ideales partidarios sean encarnados por los miembros del partido. Los que quieren ascender a posiciones de liderazgo deben someterse a un proceso de socialización y competir con otros que se esfuerzan por encarnar actitudes congruentes con la imagen de sí que tiene el partido.

Así, la propensión de los regímenes electorales a conservar las líneas de fisura sociales, reforzada por los esquemas de socialización y competencia entre

53 Véase Sartori (1969), p.93. Véase también Mainwaring (1990).
54 Luebbert trata este punto extensamente (1984), pp. 239-64.

las elites partidarias, puede resultar en una notable estabilidad entre las principales tendencias políticas dentro de los sistemas de partidos. A su vez, los esquemas estables de alineación de partidos fomentados por las reglas y procedimientos electorales son reforzados aún más por la continuada relevancia política de las fisuras sociales fundantes. Por ejemplo, la consecuencia de la inescapable confrontación entre las elites secularizadoras interesadas en la construcción de la nación y los arraigados intereses de la Iglesia en los países latinos, tanto en Europa como en América, dieron curso a estructuras institucionales de oposiciones políticas de larga duración dentro de esos países. Los esquemas de coaliciones y alianzas resultantes fueron luego institucionalizados dentro de las reglas y procedimientos que gobernaban el régimen electoral.

En suma, aunque el cambio político no es ni totalmente de aumento, ni enteramente disyuntivo, he adoptado un marco de referencia de coyuntura crítica porque parece aplicarse relativamente bien a rasgos claves de cambio político dentro de los sistemas de partidos[55]. Puesto que varios mecanismos de reproducción hacen a los sistemas de partidos resistentes al cambio, un modelo que enfocara el cambio político como principalmente de aumento sería menos útil. Como lo dicen los Colliers, "es precisamente porque las estructuras políticas con frecuencia resisten tenazmente el cambio que nos abocamos al análisis de coyunturas críticas"[56].

Un rasgo final del enfoque de coyuntura crítica adoptado por este análisis requiere elaboración. Este marco de referencia subraya la dimensión histórica en su aproximación a una explicación. El trabajo de Lipset y Rokkan sobre partidos europeos occidentales proporciona un ejemplo particularmente bueno de la utilidad de la historia como herramienta en este enfoque. Según su formulación, sólo pueden entenderse las variaciones en las alineaciones actuales de votantes en Europa Occidental a través de un estudio cuidadoso de las diferencias en ciertas secuencias históricas de formación de partidos. Aunque creo que el énfasis en la historia del análisis de Lipset y Rokkan representa un avance, su enfoque tiene ciertas limitaciones que deben tomarse en cuenta.

Tal vez la más importante de estas limitaciones sea que el uso de secuencias de fisuras sociales para explicar las alineaciones actuales de partido tiende a ser excesivamente retrospectivo. Obviamente, algunas fisuras, como ser una lucha

---

55 La aparente estabilidad de algunos sistemas de partidos, que puede ser explicada en parte por la operación de estas "causas constantes", sugiere lo apropiado de adoptar las coyunturas críticas como marco analítico. Sin embargo, al adoptar este punto de vista yo no quisiera dar la impresión de que apoyo la idea que, como sostienen Lipset y Rokkan, los sistemas de partidos de Europa Occidental están "congelados". El grado en el cual los sistemas de partidos están congelados es algo ampliamente discutido. Para argumentos en favor de la hipótesis original de Lipset y Rokkan sobre el "congelamiento" del sistema, véase a Rose y Urwin (1970), y Allart (1982). Para una crítica, véase Shamir (1984), y también Rose y Mackie en Lawson y Merkl (1988). Yo encuentro particularmente convincente el argumento presentado por Rose y Mackie de que la metáfora del "congelamiento" es excesiva. Hay una tendencia dentro del sistema de partidos hacia la inercia, pero los partidos básicamente tienden a permanecer porque se adaptan exitosamente a los cambios del medio, y no porque permanezcan estáticos.

56 Collier y Collier (1991), p. 36.

entre elites por la posesión de cargos, tienen orígenes "políticos" y no "sociales". Sin embargo, esas fisuras políticas pueden ser fisuras generadoras, esto es, se pueden traducir en oposiciones de partidos. Por lo tanto, al mirar atrás a través del tiempo para determinar los orígenes de las divisiones de partidos, es crucial situar las fisuras sociales dentro del contexto más amplio de la lucha política que se está aún desarrollando. A veces, el análisis de Lipset y Rokkan sufre de un excesivo énfasis en los sistemas de partidos como variables dependientes, reflejos de fisuras sociales "objetivas". La realidad es más compleja y dialéctica. Los partidos y sistemas de partidos están condicionados por fuerzas sociales. Pero son también organizaciones con líderes que seleccionan y acumulan fisuras sociales, reflejando así la huella de fuerzas sociales, pero también moldeando estas mismas fuerzas.[57]

Las fisuras no se traducen automáticamente en oposiciones de partido. Más bien, pueden ser manipuladas, y a menudo lo son, por políticos que buscan usarlas como recursos políticos para fortalecer sus posibilidades de ganar o mantener el poder.

Para basarse en una interpretación histórica al explicar la dinámica de los partidos chilenos es necesario hacer una segunda advertencia. Al rastrear la manera en que el conflicto político quedó encarnado en el sistema de partidos chileno a lo largo de doce décadas, y al concentrarme especialmente en el papel jugado por los partidos de centro, espero descubrir esquemas relevantes para un conjunto más amplio de casos. Investigando el pasado de Chile, he identificado tres puntos en los cuales las alianzas y coaliciones de partidos experimentaron redefiniciones significativas como resultado de que una batalla política crucial desplazara a la otra. Narrar la historia de estos tres acontecimientos ha exigido cubrir la mayor parte de la extensión de la política chilena de partidos desde la década de 1850 en adelante. Un análisis que abarca una magnitud de tiempo tan grande lleva consigo los azares de usar la experiencia de partidos decimonónicos para interpretar la política contemporánea de partidos. ¿Acaso son los tres muy diferentes casos de formación y comportamiento de partidos de centro tratados en esta investigación, los liberales del siglo XIX, los radicales y los democratacristianos contemporáneos, analíticamente equivalentes como partidos de centro?

Obviamente, mucho ha cambiado en el curso de un siglo. Por ejemplo, a lo largo del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX, la política de partidos permaneció como dominio casi exclusivo de las elites sociales y políticas. En el tiempo de la cristalización inicial del sistema de partidos, a fines de la década de 1850, los votantes comprendían sólo alrededor del dos por ciento de la población total. A lo largo del siglo XIX el electorado nunca sobrepasó el cinco por ciento de la población total. Además del pequeño tamaño del electorado del siglo XIX, el partido que controlaba el poder Ejecutivo contó con una ventaja decisiva sobre sus opositores en este período. Como lo expongo en el capítulo 2,

57 Este punto es remarcado por Sartori (1969), p. 93.

desde la década de 1830 hasta la guerra civil de 1891 el aparato electoral estuvo bajo control directo del Ejecutivo. Después de 1891 la maquinaria electoral llegó a caer bajo la influencia de caciques partidarios locales. Se usó la exigencia de tener propiedad, y luego la de poder leer y escribir, para restringir el sufragio a los varones que contaban con algunos medios. Algunos de estos rasgos se prolongaron hasta bien entrado el siglo XX. Por ejemplo, antes de la introducción de la llamada cédula única en 1958, el carácter secreto del voto era frecuentemente pasado por alto, especialmente en las zonas rurales. Aunque el tamaño del electorado creció constantemente entre 1891 y 1912, en la elección de 1915 se revertió esta tendencia. El universo electoral no recuperó su tamaño relativo a la población total hasta la década de 1950. Además, fue sólo al fin de la década de 1940 que las mujeres recibieron pleno derecho al sufragio, y fue sólo a fines de la década de 1950 que el campesinado comenzó a constituirse en un actor político autónomo. Finalmente, el electorado altamente movilizado de las décadas de 1960 y 1970, y la intensa competencia que vino a caracterizar el sistema de partidos, fueron obviamente diferentes de los del siglo XIX.

A pesar de los muchos cambios en las condiciones competitivas enfrentadas por los partidos en el curso de doce décadas, el sistema chileno de partidos ha sido marcado por un grado extraordinario de continuidad institucional. Durante todo este período prevaleció la tendencia básica dentro del electorado chileno a dividirse en tres tendencias políticas distintas. Aunque han cambiado los partidos actores específicos, la distribución tripartita del electorado chileno, que resultó de la confrontación entre las elites del Estado y de la Iglesia en el siglo XIX, ha permanecido extraordinariamente estable. Argumento que la dinámica fundamental de un sistema tripartito de partidos, sobre el cual los partidos y políticos chilenos han basado sus estrategias competitivas desde el comienzo del sistema de partidos -y el conjunto de desafíos y oportunidades enfrentadas por el partido situado al centro-, ha permanecido lo suficientemente estable como para justificar una comparación longitudinal de este alcance.

4. ORGANIZACION DEL ANALISIS

El libro está organizado alrededor de los tres episodios históricos importantes que yo identifico como coyunturas críticas en la evolución del sistema de partidos chilenos. En el capítulo 2 trato de la herencia partidaria de la disputa clerical-anticlerical en el siglo XIX. Muestro cómo este conflicto entre elites políticas no sólo dio al paisaje de partidos políticos de Chile su definición inicial, sino que además continuó plasmando la arena política mucho después de que habían pasado a segundo plano las cuestiones políticas específicas relacionadas con la fisura. Este conflicto inicial fue de alguna manera una fisura fundacional, que dejó una huella perdurable sobre el sistema tripartito de partidos.

El capítulo 3 explora la institucionalización partidaria de la fisura de clases en los sectores urbanos y de enclaves mineros en Chile. El surgimiento de nuevos actores sociales en la forma de grupos medios y de clase obrera derivó en exigencias de mayor inclusión política y social de parte de los líderes de estos

grupos durante las primeras décadas del siglo XX. Como veremos, en consonancia con el modelo del "árbol y sus ramas" de Verba,[58] la manera en que los partidos políticos tomaron posición a lo largo del eje clerical-anticlerical en el sistema de partidos antecedente demostró ser de mucha consecuencia para la manera en que la clase trabajadora urbana se incorporaría en el sistema de partidos chileno.

El capítulo 4 analiza las consecuencias que tuvo para el sistema de partidos la difusión de la política de clase trabajadora en el sector rural durante la década de 1950 y los comienzos de la década de 1960. Resultó crucial para provocar esta tercera transformación importante del sistema de partidos chileno el cambio de posición y el creciente involucramiento de un actor social estratégico respecto a temas relacionados con la cuestión social: la Iglesia Católica. Este actor fue especialmente crucial para precipitar el cambio político en el sector rural. Así, a fines de la década de 1950, los cambios en el discurso y conducta institucional católicos, combinados con otros cambios profundos y estructurales en el campo, proporcionaron el contexto para una reestructuración de las relaciones políticas dentro del sistema de partidos, y para el surgimiento de un importante partido de centro inspirado por la Iglesia.

El análisis de las fisuras y coyunturas críticas en cada uno de los capítulos empíricos sigue un marco de referencia común. Cada capítulo está dividido en cuatro partes que exploran el sistema de partidos antecedente, la fisura, la coyuntura crítica y el sistema de partidos resultante. La discusión del sistema antecedente se concentra en el sistema de partidos que precedió inmediatamente y, en un sentido, sentó las bases para la erupción política de cada una de las fisuras que lo sucedieron. El sistema antecedente representa una "línea base" a tenor de la cual pueden evaluarse los cambios producidos durante la coyuntura crítica[59]. En seguida examino la crisis o fisura que generó la coyuntura crítica. Analizo el creciente relieve político de la fisura, evaluando su importancia dentro del conjunto más amplio de los conflictos y temas de debate de cada período. Cada una de estas fisuras suscitó temas de discusión política de tal peso como que precipitaron una reorganización de magnitud del paisaje político. Tercero, exploro las tensiones asociadas con cada fisura que originaron relaciones políticas fundamentalmente nuevas. Identifico los puntos discretos en que comienza y termina la coyuntura crítica, e intento especificar los cambios reales que tuvieron lugar durante cada período.

Finalmente, cada capítulo concluye con una evaluación del sistema de partidos resultante. La cuestión clave que examino es el grado en que la herencia partidaria se caracteriza en cada coyuntura crítica por la continuidad y no por el cambio con respecto al sistema de partidos antecedente. Intento demostrar para cada uno de estos tres períodos que: 1) el sistema de partidos antecedente que existió previamente a la coyuntura crítica difiere en formas fundamentales del

58 Véase Verba en Binder et al. (1971), p. 308.
59 Collier y Collier (1991), p. 30.

Cuadro Nº 1.1. Fisuras, coyunturas críticas y evolución partidaria en Chile

Espectro de partidos (izquierda)-(centro)-(derecha)	*Fisura*	*Coyuntura crítica*	*Sistema de partidos resultante*
Pipiolo-pelucón	Conflicto clerical	1857-61	Creación inicial del sistema tripartito. El centro se ocupa por los liberales. Persiste desde 1861 a 1920.
Radical-Liberal-Conservador	Conflicto de clases urbano	1920-32	Socialistas y comunistas emergen en la izquierda. Los radicales ocupan el centro. Persiste desde 1932 a 1952.
Comunista-Radical-Conservador Socialista Liberal	Conflicto de clases rural	1952-58	Democratacristianos dominan el centro desde 1963 en adelante.
Unidad - Demócrata - Nacional Popular Cristiano	---	---	---

Nota: Cada segmento del cuadro puede leerse transversalmente. La descripción que se da al final de cada segmento del sistema de partidos resultante se representa luego al comienzo del segmento siguiente.

sistema de partidos resultante, y 2) que esta diferencia se debe substancialmente a los cambios ocurridos en la coyuntura crítica.

Como veremos, en cada coyuntura crítica, las fisuras de dos lados generan repetidamente una distribución tripartita de alternativas políticas: dos polos que representan posiciones antagónicas respecto de los ejes fundamentales de fisura, y un centro políticamente significativo que ocupa el espacio que media entre ellos. El cuadro 1.1 presenta una visión general del análisis.

Puesto que una meta analítica más amplia de esta investigación es hacer avanzar nuestra comprensión de los roles múltiples jugados por el centro en evolución, en cada capítulo el análisis del sistema de partidos resultante se centrará en un conjunto de preguntas suscitadas por el surgimiento y la conducta de los partidos de centro: ¿Cuáles fueron las implicaciones de la presencia de un partido de centro para los esquemas de competencia entre partidos? ¿Por qué surgió y resurgió el centro en cada punto crítico en la evolución del sistema de partidos chileno? ¿Puede esto ser entendido principalmente en términos de una lógica de coalición subyacente, o son más bien factores como el liderazgo, la opción política y el accidente histórico explicaciones más útiles?

El capítulo conclusivo enfoca tres temas relacionados. Primero, extrayendo lecciones del caso chileno, vuelvo a ponderar el valor que tiene analizar el conflicto político dentro de un sistema de partidos en términos de fisuras sociales y políticas subyacentes. En segundo lugar, derivo varias proposiciones teoréticas sobre diferentes tipos de partidos de centro y sus efectos en dar forma a esquemas de competencia de partidos. Finalmente, exploro el sistema de partidos posterior a Pinochet, desde la perpectiva del marco de referencia empleado en el curso del análisis. ¿Se cristalizarán nuevas relaciones políticas como consecuencia del régimen militar, relaciones que producirán una herencia partidaria diferente del sistema político que precedió el golpe de 1973? El marco de referencia analítico adoptado por este estudio apunta a varios rasgos del sistema de partidos contemporáneos que pueden ayudar a proporcionar una respuesta a esta pregunta.

II. LA DEFINICION DEL PANORAMA POLITICO: EL CONFLICTO CLERICAL-ANTICLERICAL EN EL SIGLO XIX

En la segunda mitad del siglo XIX estalló en un conflicto abierto una antigua disputa entre las elites constructoras del Estado y la jerarquía católica acerca del lugar de la Iglesia en la República chilena en formación. La primera aparición de un sistema de partidos políticos en Chile fue en gran parte resultado de la manera en que esta disputa fue politizada. En este capítulo, argumento que entre los años 1857 y 1861 el sistema político autoritario que había llegado a caracterizar al Chile poscolonial sufrió una transformación sorprendentemente rápida. Esto sucedió sobre todo como resultado de la manera en que elementos significativos de la sociedad chilena se movilizaron políticamente en lados opuestos de la división clerical-anticlerical[60]. Esta batalla precipitó el comienzo de un sistema competitivo de partidos, trazando las líneas de batalla entre los actores políticos principales y definiendo el carácter del sistema de partidos desde la década de 1860 hasta la de 1920. Los líderes de la Iglesia, junto con sus aristocráticos aliados laicos, formaron el partido Conservador para defender los intereses de la Iglesia. Las elites del Estado se unieron para apoyar el gobierno de Manuel Montt y su Ministro del Interior, Antonio Varas, formando a los montt-varistas, de duración relativamente breve. El partido Radical se aglutinó alrededor del polo del anticlericalismo extremo, dejando un espacio al centro para ser llenado por los astutos líderes del partido Liberal. Así, en el corto espacio de cuatro años, estos partidos vinieron a llenar un espectro político constituido por tres tendencias diferentes a lo largo del eje clerical-anticlerical.

1. EL SISTEMA POLITICO ANTECEDENTE (1810-1857)

En Chile, como en el resto de Hispanoamérica, la guerra de independencia fue en realidad una guerra civil entre facciones divergentes y grupos con intereses

---

60 El anticlericalismo generalmente no atacó creencias católicas fundamentales sino que buscó disminuir el rol social de la Iglesia institucional y de los clérigos que la administraban. Por el contrario, el clericalismo buscó perpetuar la influencia de la Iglesia. Es en estos sentidos que yo uso estos términos en mi trabajo. Véase Bushnell y Macauley (1988), p. 32.

y lealtades opuestos. Como resultado de esta guerra, el marco institucional que había provisto al orden desde los días de la conquista fue virtualmente destruido. Desde la independencia en 1810 hasta el comienzo de la década de 1830 el sistema político chileno, como el de otros países hispanoamericanos, se caracterizó por la desorganización y la anarquía. Sin embargo, la experiencia de Chile se destaca en contraste con la de la mayoría de sus vecinos a causa de la relativa brevedad de su período caótico y la rápida transición a un gobierno ordenado. Y aunque la guerra de la independencia derribó las estructuras formales de la antigua colonia, la estructura social tradicionalmente agraria de Chile permaneció virtualmente intocada[61]. Después de la independencia en 1810, la relativamente homogénea sociedad chilena fue dominada por una pequeña oligarquía de criollos y peninsulares compuesta por unas doscientas familias que se tenían (y eran tenidas por otros) por nobles[62]. Estas mismas familias criollas muy cerradas habían ya surgido en la vanguardia de la sociedad colonial tardía y habían, directa o indirectamente, dirigido el proceso de lucha por la independencia. Su presencia dominante ayuda a explicar la transición relativamente fácil a un régimen político estable en Chile, como fue el inaugurado después de la batalla de Lircay en 1830[63]. El argumento principal de esta sección consiste en que el predominio social y político de la elite conservadora oligárquica (llamada de los pelucones), obtenido en 1830 a través de la victoria sobre sus adversarios más liberales (conocidos como pipiolos), continuó básicamente ininterrumpido hasta 1857, cuando fue aplastado por la erupción del conflicto clerical-anticlerical. Como veremos, durante estos años de dominio clerical se desarrolló una enconada lucha por los cargos públicos entre facciones claves de la elite, la cual, al ser atravesada por las líneas de la disputa

61 El grado en el cual el período posterior a la independencia puede ser caracterizado como de desorden institucional es materia de controversia. Arturo Valenzuela sostiene que el Chile postcolonial fue básicamente anárquico. El describe la sociedad chilena durante este período como una "sociedad pretoriana, donde las fuerzas sociales se hicieron limítrofes con las fuerzas políticas y donde todas las luchas se convirtieron en luchas políticas sin la mediación de estructuras y reglas políticas" (p. 172). Sin embargo, cuando se compara con otros países de la América Hispana, este período en Chile más que aparecer anárquico se muestra como una relativamente ordenada transición a las reglas republicanas. Véase Villalobos (1984), p. 12.

62 En las palabras de Simón Collier: "otro país de Latinoamérica no posee las ventajas de la densidad geográfica y homogeneidad social como Chile" (1967), p. 7.

63 El tema de la excepcionalidad chilena durante el período postcolonial es algo común a través de la literatura. Simón Collier sostiene que los países latinoamericanos luego de las guerras de independencia siguieron dos trayectorias políticas básicas: ya sea décadas de "caos infinito" salpicadas por breves períodos de dictaduras personales (Perú, Bolivia, Colombia), o el establecimiento de dictaduras personales por largos espacios de tiempo (Paraguay, Argentina, Venezuela). Chile, por el contrario, creó una fuerte pero impersonal autoridad política, pavimentando el camino para gobiernos constitucionales posteriores y el establecimiento de una genuina tradición democrática" (Ibid., p. 324). A. Valenzuela destaca la exepcionalmente temprana emergencia en Chile de un "conjunto de instituciones y reglas para gobernar la sociedad y resolver el problema de sucesión de los principales enclaves del poder" (1977a, p. 171). Ricardo Donoso sostiene: "En el cuadro político que ofrecía la convulsionada América Hispánica de hace un siglo, Chile constituyó una excepción, y ese ambiente de convivencia social, sobre el cual gravitaba tan hondamente la tradición española, que surgió del código de 1833." (1975, p. 98).

clerical-anticlerical en 1857, dio por resultado la cristalización de la opinión pública en Chile en tres tendencias políticas diferentes.

Los partidos políticos formalmente organizados no hicieron su aparición en Chile antes de la década de 1850. A pesar de que se conocían alianzas o "bandos"[64] de políticos de mentalidades afines a partir de la guerra de la independencia, el historiador chileno Francisco Encina ha argumentado persuasivamente que "la historia de Chile no registra entre 1823 y 1830 *partidos que coincidan con los de fines del siglo XIX*..."[65] (El énfasis es mío). Así, durante el período que siguió inmediatamente a la independencia, las fronteras entre un grupo y otro eran a menudo más bien vagas, y las afiliaciones políticas cambiaban rápida y fácilmente[66].

Aunque "a través de los documentos, sólo se perciben bandos políticos de psicología embrionaria", Encina sugería que "la simplificación histórica ha agrupado los bandos políticos que actuaron entre 1823 y 1830 en dos grandes entidades: pipiolos y pelucones... Esta agrupación es una simple creencia que no tiene... realidad...."[67]. Si bien ninguna de las tendencias estaba institucionalizada en la forma de un partido político, durante este primer período estaba visiblemente presente una división difusa, bipartita de la opinión y preferencia políticas.

Lo que se jugaba entre estas dos tendencias políticas fundamentales, los "conservadores" y los "liberales"[68], era un conflicto entre diferentes tipos de régimen político. Hacia el fin de la década de 1820 el grupo conservador consistía a grandes rasgos de tres elementos reconocibles. El más grande y poderoso de éstos era la facción llamada pelucona ("peluca grande"), que consistía de los aristócratas terratenientes más tradicionales. Un segundo subgrupo, una facción doctrinaria y políticamente inflexible, brotó dentro del peluconismo al fin de la década de 1820 en reacción a lo que se percibía como anarquía creciente y desintegración social. Este segundo subgrupo llegó a ser

---

64 Encina describe siete de estos bandos políticos luego de que Portales fue asesinado en junio de 1837: Pelucones, divididos en aristócratas y doctrinarios; liberales, clasificados como populistas y aristocráticos; pipiolos, y entre éstos, aquellos que eran verdaderos pipiolos y los que lo eran sólo nominalmente; o'higginistas, carreristas, federalistas, y estanqueros (1952), vol. 9, p. 142.

65 Ibid., p. 134. Encina sugiere también que "Tampoco se encuentran huellas de una lucha entre las tendencias democráticas y liberales del pueblo y las aristocráticas y conservadoras de las clases altas", (ibid.) En otras palabras, este conflicto inicial no dejó una directa marca institucional en la formación de sistema de partidos.

66 Ninguno de estos bandos, a lo menos hasta 1830 (y probablemente no hasta bastante más tarde), manifestaban una estructura política debidamente conformada. Ellas fueron entidades amorfas que se ajustaban a las cambiantes condiciones del período. Típicamente, diferentes caudillos políticos del período pasaron a través de varias tendencias políticas en el tiempo. Véase Urzúa (1968), p. 27.

67 Encina (1952), vol. 9, p. 143.

68 El uso del término "conservador" aquí no se refiere al partido Conservador, el cual emergió como consecuencia del conflicto clerical-anticlerical de 1857. Estos fueron dos movimientos completamente separados. Para evitar confusiones los primeros "conservadores" serán generalmente llamados "pelucones". Ni tampoco el término "liberal" debe ser confundido con el partido Liberal, el cual emergió como un partido coherente en la década de 1850 bajo el liderazgo de Camilo Vial. Con el fin de evitar confusiones nos referiremos generalmente a estos primeros "liberales" como "pipiolos".

conocido como los estanqueros[69]. Los estanqueros, conducidos por Diego Portales, creían en un gobierno fuerte, centralizado, y no toleraban oposición política alguna. Hacia fines de la década de 1820 esta facción había llegado a ser la predominante dentro del peluconismo. Además de los pelucones y estanqueros, había un grupo pequeño, pero aparentemente unido, de o'higginistas dentro de este bloque político, cuya meta básica era la instauración de una monarquía o'higginista. En general, estos grupos conservadores o, más precisamente, pelucones, abogaban por el orden político, y planteaban la concentración del poder en las manos de un Ejecutivo fuerte. Argüían que las tendencias anárquicas amenazaban la supervivencia política de Chile, y que sólo una autoridad poderosa y centralizada podía salvar las instituciones del país de la destrucción.

En contraste, los liberales favorecían una forma parlamentaria de gobierno y defendían una administración nacional más descentralizada. Argumentaban que sólo adoptando una forma de gobierno popular parlamentario podría superarse definitivamente el oscuro legado de la experiencia colonial española, incluyendo el poderío de la Iglesia Católica. La facción más grande dentro del liberalismo, generalmente llamada de los pipiolos ("novicios"), estaba débilmente organizada y, como otros grupos liberales en América Latina, eran partidarios de la tolerancia política y religiosa, y defendían una participación política más amplia. Una segunda facción, los federalistas, eran también una rama desprendida del liberalismo y presionaba por una forma más descentralizada de gobierno liberal republicano[70]. Un tercer componente, menos numeroso, del liberalismo, consistía de los liberales populares (o populares), una facción más ideológica que abrazaba una adhesión estricta al liberalismo de principios[71].

---

69 Este grupo tomó su nombre de la administración de estanco estatal (monopolio del tabaco). El monopolio fue confiado a Diego Portales y su socio comercial, José Manuel Cea, en agosto de 1824. El Congreso de 1826, dominado por los federalistas, decidió que el estanco debía ser devuelto al tesoro público. Esta decisión precipitó a Portales en la política. Véase S. Collier (1967), p. 296. Sobre Portales, véase también Bushnell y Macauley (1988), esp. pp. 108-16. El control sobre el monopolio del tabaco jugó un rol crucial similar en el desarrollo político inicial del México postindependiente.

70 Como Bushnell y Macauley apuntan, estas elites políticas adoptaron ampliamente el federalismo, porque sentían que sus propias necesidades podrían ser mejor conocidas localmente que por un Congreso o una burocracia en un remoto Santiago.

71 Un diario liberal en 1827 describe (algo demagógicamente) la doctrina que unía a estas tres facciones: "elección popular de los representantes; su renovación periódica; división de poderes; libertad de pensamiento y de publicarlos; abolición de los privilegios y títulos que colocan a algunos ciudadanos en un nivel diferente a otros; juicio por jurado,... e igualdad absoluta ante la ley" (S. Collier (1967), p. 298). Estas divisiones son sólo aproximativas. Una descripción del año 1831 por un diario de la época nos entrega la siguiente descripción de los movimientos de las facciones políticas contemporáneas: "Desde 1818 a 1823 el partido de O'Higgins triunfó, y luego el de don Ramón Freire, el cual se dividió en las facciones de pelucones y liberales, los que más tarde se llamaron a sí mismos estanqueros y ministerialistas o pipiolos. Los estanqueros sucumbieron en 1827, y los pipiolos, triunfantes con la elección de Francisco Antonio Pinto, se creyeron indestructibles". A pesar de la falta de definición del sistema de partidos, S. Collier intenta dar una breve cuenta de los hechos entre 1823-29 en términos de acción recíproca entre facciones políticas.

Antes de 1830 los intentos pelucones de instalar un Ejecutivo fuerte y centralizado habían terminado en un fracaso[72]. En cambio, grupos políticos liberales, encabezados por los pipiolos, pudieron dominar el período un tanto caótico que va desde la independencia hasta la imposición por la fuerza del orden pelucón en 1830[73]. Sin embargo, una década de gobiernos pipiolos de corta duración llegó a un fin abrupto en la primavera de 1829, con el quiebre del frágil orden constitucional liberal y el estallido de la guerra civil. Los pelucones, frustrados por la incapacidad del gobierno para enfrentar con dureza a los elementos sociales desordenados, y airados, entre otras cosas, por la influencia en ascenso de la ideología anticlerical durante el gobierno de Francisco Antonio Pinto, cortaron sus lazos con el gobierno. El desafecto pelucón se hizo más profundo cuando, en 1829, el gobierno pipiolo abolió los derechos de propiedad tradicionales conocidos como mayorazgos[74]. Unida por la mano fuerte de Diego Portales, una coalición de fuerzas peluconas disidentes asumió como suya la tarea de restaurar el orden en la sociedad chilena.

En 1830 la coalición pelucona de Portales derrotó a las fuerzas liberales en la batalla de Lircay, una batalla que había de tener importancia decisiva en el curso de la vida política de Chile[75]. Los historiadores políticos han designado la victoria pelucona en Lircay de 1830 y la promulgación de la Constitución de 1833 como el comienzo del período de "autoritarismo pelucón"[76]. Después de su triunfo, los pelucones comenzaron a reorganizar el régimen político y a consolidar las instituciones políticas del país. El concepto político básico detrás del nuevo régimen era el compromiso con un gobierno presidencial fuerte y centralizado[77].

Portales dio a la reacción conservadora en 1830 la necesitada unidad y coherencia, reduciendo así el faccionalismo que había caracterizado el primer

---

72 La única excepción al dominio pipiolo durante este período fue el relativamente corto episodio de la Constitución de Egaña (1823-24). Véase Ibid., pp. 277-86.

73 Ibid.

74 El mayorazgo fue un conjunto de bienes sujeto al control perpetuo e inalienable de una sola familia, y cuyos beneficios eran transmitidos hereditariamente al hijo mayor de la familia.

75 El rol de Diego Portales es generalmente considerado como crítico en la formación del sistema político chileno después de 1830, pero el papel exacto de Portales y la importancia de su legado son materia de disputa. Estudiosos tales como Sergio Villalobos y Arturo Valenzuela colocan mucho más énfasis en el rol del General Manuel Bulnes. Aun cuando yo creo que estos autores están en lo correcto al enfatizar la a menudo no reconocida importancia de Bulnes, ellos posiblemente subestiman la actuación de Portales. Véase Villalobos (1989), y también (1984), pp. 12-14; Valenzuela, A. (1977a), pp. 172-74.

76 El término "autoritario" necesita ser empleado con gran precaución ya que existe el peligro de utilizarlo anacrónicamente. Heise González (1976), p. 56, denomina el período que comienza en 1830 como el período del "autoritarismo pelucón", y en la p. 59 lo llama "absolutismo presidencial". Villalobos et al. (1974), p. 556, lo califica como "régimen autoritario"; S. Collier (1967), pp. 323-60, lo llama "república conservadora."

77 El pensamiento político de Portales está bien representado en una temprana carta a su socio comercial: "La Democracia, la que hombres auto-engañados tanto proclaman, es un absurdo en países como éstos de América, que están llenos de vicios y cuyos ciudadanos carecen completamete de las virtudes necesarias para una verdadera república... [Por el contrario] un gobierno fuerte y centralizado, cuyos miembros sean genuinos ejemplos de virtud y patriotismo, colocando de este modo a los ciudadanos en el recto camino de la virtud y el orden" (carta a Cea en Lima (1822), citada en S. Collier (1967), p. 339).

peluconismo. Sin embargo, sería falso sugerir que la coalición de pelucones, estanqueros y pipiolos moderados que llegó al poder haya constituido un partido político coherente. Tal cosa habría implicado un grado de organización e interacción que no habría de caracterizar a los partidos chilenos sino muchos años más tarde. A pesar de que la victoria pelucona imprimió un nuevo rumbo a la historia política chilena, como lo nota Ricardo Donoso, "en el triunfo pelucón de 1830 hay que ver, más que el éxito de un partido y de determinadas doctrinas, una reacción social que en último término iba a dar por resultado la organización definitiva de la República, en conformidad al Estado de desarrollo de la sociedad y de la cultura política"[78].

La Constitución pelucona de 1833, inspirada principalmente por la experiencia de Chile como colonia española, proporcionó el marco legal principal para el desarrollo político chileno durante los cien años siguientes, y a la vez el contexto para el despliegue del sistema de partidos veinte años después. La Constitución de 1833 establecía un sistema presidencial con una legislatura bicameral. El Presidente y el Senado habían de ser elegidos indirectamente a nivel nacional; sólo los diputados de la Cámara baja habían de ser elegidos directamente. Se otorgaron amplios poderes al Ejecutivo. Fue autorizado para vetar legislación del congreso y declarar al congreso en receso discrecionalmente. El Presidente determinaba el presupuesto, fijaba los sueldos de los empleados públicos y controlaba los nombramientos y ascensos de los militares. El poder presidencial sobre el Congreso fue aún más fortalecido por su control de las autoridades municipales, que administraban la maquinaria electoral. Las autoridades municipales estaban encargadas de nombrar juntas de ciudadanos responsables de certificar las calificaciones de los electores, administrar las elecciones mismas y decidir sobre cualquiera queja relacionada a las elecciones. La Constitución prescribía un gobierno estrictamente censitario, esto es, el sufragio estaba restringido a los varones mayores de 25 años (21 años si fueran casados) que supieran leer y escribir y fueran dueños de un bien raíz o capital cuyo monto variaba según la provincia. La Constitución establecía también requisitos de propiedad para los varones interesados en un cargo público[79].

Los pelucones buscaron fundar su autoridad tanto en las instituciones legales en evolución de la joven república, como en las estructuras sociales del antiguo régimen de base rural, que habían permanecido básicamente inalteradas. Durante todo este período el prestigio social y el poder político continuaron estrechamente unidos a la propiedad de la tierra. Entre 1830 y 1860 la población de Chile fue casi exclusivamente rural. Santiago, Valparaíso y Concepción eran las únicas ciudades con más de 10.000 habitantes. Juntas no sobrepasaban los 70.000, de una población total de más de un millón y medio de habitantes[80]. El

78 Donoso (1975), p. 86.

79 La Ley Electoral del 2 de diciembre de 1833 dio al Presidente un control efectivo sobre cada etapa del proceso electoral, ya que las municipalidades tenían el control de toda la maquinaria electoral y éstas dependían directamente del Presidente. Véase a Heise González (1982), pp. 18-19.

80 Ibid., p. 18.

ideal social pelucón implicaba que la aceptación pasiva de la población mayormente rural de Chile serviría de sólida base a la estabilidad de las instituciones republicanas recientemente forjadas. Así, Portales decía del nuevo régimen que "el orden social en Chile es mantenido por el peso de la noche: la tendencia casi universal de las masas al reposo es la garantía de la tranquilidad pública"[81]. La estructura tradicional de la sociedad chilena serviría de pilar fundamental sobre el que había de descansar la forma de gobierno oligárquica y autoritaria que Portales se proponía instituir en Chile. La vida política del país sería controlada por los intereses de la oligarquía terrateniente: partidarios conservadores y católicos del orden, y sólidos partidarios de la autoridad fuerte y centralizada.

Al establecer la supremacía del poder Ejecutivo, los Presidentes civiles hicieron esfuerzos deliberados por reprimir la amenaza potencial de la oposición de las Fuerzas Armadas. Desde el comienzo de la república el Ejército fue mantenido en niveles mínimos de fuerzas. Por el contrario, se aumentaron las plazas de la Guardia Nacional, bajo directo control del Presidente. Así, en 1835 el Ejército tenía 3.000 hombres, mientras la Guardia Nacional alcanzaba los 25.000. Aunque las plazas del Ejército subieron a 5.400 durante la exitosa campaña contra el Perú, ya en 1845 el Presidente Bulnes -él mismo siendo un militar y héroe de la guerra- había reducido el total a 2.000. A la altura de ese mismo año, la Guardia Nacional había crecido hasta contar con 56.000 miembros. Esta tendencia continuó durante este período. En 1851 el Ejército contaba con 2.200 hombres de tropa, en tanto que la Guardia Nacional había aumentado a los 70.000[82]. Así, la Guardia Nacional era utilizada efectivamente como control de posibles amenazas a la autoridad ejecutiva de parte de las Fuerzas Armadas.

La Guardia Nacional no sólo sirvió para proteger al jefe del Ejecutivo y a los miembros de su gabinete de cualesquiera posibles tendencias insurreccionales en el Ejército, sino que también les dio amplio campo para distribuir cargos y beneficios públicos. Además, y esto fue tal vez más importante, el gran número de guardias nacionales jugó también un papel prominente en asegurar el control por parte del Ejecutivo de los resultados electorales. Se usaba comúnmente a la Guardia Nacional para obstruir a los simpatizantes de la oposición en los locales electorales. También los comandantes de la Guardia se esforzaban en asegurar que los hombres bajo su mando votaran por los candidatos oficialistas. Como observa S. Valenzuela, si se suma el número de los guardias nacionales al de los empleados públicos como leales partidarios de las autoridades, las listas oficiales de candidatos tenían virtualmente asegurado el apoyo de una parte importante del electorado. Si se sumaban estos votos a los otorgados libremente, resultaba que los candidatos del gobierno tenían prácticamente garantizadas grandes mayorías en las elecciones parlamentarias, munincipales y presidenciales.

---

81 Citado en S. Collier (1967), p. 359.
82 Véase a J. S. Valenzuela (1979), p. 236.

Aunque es difícil obtener datos electorales confiables del período, las cifras indican que el tamaño del electorado antes de las reformas de la década de 1870 era extremadamente limitado. Por ejemplo, en 1846 votaron 24.317 personas; en la elección de 1862 había sólo 22.261 inscritos para votar. Estas cifras representan el 2,2% y el 1,3% de la población total, respectivamente. (Ver cuadro 2.2). Además del papel jugado por la arena electoral restringida en limitar grandemente la participación a un estrecho grupo, la competencia política estaba también constreñida por severos controles de los derechos de asociación y libertad de prensa. En una arena electoral tan constreñida le fue posible al gobierno moldear decisivamente los resultados electorales. Las facciones políticas de la oposición al gobierno pelucón llegaron casi a acostumbrarse a la futilidad de desafiar al gobierno en las urnas.

Aunque la influencia del gobierno sobre los resultados de las contiendas electorales durante este período era casi determinante, las elites políticas podían desafiar con éxito a los candidatos del gobierno en elecciones locales, si los líderes de la oposición lograban ponerse de acuerdo para unir fuerzas. Puesto que la Constitución prescribía un sistema de listas con un solo voto, mayoría simple y donde el ganador se llevaba todo, si los elementos de la oposición llegaban a un acuerdo para hacer de las contiendas electorales competencias entre dos candidatos, esto es, si podían ponerse de acuerdo en apoyar un único candidato de oposición, se podía desafiar el control gubernamental en un número limitado de luchas electorales cuidadosamente escogidas. Si, además, las elites de oposición podían asegurarse el control de una munincipalidad determinada, ya fuera ganando las elecciones locales o captando la lealtad de caudillos políticos locales, crecían las probabilidades de una victoria de la oposición, puesto que las inscripciones electorales y el procedimiento de conteo de votos eran controlados por funcionarios locales.

a. Aparece la disensión dentro de la dominación pelucona

La oposición organizada a la dominación ejercida por los pelucones apareció primero a finales de la década de 1840, como resultado de una enconada lucha por el poder surgida dentro del gabinete del Presidente Manuel Bulnes. Como consecuencia de esta batalla por los cargos públicos, cristalizó, simbolizado por el derrotado Ministro del Interior de Bulnes, Manuel Camilo Vial, el núcleo de lo que llegaría a ser el partido Liberal en la década de 1850. Es necesaria una breve digresión para describir el desenvolvimiento de este conflicto, porque el resultado de esta batalla política anterior tendrá importantes consecuencias para el posterior surgimiento de un sistema de partidos tripartito en Chile.

Habiendo comenzado su segundo período de cinco años como Presidente de Chile en 1846, el general Manuel Bulnes decidió nombrar al obstinado y controvertido Manuel Camilo Vial para encabezar su gabinete ministerial. Aunque era un pelucón, Vial era miembro de una facción pelucona (los filopolitas) que se oponía a lo que se consideraba excesos y abusos cometidos por

Portales y la administración pelucona dominada por aquél. La llegada de Vial al Ministerio del Interior del gobierno de Bulnes fue acompañada por la salida del gabinete de varios ministros pelucones jóvenes, de línea dura, entre ellos Manuel Montt y Antonio Varas. Tres años más tarde, al preparar las listas de candidatos del gobierno para las elecciones parlamentarias de 1849, Vial decidió excluir de las listas a varias prominentes (y antagónicas) figuras políticas peluconas que se habían opuesto a la política de su administración. Estos fueron reemplazados por "empleados dóciles, parientes y miembros del círculo íntimo del gabinete ministerial de Vial"[83]. Entre los excluidos por Vial estaba Antonio Varas, un pelucón muy bien relacionado. Los enemigos de Vial, entre ellos Manuel Montt y José Joaquín Pérez (y, por supuesto, Antonio Varas), se indignaron por su crudo intento de inclinar el poder del gobierno en una dirección favorable a sus propias ambiciones políticas. Resolvieron responder a esta ofensa presentando su propia lista de candidatos, seleccionando cuidadosamente cinco distritos donde las posibilidades electorales locales eran mayores. En una derrota sin precedentes para el gobierno, los opositores de Vial ganaron cuatro de las cinco contiendas electorales para el congreso[84].

Envalentonados por su éxito, e indignados por el amplio ejercicio del fraude en las urnas, los opositores de Vial subieron de tono la crítica pública a su administración. Para silenciar el número creciente de sus críticos, cada vez más estridentes, Vial inició acciones legales contra elementos de la prensa de oposición; cuando la Corte Suprema dictaminó en contra de la posición de Vial, el Ministro del Interior quiso reemplazar a los ministros de la Corte. El Presidente Bulnes vetó los planes de Vial de reemplazar a los miembros de la Corte Suprema, y en cambio reemplazó al mismo Vial con José Joaquín Pérez, y, más tarde, con Antonio Varas, el enconado enemigo de Vial. Sin embargo, el dilema político que enfrentaba el gobierno de Bulnes era inevitable. El nuevo gabinete de Pérez que asumió el gobierno enfrentaba una mayoría opositora en el Congreso, dado el hecho que la mayoría de los legisladores habían sido elegidos varios meses antes del cambio de gabinete sobre la base de su lealtad al ahora exonerado Ministro del Interior, Manuel Camilo Vial. Una mayoría de los diputados recientemente elegidos debían fidelidad política a Vial y a otros miembros del gabinete saliente, antes que a Pérez. En consecuencia, por primera vez en la historia de Chile, el Ejecutivo enfrentaba una mayoría hostil en el Congreso[85].

Una vez despedido del gobierno, Vial asumió el liderazgo de las fuerzas de oposición parlamentaria que él mismo había creado. Impulsado por su frustrada ambición de la presidencia, y capitalizando hábilmente sobre la difundida

---

83 Villalobos et al. (1974), p. 544.

84 Como J. S. Valenzuela señala, el inesperado triunfo de la oposición en una de las elecciones, Valparaíso, ocurrió principalmente porque el gobernador de Valparaíso rehusó permitir al comandante de la Guardia Nacional utilizar las tácticas empleadas usualmente para impedir que los electores opositores accedieran a las urnas. De este modo los votantes tuvieron relativa libertad en esa elección local. Véase J. S. Valenzuela (1985), p. 79.

85 Véase Valenzuela, A. (1977a), pp. 178-79.

impopularidad de Manuel Montt y Antonio Varas, Vial puso su propia impronta política "liberal" sobre la oposición, formando así el núcleo de lo que llegaría a ser en la década de 1850 el partido Liberal. En 1849 Vial unificó en un cuasi partido político tres diferentes facciones políticas: (1) pelucones que mantenían una lealtad política personal hacia Vial, (2) pipiolos que buscaban la revancha de su derrota 19 años antes en Lircay, y (3) grupos juveniles comprometidos con las ideas liberales[86].

Abierta esta brecha en el gobierno de Bulnes, la lucha por la sucesión presidencial se intensificó. La contienda de 1851 se centró alrededor de las candidaturas rivales de Manuel Montt versus el primo del Presidente Bulnes y popular gobernador militar de la provincia sureña de Concepción, el general Manuel José de la Cruz. Aunque oficialmente neutral en la contienda presidencial de 1851, el Presidente Bulnes dio su apoyo a Manuel Montt y, por consiguiente, se usaron las acostumbradas tácticas de fuerza a favor de la candidatura de Montt por parte del aparato electoral controlado por el gobierno. Como los resultados electorales favorecieran decisivamente a la candidatura de Manuel Montt, el candidato derrotado encabezó ese mismo año una insurrección contra el gobierno recientemente elegido con el apoyo de elementos recalcitrantes de la oposición liberal en Santiago (incluyendo partidarios de Manuel Camilo Vial) e incluso con algún apoyo de sectores de la Iglesia Católica. En una prueba crucial para el nuevo orden institucional de Chile, el ex Presidente Manuel Bulnes encabezó personalmente las milicias gubernamentales para combatir a las fuerzas de De la Cruz y puso rápido fin a la revuelta[87].

El carácter decisivo de la derrota de la rebelión de 1851 tuvo el efecto de desanimar el futuro recurso a la rebelión armada de parte de los opositores al régimen pelucón. La lucha que siguió a la independencia entre los que habían favorecido una autoridad ejecutiva fuerte y centralizada y los que habían preferido una forma parlamentaria de gobierno fue una vez más resuelta a favor de los primeros. En tanto que una ola de anarquía barría a través de una gran parte de Hispanoamérica en el siglo XIX, en Chile, a partir de mediados de la década de 1830, las elites políticas nacionales forjaron gradualmente y supervisaron la consolidación de un conjunto de instituciones para el gobierno de la sociedad, e instauraron procedimientos para la resolución del problema de la sucesión de las principales posiciones de poder.

A pesar del claro predominio pelucón durante este período, la enconada lucha entre Manuel Montt y Manuel Camilo Vial había resultado en una fisura dentro del peluconismo, fisura que derivaría en un abierto rompimiento con el estallido de la disputa clerical-anticlerical. Debería subrayarse que la aparición

86 José V. Lastarria nos entrega un elocuente (aunque en ciertos momentos algo parcial) testimonio ocular de la formación original del partido Liberal en 1849 (1968, pp. 174-78; véase también p. 258). Yo denomino este temprano desarrollo "cuasi partido" ya que en 1849 los liberales carecían de una organización política formal. El partido Liberal no comenzó a formar una unidad política más o menos coherente hasta el nacimiento del partido conservador en 1857. Este punto es remarcado fuertemente por Edwards (1984), p. 117.

87 Véase a Villalobos et al. (1974), pp. 542-49, para un detallado relato de este período.

inicial de este cuasi partido no fue resultado de un conflicto alrededor de una fisura social básica, sino más bien consistió en una lucha por los cargos y beneficios públicos[88]. La primera formación de los liberales se diferencia, por lo tanto, de manera importante de la "experiencia fundante" de los otros partidos políticos importantes del período (Conservadores y Radicales). Dada esta experiencia fundante particularmente mundana del futuro partido Liberal, esto es, sobre la base de un conflicto político intraelitario, el perfil ideológico del partido habría de caracterizarse en el futuro por la ausencia de compromisos doctrinales claramente definidos[89]. Esto, como veremos, tuvo importantes consecuencias para las múltiples oportunidades políticas disponibles al partido Liberal una vez que el panorama político llegó a definirse sobre la base del conflicto clerical-anticlerical a mediados de la década de 1850. La formación de los liberales como un protopartido sobre la base de una lucha por los cargos y beneficios públicos les hizo posible jugar un papel en el centro del espectro de partidos políticos recientemente conformado, un papel que estaba cerrado a los partidos formados sobre la base de sus posturas frente a las cuestiones ideológicamente explosivas sobre la Iglesia y el Estado que se avecinaban.

Por el momento, sin embargo, a pesar del desafío planteado por Vial y sus partidarios, el control pelucón sobre el aparato gubernamental seguía siendo sólido. Al final de la administración de Bulnes, al término de la década de 1840, existía en Chile sólo un grupo político coherente, al que sólo se oponían elementos políticos facciosos coligados sólo por su común rechazo hacia Manuel Montt. La reacción pelucona de 1830, reafirmada por la victoria en las armas de 1851, había tenido éxito. Los pipiolos ya no ofrecían una alternativa política viable y se habían incorporado casi totalmente en las filas del peluconismo[90].

---

88 Una lucha por cargos públicos no es lo mismo que un conflicto social. Un conflicto social, en el sentido que yo le doy, requiere la incorporación de parte de la base social en el conflicto más amplio. En cambio, las luchas por el poder del Estado son una característica constitutiva de la política competitiva, produciéndose generalmente al nivel de elites partidarias y sin una necesaria extensión a una base social mayor.

89 J. S. Valenzuela llama a este conflicto estrictamente político una coyuntura "incidental": el más importante punto de acuerdo político consistía en la común oposición a las ambiciones políticas de Montt (1985), pp. 75-81.

90 Edwards sugiere que el dominio pelucón fue tan decisivo que en la década de los 40 los que habían sido sus primeros oponentes políticos, los pipiolos, habían prácticamente desaparecido como oposición política visible. Los pipiolos desaparecieron no tanto a causa de lo decisivo de las derrotas de 1830 y 1851 como del prodigioso éxito de los pelucones en establecer un nuevo orden institucional. La fuente de este éxito, en términos de los soportes del poder de la naciente república autoritaria, pueden encontrarse mayormente en dos factores: primero, la hegemonía social de las familias oligárquicas que controlaron el destino del país entre 1830 y 1860, y, segundo, el grado en el cual el peluconismo portaliano había establecido su casi completa hegemonía sobre los sistemas políticos y sociales de alguna coherencia. Véase Edwards (1932), p. 11. Casi todos los más importantes actores políticos que aparecerían en las próximas décadas para crear y dirigir los distintos partidos políticos -los futuros Conservador, Nacional, Liberal y Radical, desde Tocornal a Montt, de Gallo a Matta- saldrían de las filas de los pelucones.

2. LA FISURA

El consenso pelucón fue roto irreparablemente por la erupción del conflicto clerical-anticlerical en la década de 1850. Las líneas de batalla de esta fisura entre la Iglesia y las elites del Estado, que se había filtrado bajo la superficie por varias décadas, se sobreponía a un conflicto político fundamental anterior entre las elites chilenas: el conflicto entre quienes (los pelucones) favorecían un Ejecutivo fuerte y quienes (los pipiolos) apoyaban un régimen parlamentario. Como vimos más arriba, este conflicto anterior se tradujo, hacia fines de la década de 1840, en una batalla por los cargos y beneficios políticos, es decir, una lucha entre los que tenían cargos ejecutivos y controlaban los recursos políticos derivados de esos cargos (a los que me referiré más adelante como "los de adentro"), y los que aspiraban a adquirir dichos cargos ("los de afuera").

El argumento principal de esta sección es que la cristalización inicial del sistema de partidos en Chile fue en gran parte un producto de la manera en que la fisura clerical-anticlerical intersectaba y atravesaba esta lucha anterior por los cargos públicos a mediados de la década de 1850[91]. Después de explorar el contexto político en que se desarrolló la fisura clerical-anticlerical, analizo el desarrollo de la fisura clerical-anticlerical, y rastreo el proceso por el cual se formaron los partidos a lo largo de un nuevo eje de conflicto.

a. El contexto: la lucha por los cargos públicos

La disputa entre clericales y anticlericales no evolucionó en un vacío político. Como hemos visto, las elites políticas estaban ya divididas en los primeros años de la década de 1850 entre los que detentaban el poder del gobierno, Montt y Varas, y los que buscaban alcanzarlo, Vial y sus partidarios. El desarrollo político del conflicto clerical-anticlerical, y el legado partidario que este conflicto iba a dejar, fue conformado por las líneas de conflicto y los esquemas de alianzas ya trazados por la lucha por los cargos públicos. El hecho que los liberales de Vial (los "de afuera" del gobierno) estuvieran disponibles para formar una alianza política estratégica con los conservadores clericales a fines de la década de 1850 (otro grupo "de afuera" respecto al gobierno), mejoró substancialmente las oportunidades para una oposición parlamentaria exitosa al gobierno de Montt.

Como lo hemos visto, desde los comienzos del período autoritario pelucón en 1830, el poder había estado en su mayor parte concentrado en las manos del Presidente. El conflicto entre "pelucones", que favorecían una presidencia fuerte, centralizada y autoritaria, y "liberales", que apoyaban un régimen parlamentario y

91 Hay un amplio acuerdo entre los historiadores y cientistas sociales sobre lo central del conflicto Iglesia-Estado en la formación inicial del sistema de partidos. Véase Edwards (1932), pp. 155-69; Gil (1962), pp. 14-16; Heise (1976), p. 82; Heise (1974), pp. 206-10; Bravo Lira (1985), p 13; Vial (1986), vol. 1, pp. 38-48; Villalobos (1974), pp. 550-57, esp. p. 554; Eyzaguirre (1967), pp. 109-17; Blakemore (1974), p. 15; Matte Larraín (1916), p. 14; Urzúa (1968), p. 30; Pike (1963), p. 15; Valenzuela, A. (1977a), p. 187; Donoso (1975), p. 152.

descentralizado, se transformó gradualmente en una lucha de poder entre los que detentaban cargos ejecutivos, los "de adentro", y los que aspiraban a detentarlos, los "de afuera". Donoso ha dicho que

> *La Historia del desarollo político de Chile podría resumirse diciendo que consiste en la lucha que se entablará por arrebatar al presidente de la República, jefe supremo del Estado y árbitro de los destinos de la nación, las atribuciones que lo constituían en su soberano con un título republicano, por lograr la independencia del Congreso como medio de llegar a un régimen de equilibrio de poderes, y por derribar, de todo el legado jurídico y espiritual de España, los obstáculos que se interponían para establecer un régimen democrático*[92].

En la segunda mitad del siglo XIX esta lucha entre "los de afuera" del gobierno y "los de adentro" estalló en un conflicto violento en tres diferentes oportunidades: en 1851, 1859 y, finalmente, en la guerra civil de 1891.

Algunos estudiosos de la historia chilena han rastreado las fuentes de la lucha por los cargos públicos a diferencias de intereses materiales y de clase: se requería un Ejecutivo fuerte para proteger los intereses de los terratenientes conservadores de una naciente burguesía basada en la minería[93]. Sin embargo, esta explicación por sí sola aparece insuficiente para dar cuenta de la presencia de una lucha intraelitaria tan intensa y el estallido de una guerra civil en la segunda mitad del siglo XIX. La evidencia disponible sugiere que los intereses materiales de los actores económicos claves de mediados del siglo XIX eran más bien coincidentes que divergentes. El dinámico sector minero que, desde el comienzo mismo del siglo XIX, proporcionó a Chile su principal producto de exportación, no planteó una amenaza directa a los intereses del sector agrícola, económicamente preponderante. Los terratenientes mismos estaban ampliamente involucrados en el negocio de exportación, siendo los productos[94] agrícolas alrededor de un cuarto de toda las exportaciones. Como ha observado Valenzuela, los personajes principales de un sector económico tenían intereses considerables en otros sectores[95]. Frecuentemente se daba el caso que los que habían hecho grandes fortunas en la minería se transformaban en dueños de grandes extensiones de tierra e invertían también en el comercio. Por lo tanto, aunque existían diferencias de origen social y de intereses económicos entre las elites económicas de Chile, es una exageración argumentar que los intereses

---

92 Donoso (1975), p. 98.

93 El ejemplo más prominente es Zeitlin (1984). Otros son Blakemore (1974); Pizarro (1986); Barros et al. (1975); Heise González (1976), pp. 62-64; Ramírez Necochea (1951), pp. 76-77. Otros, como Vial (1986), han sugerido que el Estado chileno en el siglo diecinueve estuvo relativamente libre de conflictos civiles.

94 Véase Valenzuela, A. (1977a), pp. 186-87. También Góngora (1981), p. 73. Este enfoque alternativo de las causas esencialmente políticas de los conflictos armados en el siglo diecinueve es apoyado por Encina (1952); Edwards Vives (1984); Rodríguez Bravo (1888); Jaime Eyzaguirre (1967), y otros. Véase también García de la Huerta (1981), p. 22.

95 La amplia sobreposición de intereses materiales entre el sector agrícola y el minero está bien documentada por Petras, el que muestra la estrecha malla de lazos familiares que unía los distintos intereses económicos (1969, pp. 33, 51-62). Véase también Lechner (1970). J. S. Valenzuela da el mismo argumento, citado por Valenzuela, A. (1977a), pp. 187-88.

materiales divergentes entre las elites económicas y políticas constituyeron en el siglo XIX la base para un conflicto atribuible a la estructura de clases entre una "oligarquía"[96] terrateniente hegemónica y una burguesía en ascenso. Además, aún si estos intereses hubieran reflejado dos grupos sociales diferentes, los intereses mineros y comerciales no eran necesariamente opuestos a los de los grandes terratenientes. Más bien, los tres pilares de la economía chilena, la agricultura, la minería y el comercio de importación y exportación estaban orientados al comercio internacional y compartían un conjunto de intereses que les era común[97].

Aunque los objetivos económicos divergentes de las elites económicas en lucha no pueden dar cuenta por sí solos del estallido del conflicto armado, sería igualmente falso sugerir que los intereses materiales contrapuestos fueron irrelevantes a la lucha. Un conflicto entre elites acerca de intereses materiales ciertamente existió. Sin embargo, sus bases sociales en el siglo XIX se encuentran más bien -al menos parcialmente- en la lucha por el control de los recursos en constante crecimiento que estaban a la disposición del Estado[98]. Como lo observamos más arriba, desde la década de 1830 en adelante, la administración central del Estado, y, más específicamente, el Ejecutivo, poseía un virtual monopolio de vastas cantidades de bienes y cargos públicos. Además, con la adquisición de los ricos territorios salitreros después de la victoria sobre Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico (1879), la Hacienda Pública desbordaba con nuevas fuentes de ingresos. Entre 1879 y 1892 los ingresos se triplicaron en términos absolutos, siendo la mitad del aumento debido al crecimiento de los derechos de exportación[99]. La lucha por los cargos públicos creció paulatinamente durante estos años, en proporción al tamaño de los recursos a disposición del Estado. Así, el conflicto entre "los de adentro" del gobierno y "los de afuera" llegó a ser, hacia fines del siglo, una lucha acérrima y a veces sangrienta entre elites políticas.

A pesar de que la lucha por el control del Estado y sus crecientes recursos fue un rasgo constante de la política chilena en siglo XIX, este conflicto por sí mismo no precipitó la cristalización del sistema de partidos en la década de 1850. La fisura fundamental que formó la base del sistema chileno de partidos no fue una disputa por intereses materiales en sí mismos, sino que giró más bien principalmente alrededor de posiciones diferentes adoptadas en torno a cuestiones ideológicas. La predominante entre éstas fue el conflicto acerca del

96 Yo utilizo el término "oligarquía", como también Collier y Collier, para referirme a elites económicas nacionales y regionales, básicamente elites terratenientes, y aquellas ligadas al sector de extracción minera. Como ellos señalan, "la oligarquía se define tanto en términos de su control sobre esos sectores de la economía como en términos de sus atributos como una elite y sus lazos culturales con las familias prominentes" (1991, glosario, p. 786).

97 Valenzuela, A. (1977a), p. 187.

98 Esta posición es argumentada convincentemente por Góngora (1986) y en Vial (1986).

99 Bowman y Wallerstein han demostrado la dramática transformación de las rentas públicas a consecuencia de la victoria de Chile en la Guerra del Pacífico.

lugar de la Iglesia Católica en la nación Estado que recién adquiría su independencia.

b. El conflicto clerical-anticlerical

El problema de establecer autoridad política legítima y soberana fue la tarea central que confrontó a las elites chilenas constructoras de la nación en el período que siguió a la independencia. Dada esta tarea, el control de la Iglesia, y de los recursos que ésta poseía, tanto materiales como espirituales, se transformó en la preocupación principal de las elites constructoras del Estado. La autoridad de facto sobre la Iglesia continuó siendo atribución del poder Ejecutivo aun después de la independencia, y el control sobre sus bienes, influencia y servicios espirituales presumía que estos eran recursos a disposición del Presidente de la República de Chile. Sin embargo, a medida que las elites del Estado se hicieron más y más secularizadas después de la independencia, se pusieron en acción fuerzas que no podían sino llevar al conflicto entre los representantes de la Iglesia y el Estado acerca de pretensiones de autoridad contrapuestas.

El conflicto entre la Iglesia y el Estado no comenzó a mediados del siglo XIX. Tampoco estuvo el conflicto confinado a Chile[100]. La lucha tenía una larga historia en América Latina desde mucho antes de la guerra de la independencia. Durante el período colonial, la relación legal entre la autoridad civil y la eclesiástica estaba definida por el Patronato Real de las Indias[101]. Como resultado de este acuerdo entre los reyes de España y los Papas, la corona garantizaba un conjunto de derechos y privilegios a la Iglesia en el Nuevo Mundo, a cambio de garantías específicas. Como Sacro Emperador Romano, el rey de España concedía a la Iglesia Católica un monopolio religioso absoluto en toda la América Hispana, como también otros privilegios en el ámbito tanto espiritual como temporal. Por ejemplo, los sacerdotes sólo podían ser juzgados por los tribunales eclesiásticos. (Esta exención clerical de los tribunales civiles se llamaba el fuero eclesiástico). El derecho de familia y parte del derecho civil estaban bajo la jurisdicción del derecho canónico, y las querellas matrimoniales eran resueltas por la autoridad de la Iglesia. La educación religiosa católica, controlada por la Iglesia, era obligatoria para todos los estudiantes, tanto en las escuelas públicas como en las privadas.

---

100 Conflictos entre la Iglesia y el Estado respecto al lugar apropiado de la Iglesia en la sociedad fue una característica común de las políticas republicanas a través de la Europa Occidental. Véase Lipset y Rokkan (1967). La lucha entre liberales y conservadores, enraizada en la Revolución Francesa y la reacción católica contra el secularismo, dieron el contexto para el conflicto en Chile. Véase Heise (1974), pp. 191-98.

101 El Patronato Real de la Indias fue el resultado de muchos diferentes acuerdos y concordatos entre la Corona Española y el papado a través de un prolongado período de tiempo, y sin embargo, fue la tenaz política del Rey Fernando el Católico de obtener el control real sobre la Iglesia durante el período de 1508-11 la que logró el Patronato para la corona. Puesto que éste estuvo basado en prácticas tradicionales y numerosos privilegios, la naturaleza exacta y el alcance del Patronato fue algo extremadamente complicado. Para una descripción de su desarrollo, así como del Patronato Real de España, véase a Mecham (1966), esp. pp. 3-88.

A cambio de estos y otros privilegios, la Iglesia cedía a la corona el control de los nombramientos a la jerarquía eclesiástica y concedía al rey el derecho exclusivo a establecer nuevas diócesis en América Española. Cualquier cambio en los procedimientos eclesiásticos y la promulgación de nuevas doctrinas de la Iglesia requerían el permiso de la autoridad colonial. (Esta provisión se llamaba el exequatur). La corona recibió también el derecho a revisar las sentencias dictadas por los tribunales canónicos a petición de uno de los litigantes, lo que permitía una apelación de una decisión eclesiástica a través de lo que se denominaba recurso de fuerza.

Por razón del Patronato Real, la unión del trono y el altar era más íntima en las colonias españolas que en España misma. En realidad, como lo afirma Mecham, "es difícil concebir una jurisdicción más absoluta que la que ejercían los reyes de España sobre todos los asuntos eclesiásticos de las Indias"[102]. La corona y sus representantes en América llegaron a considerar el control de la Iglesia como un componente esencial y natural del control español sobre las colonias[103].

Las autoridades eclesiásticas y políticas tenían dos interpretaciones diferentes de la naturaleza de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, interpretaciones que tenían implicaciones profundamente diferentes para la manera cómo estas relaciones habían y debían de evolucionar después de la independencia. Las dos perspectivas diferentes se conocían como la "regalista" y la "ultramontana". Dicho brevemente, los regalistas afirmaban que los términos del patronato eran laicos por su origen y, por ende, fundamentados en la autoridad temporal de la corona; de allí el nombre. Por lo tanto, argumentaban, los gobiernos republicanos seculares posteriores a la independencia retenían las prerrogativas reales sobre la Iglesia establecidas por el patronato. Según los regalistas, la Iglesia continuaba gozando de los privilegios establecidos en estos acuerdos. Sus opositores, por el contrario, sostenían que el patronato se fundaba exclusivamente en concesiones pontificias que eran rescindibles y no transferibles. Estos eran llamados ultramontanos, en referencia a su lealtad al Papa. Por lo tanto, para el punto de vista ultramontano, los gobiernos posteriores a la independencia en América no tenían ningún derecho a ejercer la autoridad sobre la Iglesia que había ejercido previamente la corona. Argumentaban que la Iglesia trascendía las pretensiones planteadas por las autoridades civiles. Los ultramontanos buscaban la independencia de la Iglesia de la recientemente constituida autoridad republicana, pero al mismo tiempo insistían en retener su posición privilegiada en las sociedad.

Durante las primeras cuatro décadas que siguieron a la independencia en Chile, ambas partes del conflicto respetaron las normas y prácticas establecidas por el patronato. Aunque la Iglesia había sido abiertamente monárquica durante la guerra de la independencia, la Iglesia en Chile aceptó la tutela de la autoridad

102 Ibid. p. 12.

103 Un bien conocido exponente del regalismo durante el período colonial, Ribadeneyra, describe el Patronato Real de las Indias como la "piedra más rica, la más rica Margarita de su real diadema" (citado en Ibid., p. 12). Para estudios adicionales sobre el Patronato, véase ibid., p. 12, n. 21.

civil, y el Estado reclamó para sí los derechos y responsabilidades del patronato. La Constitución de 1833 reconoció a la religión católica como la única religión oficial de la República (art. 5), e incorporó a las leyes republicanas, sin que mediara ningún debate, los derechos sobre la Iglesia previamente ejercidos por la corona española.

El conflicto entre regalistas y ultramontanos permaneció vivo durante los años que siguieron a la independencia, pero más que nada a nivel del discurso de la elite. En fecha tan avanzada como 1845 había pocas indicaciones, si es que las había, de que esta fisura llegaría pronto a dominar el debate político en Chile por el próximo medio siglo. Así, fue un tanto irónico que en ese mismo año (aplicando los términos del patronato) las autoridades seculares republicanas nominaran a Valentín Valdivieso como arzobispo electo de la Iglesia Católica en Santiago. Valdivieso sería arzobispo de Santiago por más de cuarenta años y, muy al comienzo de su período, se transformó en un ultramontano fanático, y enemigo implacable del patronato.

c. *El desarrollo del conflicto*

Aunque las elites estatales se aferraron a sus pretensiones de autoridad sobre la Iglesia en Chile durante las décadas de 1830, 1840, y 1850, al mismo tiempo el liberalismo europeo vino a dominar el discurso político y social de la era. Esto fue especialmente así en la emergentes instituciones de educación y formación de las elites hacia la mitad del siglo XIX, cuyo símbolo fue el establecimiento formal de la Universidad de Chile en 1843[104].

La influencia creciente del liberalismo y esquemas concomitantes de secularización entre los líderes políticos más jóvenes llegó a ser fuente de preocupación para los jerarcas de la Iglesia, que temían que el producto de esa clase de educación pudiera resultar eventualmente en la erosión de la autoridad eclesiástica[105]. Por ejemplo, durante la década que va de 1835 a 1845, laicos influyentes que ocuparon el puesto de rector del prestigioso Instituto Nacional, entre los cuales se encontraban Manuel Montt y Antonio Varas, dieron pasos importantes hacia la formación de una identidad nacional y secularizada. A medida que las elites estatales se hicieron menos aliadas de la autoridad eclesiástica, las elites de la Iglesia estuvieron menos dispuestas a tolerar que los asuntos eclesiásticos fueran dictados por las autoridades civiles.

---

104 Véase Jaksic y Serrano para una descripción del carácter crecientemente secular y liberal de la educación en Chile y su rol en profundizar amargas relaciones entre la Iglesia y el Estado durante la segunda mitad del siglo diecinueve (1990, esp. pp. 139-44). Véase también a Jaksic (1989), cap. 1, sobre la tendencia hacia la secularización en el pensamiento en Chile entre 1810 y 1865.

105 Varios historiadores chilenos describen la importancia del decreciente rol de la educación religiosa durante este período en la producción de una nueva generación de elites políticas. Gonzalo Vial describe la "generación de 1860" como "sobre todo irreligiosa: militante, sectaria, y anti-católica" (1986, vol. 1, p. 38). Heise también se refiere a este fenómeno: "En materia religiosa la clase alta pierde la perfecta unidad ideológica que mantuvo hasta mediados del siglo. Bajo la influencia del racionalismo, la mayor parte de la burguesía chilena estaba abandonando su sumisión a los dogmas de la Iglesia y se tornó enteramente laica" (1976, pp. 65-69).

En gran medida como reacción al creciente dominio del secularismo liberal en una generación de elites estatales laicas, y al aumento del escepticismo religioso en los círculos más influyentes de la clase política, la jerarquía de la Iglesia adoptó una postura crecientemente ultramontana. Valdivieso propiciaba abiertamente la abolición del patronato, y procuraba cortar todo vínculo con el Estado que implicara una interferencia externa en los asuntos internos de la Iglesia. Al mismo tiempo, sin embargo, Valdivieso argumentaba en favor del derecho de la Iglesia de retener su posición de privilegio en la sociedad. Además del control exclusivo del registro civil, hospitales y servicios de salud, cementerios, y la tutela de la legislación de familia, el arzobispo buscaba extender la influencia de la Iglesia a algunos de los aspectos más importantes de la vida cotidiana. Argumentaba que la Iglesia tenía un derecho natural a la censura religiosa de la prensa, supervisión clerical de todos los aspectos de la educación pública, y un continuo monopolio de todas las formas de culto religioso. Valdivieso presionaba al gobierno para continuar negando a los disidentes religiosos el derecho al culto dominical, aun en privado. Argüía incansablemente que la inmigración de no católicos a Chile fuera prohibida, y que se necesitaban medidas extraordinarias para mantener el catolicismo como religión de la clase gobernante y de la nación chilena[106].

Persiguiendo este último objetivo, Valdivieso intentó mejorar la posición de la Iglesia reforzando el papel de la Iglesia en la educación de las elites políticas. En 1852, Valdivieso propuso poner el instituto educacional controlado por la elite estatal, el Instituto Nacional, bajo la dirección de las autoridades eclesiásticas[107]. Esta proposición fue resistida vehementemente (y con éxito) por el gobierno de Manuel Montt, y redundó en cambio en la separación final de la Iglesia de este establecimiento educacional clave de la elite[108]. Sin embargo, Valdivieso no se rindió. En 1854 logró persuadir al Senado chileno que permitiera -en contra de las objeciones del gobierno de Montt- el retorno de los jesuitas a Chile. Una vez aprobada esta medida en 1855, Valdivieso los autorizó para comenzar la construcción de San Ignacio, un colegio para las elites sociales y políticas chilenas[109].

Valdivieso confió a los jesuitas la tarea de defender a la Iglesia de los efectos dañinos de la secularización. Celosos ultramontanos, los jesuitas fueron hábiles estrategas en el esfuerzo por asegurar la independencia de la Iglesia. En el lapso de unos breves años, Valdivieso -con la ayuda de los jesuitas- logró comprometer a la gran mayoría del clero católico con la causa ultramontana. A

106 La postura de Valdivieso fue parte de un gran cambio en la posición de la Iglesia Católica respecto a la apropiada relación entre la Iglesia y el Estado. Para una descripción de cómo este cambio más general se desarrolló en Chile véase a Heise (1974), pp. 191-269.

107 Esta gestión la describe Encina (1952), vol. 13, pp. 204-5.

108 El seminario había sido removido del Instituto Nacional en 1835. Véase Amunátegui (1891), pp. 38-39, 71, y 86, para un vívido relato de la separación del Instituto Nacional del seminario mayor.

109 Los jesuitas habían ya comenzado a retornar al país en 1835, llegando ese año cuatro sacerdotes y dos religiosos legos. En los años siguientes, a la terminación de San Ignacio, el número de escuelas privadas en Chile creció de 10 a 25, y el número de estudiantes se incrementó de 782 a 1.810. Véase Galdames (1934), p. 66.

medida que las elites empeñadas en la construcción del Estado intentaban extender la autoridad secular del Estado sobre las instituciones sociales chilenas, se dibujaban las líneas de batalla[110].

3. LA COYUNTURA CRITICA (1857-1861)

El período que va de 1857 a 1861 constituye una coyuntura crítica en la evolución del sistema de partidos chilenos. A partir de la mitad de la década de 1850 la fisura clerical-anticlerical llegó a ser la cuestión predominante alrededor de la cual se organizaron los primeros partidos políticos chilenos. En 1856 un acontecimiento aparentemente sin importancia -la exoneración de un sirviente de la Iglesia-, conocida más generalmente como la "cuestión del sacristán", desató un conjunto de consecuencias que resultarían en la formación inicial del sistema de partidos chilenos.

El arzobispo Valdivieso, convencido que los términos del patronato eran desfavorables a la Iglesia, estaba determinado a cambiar la relación entre la Iglesia y el Estado[111]. Después de años de iniciativas destinadas a fortalecer el poder de la Iglesia y a subrayar su independencia del Estado, el arzobispo se aprovechó del relevo de sus deberes de un sirviente de la catedral de Santiago para dramatizar la situación de la Iglesia en las manos del Estado, y galvanizar en apoyo suyo a elementos importantes de la aristocracia católica[112]. Valdivieso, un político astuto, usó este hecho para ampliar el alcance del conflicto entre él mismo y el gobierno de Montt a la sociedad en general y así multiplicar sus posibilidades de éxito en su lucha contra la autoridad del gobierno[113].

La ubicación de la primera coyuntura crítica del sistema de partidos chileno entre los años 1857 y 1861 es confirmada por numerosas fuentes en las ciencias

---

110 Una revisión de los temas de la Revista Católica desde la llegada de la Compañía de Jesús a comienzos de los 50 en adelante confirma la influencia de los jesuitas. Fue bajo su iniciativa que el clero llegó a estar políticamente movilizado en favor de la lucha de la Iglesia por independencia y se formó la Sociedad de Santo Tomás de Canterbury. Más aún, como apunta Heise, en el colegio San Ignacio estrategias y tácticas para contener los avances del liberalismo fueron abiertamente discutidas entre los círculos políticos de elite (1974, p. 208).

111 Aparentemente, Valdivieso poseía una personalidad bastante singular. Edwards lo describe así: "Había heredado de la familia de su madre una extraordinaria inflexibilidad de carácter y un espíritu lógico y consecuente consigo mismo, que lo hizo marchar siempre hacia su fin único sin timideces ni contemplaciones" (1932, p. 159). Edwards no exagera cuando dice de Valdivieso: "pocos hombres han ejercido en Chile una influencia más decisiva y duradera" (Ibid.).

112 Crescente Errázuriz, sobrino del arzobispo y más tarde también arzobispo de Santiago, insiste en que Valdivieso buscó tomar ventaja de un asunto insignificante y absurdo, el despido de un empleado, para combatir los términos del Patronato. El arzobispo no tenía acceso a la opinión pública, y su única voz, La Revista Católica, tenía una muy limitada circulación. El usó este asunto para publicitar la posición de la Iglesia respecto al Patronato. Véase Errázuriz (1934), pp. 110-12. Edwards concuerda con esta interpretación.

113 Respecto al muy importante rol de expandir o contraer el universo político para así controlar el resultado de un conflicto dado, Schattschneider nos dice: "El meollo de la política es, primero, la forma en la cual la gente participa en el desarrollo del conflicto, y segundo, el proceso por el cual la inestable relación entre las personas y el conflicto es controlable. La segunda proposición es consecuencia de la primera. La estrategia más importante de los políticos es la relativa al alcance o extensión del conflicto" (1960, p. 3). Este tema será tratado con más dedicación en la sección final de este capítulo y en el capítulo 5.

históricas y sociales. El connotado historiador chileno Julio Heise González ha dicho que "los partidos políticos -inexistentes hasta el año 1857- cobran amplia personería política a partir de 1861." Y Alberto Edwards, atestiguando la importancia de la controversia del sacristán en la cristalización inicial de los partidos chilenos, ha argumentado agudamente que "un incidente de carácter religioso, tan insignificante en su origen, como transcendental en sus consecuencias, vino, en esos momentos de crisis, a complicar el problema, con una perturbación profunda e incurable". Federico Gil ha hecho la misma observación, afirmando que "la disputa religiosa de la década de Manuel Montt tuvo profundas consecuencias y fue parcialmente responsable de la movilización de la opinión pública, ya que la llamada "cuestión religiosa" constituyó durante muchas décadas y hasta que se desarrolló un nuevo estado social, un problema que las masas comprendían fácilmente, y por lo tanto muy eficaz como bandera política". Germán Urzúa Valenzuela ha afirmado que "la más profunda y grave división que afecta al peluconismo conservador se produce en 1857, como resultado de la franca introducción de la llamada cuestión religiosa en la política. Esta cuestión había determinado ciertas diferencias básicas entre algunos de los grupos actuantes en la anarquía política que termina en 1830, pero en ningún momento tuvo la importancia y la significación que desde 1857 adquiere, a tal punto que este elemento va a ser característico de los años siguientes, absorbiendo espíritus y provocando una polarización de las fuerzas en base, casi exclusiva, de dicha cuestión". Bravo Lira escribió que "el año 1857 es una fecha señalada en la historia de los partidos políticos chilenos. Entonces surgieron los tres primeros que tuvieron larga vida y dilatada proyección. El hecho que dio lugar a su nacimiento fue un bullado conflicto jurisdiccional entre la Corte Suprema y el Arzobispo de Santiago, al que se conoce como la cuestión del sacristán"[114].

Mostraré brevemente en esta sección que, entre 1857 y 1861, la opinión política en Chile llegó a dividirse en tres tendencias políticas distintas a lo largo del eje clerical-anticlerical. Surgieron cuatro partidos políticos distintos para representar estas tres tendencias: Conservador, Liberal, Radical, y, por un período limitado, el partido Nacional. El partido Conservador se formó para defender los intereses de la Iglesia en contra de lo que se veía como interferencia del gobierno de la República. Un grupo de los liberales de Vial, que se había separado de la coalición de gobierno dominada por los pelucones en 1849, cerró filas en 1857 para formar un partido político de oposición coherente. Ese mismo año los liberales se unieron a sus colegas en la oposición, los conservadores, en una alianza electoral para oponerse al gobierno pelucón de Manuel Montt. Este último paso, la formación de una alianza electoral entre conservadores y liberales, provocó a una facción anticlerical entre los liberales a formar un partido separado, el Radical, para expresar con más fuerza su postura anticlerical[115]. El

114 Heise (1982), pp. 58-59; Edwards (1932), p. 180; Gil (1962), p. 14; Urzúa (1968), pp. 30-31; Bravo Lira (1985), p. 13.

115 Los radicales favorecieron una completa separación de la Iglesia y el Estado. Ellos se opusieron a

surgimiento relativamente súbito de una oposición política organizada llevó al gobierno de Manuel Montt a reorganizar su propia base política para defender los intereses de la coalición de gobierno. Los seguidores del gobierno de Montt y Varas, llamados montt-varistas (o nacionales), no se consolidaron nunca plenamente como partido político. A pesar de que la disolución final de los nacionales demoró varias décadas, políticos claves asociados con Montt y Varas comenzaron gradualmente a derivar hacia el partido Liberal cerca del fin de la presidencia de Montt (1851-1861), dejando así sólo tres partidos políticos de importancia[116]. El proceso por el cual tuvo lugar esta cristalización inicial de partidos y de un sistema de partidos, y el impacto que tuvo, constituye el tema de lo que queda de este capítulo.

a. La cuestión del sacristán

En enero de 1856 el sacristán principal de la catedral de Santiago (un sacerdote cuyo deber era supervisar los preparativos litúrgicos de la catedral), de acuerdo con el tesorero de la catedral, expulsó a un subordinado laico por causa de su insolencia. (El sirviente había llamado "hipócrita" y "sacerdote no cristiano" al clérigo, entre otras cosas)[117]. Los canónigos de la catedral, esto es, los clérigos de alto rango de la catedral, con derechos sobre cualquier ingreso que pudiera acceder, se airaron por lo que consideraban una invasión de sus dominios de parte del tesorero. Celosos de su propia autoridad sobre el personal de la catedral, los canónigos determinaron que los actos del tesorero requerían contar con su consentimiento, y rescindieron la acción disciplinaria contra el sirviente. El sacristán rehusó aceptar la decisión de los canónigos, y apeló al obispo, quien confirmó la decisión del sacristán de expulsar al sirviente insolente. A su vez, los canónigos apelaron a la Corte Suprema de Chile, cosa que estaba dentro de los

---

la posición ultramontana pero también se opusieron a la solución regalista de Montt-Varas. A causa de la profundidad de sus compromisos ideológicos rehusaron aceptar alianzas electorales con los conservadores. Una facción liberal, conocida como los "Liberales Sueltos", entre los que se contaba José V. Lastarria, prefirió permanecer independiente tanto de la fusión como de la posición extrema adoptada por el partido Radical. Véase a Lastarria (1968), pp. 174-78.

116 La nomenclatura del período puede ser confusa. A pesar de que Montt se llamaba a sí mismo "conservador" bastante después de 1857, los pelucones pre-1857 deben ser distinguidos del clerical partido Conservador formado en 1857. Los pelucones de Montt no fueron un partido clerical, es decir, ultramontanistas. Si bien es cierto que eran predominantemente católicos, a la vez eran regalistas. Los nacionales o "montt-varistas" se formaron para defender la posición regalista. Véase J. S. Valenzuela (1979), p. 266, n. 1.

117 Yo me he apoyado en varias fuentes, tanto primarias como secundarias, en un intento de determinar la importancia de la cuestión del sacristán. La voz oficial del gobierno, El Araucano, documenta completamente la correspondencia oficial y las posiciones tanto del gobierno como de la Iglesia durante la crisis. Estas relaciones pueden ser encontradas en El Araucano, año 26, Nº 1750, y en El Araucano, año 26, Nº 1751. Interesadamente, el diario oficial del gobierno evita cualquier intento de editorializar sobre el asunto, presumiblemente en un esfuerzo para disminuir su importancia. La Revista Católica, vol. 7, pp. 1617-21, nos entrega un exelente relato de los detalles del caso desde las perspectivas de la Iglesia oficial. En contraste con la publicación gubernamental, La Revista Católica tiende a introducir generosamente comentarios editoriales e injurias. Una buena fuente secundaria es Edwards (1932), pp. 174-201, y Villalobos et. al. (1974), pp. 542-54.

términos permitidos por el patronato[118]. El arzobispo de Santiago, Valdivieso, decidió intervenir en el asunto en nombre del sacristán ofendido. Rehusó reconocer la autoridad de la Corte Suprema en lo que sostuvo era una materia enteramente eclesiástica. Valdivieso insistió en que la Iglesia tenía autoridad para expulsar al sirviente insolente, y airadamente suspendió a los canónigos del ejercicio del sacerdocio. Como lo sabía ciertamente Valdivieso, el asunto no podía terminar allí. Valdivieso estaba abierta y conscientemente cuestionando los términos del patronato y la autoridad de la Corte Suprema del país. La pena por desacato al tribunal, de lo cual se acusó al arzobispo, era el exilio y la privación material de su cargo. Valdivieso apeló de la decisión de la Corte Suprema al Presidente Montt como protector constitucional de la Iglesia. Usando una cuestión tan trivial como el despido de un sirviente de la Iglesia, Valdivieso confiaba demostrar lo absurdo de los términos del patronato, formar opinión pública a su favor, y hacer avanzar su causa en pro de la independencia de la Iglesia[119]. Montt, por el contrario, intentó evitar un conflicto abierto entre la Iglesia y el Estado. Sin embargo, forzado a tomar partido en la tormenta desatada por la controversia del sacristán, Montt escogió apoyar la autoridad de la Corte Suprema, y así confirmar su propia autoridad y la soberanía de la autoridad civil.

Posiblemente, ninguna otra cuestión tenía en el Chile del siglo XIX el potencial para movilizar sectores importantes de la población en un grado comparable al de la disputa clerical-anticlerical. La prensa de Santiago inflamó a la opinión pública de un modo que, por primera vez, movilizó políticamente influyentes sectores de la población a lo largo del eje clerical-anticlerical. Los partidarios del gobierno de Montt y Varas defendían el papel de la autoridad civil, en tanto que los clericales y aristocráticos pelucones (llamados vulgarmente "pechoños" por el gesto piadoso de golpearse el pecho) simpatizaban con el arzobispo. Los liberales, entretanto, adoptaron una actitud "imparcial" de cara a la creciente confrontación entre Manuel Montt (a quien despreciaban), y los que acudían en defensa de la Iglesia (a quienes pretendían utilizar). Veteranos de muchos años de política de oposición, los líderes liberales, tal vez más que nadie, comprendían las profundas consecuencias políticas que podía acarrear la lucha entre la Iglesia y las elites estatales, y esperaban que estos rivales políticos se destruyeran mutuamente en el curso de los acontecimientos[120]. En medio del conflicto, el 31 de agosto de 1856, 82 sacerdotes se unieron para apoyar al

---

118 Una de las facultades de la Corte Suprema era la de conocer de los recursos de fuerza o recurso de apelación en contra de las decisiones de las cortes eclesiales. Una revisión de La Revista Católica en los años anteriores a la erupción de la cuestión del sacristán nos muestra que la apelación vía recurso de fuerza fue un procedimiento bastante común y que ni el recurso de fuerza ni otros aspectos del patronato habían sido formalmente objetados previamente.

119 El texto completo de la carta enviada a Montt el 15 de septiembre de 1856 apareció en El Araucano, Nº 1750, Oct. 9 de 1856. En el número siguiente, 1751, se incluye la respuesta del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción, Francisco Javier Ovalle, en favor de la postura gubernamental. Desde ahí sigue una serie de intercambios epistolares entre ambas partes. Véase también La Revista Católica, vol. 7, p. 1884.

120 Véase Edwards (1932), p. 197.

"asediado" arzobispo y formaron la Sociedad de Santo Tomás de Canterbury[121]. El fin principal de la Sociedad era oponerse a la intervención del Estado en los asuntos internos de la Iglesia, especialmente los procesos legales de la Iglesia. Sus miembros juraban renunciar al recurso de fuerza, es decir, el derecho de apelar de las decisiones de los tribunales eclesiásticos ante las autoridades seculares, y a defender "el dogma de la independencia de la Iglesia en su régimen espiritual"[122]. Los documentos propagados por la Sociedad en esos años ilustran el fervor del movimiento. Un volante publicado en 1857 termina con la frase: "¡Al votar por la oposición, se trabaja por la religión católica!"[123]. Abdón Cifuentes cuenta que "esta sociedad a la que adhirió la mayor parte del clero y que sus adversarios bautizaron con el nombre de Cantorberiana, fue durante largo tiempo el blanco de los odios más violentos de los gobiernistas, porque ella era una protesta permanente contra el absolutismo regalista del Gobierno"[124]. Con el desarrollo de la Sociedad de Santo Tomás de Canterbury, la oposición al gobierno se había institucionalizado oficialmente en la Iglesia por primera vez. En respuesta a este hecho, la Sociedad fue calificada de "sediciosa" y "conspiradora" por El Ferrocarril, el diario de orientación liberal. El periódico argumentaba que los procedimientos de la Sociedad "tendían... a desquiciar el orden público establecido con un levantamiento que excita, alarma y pone en conflicto a las conciencias timoratas"[125]. Además del apoyo brindado por el clero y las elites políticas católicas laicas, el arzobispo gozaba de la aprobación de grandes y crecientes muchedumbres de fanáticos partidarios que se congregaban frente a su residencia, jurando detener cualquier tentativa de forzarlo a dejar el país[126].

Como lo relata gráficamente Alberto Edwards, "grupos numerosos de señoras distinguidas llegaban (a la casa de Valdivieso) vestidas de riguroso luto y anegadas en llanto... un gran número de caballeros entraban y salían con la tristeza pintada en el rostro, y la indignación mal reprimida en el alma; muchedumbres compactas del pueblo llenaban el extenso patio y las afueras de la casa arzobispal, deseosas de ver al Padre muy amado y de recibir su bendición antes de su partida"[127]. En medio de los preparativos para su exilio forzado, llegó

---

121 Ibid., p. 190. Según Araneda Bravo este número representa la totalidad del clero de Santiago. En ese tiempo había en Chile sólo 255 sacerdotes (Araneda Bravo (1947), p. 134).

122 La Revista Católica, vol. 7, p. 1651. El artículo da cuenta de los principios fundamentales de la sociedad: (1) El patrón de la Asociación es Santo Tomás de Canterbury (el que fue asesinado al desafiar los deseos de Enrique II). (2) Todos los miembros se comprometen bajo juramento a no emplear el recurso de fuerza. (3) Los miembros defenderán por todos los medios legales y prudentes el dogma de la independencia de la Iglesia en su autoridad espiritual. (4) Los miembros se comprometen a sí mismos a orar a fin de que el Señor ilumine a los pastores y a los gobernantes católicos para que así éstos puedan contribuir a la felicidad del pueblo.

123 Citado por Heise (1982), pp. 311.

124 Cifuentes (1936), p. 41.

125 Villalobos et al. (1974), p. 554.

126 Anécdotas de esa época hay muchas. La residencia del arzobispo fue rodeada por respetables señoras de la oligarquía que prometían lanzarse al paso de los carruajes que trataban de sacar a Valdivieso quien fue, para todos los efectos, a lo menos tan obstinado como su mayor oponente, Manuel Montt (Errázuriz (1934), p. 116).

127 Edwards (1932), p. 187.

a saberse que el gobierno había logrado negociar un compromiso y así disipado el conflicto. Siguiendo el consejo del antiguo amigo y Ministro del Interior de Montt, Antonio Varas, los canónigos habían retirado su apelación a la Corte Suprema. Puesto que el arzobispo de Santiago no enfrentaba ya la destitución, la querella del sacristán había llegado a un fin no conclusivo.

Sin embargo, el conflicto iba a dejar una marca indeleble en el emergente sistema de partidos. La batalla terminó por destruir el consenso pelucón y, en el espacio de unos pocos años, tuvo el efecto de reorganizar en forma permanente la política chilena. El arzobispo Valdivieso reunió en torno suyo a la mayoría de la aristocracia pelucona para defender los privilegios de la Iglesia y luchar por su independencia frente a los designios de los regalistas. En julio de 1857, por insistencia de Valdivieso, la facción clerical disidente del peluconismo estableció una junta directiva, primer paso hacia la constitución formal de un partido político[128]. Autodenominándose "Sociedad de Amigos del País", se formó un grupo de católicos laicos para organizar la defensa de la Iglesia, que había de llegar a ser el partido Conservador[129]. Como reacción a estos pasos del arzobispo y sus amigos pechoños, los pelucones que eran leales a Montt (y a su Ministro del Interior, Antonio Varas) formaron el partido Nacional (o montt-varista)[130]. En diciembre de ese mismo año, 1857, algunos elementos de la oposición liberal constituyeron una junta directiva para el trabajo electoral y dieron forma oficial a su partido, el partido Liberal[131]. La aparición de El

128 Villalobos et al. (1974), p. 554.

129 Para una descripción de la fundación de la sociedad, véase a Cifuentes (1936), vol. 1, pp. 127-44. Es ilustrativo revisar los discursos dados en la sociedad durante su existencia desde 1857 a 1871. Véase a Cruz (1872), pp. 65-68; y Cifuentes (1872).

130 Los montt-varistas fueron un partido muy débilmente organizado. Un artículo titulado "Partidos Políticos" publicado en el periódico liberal *El Bien Público*, Nº 8, octubre 7, 1863, apoya esta opinión. El artículo dice: "El montt-varismo, en mi opinión, no es un partido político. En él no descubro doctrinas o principios, sólo veo hombres reunidos alrededor de Montt y Varas, algunos por amistad, la mayor parte por gratitud hacia los favores que éstos les dispensaban mientras estuvieron en el mando, no en atención a sus méritos, sino a su adhesión. Es más un círculo político que un partido". Este tema se repite en *El Bien Público,* Nº 12, octubre 21, 1863, y en otros artículos a través de este período. Aunque ellos compartían el mismo nombre, este partido no debe ser confundido con el partido Nacional formado en 1966.

131 La fecha exacta de la formación de los liberales como partido no es tan clara como en los otros partidos. En palabras de Urzúa, "Los historiadores no concuerdan en cuando el partido Liberal emergió como un partido, a diferencia claramente de los conservadores, nacionales y radicales. Algunos sostienen que sólo después de 1857 éste viene a ser un partido. Anterior a esa fecha sólo existía como una expresión ideológica, sin conformar una organización partidaria estable" (1968, p. 25). José V. Lastarria, sin embargo, sobreentiende una fecha previa para la primera formación del partido Liberal. Véase a Lastarria (1968), pp. 174-77. Véase también Matte (1916), p. 4; Edwards (1932), pp. 13-28. Aunque en un punto Lastarria sugiere que el núcleo del partido fue formado en 1849 (p. 177), también menciona que para 1851 éste no estaba todavía "consolidado" como un partido político (p. 178). A pesar de que facciones liberales habían estado colaborando entre sí desde la expulsión de Vial en 1849, yo no estoy convencido por el argumento presentado por varios historiadores que los liberales no constituían un partido político identificable hasta diciembre de 1857. Por ejemplo, Edwards sostiene que antes de 1857 "los liberales de 1849 constituyen un grupo bastante reducido, y que no afirma su existencia por una acción política continuada de estilo moderno. Son poco más que individuos dispersos y desalentados; carecen aún de raíces en el país, y no han organizado siquiera una campaña de opinión" (1984, p. 118). Véase también Eyzaguirre (1967), p. 109.

Conservador, órgano oficial de la facción ultramontana, y de El País, de los liberales, ocurrida en ambos casos en 1857, proporcionó un impulso importante a la cristalización de partidos organizados de oposición[132]. Montt se encontró súbitamente intentando gobernar contra la oposición de los liberales (originados en la escisión de Vial en 1849), que ya le eran hostiles, y sin el apoyo de la mayoría de la aristocracia pelucona.

b. La institucionalización de las oposiciones de partidos

La división entre clericales y anticlericales dentro del peluconismo se reflejó inmediatamente en el debate parlamentario. En agosto de 1857 el Senado, dominado por la oposición, aprobó una moción para postergar la discusión del presupuesto hasta que el Presidente Montt hubiera resuelto el conflicto entre el Senado y su Ministro del Interior (y seguro sucesor), Antonio Varas. El autor de la moción presumía claramente que los acontecimientos políticos recientes habían cambiado el carácter de las relaciones políticas de poder, particularmente la relación entre la legislatura y la presidencia. Como afirmó el senador Lazcano:

> *el Senado desea que el Presidente de la República tenga Ministros que le ayuden a gobernar, i que no sean simples oyentes, sino hombres de consejo; en una palabra, desea que no sea uno solo el hombre que dirija los destinos del país*[133].

Se trataba de una situación substancialmente nueva. Lo que Lazcano y otros miembros de la oposición política en el Senado chileno estaban propiciando era una mayor representación de su punto de vista dentro del gabinete del Presidente. La terminología y las tácticas de un régimen parlamentario eran cada vez más evidentes después de 1857. A su vez, la introducción de prácticas parlamentarias, reforzadas por las agudas divisiones dentro del peluconismo, permitieron gradualmente al sistema de partidos desarrollar raíces fuertes y perdurables dentro de la sociedad civil en el curso de las décadas que habían de seguir. La consecuencia política más inmediata de la fisura clerical-anticlerical fue la división del bloque pelucón dominante en el gobierno en dos facciones políticas diferentes: los ultramontanos y los regalistas. Los conservadores de reciente formación eran clericales, mayormente aristócratas, y estrechamente identificados con la Iglesia Católica. El líder no declarado del partido Conservador era el arzobispo de Santiago. Bajo la guía del arzobispo Valdivieso, el partido adoptó un perfil que negaba abiertamente el patronato y juraba luchar

---

132 El 3 de agosto de 1857 el diario de oposición liberal, El País, publicó un artículo elogiando la aparición de un nuevo periódico de la oposición clerical, El Conservador, cuya primera fecha de publicación fue el 1 de agosto de 1857. El artículo se refiere al nacimiento de un nuevo "partido político," el Conservador. Véase Villalobos et al. (1974), p. 554.

133 Una proposición hecha por Fernado Lazcano Mujica, Senador por San Fernando desde 1852 a 1861. Tomado de Sesiones Parlamentarias de la Cámara de Senadores, sesión 25, agosto 12 de 1857. En la sesión anterior, la Nº 24, se encuentra la moción de Lazcano de demorar la discusión del presupuesto presentado por Montt.

contra toda intervención del Estado en asuntos de la Iglesia. Los jesuitas se convirtieron en la mayor fuente de ideología para el partido político naciente, formando grupos de líderes y militantes del partido, mayormente a través de sus colegios. El clero, a su vez, se esforzaba por crear un clima político favorable a los conservadores desde el púlpito y el confesonario. La postura cada vez más política de la Iglesia ha sido descrita vívidamente por Julio Heise:

> *[La Iglesia] no sólo empleará, sino que perfeccionará las mismas tácticas, los mismos métodos de lucha política empleados por las demás agrupaciones partidarias. Sin reserva mental alguna, el clero practicó en gran escala la intervención electoral, el cohecho, el asalto a las mesas receptoras, la falsificación de actas de escrutinios, la presión moral. Favorecido todo ello, con el prestigio del hábito*"[134].

Al identificar la causa de la Iglesia tan estrechamente con el partido Conservador, Valdivieso no sólo captó una leal base electoral para los conservadores, sino que también, al mismo tiempo, definió la arena política para sus adversarios.

c. *Esquemas emergentes de alianzas entre partidos*

Desde el punto de vista de la interacción estratégica entre las elites políticas chilenas, la formación del partido Conservador en 1857 representó una verdadera revolución. La Iglesia, con sus ingentes recursos para la legitimación política, comenzó a intervenir activamente en el proceso electoral a favor de un solo partido político, un partido que se encontraba en la oposición al gobierno. Aunque el partido era estrictamente católico y buscaba sobre todo mantener la posición de privilegio de la Iglesia, abarcaba una mezcla ideológica un tanto heterodoxa, que combinaba una filosofía económica liberal con un sesgo político antiautoritario. En términos de filosofía política, los conservadores estaban más cerca ideológicamente de los liberales del partido de oposición que de los montt-varistas.

Luego de la división dentro de los pelucones gobernantes en 1857, los partidos de oposición quedaron con una mayoría de dos tercios en el Senado. Esto se debió al hecho que sólo un tercio del Senado era elegido en cada elección, y, por lo tanto, incluía todavía miembros de la coalición liberal que había armado Vial varios años antes[135]. A estos elementos liberales de oposición se unían ahora lo más bien numerosos miembros del recientemente formado partido Conservador. Existían claros incentivos para que los liberales del partido

---

134 Heise (1974), p. 209. Este punto es corraborado por otras fuentes; véase esp. Krebbs (1981), p. 25.

135 El período determinado para los senadores en la Constitución de 1833 era de seis años. El artículo 26 establecía que los senadores ordinarios fueran renovados cada tres años de la siguiente manera: Las provincias que eligen un número par renovarán la mitad de su número en la elección que tome lugar cada tres años; aquellas que elijan un número impar harán la renovación en los primeros tres años, dejando para la próxima elección trienal los senadores impares no renovados anteriormente. Véase Hancock (1893), Apéndice.

de oposición y los conservadores unieran sus fuerzas contra el gobierno de Montt. Casi inmediatamente después de la división de 1857 dentro del peluconismo, los liberales y los conservadores colaboraron para apoyar medidas de oposición a Montt. Su primer esfuerzo en común consistió en asegurar la aprobación del Senado para una ley que otorgaba amnistía general a los que habían participado en la rebelión de 1851 contra el gobierno de Montt (y "pequeños motines posteriores"). A pesar de las enérgicas objeciones del gobierno de Montt (y, tal vez, en gran medida por eso mismo), la ley de amnistía fue aprobada por ambas ramas del Congreso y enviada al Presidente. Sin embargo, Montt rehusó firmar la legislación, y en cambio aprobó una ley bastante más débil que otorgaba amnistía sólo a un pequeño número de los rebeldes. La negativa de Montt a promulgar la ley de amnistía provocó la formación de una alianza por miembros de la oposición (tanto liberales como conservadores) para oponerse a las "tiránicas" actuaciones de la administración de Montt[136]. Como resultado de las acciones concertadas de liberales y conservadores en el Congreso, los esfuerzos del gobierno por recibir aprobación parlamentaria del presupuesto de 1858 se vieron exitosamente frustrados[137]. Una vez más se trataba de una situación fundamentalmente nueva. Utilizando coaliciones estratégicas, tanto liberales como conservadores se dieron cuenta de que los objetivos del gobierno pelucón podían ser efectivamente impedidos en el Congreso.

Debería recordarse que los orígenes del partido Liberal precedían la división entre clericales y anticlericales al interior de los pelucones en 1857, y en gran parte no estaban relacionados con ella. Por causa, en gran medida, de que los liberales habían sido convocados originalmente sobre la base de una lucha por los cargos y beneficios públicos, su débil perfil ideológico les permitía "escoger" una postura de cara al conflicto clerical-anticlerical según la toma de posición estratégica del partido. A pesar de la mayor afinidad natural con la posición del gobierno en la cuestión clerical-anticlerical, la antipatía personal hacia Montt de parte de las elites del partido era tal, que la idea de contemporizar en la cuestión religiosa era mucho menos onerosa para ellos que la unión de fuerzas con los montt-varistas, especialmente después de los sangrientos acontecimientos de 1851. Los estrategas liberales, como Santa María, argüían que la reforma religiosa podía esperar. Mientras tanto, argumentaba, las divisiones religiosas dentro del peluconismo podían ser explotadas para ventaja del partido Liberal[138].

Por lo tanto, el partido Liberal se mantuvo generalmente distante de la intensa lucha ideológica entre las elites de la Iglesia y del Estado. En enero de 1858 los conservadores y los liberales forjaron una "alianza no ideológica", la

136 Matte Larraín (1916), pp. 15-24.
137 Véase J. S. Valenzuela (1979), pp. 266-67.
138 Esta interpretación sigue estrechamente la que se encuentra en Edwards (1932), pp. 192-97. Edwards es especialmente insistente en el rol crucial jugado por Santa María en la conformación de la estrategia liberal respecto al conflicto religioso.

fusión liberal-conservadora[139], con el propósito de oponerse al gobierno de Montt en el Congreso. Al formar la fusión, conservadores y liberales se unieron exclusivamente para los fines de maximizar su fuerza política combinada. Ambos partidos acordaron hacer campaña a través del país con una lista común de candidatos, compartiendo el mismo comité directivo de la campaña electoral. Por primera vez en Chile los partidos políticos de oposición se unieron en una estrategia electoral organizada para oponerse al dominio del gobierno sobre el proceso electoral. Estos desarrollos tuvieron el efecto de elevar enormemente la importancia y consecuencias de las elecciones legislativas de 1858. Para los elementos más doctrinales del partido Liberal, la formación de una alianza política oportunista con el partido Conservador clerical era ideológicamente inaceptable. Aunque buscaban oponerse a Montt, rehusaban ensuciarse en un pacto político con el partido de la "retrógada" Iglesia Católica. Su resolución no se vio sino reforzada por lo que se percibía como el *chauvinismo* e intransigencia de la actitud del arzobispo Valdivieso en la reciente cuestión del sacristán, buscando perpetuar los privilegios y el poder de la Iglesia Católica. Así, una vez que los líderes liberales acordaron formar una alianza política con los conservadores, los liberales doctrinarios se separaron del partido" para formar lo que llegaría a ser el partido Radical[140]. En octubre de 1858 apareció el primer ejemplar de *La Asamblea Constituyente*, el periódico que había de ser el órgano oficial de los elementos jóvenes y reformistas de los liberales que habían de unirse más tarde para formar el partido Radical. Sin embargo, no fue sino cinco años después, en 1863, que los radicales llegaron a ser una organización política cohesionada, elaborando un programa de partido vehementemente opuesto a los intereses del clericalismo[141].

---

139 Como Edwards señala, "La fusión, en razón de estar compuesta por heterogéneos elementos ultraconservadores y liberales, fue incapaz de forjar un posición doctrinaria común. Se caracterizó por vagas declaraciones que cada facción podía interpretar según sus deseos. La fuerza real que los unía fue su odio común en contra de Montt" (1932, p. 223). Para una descripción completa del período, véase Ibid., pp. 201-23. Mientras que el rol de Santa María en favor de los liberales es claro, el de los personajes claves en el caso de los conservadores lo es menos. Edwards sugiere que la politización provocada por Valdivieso de la cuestión del sacristán fue con la intensión de provocar como consecuencia la fusión. Desafortunadamente el rol exacto jugado por Valdivieso en la formación de la fusión no está bien documentado. Véase ibid., p. 185.

140 La fecha precisa de la formación del partido Radical es difícil de determinar. Heise y otros sostienen que "se fundó en 1857 por el ala izquierda del partido Liberal que estimó inaceptable la fusión liberal-conservadora" (Heise 1982, p. 321). Esta visión es apoyada por J. S. Valenzuela (1979), p. 265. No obstante, durante los primeros 25 años los radicales no tuvieron un liderazgo partidario centralizado sino que más bien se sentían orgullosos de la autonomía de sus asambleas locales: Copiapó (1853), La Serena (1864), Santiago y Concepción (1865). Aunque los radicales no aparecieron con una plataforma y una organización nacional hasta 1888, la evidencia disponible sugiere que para 1863 el partido había desarrollado una cohesiva, si bien descentralizada, estructura organizacional de carácter nacional. Véase a Heise (1982), p. 321.

141 Véase a Teplizky (1979), pp. 58-60. Una revisión de los periódicos de la época indica que los radicales se definían esencialmente a sí mismos como opuestos al partido Conservador y su clericalismo, postulando la completa separación de la Iglesia y el Estado. Para un estudio detallado de la posición de los partidos Conservador, Liberal y Radical sobre el conflicto clerical-anticlerical, véase a Krebbs (1981), esp. el artículo de Arancibia, "El pensamiento Radical frente al Estado y la Iglesia", pp. 183-211.

Aunque la campaña de 1858 llegó a ser la primera campaña electoral genuinamente competitiva en la historia de Chile, la intervención del gobierno de Montt en el proceso electoral logró transformar la contienda en una victoria abrumadora para los candidatos del gobierno"[142]. El gobierno hizo avances considerables en ambas Cámaras del Congreso, y, en la Cámara baja (que, a diferencia del Senado, renovaba todos sus miembros en la elección), obtuvo una mayoría de 58 diputados. Los partidos de oposición en conjunto sólo eligieron 14[143]. A pesar de la derrota, se había formado una oposición política comprometida y organizada.

Las dimensiones de la derrota en las elecciones de 1858 llevaron a algunos elementos dentro de las fuerzas de oposición a cuestionar la viabilidad de una oposición electoral al gobierno. La aparente falta de disposición del Ejecutivo para renunciar a su control del aparato electoral llevó a influyentes caudillos políticos regionales de oposición hacia la rebelión armada por segunda vez en menos de diez años. En 1859, con el apoyo tácito de autoridades de la Iglesia[144], grupos de oposición que incluían a radicales, liberales y conservadores, se alzaron en armas contra el gobierno de Montt. Por segunda vez, en una década, sus esfuerzos fracasaron. La experiencia de una resistencia armada unida, sin embargo, pagaría dividendos más tarde a las elites políticas de oposición en la forma de una capacidad aumentada de cooperación política, a veces a pesar de diferencias doctrinales[145].

En resumen, antes de la cristalización del sistema de partidos inicial entre 1857 y 1861, las elites políticas chilenas estaban básicamente divididas en dos campos: entre los que querían asegurar para Chile una presidencia fuerte, centralizada, autoritaria, y otros que eran partidarios de una forma de gobierno más descentralizada, parlamentaria. Después de la victoria pelucona en la batalla de Lircay de 1830, el primer grupo, el de los que favorecían una presidencia fuerte, consolidó su control sobre la joven república e institucionalizó el nuevo régimen en la Constitución de 1833. Aunque la oposición política a los

---

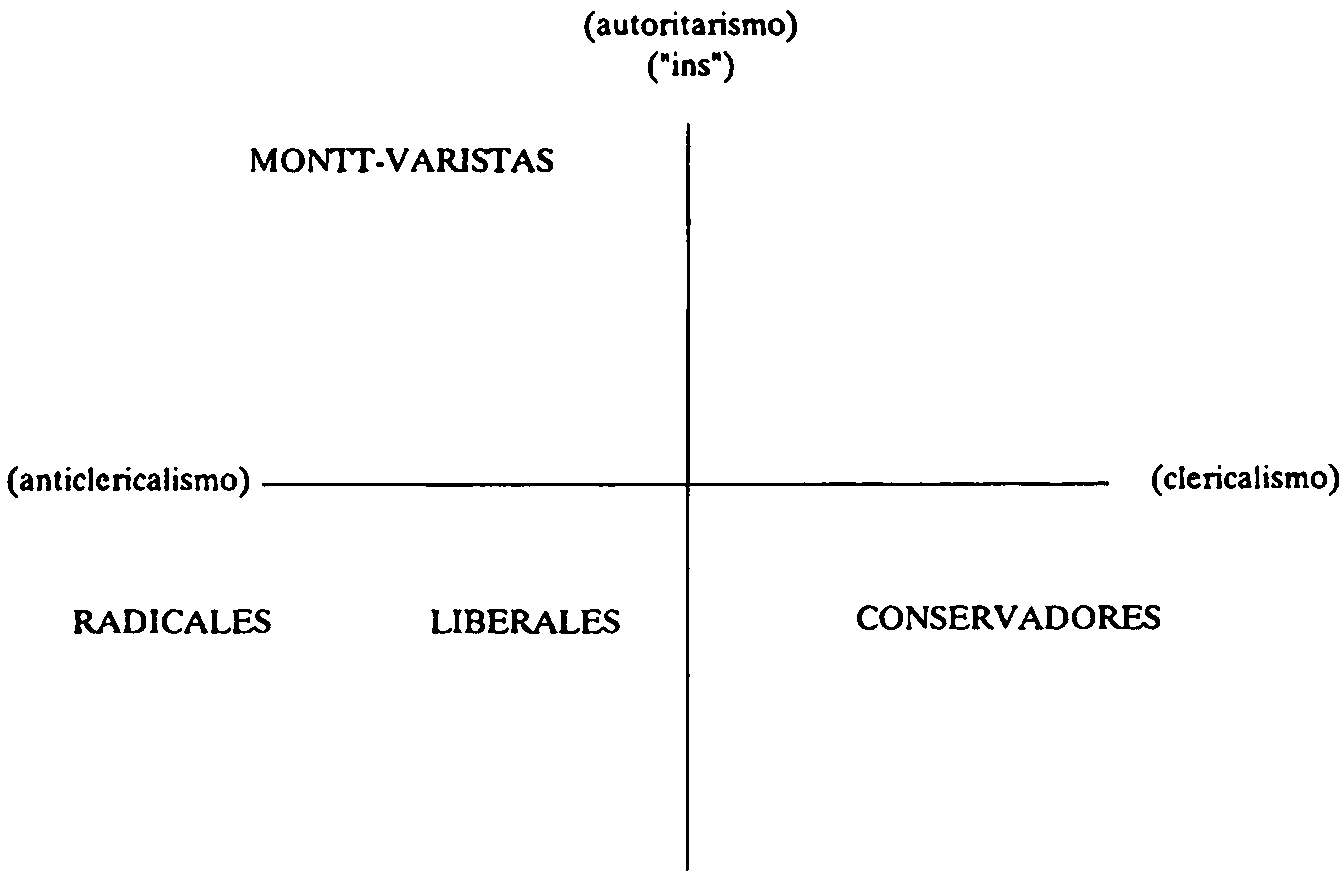
142 Edwards sostiene no sólo que la elección de 1858 fue la más competitiva habida hasta ese entonces en la historia chilena sino que ese proceso fue el más libre de intervención del Ejecutivo hasta la elección de 1891 (1932, p. 227). Este segundo juicio es probablemte exagerado. Véase a J. S. Valenzuela (1979), p. 267.

143 Heise (1982), p. 20. J. S. Valenzuela contabiliza las victorias gobernamentales en un número menor, 55, y en 17 los avances de la opocisión (1979, p. 267). La discrepancia se debe probablemente a defecciones previas o posteriores a la elección o a diferencias en la contabilización de las listas independientes.

144 El apoyo dado por la Iglesia a los rebeldes en 1859 es algo difícil de documentar; sin embargo los antecedentes indican un apoyo activo de parte de elementos del clero y un tácito apoyo por parte de Valdivieso. Vergara Antúnez utiliza un fuerte lenguaje para defender la intervención de Valdivieso en la guerra civil de 1859 (1906, vol. 2, p. 106). Astorga sugiere que Valdivieso conscientemente buscó el otro camino cuando los clérigos se unieron en resistencia armada contra Montt. Véase Astorga (1902), vol. 3, p. 396; Encina (1952), vol. 8, p. 232.

145 Líderes del partido Radical, tales como los hermanos Gallo en el norte, Matta en Santiago, Ramón Vallejos en Talca, y Horacio Manterola en Valparaíso, constituyeron el liderazgo principal de la rebelión de 1859. Véase a Teplizky (1979), p. 59. La oposición común contra Montt provó ser más fuerte que la natural antipatía que coservadores y radicales se tenían mutuamente. Fue el crisol del conflicto lo que más tarde sirvió a los líderes radicales como incentivo para cooperar con los conservadores en la reforma electoral de 1874.

Figura Nº 2.1. Definiendo el horizonte político



Nota: La lucha por los cargos públicos y el conflicto clerical-anticlerical. El area dentro de la figura representa el horizonte político y está dividida por los dos ejes básicos del conflicto del período. El eje horizontal representa el conflicto entre clericalismo y anticlericalismo, y el eje vertical la lucha entre aquellos que estaban en posesión de los puestos públicos ("ins") y aquellos que buscan conseguirlos ("outs"). Mis agradecimientos a Samuel Valenzuela, el que sugerió graficar el horizonte político de esta forma, tanto para este período como para los períodos posteriores descritos en las figuras 3.1 y 4.1.

pelucones se dispersó y desorganizó durante lo que se llama generalmente la "república autoritaria" (1833-1861), el conflicto político entre los políticamente "de adentro" y los "de afuera" formó una fuerte corriente política subterránea durante los últimos años de la década de 1840 y la década de 1850. Aunque esta lucha no dejó ningún legado de partido institucionalizado, sí precipitó la formación de un grupo levemente organizado de liberales de oposición. Fue la continua lucha entre los líderes de la Iglesia y del Estado sobre el lugar de la Iglesia Católica en la sociedad lo que eventualmente provocó la cristalización del sistema de partidos. En un esfuerzo por dramatizar su argumento en favor de la independencia de la Iglesia, el arzobispo Valdivieso explotó un acontecimiento relativamente insignificante para movilizar el apoyo de importantes elementos de la población católica. El partido Conservador se formó para defender los

intereses de la Iglesia y protegerla de la interferencia del Estado. Los liberales, buscando obtener ventajas de la presencia de la poderosa elite católica conservadora en las filas de la oposición, entraron en coalición para formar una oposición política más coherente al gobierno de Montt. La formación de un tercer partido, el Radical, fue precipitada por la alianza electoral de liberales y conservadores, que los liberales doctrinarios sintieron como una traición a los principios liberales. Así, en Chile (como también sucedió en Argentina, Francia, Italia y España), la posición anticlerical extrema fue ocupada por un partido Radical[146]. Los seguidores del gobierno de Montt formaron la facción montt-varista, en un esfuerzo por continuar la tradición pelucona autoritaria y patronatista. La Figura 2.1 ilustra la distribución del espacio ideológico tal como fue definido por la lucha previa por los cargos y beneficios públicos, atravesada por la fisura clerical-anticlerical entre 1857 y 1861.

Como lo indica la figura, la tradición pelucona después de 1857 se dividió en dos facciones: los montt-varistas anticlericales y los conservadores clericales. Entre los partidos de oposición, los radicales asumieron la posición extrema en el eje anticlerical. Los liberales adoptaron una postura pragmática a la fisura clerical-anticlerical y pudieron, por lo tanto, ocupar la posición del medio en la cuestión doctrinal. Como lo ilustra la figura 2.1, los tres partidos que habían de perdurar (el Conservador, Liberal y Radical) eran "de afuera" del gobierno durante la década de 1850. Y, sobre la base de su estatuto común como partidos de oposición "de afuera" durante los primeros años de formación de partidos, los partidos que se oponían en cuestiones doctrinales encontraron razones para colaborar.

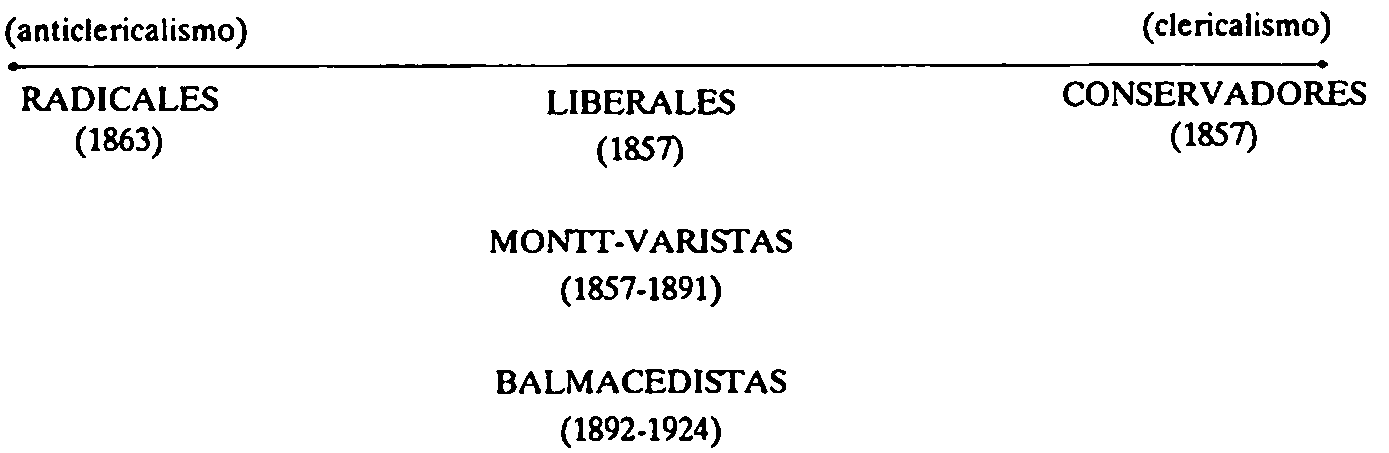
4. EL SISTEMA DE PARTIDOS RESULTANTE (1861-1920)

Sería difícil exagerar la importancia de la fisura clerical-anticlerical en cuanto dio forma a actitudes y conductas políticas en el Chile del siglo XIX. Sobre la base de esta fisura generativa, el sistema de partidos se dividió en tres tendencias políticas distintas. Desde 1861 hasta 1920 los conservadores clericales y los radicales laicos constituyeron los dos extremos; los liberales (acompañados en diferentes momentos por los montt-varistas o nacionales, y balmacedistas o liberales democráticos) vinieron a ocupar el centro[147]. Las posiciones que los partidos adoptaron respecto de este conflicto proporcionó un elemento clave de su identidad medular que permaneció esencialmente inalterado hasta la segunda

146 En otros países de Latinoamérica, tales como Colombia o Uruguay, las elites respondieron a este conflicto generando dos partidos, el Liberal (o colorados en Colombia) y el Conservador (o blancos en Uruguay), lo que correspondía a los menos en parte al conflicto clerical-anticlerical. Véase Bushnell y Macauley (1988), p. 35.

147 Desde 1861 a 1920 los liberales compartieron el centro con dos grupos partidarios personalistas, primero los montt-varistas y, luego de la guerra civil de 1891, los balmacedistas o liberal demócratas. Estos últimos fueron seguidores del fallecido Presidente Balmaceda, el que se suicidó luego de haber perdido la guerra. Ambas agrupaciones políticas estaban ubicadas cerca de los círculos del poder, o lado autoritario del espectro político.

Figura Nº 2.2. El conflicto religioso y la evolución partidaria (1957-61)



década del siglo XX. La Figura 2.2 ilustra esta configuración inicial del espectro de partidos a medida que se organizó a lo largo de una única dimensión de oposición (predominante), el eje del conflicto clerical-anticlerical.

¿Por qué fue esta distribución inicial tripartita de partidos tan extraordinariamente perdurable? ¿Cómo pudieron estas nuevas relaciones políticas, muy especialmente la creciente importancia de los partidos políticos en el Congreso frente a la presidencia, ser tan exitosamente institucionalizadas? En esta sección final exploro el proceso por el cual nuevos esquemas de oposición de partidos fueron reforzados por desarrollos institucionales. En seguida analizo las estrategias de coalición y alianza adoptadas por las elites de partidos para consolidar y expandir las nuevas oportunidades electorales. Finalmente sigo la conducta del partido Liberal en el centro de la arena de partidos, y analizo el papel que jugó dentro del sistema de partidos en su globalidad durante este período.

a. Las instituciones políticas en proceso de cambio

Si 1857 marcó una transición clave en el surgimiento de los partidos políticos en Chile, 1861 representa una fecha crítica para su consolidación inicial. El surgimiento de partidos más o menos coherentes unos años antes comenzó a reflejarse en transformaciones fundamentales en el equilibrio de poder entre las instituciones políticas chilenas, particularmente entre la presidencia y el Congreso. El año 1861 marca la transición desde la república autoritaria al surgimiento gradual de un nuevo estilo de política competitiva mediado principalmente por partidos políticos. A partir de ese año, con la presidencia de José Joaquín Pérez, tanto los partidos de gobierno como los de oposición habían de asumir un papel cada vez más activo en el desarrollo de un sistema de gobierno basado en complejas acomodaciones y compromisos intraelitarios.

Como hemos visto, después de que la intervención del gobierno en las elecciones parlamentarias de 1858 impidiera a los partidos de oposición obtener

una representación equitativa, ciertas fuerzas de oposición dentro de la fusión liberal-conservadora, como también otras fuerzas antiMontt, emprendieron una resistencia armada al gobierno. Si bien las fuerzas del gobierno lograron sofocar la rebelión de 1859, la oposición estaba lejos de quedar eliminada. Facciones poderosas dentro de la oligarquía (especialmente la aristocracia católica) se encontraron entonces aliadas a los opositores de Montt. Se había logrado un grado de equilibrio entre las fuerzas políticas. La institucionalización de la política de partidos competitiva fue facilitada en el Chile del siglo XIX por el hecho que ni el gobierno ni sus opositores tenían la fuerza necesaria como para aniquilarse el uno al otro[148].

Enfrentado a la infatigable oposición de figuras poderosas de la sociedad chilena a fines de su período, en 1859, el Presidente Manuel Montt decidió abandonar su apoyo a la candidatura de su amigo y controvertido Ministro del Interior, Antonio Varas, en favor de José Joaquín Pérez. Pérez, personaje que no provocaba antipatía ni tampoco inspiraba gran devoción, representaba claramente un candidato de compromiso. El septuagenario Pérez fue elegido sin oposición, y dentro de un año formó un gabinete de coalición compuesto enteramente de miembros de la oposición a Montt dentro de la fusión liberal-conservadora. Los partidarios de Montt y Varas, los radicales anticlericales, y elementos no comprometidos del liberalismo (los liberales sueltos), formaban la oposición.

En los años 1861 y siguientes, en algunos años más claramente que en otros, se manifestó una tendencia hacia la aceptación gradual de un sistema de gobierno cuasiparlamentario. Si bien es común fechar el comienzo de este período en Chile a partir de la guerra civil de 1891, se encuentra abundante uso de prácticas parlamentarias a partir de 1861[149]. Desde ese año, los Presidentes chilenos intentaron gobernar formando gabinetes de coalición. Aunque el sufragio estaba extremadamente restringido, por primera vez las fuerzas de la oposición y del gobierno se organizaron para las elecciones a través de partidos en competencia.

---

148 Vial (1986), vol. 1, p. 48. Blakemore sostiene también que, a diferencia de otros países latinoamericanos (con la excepción de Brasil), el antagonismo político en Chile nunca llegó al punto de la aniquilación física del enemigo. Los elementos de la oposición, incluso si tomaban las armas, fueron generalmente exiliados por algunos años pero luego se les autorizaba retornar. Véase a Blackmore (1974), p. 14n.

149 En contraste con estudios más iniciales del desarrollo del régimen cuasi parlamentario en Chile, los que datan su nacimiento luego de la guerra civil de 1891, yo encuentro la interpretación de Heise y otros más persuasiva. Véase a Heise (1974, 1982). Muchas opiniones corroboran la postura de Heise. Jorge Huneeus, profesor de derecho constitucional en la Universidad de Chile, y su sucesor en el puesto, Julio Bañados, consideran que el sistema luego de 1861 fue parlamentario. Huneeus, en *La Constitución ante el Congreso* (1872), afirma que "aun cuando el derecho de nombrar los ministros depende de la voluntad del Presidente de la República... en el sistema parlamentario la Cámara puede acudir a proyectos de ley que hacen que el gobierno tenga un carácter u otro". En *Estudios de Derecho Constitucional Comparado* (1889), Huneeus enfatizó que "con los ministros de despacho el sistema generalmente conocido como el gobierno parlamentario o de gabinete se estableció definitivamente". Bañados concuerda diciendo: "Chile tiene un sistema que es dos tercios parlamentario y un tercio representativo". Ambos son citados por Villalobos et al., p. 681. Domingo Amunátegui Solar sostiene que "Sin duda alguna, no hubo otro [en el cambio a Pérez] que el cambio de régimen político" (1946, p. 158). Véase también Villalobos (1984), p. 25.

Los gabinetes ministeriales llegaron a estar crecientemente dominados por partidos políticos, ante los cuales también respondían. El desarrollo de instrumentos parlamentarios para controlar el poder del Presidente fue una práctica que contrastaba agudamente con la del período anterior a la administración de Pérez. Desde 1861 hasta la guerra civil de 1891, todos los presidentes chilenos -aún los más autoritarios, como Errázuriz, Santa María o Balmaceda- estuvieron obligados a aceptar medidas patrocinadas por los ministerios, que estaban en abierta oposición a las políticas del Presidente[150].

Antes que iniciar el período parlamentario en Chile, la guerra civil de 1891 marcó un intento final de restaurar un sistema presidencial autoritario. Como argumenta Heise.

> *No es posible, pues, seguir afirmando -como lo han hecho hasta aquí todos nuestros historiadores- que el parlamentarismo nació como consecuencia de la revolución de 1891. Al producirse esta crisis política, el gobierno de gabinete era en Chile una realidad indiscutida. La dictadura balmacedista representó un simple accidente en la historia del parlamentarismo liberal; un vano intento de perturbar el inexorable desenvolvimiento histórico*[151].

Las prácticas parlamentarias, entonces, fueron introducidas en Chile bastante antes de su última consolidación en 1891. Puede ser útil describir dos de estas prácticas empleadas por la oposición parlamentaria con frecuencia creciente desde 1861 en adelante: las interpelaciones y las votaciones de censura. Las interpelaciones daban a los legisladores el derecho de interrogar a los ministros del gabinete en ejercicio acerca de su política[152]. Aunque esta práctica comenzó en realidad en Chile durante el gobierno de Bulnes (en 1846), su uso se hizo más frecuente después de 1861. El uso de esta práctica llegó a ser tan aceptado que, hasta la crisis constitucional de 1890, ningún ministro había jamás rehusado este derecho al Congreso. De hecho, la indignación parlamentaria ante la negativa de Balmaceda de reconocer su derecho a desafiar a su gabinete por la vía de la interpelación contribuyó al estallido de la guerra civil el año siguiente.

El segundo instrumento parlamentario que llegó a usarse con mayor frecuencia durante el gobierno de Pérez fue la censura, o votación de falta de confianza. Un voto de censura indicaba una discrepancia entre el gabinete, por una parte, y una mayoría en las dos Cámaras del Congreso, por otra. Era una técnica dirigida especialmente contra la cabeza del ministerio, el Ministro del Interior, y su propósito era obligar a un cambio en la composición del gabinete en

---

150 Por ejemplo, luego de la ruptura de la fusión liberal conservadora en 1873, el gobierno de Errázuriz fue presionado por los ministros Altamirano e Ibáñez a fin de lograr un acuerdo con los radicales y los liberales (oposición) para ampliar la base de apoyo político del gobierno. Errázuriz fue también forzado a promulgar la ley de reforma electoral de 1874. Véase Heise (1982), p. 34.

151 Heise (1974), p. 67. Góngora (1986), p. 50, y Loveman (1979), p. 181, concuerdan.

152 Aunque esta práctica no es exclusiva de los sistemas parlamentarios, ésta tendía a fortalecer la conducta parlamentaria dentro del Congreso, en la cual los gobiernos representaban, o debieran representar, la mayoría en el Congreso.

Cuadro Nº 2.1. Número de gabinetes (1833-1925)

Presidente	*Años*	*Cifra de Gabinetes*
Prieto	1831-1841	4
Bulnes	1841-1851	5
Montt	1851-1861	4
Pérez	1861-1871	6
Errázuriz	1871-1876	5
Pinto	1876-1881	6
Santa María	1881-1885	5
Balmaceda	1886-1891	13
Montt	1891-1896	9
Echaurren	1896-1901	11
Riesco	1901-1906	15
Montt	1906-1910	10
Barros Luco	1910-1915	13
Sanfuentes	1915-1920	13
Alessandri	1920-1925	18

Fuente: Adaptado de Valenzuela, A. (1977a), p. 202.

su totalidad. Aunque el voto de censura se empleó por primera vez en 1849[153], claramente su uso aumentó constantemente después del gobierno de Pérez. Entre 1862 y 1864 la táctica de censura fue usada diversas veces contra el gabinete del gobierno de Pérez encabezado por Tocornal.

El cuadro 2.1 sirve para ilustrar el uso con creciente éxito del voto de desconfianza contra el Ministro del Interior durante el período, que obligaba a un cambio completo del gabinete. El súbito aumento de los cambios de gabinete durante la presidencia de Balmaceda comprueba la opinión de que las prácticas parlamentarias estaban ya en uso antes de la guerra civil de 1891, y que los esfuerzos de Balmaceda para sobrepasar el Congreso encontraron resistencia.

Ayudados por la creciente importancia del Congreso, los partidos políticos experimentaron una importante fase de definición doctrinal y consolidación organizativa interna durante los años que siguieron a 1861. Por ejemplo, a partir de la elección de 1864, los partidos de oposición fueron autorizados por primera vez a dar publicidad a sus campañas. Los diarios de la época muestran que existía, al menos durante la década de 1860, una grado impresionante de libertad de prensa[154]. En 1866, por primera vez, los candidatos fueron proclamados por

153 Esta fue la fecha de nacimiento de la oposición liberal bajo el liderazgo de Camilo Vial. El gabinete estaba presidido en ese entonces por Joaquín Pérez.

154 Esta observación está hecha sobre la base de una revisión de *El Bien Público*, 1863-64, *El Conservador*, 1857 y 1863-64, y *El País*, 1857 y 1863-64.

una convención presidencial. Durante la década de 1860 y comienzos de la de 1870, la oposición política (los montt-varistas y radicales) organizó una nueva forma de movilización política, la "asamblea electoral". Estas consistían de grandes concentraciones de personas en plazas públicas y calles. Los partidos de gobierno de la fusión organizaron un tipo semejante de concentración pública, llamada las "pobladas"[155].

Por lo tanto, un desarrollo institucional importante durante los años de crisis entre 1857 y 1861 fue el cambio en las relaciones de poder entre el Presidente y el Congreso. Crecientemente, el Presidente fue obligado a reconocer la jurisdicción propia del Congreso en materia legislativa. En consecuencia, la importancia reforzada del Congreso creó un espacio político necesario a los partidos para su consolidación institucional. A partir del gobierno de Pérez, que comenzó en 1861, las decisiones políticas claves fueron tomadas en mayor grado por partidos formales y estructurados, y menos por caudillos individuales. A su vez, la profundización del sistema de partidos permitió que se desarrollara una relación competitiva entre los partidos de gobierno y los partidos de la oposición[156]. La alianza, ideológicamente incómoda, entre liberales y conservadores desde 1857 hasta 1873, fue una respuesta a los incentivos recientemente creados para que los partidos políticos combinaran fuerzas para cumplir fines políticos específicos.

Con el advenimiento de partidos políticos de oposición organizados, estrategias electorales competitivas, creciente libertad de prensa (al menos hasta 1872), y el surgimiento gradual de prácticas parlamentarias en el congreso, toda la estructura del peluconismo autoritario fue transformada. Aunque el Ejecutivo (fuera cual fuera el partido que lo controlaba) continuó siendo el actor predominante en el proceso electoral, el gobierno ya no podía contar con una cómoda ventaja electoral y se veía obligado a recurrir con cada vez mayor frecuencia a medios violentos para asegurar resultados electorales favorables[157]. Así, se abrió una brecha entre la práctica del Ejecutivo y el Congreso, preparando el escenario para el estallido eventual del conflicto en 1891.

---

155 Véase a Heise (1982), p. 35-36.

156 Ibid. p. 29.

157 Como agregado a los tradicionales medios de intervención electoral, las fuerzas de policía se convirtieron en un bien afinado instrumento para la intervención electoral gubernamental. Funcionarios del gobierno regularmente inscribían a los funcionarios policiales diez veces bajo diferentes nombres. La policía también fue utilizada para robar registros y urnas electorales y secuestrar agentes electorales (ibid., p. 71). Las memorias de Abdón Cifuentes contienen una colorida descripción del uso de la policía en las elecciones antes de la reforma electoral de 1874: "¿Quiénes se calificaban a la vez en 20 registros distintos? Los policiales. ¿Quiénes votaban en 20 mesas con nombres distintos? Los policiales. ¿Quiénes organizaban turbas de descamisados para asaltar mesas, robar registros, perseguir vocales?, etc. Las policías. ¿Quiénes secuestraban a los mayores contribuyentes opositores para dominar por completo a las juntas electorales? Las policías. En fin, no había maldad que no se hiciese cometer a las policías para convertir las elecciones en una farsa en favor de esos gobiernos" (1936, vol. 2, p. 346).

b. La consolidación de nuevas relaciones políticas

Cuando se reorganizan relaciones políticas fundamentales, ¿cómo responden los actores principales? ¿Qué estrategias adoptan las elites partidarias para consolidar estas nuevas relaciones -en caso que las reestructuraciones políticas les hayan favorecido- o para revertirlas, si no lo han hecho? Una vez que en Chile hubo cristalizado un sistema multipartidista a lo largo del eje Iglesia-Estado después de 1857, los partidos adoptaron esquemas de conducta consistentes con la cambiante estructura de oportunidades políticas que los confrontaba. Hubo dos tipos de respuesta especialmente notables: 1) la formación de coaliciones y alianzas llegó a ser una actividad permanente de las elites políticas de 1861 en adelante, y 2) desde 1874 en adelante, el alcance del conflicto político, esto es, la expansión y, como veremos en el próximo capítulo, la posterior contracción del universo político, fueron cuidadosamente manipuladas por lo partidos para maximizar las ganancias políticas[158]. En lo que sigue, analizo los aspectos relevantes de estos dos grupos de respuestas estratégicas. Puesto que el período de tiempo que examino cubre casi sesenta años (1861-1920), mi discusión del tema será sólo ilustrativa y no pretende ofrecer un estudio comprehensivo de la conducta de los partidos durante este período de tiempo.

c. Alianzas y coaliciones de partidos

Como hemos visto, casi inmediatamente después de su formación, los partidos intentaron conformar alianzas en respuesta a los cambios en la estructura de las oportunidades políticas. En 1857, el mismo año de su aparición, los conservadores y liberales formaron la fusión liberal-conservadora para combatir las prácticas autoritarias del gobierno de Manuel Montt[159]. Esta alianza, basada principalmente en la clara división entre los "de adentro" y los "de afuera", pudo usar la fórmula electoral, un sistema de lista mayoritaria, para su propia ventaja[160]. Como su capacidad para adoptar posiciones más flexibles les permitía hacer y deshacer tratos políticos con mayor facilidad, los liberales pronto alcanzaron predominio sobre los conservadores dentro de la alianza. Sin embargo, la fusión era una alianza política inherentemente inestable. Fue sólo cuestión de tiempo antes que las diferencias ideológicas de cara al conflicto

158 Una consecuencia importante de este conflicto fue la expansión de la arena electoral en Chile. El período siguiente, definido por el conflicto urbano de clases y la emergencia de nuevos actores sociales se caracterizó por lo contrario. Véase Borón (1971b).

159 La administración de Montt (1851-61) estuvo marcada por prácticas autoritarias. Durante más de la mitad de su período en el cargo el país fue gobernado bajo estado de sitio o por una legislación que concedía poderes coercitivos extraordinarios.

160 Hasta 1874 un sistema de lista mayoritaria fue utilizado en Chile. Bajo ese sistema los partidos estaban obligados a presentar una lista completa de candidatos para distritos con más que un cargo. Cada votante tenía un voto. La lista que obtenía el mayor número de votos ganaba todos los cargos; no era necesaria una mayoría absoluta.

clerical-anticlerical provocaran una ruptura en este matrimonio de conveniencia entre liberales y conservadores.

Al paso que los liberales ganaban la posición dominante dentro de la coalición, proponían la introducción de medidas para apoyar una mayor tolerancia religiosa. Así, a mediados de la década de 1860, se aprobó con apoyo liberal una ley que interpretaba la constitución para otorgar a los disidentes la libertad de culto dentro de edificios de propiedad privada. La ley se usó también para concederles el derecho de establecer sus propias escuelas y educar a sus hijos dentro de sus propias tradiciones religiosas. Pero había un límite a lo que la jerarquía de la Iglesia, y, por consiguiente, las elites del partido Conservador, estaban dispuestas a permitir. A comienzos de la década de 1870, los liberales buscaron y obtuvieron el apoyo del partido Radical para permitir a los padres el derecho a solicitar la exención de sus hijos de la educación religiosa en el sistema educacional estatal, que estaba expandiéndose rápidamente. Las notas en los cursos de religión no habían de considerarse más como relevantes para determinar la admisión a la universidad. Más aún, los liberales maniobraron para apoyar el establecimiento de cementerios no confesionales administrados por el Estado, y para crear un registro civil y el matrimonio civil[161]. Los conservadores, acremente opuestos a tales medidas, rehusaron permanecer en el gobierno de coalición, y así, en 1873, salieron de la administración de Federico Errázuriz, dominada por los liberales. A pesar de que su desaparición era inevitable, la fusión logró durar casi quince años (1858-1873) en la forma de una alianza pragmática con fines electorales, y durante ese período, delinear exitosamente una arena pública para la competencia política[162].

La salida de los conservadores clericales de la fusión resultó en el ascenso, sobre las espaldas de éstos, de los liberales centristas como la fuerza política preeminente en Chile. El triunfo último del partido Liberal debe verse como en gran parte un resultado de un espíritu político emprendedor. Desde la partida de la fusión, los líderes del partido liberal demostraron gran habilidad para usar para su ventaja la alianza electoral y de gobierno con los conservadores. Dejando a un lado temporalmente las cuestiones doctrinales, los líderes del partido

---

161 Para una completa exposición de estos acontecimientos véase a Krebbs (1981). J. S. Valenzuela también los trata, (1979), p. 269.

162 La fusión sufrió varias irrupciones menores del conflicto doctrinario antes de ruptura final. La primera vez en que el partido Conservador votó en contra de un proyecto auspiciado por los liberales, colocando la fusión en peligro, fue a consecuencia de la controversia sobre el entierro de un militar divorciado, el coronel Zañartu, en el cementerio católico de Concepción el 12 de diciembre de 1871. Los conservadores perdieron el intento de prohibir el entierro de Zañartu a través del Congreso. En cambio, la legislatura aprobó una resolución, por 45 votos contra 27, en la cual mandaba a la Iglesia resolver la cuestión de cementerios de una manera "justa y conveniente" (citado en Heise (1982), p. 44). Pero no fue hasta 1873 que la fusión finalmente se desmoronó. En ese año estallaron dos conflictos que hicieron a la fusión imposible de mantenerse. El primero, a causa de un agudo desacuerdo sobre el rol de la Iglesia en la educación pública y privada, Abdón Cifuentes renunció al gobierno de Errázuriz. Véase a Jaksic y Serrano (1990), pp. 159-60. El segundo conflicto, la legislación del código penal (el que terminaba con la práctica del fuero eclesiástico) en septiembre de 1873, gatilló el colapso final. Véase a Matte (1916), p. 32.

Liberal, notablemente Santa María, mantuvieron al partido cuidadosamente distante de este conflicto crucial. Inicialmente, los políticos liberales tenían un solo objetivo: debilitar el dominio de los montt-varistas de la presidencia y recobrar gradualmente el poder ejecutivo y sus recursos para sí mismos. La fisura religiosa, al subrayar las diferencias entre montt-varistas y conservadores, había en verdad servido para fortalecer la fusión liberal-conservadora y ratificado esta alianza oportunista entre conservadores y liberales, partidos "de afuera".

Sin embargo, la preeminencia política de los liberales en 1873 llegó como sorpresa por dos razones. Por una parte, de los cuatro partidos recientemente surgidos, el partido Liberal parecía el que tenía las bases ideológicas más débiles y era el más fragmentado desde el punto de vista organizativo. Por otra parte, en términos de dominio del electorado, todavía en gran parte sólo potencialmente grande, los conservadores tenían un poderoso control en muchas regiones del populoso valle central, rico en agricultura, gracias a las extensas propiedades de sus miembros aristocráticos. Con todo, las débiles ataduras ideológicas de los liberales tendían a actuar a favor del ascendiente liberal. El hecho de que la identidad liberal fuera accidental al eje predominante de fisura, el conflicto clerical-anticlerical, les permitía unir fuerzas con diferentes combinaciones políticas para su propia ventaja electoral. Aún más, el liderazgo liberal superó constantemente a los conservadores en la consolidación de su dominio del aparato de gobierno. A pesar de su posición electoral superior, los conservadores concedieron puestos en el gabinete a sus aliados liberales -y, con ellos, recursos en cargos públicos y control electoral- mientras compartían el poder gubernamental dentro de la fusión. El control de estos recursos proporcionó en breve plazo la base para el predominio liberal[163].

d. La administración del tamaño de la arena electoral

Además de la formación de coaliciones y alianzas, un segundo grupo de respuestas a las oportunidades cambiantes confrontadas por los partidos a mediados del siglo XIX consistió en esfuerzos por dar forma a la herencia política del conflicto clerical-anticlerical administrando el tamaño de la arena electoral, y lograr así controlar el ámbito del conflicto. Claramente, la estrategia electoral para un partido en el poder, a causa de los recursos en manos del Presidente y su gabinete, era diferente de la de un partido de oposición. El partido en control del poder Ejecutivo y con la maquinaria electoral a su disposición podía determinar decisivamente los resultados electorales. Por ejemplo, una vez que el partido Liberal llegó a controlar la rama ejecutiva en 1873, se opusieron a cualquier cambio en el tamaño del electorado. (En esto eran como sus predecesores, los montt-varistas)[164]. En contraste, los "de afuera"

163 Edwards (1932), p. 339.

164 El partido en control del ejecutivo durante este período siempre intentó, más o menos exitosamente, utilizar los recursos del cargo para influenciar los resultados electorales. Aquellos autores que sostienen que el principal conflicto del siglo diecinueve fue el desproporcionado

del gobierno, como los radicales después de que se formó la fusión en 1858, y los conservadores, una vez que se quebró la fusión en 1873, favorecieron la reforma electoral para expandir el ámbito del conflicto[165]. Especialmente después del fracaso de la insurrección armada para derribar la autoridad centralizada del gobierno en dos guerras civiles distintas (1851 y 1859), la oposición se vio obligada a concentrar sus esfuerzos en el voto. Sin embargo, puesto que la maquinaria electoral del Estado estaba después de 1873 mayormente en manos liberales, ninguno de los partidos de oposición podía esperar derrotarlos. En 1874, en un esfuerzo por mejorar sus posibilidades de obtener el poder, los conservadores y radicales -archienemigos ideológicos- unieron fuerzas en el Congreso para patrocinar legislación de reforma electoral mutuamente beneficiosa[166]. Puesto que ambos partidos poseían fuertes bases sociales regionales fuera de Santiago (los conservadores en el populoso Valle Central, y los radicales, tanto en los sectores mineros del norte, como en el sur agrario), a ambos partidos les convenía debilitar el dominio del aparato electoral por los liberales. Expandiendo el tamaño del electorado, y asegurándose el control local del acto de votación, estos partidos esperaban aumentar sus perspectivas de triunfo.

Por lo tanto, los partidos de oposición, aprovechando su mayoría temporal en el Congreso, unieron fuerzas con éxito en 1874 para presionar en favor de una reforma del sistema electoral mayoritario. La reforma legislativa alteró el sistema electoral de tres maneras importantes[167]. Primero, eliminando los requisitos de propiedad y renta para la inscripción electoral[168], la ley de 1874 dobló el número de los votantes calificados y triplicó los votantes reales en 1876, expandiendo el tamaño del universo político de 49.047 votantes registrados en 1872 a 106.194 en 1876. Este total subió en 1878 a 148.737. Esta última cifra representaba el 7%

---

poder del Ejecutivo puede que no aprecien completamente el hecho que todos los partidos en el poder se comportaron de la misma forma: maximizando su habilidad de conseguir votos por todos los medios posibles. El conflicto respecto al poder del presidente debe ser entendido principalmente como un conflicto entre los "de afuera" del gobierno y los "de adentro" de éste, y no como una batalla sobre la doctrina liberal del balance del poder.

165 Fue común en los partidos conservadores a través de Latinoamérica (así como también en Europa Occidental, por ejemplo el Reino Unido, Francia, Alemania) buscar la expansión del electorado dado su dominio sobre los sectores rurales más populosos.

166 La colaboración entre los conservadores y radicales en las reformas legales de 1874 no representó la formación de una alianza política formal. Esto fue una cooperación de corta vida en un punto preciso de un área de mutuo beneficio. E. E. Schattschneider razona que las dinámicas de la competencia tienden a llevar a los perdedores a solicitar ayuda externa. Tan pronto como se hace probable que un nuevo grupo social obtendrá el voto, otros partidos favorecerán la extensión. El denomina esto "expandir el universo de la política" (1960, pp. 16-18).

167 La dinámica se repite a sí misma. Así como un nuevo grupo captura el poder de la presidencia, éste a menudo tiene que enfrentar una mayoría opositora que ha sido elegida con el apoyo del gabinete anterior. Véase Valenzuela, A. (1977a), p. 189. También Heise (1982), pp. 53-56.

168 A causa que la oposición a este cambio fue profunda, éste fue conseguido vía un subterfugio legal, eliminando los formales requerimientos censitarios pero manteniendo los requisitos de saber leer y escribir.

Cuadro Nº 2.2. Evolución del electorado chileno (1846-1924)

Año de elección	*Población total*	*Cantidad de votantes registrados*	*Cifra de votantes efectivos*	*Porcentaje de abstención*	*Votantes como porcentaje de la población*
1846	1.167.000	n.a	24.317	-	2,20
1864	1.676.200	22.261	n.a	-	-
1873	2.002.600	49.047	25.981	47	1,2
1876	2.074.800	106.194	80.346	24	3,87
1879	2.135.500	148.737	104.041	30	4,87
1982	2.329.500	146.796	97.060	34	4,17
1885	2.495.600	122.583	78.911	36	3,16
1888	2.601.800	134.119	89.977	33	3,46
1891	2.645.408	158.042	71.521	55	2,70
1894	2.705.433	227.980	114.406	50	4,22
1897	2.795.220	284.500	138.182	52	4,95
1900	2.902.368	381.700	145.130	62	5,00
1903	3.037.893	490.017	172.065	65	5,46
1906	3.178.534	536.420	194.838	64	6,19
1909	3.307.493	587.000	232.011	60	7,01
1912	3.423.920	598.000	285.691	52	8,34
1915	3.540.347	185.000	151.313	19	4,24
1918	3.656.774	342.000	181.414	47	4,27
1921	3.773.955	383.000	197.326	49	5,22
1924	3.874.008	302.000	197.143	35	5,09

Fuentes: Adaptado de Valenzuela, S. (1986), p. 150; y Heise, J. (1982), p. 204.
Nota: Los datos son sólo para elecciones parlamentarias. Las cifras de la columna "votantes efectivos como porcentaje de la población" deben tomarse como ilustrativas de una tendencia general ya que los datos de población total a menudo no son precisos. Cambios particularmente significativos en el número de votantes registrados y efectivos ocurrieron luego de las reformas electorales de 1874, de la guerra civil de 1891 y sus reformas consecuentes, y de las reformas de 1914.

de la población total, y casi un 35% de todos los varones mayores de veinticinco años de edad[169].

Como lo indica el cuadro 2.2, después de las reformas de 1874, el electorado continuaría creciendo sin retrocesos significativos hasta la segunda década del siglo XX[170].

En segundo lugar, las reformas de 1874 transfirieron las responsabilidades electorales de las munincipalidades de manos de representantes del gobierno

169 Ibid.

170 Comenzando en 1914 las atrincheradas elites políticas adoptaron una estrategia común de aguda contracción electoral en respuesta a los signos de pérdida del control sobre el sistema de partidos con la emergencia en el sector moderno de la creciente tormenta del conflicto de clases.

central a las comunidades locales compuestas por los mayores contribuyentes, llamadas juntas de mayores contribuyentes. Esta provisión estuvo dirigida a reducir el control directo ejercido por el Ejecutivo sobre el electorado y aumentar la influencia de los terratenientes locales en el proceso electoral.

En tercer lugar, y esto fue muy importante, un mecanismo de voto acumulativo reemplazó el sistema de lista completa en la elección de diputados. Desde 1833 hasta las reformas de 1874, el sistema de lista completa se había usado para todas las elecciones en Chile. Los partidos presentaban tantos candidatos como puestos a llenar. Los electores votaban por la lista completa de candidatos, y la lista que recibía el mayor número de votos obtenía todos los puestos. Esta fórmula electoral tendía a producir grandes mayorías parlamentarias y militaba en contra de la proliferación de partidos pequeños. Por supuesto, mientras más puestos a llenar en un determinado distrito, más importantes eran los efectos del sistema.

Con la adopción del sistema de voto acumulativo en 1874, los votantes tenían tantos votos como cargos por elegir, y podían distribuir esos votos entre los candidatos como quisieran. Esto incluía la opción de dar a un candidato más de un voto, concentrando así las preferencias de los electores. Este régimen electoral ofrecía enormes incentivos a los partidos para que adquirieran electorados disciplinados que emitieran sus votos siguiendo las instrucciones del partido[171]. La manera de concentrar votos del partido se transformó en un arte, que producía fórmulas complejas diseñadas para maximizar el desempeño electoral del partido. En distritos de votación con muchos miembros, las elecciones eran a menudo decididas por la capacidad de los jefes locales del partido para calcular con precisión el número de votos que cada candidato iba a necesitar para superar a su adversario. Así, con la adopción de este sistema, aumentó la importancia de los intermediarios locales del partido. Después de 1891, esta fórmula fue adoptada para todas las elecciones en Chile hasta 1925[172].

Las reformas de 1874 no solamente representaron un paso importante hacia la ampliación del sufragio[173], sino que también comprometieron al partido de la aristocracia católica, los conservadores, a una estrategia electoral como camino principal para llegar al poder[174]. A diferencia de muchos países de dominio católico en Europa, donde la Iglesia Católica rehusaba aceptar las instituciones

171 J. S. Valenzuela (1985) sostiene que este sistema contribuyó a la formación de partidos coherentes y disciplinados durante el siglo diecinueve en Chile. Véase también Heise (1982), p. 56.

172 En el siglo diecinueve otras dos importantes reformas electorales fueron promulgadas, una en 1884 y la otra en 1889, estando ambas dirigidas a una mayor limitación de la intervención del Ejecutivo en el proceso electoral. La reforma de 1884 estableció penas para el fraude electoral y fortaleció la independencia de los comités locales de contribuyentes. La reforma de 1889 rebajó la edad de los votantes varones a 21 años, reemplazó los registros periódicos por registros permanentes, y realizó (más bien simbólicamente) esfuerzos para asegurar el secreto del voto.

173 Como A. Valenzuela señala, excepto por la mantención de los requisitos de alfabetismo, la ley de 1874 virtualmente proveía las bases reglamentarias para un sufragio universal masculino (1977a, p. 189).

174 J. S. Valenzuela (1979), pp. 270-71. Este es también un tema importante en J. S. Valenzuela (1985).

Cuadro Nº 2.3. Composición del electorado nacional por grupos ocupacionales en 1863, 1872, Y 1878

Grupos ocupacionales	*1863*	*1872*	*1878*
Propietarios y capitalistas	25,8	12,6	3,0
Profesionales, comerciantes y grupos de clase media	16,0	20,9	13,5
Empleados (públicos y privados)	13,3	11,4	7,8
Trabajadores agrícolas	25,0	34,0	47,7
Artesanos	16,8	20,4	21,7
Obreros de industrias extractivas	3,1	3,9	4,6
Obreros industriales (y otros obreros de baja calificación)	0,0	0,3	1,7
Total	100,0	103,5	100,0

Fuente: Tomado de Valenzuela, J. S. (1979), p. 275.
Nota: La columna del año 1872 da un total de 103,5% en la fuente original.

democráticas porque representaban el secularismo y la modernidad, la Iglesia en Chile, y sus representantes políticos en el partido Conservador, se transformaron en una fuerza que favoreció el desarrollo de partidos fuertes. Esto ocurrió, no como resultado de una adhesión de parte de la Iglesia al valor de las instituciones democráticas, sino por causa del potencial electoral de los conservadores en el campo, y las oportunidades para la formación de coaliciones que ofrecía el peculiar sistema político tripartito de Chile. Irónicamente, entonces, como lo ha observado Samuel Valenzuela, la expansión del electorado después de 1874 y la democratización resultante, no fue obra de presiones de una clase de empresarios y profesionales urbanos en ascenso, que buscaran restringir los excesos de un Estado autoritario en manos de una aristocracia terrateniente conservadora, sino de una coalición de gente "de afuera" del gobierno, que incluía la aristocracia conservadora que buscaba aumentar sus oportunidades electorales en contra de un Ejecutivo controlado por el partido Liberal[175]. Los líderes del partido Conservador en Chile, como en el resto de América Latina, entendían que tenían mucho que ganar con la eliminación de los requisitos censitarios. Eliminando la

175 Véase a J. S. Valenzuela (1985), pp. 18-19.

necesidad de alcanzar requisitos de renta o propiedad, los conservadores esperaban abrir el camino para la extensión del sufragio a los estratos de clase media baja en el campo. Los líderes del partido Conservador, a menudo grandes terratenientes ellos mismos, confiaban en que podían contar con la población rural para apoyar los candidatos de su partido, puesto que la población rural dependía en gran medida de los grandes terratenientes para su subsistencia[176]. La estrategia del partido Conservador rindió un beneficio relativamente rápido y significativo. Los datos electorales que proporciona la Tabla 2-3 demuestran la cambiante composición del electorado (la población de votantes inscritos), entre 1863 y 1872, y luego hasta 1878. Es evidente la gradual habilitación de grupos ocupacionales del sector rural[177].

Aunque las cifras indican también un alza del número de los artesanos habilitados y otros trabajadores urbanos, éstos no aumentan en la misma proporción que los del sector ocupacional rural. El poder electoral del partido Conservador se consolidó en una fecha temprana en muchas partes del populoso Valle Central de Chile. Este desarrollo, a su vez, había de tener profundas consecuencias para el papel del sector rural en la política electoral chilena. Desde fines del siglo XIX en adelante, el dominio electoral de los sectores rurales por partidos "tradicionales"[178] permanecería básicamente imperturbado hasta la politización de la lucha de clases en el campo en la década de 1950[179]. Paradójicamente, fue precisamente este control ejercitado por las elites terratenientes sobre los votos campesinos lo que proporcionaría las garantías institucionales requeridas para que la oligarquía continuara permitiendo la competencia "democrática" de partidos, y lo que dio al sistema de partidos en Chile su estabilidad en el largo plazo. Las reformas de 1874, y la devolución del poder electoral a las estructuras locales de partido que fue su resultado, habrían sido imposibles sin los esfuerzos parlamentarios combinados de los conservadores y los radicales, en alianza incómoda y temporal contra el control de los resultados electorales por parte del gobierno liberal.

---

176 La mayor parte de los hombres adinerados entre las elites del partido Conservador eran grandes terratenientes. Entre estos estaban Manuel Irarrázabal, Melchor Concha y Toro, Juan de Dios Correa y José Tocornal. Véase a J. S. Valenzuela (1979), p. 273.

177 Ibid., p. 274.

178 Por partidos "tradicionales" yo me refiero específicamente a los partidos Conservador, Liberal y Radical. Todos los partidos del siglo diecinueve fueron partidos de "origen parlamentario", en contraste con los partidos de izquierda en el siglo veinte, que se originaron fuera de los círculos de elite existentes. Véase a Duverger (1954), pp. 2-15. Véase también capítulo 1 en La Palombarda y Weiner (1966) para una exposición de esta distinción analítica.

179 El partido Conservador descansaba mayormente en su base rural de apoyo, pero los radicales y liberales gozaban también de un significativo poderío electoral rural. El partido Radical especialmente tenía un dominio electoral entre los pequeños propietarios rurales del sur de Chile. Esta distribución rural del poder político es una parte crucial en el puzzle político de Chile. Ninguno de los partidos tradicionales quería abrir sus distritos electorales a la competencia con los partidos populares del siglo veinte. Heise (1976), pp. 111-12, sugiere un "acuerdo tácito" entre las fuerzas urbanas progresistas y las tradicionalistas fuerzas de la agricultura, representadas fundamentalmente por los conservadores, ya en evidencia en el siglo diecinueve, pero él puede que exagere las diferencias en las bases sociales de los partidos durante este período. Los conservadores siempre han gozado de predominio en el sector rural, pero también todos los partidos tradicionales tenían importantes intereses en el campo.

No es sorprendente que el gobierno liberal de Federico Errázuriz pugnara por limitar los efectos corrosivos de las reformas electorales de 1874. La propuesta original de reforma llamaba a la inmediata adopción del sistema de voto acumulativo para las elecciones de diputados, como también las municipales, senatoriales y presidenciales. Los múltiples puestos que esta fórmula inicial daba a cada distrito habrían favorecido ampliamente a los conservadores, debido a sus extensas propiedades rurales, amenazando de esta manera el control del poder ejecutivo por el partido Liberal. En un intento por preservar su predominio, los liberales maniobraron para asegurarse el apoyo de los radicales. A cambio de los votos radicales para limitar las reformas a las elecciones de diputados, los liberales ofrecieron a los radicales un puesto en el gabinete. Los líderes del partido Radical aceptaron el trato, unieron sus fuerzas con los liberales para restringir el voto acumulativo a las elecciones de diputados, e ingresaron al gobierno de Errázuriz. Desde 1874 en adelante, los radicales anticlericales participarían en el complejo juego de alianzas y coaliciones que caracterizaría todo el período[180].

Fue sólo después que los partidos de oposición se unieron y vencieron al gobierno liberal de Balmaceda en la guerra civil de 1891 que los jefes de partido locales pudieron finalmente consolidar su control de partes importantes del Chile rural, especialmente en el populoso Valle Central, y adquirir una representación significativa en el Parlamento[181]. Dígase lo que se diga sobre las causas de este conflicto sangriento, éste se libró entre los representantes armados de las elites parlamentarias contra un Presidente (José Manuel Balmaceda) que había violado procedimientos parlamentarios de creciente aceptación[182]. La guerra civil no resultó en el *establecimiento* de reglas y procedimientos parlamentarios, sino más bien aseguró su *continuación* y *extensión*. Inmediatamente después de la guerra civil de 1891, que terminó con la derrota y el suicidio de Balmaceda, las victoriosas elites de oposición (sobre todo los conservadores y radicales) implementaron la ley de autonomía municipal, aboliendo la intervención presidencial electoral y devolviendo el control electoral al nivel local[183]. Como

---

180 Para una completa relación de este complejo acuerdo véase a Heise (1976), p. 276. A pesar de las cruciales consecuencias de las reformas legislativas de las décadas de 1870 y 1880 el presidente y su gabinete continuaban conservando un significativo poder sobre los resultados electorales. Sin embargo, las reformas electorales habían efectivamente debilitado el dominio del ejecutivo sobre los gobiernos municipales, y, por consiguiente, habían hecho imposibles los tradicionales métodos de intervención directa. Como resultado, la intervención gubernamental se hizo crecientemente violenta. La elección de 1886, por ejemplo, sólo en Santiago dejó 45 muertos y 160 heridos. Véase Valenzuela, A. (1977a), p. 190, para una vívida descripción de las crecientemente violentas tácticas electorales del gobierno. Véase también a Cifuentes (1936), vol. 2, pp. 66-77.

181 La adquisición de poder electoral rural por parte de las elites tradicionales puede ser visto como un positivo desenvolvimiento para la futura estabilidad de las políticas competitivas en Chile. En Argentina, donde dicha base no fue adquirida por la derecha, la estabilidad electoral fue imposible de conseguir. Véase Collier y Collier (1991).

182 Una completa exposición sobre las muchas tesis existentes respecto a las causas de este conflicto está contenida en García de la Huerta 1981. Véase también J. S. Valenzuela (1979), p. 281.

183 La ley de la autonomía municipal fue aprobada poco antes de la guerra civil, el 20 de agosto de 1890, pero las reformas no pudieron implementarse hasta después de la guerra.

resultado de esta reforma, los gobiernos locales recibieron el encargo de inscribir a los electores, nombrar a los funcionarios de votación, y administrar el proceso electoral. Este desarrollo tuvo el efecto de profundizar más el sistema de partidos políticos, y extender vínculos verticales a través de la sociedad por la vía de los jefes locales de los partidos. En tanto que desapareció en gran parte la violencia electoral perpetrada por el Ejecutivo, aumentaron el soborno y el fraude electoral a nivel local del partido, lo que pronto llegó a ser un rasgo central del sistema político[184].

e. *La constitución de alianzas y coaliciones de partidos*

Mientras que el sistema de partidos cristalizó inicialmente entre 1857 y 1861 alrededor de una fisura social, los políticos emplearon la legislación electoral para dar forma al conflicto dentro del naciente sistema de partidos. Después que se hubo adoptado el procedimiento de voto acumulativo para todas las elecciones en 1891, las ventajas de los pactos electorales entre varios partidos se hicieron obvias. Por medio de estos pactos, varias facciones acordaban apoyarse una a otra en distritos donde una facción era más fuerte, evitando así la confrontación directa[185]. A través de la limitación del número de candidatos, los jefes de partido podían calcular con mayor precisión el número de votos requeridos para maximizar el número de asientos a ganar en un distrito dado.

Como resultado parcialmente de esta legislación, desde 1875 hasta la elección presidencial de 1920, todos los partidos canalizaron su conducta a través de dos tendencias políticas fundamentalmente opuestas, organizadas alrededor del conflicto clerical-anticlerical: la Alianza Liberal y la Coalición Conservadora. La secular Alianza Liberal unificaba fuerzas políticas anticlericales; los radicales conformaban el partido clave de la Alianza. La clerical Coalición Conservadora tenía al partido Conservador como su actor principal; éste se definía a sí mismo primordialmente en términos de la defensa de los intereses de la Iglesia. Los liberales permanecían en el medio y se comportaban de manera algo pendular, uniéndose primero a su socio de alianza preferido, la Alianza Liberal, luego a la Coalición, y vuelta a la Alianza[186]. Estas dos grandes familias políticas proveían una alternancia en el poder entre clericales y anticlericales. Hasta la guerra civil de 1891, predominaba claramente la Alianza Liberal; desde 1896 en adelante, las dos combinaciones alternaban como gobierno y oposición, dependiendo en gran medida en las cambiantes preferencias del partido Liberal y de otros partidos más pequeños del centro (ver cuadro 2.4). Estos partidos de centro, dada su posición más flexible con respecto a la fisura clerical-anticlerical, tendían a oscilar de un polo al otro.

---

184 Véase a Valenzuela, A. (1977), p. 194, para una exposición sobre el cohecho y patronazgo que caracterizaron a este sistema.

185 Véase ibid., pp. 200-205, para una exposición de estas tácticas.

186 Rivas (1964), vol. 1, p. 433.

Cuadro Nº 2.4. Fuerza de la alianza liberal y de la coalición conservadora en el parlamento (1876-1924)

Período legislativo	*Diputados*		*Senadores*	
	Alianza Liberal	*Coalición Conservadora*	*Alianza Liberal*	*Coalición Conservadora*
1876-1879	43	37	15	16
1879-1882	72	34	19	18
1882-1885	88	20	25	12
1885-1888	80	33	30	10
1888-1891	83	40	29	13
1891-1894	54	40	23	9
[Guerra Civil]				
1894-1897	66	28	22	10
1897-1900	26	68	14	18
1900-1903	42	52	16	16
1903-1906	38	56	9	23
1906-1909	53	41	7	22
1909-1912	52	43	17	15
1912-1915	62	56	18	19
1915-1918	53	65	21	16
1918-1921	67	51	24	13
1921-1924	68	48	24	13
1924	75	43	23	14

Fuente: Heise (1982), p. 290.

A través del resto del siglo XIX y entrado el siglo XX, los partidos llegaron a ser importantes agentes de integración social, alineándose a lo largo de un espectro ideológico definido por la lucha clerical-anticlerical[187]. Los dos partidos que definían los extremos del espectro de partidos (y los polos alrededor de los cuales giraban las dos constelaciones mayores de partidos), los conservadores y los radicales, manifestaron una disciplina sorprendente durante todo el período y demostraron una capacidad para adherirse a la línea del partido respectivo[188]. Manteniendo una orientación ideológica coherente, los partidos y los líderes de los partidos ayudaron a proporcionar el marco para la

187 Edwards afirma que "la cuestión religiosa contribuyó, pues, a 'democratizar' nuestra política, ya que el asunto atraía las pasiones de un gran número de personas, a diferencia de otros muchos potenciales temas". Véase a Edwards (1984), p. 117; también Edwards y Frei (1949), p. 88; y Krebbs (1981). J. S. Valenzuela (1986) persuasivamente sostiene que la estrategia política adoptada por los Conservadores en la década de 1870 para expandir el sufragio sirvió a los intereses de largo plazo de la democratización de la política chilena, pero el punto no debería ser exagerado. La participación electoral en Chile fue rígidamente controlada por el ejecutivo hasta 1891, y la expansión electoral fue considerablemente restringida hasta la mitad del siglo veinte.

188 Véase a Heise (1982), p. 292.

evolución de un sistema de partidos fuerte y que caló hondo[189]. Entre 1891 y 1925, estos dos partidos por sí solos (los conservadores y los radicales) representaban más del 50% del electorado. Su relativa coherencia y disciplina ofrecía un cuadro algo diferente del que presentaban los partidos que ocupaban el centro.

f. El papel del centro

Enfocando el surgimiento y la conducta del centro volvemos a un tema principal en este análisis: ¿Qué papel jugó el centro en el sistema inicial de partidos de Chile?[190]. Sin embargo, debe formularse una pregunta previa: ¿Por qué apareció un centro político? Duverger razonaba que, donde predomina una fisura singular, habrán de desarrollarse sólo dos partidos[191]. Desde esta perspectiva, los liberales podrían no haber surgido en el centro de un sistema político donde predominaba el conflicto clerical-anticlerical. ¿Por qué generaron esta fisura política tres partidos políticos importantes, en vez de dos?[192]. Lo que quizás causa aún más perplejidad, ¿por qué fueron tres, y no dos, las tendencias políticas que llegaron a caracterizar permanentemente la arena política chilena?

Una explicación posible es que el sistema electoral generó una división tripartita del electorado. Sin embargo, en la década de 1850 y 1860, el sistema electoral era un sistema de mayoría, y favorecía claramente el surgimiento del bipartidismo, no de un sistema multipartidista. La explicación clásica de los partidos múltiples es la representación proporcional[193]. Sin embargo, en Chile se vino a adoptar una forma de representación proporcional con el voto acumulativo en 1874, y eso sólo para la elección de diputados. La representación

---

189 Una de las razones de la profundidad y duración de este conflicto y de estos partidos fue la institucionalización del conflicto clerical-anticlerical en la sociedad. Los partidos fueron solo una, si bien de una crucial importancia, de sus manifestaciones. Las instituciones educacionales fueron también de una importancia fundamental para perpetuarlo e institucionalizarlo como parte de la "cultura política". Las autoridades de la Iglesia crearon en 1888 la Universidad Católica de Chile a fin de competir con la formación crecientemente secular de la Universidad de Chile. Los católicos desarrollaron su propia prensa, escuelas primarias y secundarias, sistemas de bienestar, asociaciones culturales o de trabajadores, bancos y demases. La multiplicación de instituciones consiguió la creación de una "mentalidad de ghetto" entre los católicos devotos en Chile. Véase a Vial (1986), vol. 1, p. 68.

190 Admisiblemente, es problemático estudiar el rol de los partidos de centro durante este período a causa de que la competencia política difícilmente puede ser considerada como democrática. El sufragio estuvo altamente restringido durante las primeras décadas de la competencia política y el control electoral por el Ejecutivo fue una característica principal de las políticas electorales chilenas hasta antes de la guerra civil de 1891, cuando el control electoral por el Ejecutivo fue reemplazado por la influencia partidaria local. A pesar del universo electoral estrechamente controlado, las dinámicas básicas de la competencia partidista y el conjunto de oportunidades y limitaciones disponible para el centro político fueron comparables a las pautas posteriores.

191 Véase a Duverger (1954), p. 233.

192 De hecho, más de tres partidos políticos fueron formados durante el siglo diecinueve, pero sólo tres sobrevivieron a través de todo el período (y en el siguiente). Los orígenes personalistas de los montt-varistas y de los balmacedistas podrían entregar algunas pistas de por qué ciertos partidos políticos persisten y otros no.

193 Duverger (1954), p. 248.

proporcional genuina fue instituida en Chile décadas después del surgimiento de un sistema de partidos tripartito.

He argumentado que la manera en que la fisura clerical-anticlerical fue impuesta entre 1857 y 1861 sobre una lucha por los cargos públicos previa, de los "de adentro" contra los "de afuera", condujo al desarrollo de un partido de centro en Chile. La fisura clerical-anticlerical atravesó por el medio del campo de la lucha por los cargos públicos de tal manera que creó un "espacio"[194] para tres, y no dos, tiendas políticas. Como consecuencia de esta batalla entre la Iglesia y las elites del Estado, la distancia que separaba los polos clerical-anticlerical se ensanchó, creando un espacio político entre los dos partidos que conformaban los extremos del espectro, los conservadores y los radicales. Los líderes del partido Liberal, porque habían formado el núcleo de su partido político en 1849, previamente a la erupción política de la fisura clerical-anticlerical, pudieron permanecer básicamente distantes del estallido de la guerra política en 1857. Puesto que el perfil político de los liberales no estaba fundamentado en disputas religiosas, sino más bien en su oposición a Montt y su gobierno pelucón, entre todos los partidos políticos que nacían, sólo los liberales estaban libres para llenar el espacio que se había abierto entre los dos extremos. El hecho que así lo hicieron fue primariamente consecuencia de cálculos políticos específicos por parte de los líderes liberales. Al evitar identificarse con cualquiera de los dos lados de la disputa en el punto culminante de esta coyuntura crítica, los líderes del partido Liberal buscaban hacer avanzar sus propios objetivos indisponiendo un lado contra el otro. La existencia de espacio ideológico entre los dos extremos, combinada con las hábiles maniobras de los políticos del partido Liberal, permitió a ese partido ocupar el centro del sistema de partidos.

Los liberales eran oportunistas. Por una parte, los líderes liberales eran devotamente "antiautoritarios" (al menos hasta que asumieron el poder presidencial ellos mismos), y usaban esta bandera para atraer a los conservadores. Por otra parte, pertenecían al lado anticlerical de la disputa religiosa. Mientras suprimían este segundo aspecto de su identidad política durante los quince años de la fusión, también aducían sus credenciales anticlericales para entrar en alianzas periódicas con los radicales. En ambos casos, eran los liberales del partido de centro los que decisivamente daban forma a los términos de coaliciones y alianzas en Chile, inclinándose primero a un lado del espectro político, y luego al otro.

De esta manera, una única fisura social predominante, lejos de impedir el surgimiento de un centro, creó espacio para una posición de compromiso situada al centro del espectro político. Los liberales pudieron llenar ese espacio porque los otros partidos habían tomado compromisos ideológicos que hacían no disponible la posición de centro. Una vez que los liberales hubieron llenado este

194 El concepto de espacio político está tomado de la idea de J. S. Valenzuela de un espacio organizacional. El concepto nos provee una útil imagen para entender cómo los "caprichos de la historia a menudo producen límites en el espacio que las organizaciones pueden ocupar" (1979, p. 17)

espacio del centro, su presencia dentro del sistema de partidos fue útil para restringir una mayor polarización entre los dos extremos. La presencia mediadora de los liberales en el centro permitió a los dos extremos coexistir dentro de la misma arena política[195]. Aún más, la resolución relativamente fácil de las cuestiones programáticas presentadas por la disputa religiosa en Chile fue posible en gran parte a causa de la influencia moderadora de los liberales. Puesto que los liberales de centro constituían el partido de gobierno durante el período en que estas cuestiones fueron básicamente resueltas (en la década de 1880), se evitó una guerra total entre conservadores y liberales[196].

El predominio electoral del centro durante este período significó que los dos extremos compartían ocasionalmente el predicamento de ser ambos "de afuera" del gobierno. Así, existían incentivos para fomentar la periódica cooperación entre ellos, desanimando de esta manera una política de extremismos. Por ejemplo, en el caso de la legislación de reformas de 1874 que hemos analizado más arriba, a pesar de la profundidad de sus diferencias, los conservadores y radicales pudieron dejar temporalmente de lado la ideología para combatir los mecanismos institucionales del control electoral liberal. Si la competencia de partidos durante este período inicial hubiera consistido de dos, y no de tres, tendencias políticas diferentes, en un contexto político igualmente polarizado, uno de ellos hubiera podido capturar el poder Ejecutivo y usarlo para implementar su programa, excluyendo completamente a sus adversarios. En otras palabras, sin la continua existencia del centro, la competencia política hubiera sido más, y no menos, polarizada[197]. Por lo tanto, desde el período inicial de formación de partidos al final de la década de 1850, hasta el derrumbe del régimen parlamentario en la década de 1920, muchas características notorias de la conducta de los partidos políticos pueden ser explicadas en términos del papel moderador jugado por partidos de centro (los liberales, junto con los nacionales y los liberales democráticos). Durante este período, los partidos de centro exhibieron una marcada tendencia a evitar la confrontación directa, para

---

195 Hay un significativo apoyo para el argumento de que "el rol de los liberales en el siglo diecinueve puede ser generalmente entendido como el de una fuerza mediadora". Véase a Heise (1982), pp. 283-97, también pp. 308-10, 320, 331-33; Rivas Vicuña (1964), vol. 1, p. 140; Villalobos et al. (1974), pp. 709, pp. 717; Eyzaguirre (1967), pp. 173-74.

196 La Iglesia perdió batalla tras batalla en el Parlamento durante este período. En una rápida sucesión el gobierno de Santa María promulgó leyes laicizando los cementerios (1883), creando el matrimonio civil (1884), y estableciendo el registro civil (1884). Cada una de estas medidas representó una humillante derrota para la Iglesia así como una pérdida de su poder y prestigio. Sin embargo, en parte a causa del efecto amortiguador de los liberales, medidas anticlericales más extremas fueron evitadas, y la transición hacia instituciones de educación secular fue relativamente suave. Véase a Krebb (1981).

197 Este argumento es apoyado por J. S. Valenzuela (1985), p. 140. La lógica es similar a la empleada por Lijphart (1977), pp. 61-65, el que sostiene que arreglos consonsacionales se hacen más factibles en la presencia de un sistema multipartidario: "El multipartidismo con relativamente pocos partidos es lo óptimo para una sociedad plural. Esta proposición desafía la creencia tradicional de que un sistema bipartidario es superior a los sistemas multipartidarios. Por ejemplo, cuando una división en dos segmentos mayores se expresa políticamente en un sistema bipartidario, como en Austria, este patrón dual es menos conducente a una democracia consociativa que un sistema multipartidario" (p. 62).

llegar a un compromiso o alguna solución intermedia[198]. Dado el perfil esencialmente no ideológico, pragmático adoptado por los liberales durante este período, surgió un esquema de interacción entre partidos que favoreció la acomodación política[199].

Este esquema de acomodación política llegó a ser particularmente pronunciado una vez que se quebró la fusión liberal-conservadora, y el sistema de partidos llegó a definirse en los términos de la Coalición Conservadora (siendo el partido Conservador uno de los extremos del espectro) y la Alianza Liberal (con los radicales, el otro). Mientras las respectivas definiciones doctrinales de la Coalición y de la Alianza fueron coherentes y atrajeron la mayoría del electorado -como sucedió entre 1875 y 1906-, los partidos de centro pudieron actuar como agentes de acuerdo y compromiso dentro del sistema de partidos[200]. La fuerza respectiva de los partidos políticos durante este período (1861-1924), y particularmente la fuerza permanente de los partidos de centro, se ilustra en los cuadros 2.5, 2.6, y 2.7.

Las agrupaciones políticas liberales abrazaban, sin duda, una mayoría del electorado. Sin embargo, también eran las más difusas. El partido más influyente y poderoso dentro del bloque de centro era el histórico partido Liberal que predominó en el sistema de partidos durante todo este período (1861-1920). La falta de una ideología de partido coherente dio al partido ventajas en términos de su habilidad para absorber corrientes políticas heterogéneas y a diversos caudillos locales que se identificaban vagamente con las tesis del "liberalismo"[201]. A comienzos del siglo XX, después de casi sesenta años de gobierno, los liberales se habían transformado en el partido más poderoso dentro de la burocracia estatal. Sin embargo, como consecuencia, el partido padecía de una notable falta de disciplina y organización interna. Después de casi toda campaña política, el partido sufría una división y fragmentación interna. En el curso de varias décadas, el partido se dividió entre los que favorecían las alianzas y los compromisos, y los "liberales doctrinarios" que favorecían una más estricta adhesión a un liberalismo de principios.

Los otros dos partidos situados en el centro del espectro de partidos durante este período, los montt-varistas (o nacionales) y los balmacedistas (o liberales

198 Esta postura esencialmente no ideológica de los partidos de centro del siglo diecinueve ha llevado a algunos a llamarlos "entidades negativas", consistente con la visión de Sartori (1966, 1976). Véase a Gil (1962), p. 32; Edwards (1984), pp. 87, 117. Yo volveré a este tema en el capítulo final.

199 Heise (1982), pp. 283-84. Durante este período las figuras públicas, particularmente las de los partidos de centro, dan la impresión de actuar con indecisión e inconsistencia, sin tener objetivos doctrinarios coherentes. Ese tipo de conducta fue necesaria para adquirir la reputación de ser un "político prudente" (Heise 1982, p. 285). Jorge Huneeus Gana, en sus bien conocidas cartas abiertas (ubicables en La Ley entre 1894 y 1895) nos ha dejado notables retratos de figuras públicas de los partidos de centro que representaron ese estilo.

200 Villalobos et al. también nos entregan una descripción de este rol mediador del centro (1974, p. 709).

201 Los liberales durante este período actuaron un rol muy semejante a la descripción de Kircheimer de un partido "catch-all" (abarca-todo). Véase Kircheimer en La Palombara y Weiner (1966), pp. 184-92.

Cuadro Nº 2.5. Fuerza relativa de los partidos en la Cámara de Diputados (1864-1885)

Partido	*1864*	*1867*	*1870*	*1873*	*1876*	*1879*	*1882*	*1885*
Conservador	12	29	20	30	14	22	6	17
Montt-varista (Nacional)	18	6	11	4	12	12	14	16
Liberal	37	52	37	55	48	56	67	67
Balmacedista	--	--	--	--	--	--	--	--
Radical	5	4	16	6	19	16	21	13
Demócrata	--	--	--	--	--	--	--	--
Total	72	91	84	95	93	106	108	113

Fuente: Adaptado de Heise (1982), pp. 310, 321, 329, 332, 335.

Cuadro Nº 2.6. Fuerza relativa de los partidos en la Cámara de Diputados (1888-1909)

Partido	*1888*	*1891*	*1894*	*1897*	*1900*	*1903*	*1906*	*1909*
Conservador	14	40	28	26	25	20	27	23
Montt-varista (Nacional)	18	--	--	--	--	--	12	18
Liberal	76	31	27	28	31	27	16	15
Balmacedista	--	--	22	22	22	27	20	15
Radical	7	23	16	16	14	17	16	19
Demócrata	--	--	1	2	2	3	3	5
Total	115	94	94	94	94	94	94	95

Fuente: Adaptado de Heise (1982), pp. 310, 321, 329, 332, 335.

Cuadro Nº 2.7. Fuerza relativa de los partidos en la Cámara de Diputados (1912-1924)

Partido	*1912*	*1915*	*1918*	*1921*	*1924*
Conservador	29	28	26	26	25
Montt-varista (Nacional)	13	16	9	4	6
Liberal	23	20	29	24	21
Balmacedista	27	21	15	8	9
Radical	21	26	32	41	42
Demócrata	5	5	6	12	12
Total	118	116	117	107	115

Fuente: Adaptado de Heise (1982), pp. 310, 321, 329, 332, 335.

democráticos), jugaron, aún más que los liberales, un papel político moderador dentro del sistema de partidos. Los montt-varistas carecían de base electoral independiente, no habiendo logrado nunca elegir por sí mismos ningún candidato a un cargo ejecutivo[202]. Los balmacedistas participaron entusiastamente en las combinaciones y alianzas políticas oportunistas características del sistema de partidos de la época. Es difícil separar la trayectoria de los liberales democráticos de la carrera política de su líder durante todo este período, Juan Luis Sanfuentes. Sanfuentes se transformó en presidente de Chile en 1915 como candidato presidencial de la Alianza Liberal. Lejos de mantener los principios políticos intransables de Balmaceda, este grupo se mostró constantemente dispuesto a entrar en cualquiera alianza política que diera curso a las ambiciones políticas de sus líderes[203]. Tal vez en mayor grado que cualquier otro partido de "centro", los balmacedistas armaron alianzas políticas tanto con clericales como con anticlericales sobre la base de las ambiciones políticas de sus líderes.

g. El centro pierde su predominio

A medida que transcurrió el tiempo, la fisura clerical-anticlerical comenzó a perder su fuerza de atracción y, por consiguiente, las fronteras de la competencia política empezaron a esfumarse. Una segunda fisura social, el conflicto de clases, irrumpió en la arena política a fines del siglo XIX y en la primera década del siglo XX, y gradualmente desplazó el conflicto anterior entre la Iglesia y el Estado. Después de 1906, los grupos políticos conocidos, la Coalición Conservadora y la Alianza Liberal, no podían ya más definir los problemas dentro del sistema político en evolución. Los dos polos, identificados en términos del conflicto clerical-anticlerical, ya no atraían a la mayoría del electorado. Como resultado, los temas que habían creado el espacio ideológico para la aparición del centro político en años anteriores se evaporaron.

Durante las primeras décadas del siglo XX hubo intentos de crear una nueva combinación de centro. Sin embargo, en el universo electoral en rápida contracción después de las elecciones de 1912, los partidos del centro perdieron gradualmente coherencia organizativa e identidad política. En la elección de 1912, las dos grandes alianzas políticas, la Coalición Conservadora y la Alianza Liberal, se disgregaron y cada partido siguió una estrategia independiente dirigida a aumentar su propia porción del electorado. Como resultado de la disminuida atracción de los dos polos, el centro político perdió su dirección. Su conducta llegó a caracterizarse por una hipermovilidad entre los dos polos, entre lo que había constituido la Coalición Conservadora y la Alianza Liberal. Los cambios de gabinete durante esos años, y las mayorías parlamentarias sobre las que se construían, se sucedían rápidamente. Estos cambios no correspondían a cambios en la distribución del electorado, sino más bien a frecuentes cambios del

---

202 En 1906 los montt-varistas tuvieron éxito al elegir un miembro del partido, Pedro Montt, en la presidencia, pero aquél fue electo por la Alianza Liberal (Rivas Vicuña 1964, vol. 1, pp. 274).

203 Ibid., vol. 1, pp. 142-43, 60-61.

partido de centro de un polo al otro[204]. Según Julio Heise, los rápidos y constantes movimientos de los partidos de centro durante estos años fue en gran medida la causa del eventual derrumbe del sistema de partidos: despojó a las combinaciones tradicionales de partidos de su vigor y estabilidad[205].

Sin embargo, es importante no confundir causa y efecto. Si bien es verdad que la aumentada fluidez del partido de centro fue perjudicial para el funcionamiento general del sistema de partidos, es crucial comprender el origen de esta conducta. Las constelaciones de partidos tradicionales continuaron intentando definir la arena política en términos de la fisura clerical-anticlerical. Sin embargo, este conflicto había perdido su influjo sobre el electorado[206]. La aparición de nuevos actores sociales y los temas que traían consigo tuvieron el efecto de reestructurar las relaciones políticas. Las fronteras de la arena política, y, por lo tanto, el espacio del centro -tal como había sido definido antes por el conflicto clerical-anticlerical- habían desaparecido.

Los liberales ya no podían jugar el papel moderador que habían desempeñado tan hábilmente en años anteriores. Por ejemplo, en la convención del partido Liberal de 1907, prominentes líderes liberales insistieron en que el partido tenía que reasumir el papel apropiado a un partido de centro: "árbitro en la lucha entre los dos extremos: conservadores y radicales." Argumentaron que "en Chile faltaba un partido de centro que sirviera de equilibrio, que impidiera el desborde de los avances impetuosos, o de las reacciones violentas. La permanente división del partido le ha impedido transformarse en este importante elemento de ponderación y de gobierno"[207]. Los líderes liberales reclamaron que la capacidad del partido para jugar su tradicional papel moderador se estaba perdiendo a medida que el partido se fragmentaba. Los miembros del partido se iban a la deriva hacia los dos extremos: algunos siguiendo la corriente radical, y otros, la conservadora. Llegó a ser claro que el centro no podía mantener su arraigo en la cambiante arena política. Sobrevivió, pero con permanentes divisiones. A causa de sus constantes oscilaciones de un polo al otro, la opinión pública comenzó a perder su fe en el programa centrista. Los electorados liberales estaban siendo continuamente erosionados por el crecimiento de su aliado político cada vez más cercano, el partido Radical (ver cuadro 2.7). Si bien la Alianza y la Coalición lograron, a través de una abrupta contracción del electorado, restablecer temporalmente la competencia política ordenada en las elecciones generales de 1915, se habían desatado fuerzas sociales sobre el sistema de partidos, que contribuyeron a su derrumbe final en 1924.

---

204 Heise (1982), p. 288 cita el ejemplo de los balmacedistas, quienes, durante esos años, cambiaron de lado más de una docena de veces.

205 Ibid., p. 289.

206 Debido a los argumentos principales de este capítulo debería estar claro que, hasta cierto punto, los políticos dan forma y seleccionan las cuyunturas sociales que desean enfatizar. Sin embargo es también cierto que las fuerzas sociales irrumpen, y si no se les da expresión en el sistema de partidos ellas pueden, al final, forzar su camino sobre los partidos, ya sea en la forma de nuevos partidos políticos o transformando los existentes.

207 Discurso en la Convención Liberal de 1907 citado por Heise (1982), p. 308-9. Líderes del movimiento fueron Irarrázaval, Barros Luco y Valdés.

III. LA REDISTRIBUCION DEL PANORAMA POLITICO: IRRUPCION DEL CONFLICTO DE CLASES EN EL SECTOR URBANO

Hacia fines del siglo XIX, y durante las primeras décadas del siglo XX, la fisura clerical-anticlerical fue reemplazada, en el sector urbano[208], por el conflicto entre propietarios y trabajadores como eje definitorio de oposición política en Chile. Transformaciones significativas en la estructura de clases, provocadas por el crecimiento de la exportaciones, la urbanización, la expansión del comercio y la industrialización incipiente, intensificaron las tensiones entre los grupos dominantes tradicionales y los actores sociales que surgían. Las formaciones políticas que habían durado décadas se desarticularon, a medida que las elites políticas demostraban su incapacidad para resolver los desafíos planteados por el surgimiento dramático de nuevos sectores medios y de las clases trabajadoras en áreas urbanas y en enclaves mineros[209].

Mientras la cuestión social comenzaba a adquirir una relevancia política adicional durante las primeras décadas del siglo XX, la continuada dominación oligárquica del voto campesino en el campo permanecía como rasgo crucial del contexto político chileno. Durante todo el período de crisis y transición a partir del régimen cuasi-parlamentario -desde fines de la década de 1910 hasta comienzos de la década de 1930- el campo quedó básicamente inmune a la acción de fuerzas sociales que podrían haber conducido a una transformación burguesa del sector rural, o que, alternativamente, podrían haber desencadenado una rebelión campesina como la de Zapata en México. El monopolio electoral sobre los trabajadores rurales de que gozaban las elites partidistas tradicionales no fue nunca puesto en jaque con éxito durante este período por los partidos que llegarían a representar los grupos de clase trabajadora en áreas urbanas y enclaves mineros.

---

208 Como se señala en el Capítulo 1, Nº 7, esto se refiere tanto a las áreas urbanas como a los enclaves mineros.

209 Aunque la emergencia de la clase media es parte importante de este análisis, especialmente en la victoria de Alessandri en 1920, este capítulo estará enfocado en la emergencia y consolidación de los grupos y partidos de la clase obrera.

Las respuestas estratégicas a las exigencias de mayor participación social y política planteadas por los nuevos actores sociales adoptadas en el siglo XIX por los líderes partidistas fueron múltiples y, a veces, contradictorias. Por una parte, el acelerado proceso de migración desde el sector rural al sector urbano y, consecuentemente, el número creciente de trabajadores en áreas urbanas, representaba una oportunidad, para las elites partidistas tradicionales que estaban en competencia, de captar nuevos adherentes urbanos y ampliar sus bases electorales respectivas. Por otra parte, los líderes parlamentarios se sentían amenazados por la aparición de organizaciones de la clase trabajadora urbana. Su número creciente planteaba un desafío potencial a las relaciones sociales tradicionales. Así, las elites políticas respondieron a los trabajadores urbanos de dos maneras muy diferentes a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Chile. Primero, como hemos de ver, los líderes partidarios tradicionales hicieron conscientes esfuerzos para atraer los votos de los nuevos grupos de clase trabajadora en las áreas urbanas. Sin embargo, estos esfuerzos fueron acompañados en otros puntos por la represión brutal de las expresiones de militancia de la clase obrera.

Las crecientes exigencias de participación de los nuevos actores sociales, y el fracaso de los intentos iniciados por la elite de responder a estas exigencias, resultaron en una reestructuración dramática de las relaciones políticas dentro del sistema de partidos en Chile durante las primeras décadas del siglo XX. En el curso de pocos años aparecieron partidos izquierdistas de clase trabajadora desde fuera del sistema de partidos dominado por las elites, y se transformaron en importantes mediadores de las exigencias de la clase obrera. Cómo sucedió esto, y las consecuencias que tuvo para la forma del conflicto dentro del sistema de partidos, constituye la substancia de lo que expongo en este capítulo. Comienzo con una discusión de cómo el sistema de partidos anterior, mayormente un legado del conflicto clerical-anticlerical del siglo XIX, proporcionó un contexto competitivo de partidos en el cual se desarrolló una nueva fisura generadora, la fisura de clases. Argumento que la exitosa opción de Arturo Alessandri a la presidencia en 1920 marcó el comienzo de un período de profundo cambio institucional que continuaría hasta el retono de Alessandri a la presidencia en 1932. Durante este período, la fisura de clases en el sector urbano fue institucionalizada dentro del sistema de partidos. A comienzos de la década de 1930, la estructura de la competencia de partidos había experimentado una redefinición crucial a lo largo de los frentes de conflicto derecha-izquierda, propietarios-trabajadores.

En breve, mi argumento procede de la siguiente manera. El eje anterior, alrededor del cual se organizó el espacio político desde la mitad del siglo XIX en adelante, la fisura clerical-anticlerical, no desapareció simplemente para ser reemplazado por el conflicto de clases en el siglo XX. Más bien, esta fisura anterior continuó definiendo las divisiones intraelitarias, como también las identidades fundamentales de partido, hasta entrado el siglo XX, y, por lo tanto, proporcionó el contexto competitivo de partidos en el cual surgieron nuevos actores sociales. Las elites tradicionales de partidos en competencia intentaron

primero incorporar a los trabajadores urbanos para apoyar sus respectivas posiciones a lo largo de estas líneas de fisura anteriores. A medida que se agudizaban las cuestiones que bordeaban la "cuestión social"[210], fracasaron los esfuerzos de los partidos tradicionales por incorporar a los trabajadores urbanos, con el resultado del surgimiento de los partidos de clase obrera. La aparición de partidos electoralmente significativos de la izquierda reestructuró radicalmente la política de partidos en Chile y constituye una coyuntura crítica en el sistema de partidos que data de la elección presidencial de 1920, incluye el colapso del régimen cuasiparlamentario en 1924, y concluye con el renacimiento de la política de partidos en 1932. Durante estos años, el sistema de partidos anterior, en último término incapaz de responder efectivamente a las exigencias de los nuevos actores sociales en el sector urbano, sufrió su transformación más significativa en más de medio siglo.

Analizo el legado partidario dejado por el surgimiento de partidos de la clase obrera, mostrando que el sistema de partidos que surgió como resultado de la incorporación política de nuevos actores sociales se diferenció de modos cruciales del sistema de partidos anterior. En esta sección final enfoco especialmente el carácter evolucionante del centro del sistema de partidos, a saber, el traslado de actores partidarios claves en el centro desde el partido Liberal a los radicales. En este sistema de partidos de nueva definición, los radicales, como antes de ellos lo hicieron los liberales, se convirtieron en intermediarios entre la derecha y la izquierda, y, desde la década de 1930 en adelante, jugaron un papel clave en la definición de posibles alianzas y coaliciones en las décadas por venir.

1. SISTEMA DE PARTIDOS ANTECEDENTE

La explosión social alimentada por el conflicto de clases en las primeras décadas del siglo XX, la incorporación política subsiguiente del movimiento obrero, y la consiguiente reestructuración de la política de partidos en la década de 1920 y 1930, fueron fenómenos conformados decisivamente por el sistema de partidos antecedente. En el curso del siglo XIX, la fisura clerical-anticlerical había trazado profundas y perdurables divisiones en el seno de la elite política de Chile. Puesto que esta fisura previa permanecía fundamentalmente vigente entre las elites políticas establecidas, y puesto que estaba articulada en términos de alternativas opuestas de partidos, el surgimiento de nuevos actores sociales fuera del sistema tradicional de partidos -notablemente dentro del movimiento obrero urbano- fue usado por partidos en ambos lados de la división entre clericales y anticlericales como oportunidad para ampliar su respectiva base de apoyo. Así,

---

210 Morris define la "cuestión social" como todas las consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la urbanización e industrialización emergentes: una nueva fuerza laboral dependiente del sistema de salarios; la aparición de la vivienda obrera, problemas sanitarios y de salud crecientemente agudos; la formación de organizaciones para defender los intereses de la nueva "clase obrera"; huelgas y demostraciones callejeras; tal vez choques armados entre trabajadores y la policía o el ejército; y alguna popularidad entre los obreros del liderazgo y las ideas radicales.

la fisura clerical-anticlerical continuó jugando un papel crucial en dar forma a esquemas de competencia de partidos mucho después que los aspectos más relevantes del conflicto habían sido resueltos.

Como hemos visto, durante el período que va de 1858 a 1924, la competencia de partidos se caracterizó por un conjunto complejo de pactos y alianzas intraelitarias destinados a maximizar el rendimiento de los partidos en las elecciones parlamentarias. Las coaliciones electorales multipartidistas eran constantemente rediseñadas para ganar el máximo número de asientos potenciales en el Parlamento. Así, las fortunas electorales de los partidos individuales estaban constantemente cambiando, cambios que se reflejaban en la relativa inestabilidad de los gabinetes ministeriales. (Ver cuadro 2.1). En realidad, el hacer y deshacer pactos y alianzas parlamentarias vino a absorber las energías políticas de los legisladores, en lo que llegó a ser una especie de torneo nacional entre políticos.

La política de partidos durante el período cuasiparlamentario (1861-1924) fue una política de elite. La arena electoral en Chile permaneció relativamente pequeña, votando en 1924 sólo el 5% de la población total. (Cf. cuadro 2.2). Además, esta arena política restringida estaba cuidadosamente controlada por jefes locales de partido, que, a su vez, respondían ante las elites políticas nacionales. En las áreas urbanas, los jefes de partido a nivel municipal decidían las cosas[211]. En el campo, especialmente después de las reformas electorales del último cuarto del siglo XIX, los oligarcas rurales tradujeron la presencia de sectores campesinos subordinados en una fuente estable de votos. Los terratenientes chilenos habían logrado establecer mucho antes su hegemonía social, cultural y política en el campo[212].

Aunque Chile seguía siendo al fin del siglo XIX una sociedad predominantemente rural[213], grupos de sectores medios y los primeros elementos de trabajadores industriales urbanos estaban apareciendo en número creciente. Después de que la legislación electoral de 1874 suprimió los requisitos de propiedad, el sufragio se extendió a todos los varones que supieran leer y escribir mayores de 21 años, y los partidos tradicionales intensificaron sus esfuerzos para captar el apoyo de la clase obrera en aumento. Ambos extremos del espectro clerical-anticlerical, los conservadores tanto como los radicales, trabajaron activamente durante esos años para cultivar el apoyo de la clase obrera a través de clubes y organizaciones especiales. Ambos partidos fundaron diarios (como *La Comuna, El Obrero, El Trabajo*) que apuntaban a atraer el apoyo de elementos de las clases trabajadoras urbanas.

Por varias décadas después de la aparición inicial de los partidos organizados en 1857, la organización del trabajo fue principalmente una actividad de quienes estaban políticamente "marginados." Característicamente, estos

211 Véase a Borón (1971b), p. 48-50. También Valenzuela, A. (1977a).
212 Para una exposición del poder comparativo de la oligarquía chilena, véase a Bagu (1975); y también a Collier y Collier (1991), pp. 103-105.
213 De Chazo cita la cifra de dos tercios en 1885 (1983, p.3).

esfuerzos fueron emprendidos para ampliar el apoyo electoral de los partidos de oposición, como parte de una agenda de mayor magnitud para cuestionar el dominio del electorado por parte del Ejecutivo[214]. Hay evidencias de este esquema de movilización de trabajadores en apoyo de una campaña o posición específicas aun antes de los comienzos de la competencia de partidos en Chile. Así, las primeras organizaciones sindicales de artesanos y, después, de trabajadores artesanales de fábricas se formaron por iniciativa de los clubes liberales que se oponían a la dominación pelucona durante los comienzos de la década de 1850[215] (la más importante de las cuales fue la Sociedad de la Igualdad en 1850)[216]. Durante la década de 1860 y comienzos de la de 1870, luego que los liberales lograron capturar la presidencia entrando al gobierno de Pérez en 1861 (junto con los conservadores), la organización de los trabajadores urbanos pasó a ser una actividad de los radicales de oposición y los "liberales sueltos" (una facción de oposición del liberalismo). Cuando la fusión liberal-conservadora se desarticuló a mediados de la década de 1870 y los conservadores se mudaron del gobierno a la oposición, estos últimos emprendieron la organización de los trabajadores en la forma de círculos culturales de trabajadores, en patrocinio conjunto con el clero católico[217]. Sin embargo, el propósito central de las asociaciones de trabajadores durante estos primeros años no fue en primer lugar la movilización electoral de las clases trabajadoras urbanas; más bien tenía como objetivo proporcionar ayuda en caso de cesantía, enfermedad, edad avanzada, etc. En concordancia con este objetivo, las primeras organizaciones de clase obrera se llamaban "sociedades de socorros mutuos."

Al nivel de la política de elites, la transformación que nos ocupa comenzó con lo que puede describirse como el inicio de una crisis dentro del régimen parlamentario[218]. Alrededor de 1912, las elites políticas nacionales comenzaron a perder su punto de apoyo sobre la arena electoral que se expandía gradualmente. El conflicto clerical-anticlerical, aunque continuaba definiendo las identidades y oposiciones de partido entre las elites de partido tradicionales, ya no reflejaba las cuestiones más críticas que enfrentaban un número creciente

---

214 Ibid., p. 117.

215 La más detallada descripción de la formación inicial del movimiento obrero chileno hasta la fecha se encuentra en J. S. Valenzuela (1979). De acuerdo a Valenzuela (p. 403), las primeras organizaciones de este tipo que son mencionadas en las historias obreras del siglo diecinueve fueron las sociedades tipográficas de Valparaíso y Santiago fundadas en 1852 y 1855, respectivamente.

216 La Sociedad tomó su nombre de la proscrita Sociedad de la Igualdad fundada por Bilbao y Arcos; una organización liberal que estaba imbuida del espíritu revolucionario de 1848. Este movimiento fue proscrito en 1850 por el gobierno pelucón de Manuel Bulnes al poco tiempo de haber sido fundado.

217 J. S. Valenzuela afirma sugestivamente que la consecutiva incorporación de las clases obreras en las bases de la oposición política clerical-anticlerical ayuda a explicar por que el espacio político se abrió a la movilización obrera en la esfera política, mientras que ésta se hacía más dificultosa en los lugares de trabajo.

218 Manuel Rivas Vicuña, un político liberal y agudo observador del período, señala las cambiantes bases de la política en las elecciones de 1912. Véase a Rivas Vicuña (1964), vol. 2, pp. 310-39. Véase también Heise (1982), vol. 2, pp. 288-90; y Heise (1974), p. 419.

de nuevos actores sociales, una parte de los cuales (especialmente los que provenían de sectores medios) estaban ahora incluidos dentro de la población electoral. Sin embargo, las elites de partido tradicionales más comúnmente intentaron una postura ambigua frente al conjunto de problemas sociales que habían acompañado el proceso de industrialización en el sector urbano. Los líderes partidistas tradicionales, amenazados por las exigencias cada vez más militantes de participación social y política más amplia de parte de elementos de clase media y obrera previamente excluidos, e incapaces de posponer la acción por más tiempo, comenzaron a repensar su primera estrategia de incorporar gradualmente los votos de la clase obrera como recurso electoral en la competencia intraelitaria de partidos.

En 1914 los líderes del Congreso adoptaron una serie de medidas destinadas a fortalecer el control de los partidos sobre las elecciones a nivel municipal, controles que habían gradualmente retornado a las manos del ejecutivo central. Especialmente notable fue la recomendación, hecha por un comité legislativo multipartidario, de que se le quitara a los funcionarios municipales nombrados por el gobierno la supervisión de las elecciones, y se la devolviera a comités locales compuestos por los mayores contribuyentes de una comuna[219]. Esta medida fue aprobada como ley en diciembre de 1914, y reemplazó las asambleas municipales de electores por comités compuestos por los cincuenta mayores contribuyentes de cada comuna. En ese mismo año, se legisló exigiendo la completa renovación de los registros electorales cada nueve años[220].

El efecto acumulativo de estas medidas fue reducir el tamaño del electorado en más de dos tercios, revirtiendo así la constante expansión del sufragio que tenía lugar desde la guerra civil de 1891. (Ver cuadro 2.2). Mientras en 1912 los votantes inscritos llegaban a 598.000, en 1915 habían caído a 185.000. Durante este mismo período, el porcentaje de votantes sobre la población total cayó del 8,34% al 4,24%. Esta súbita contracción del electorado había de perdurar. Solamente a mediados de la década de 1950 alcanzaría la proporción entre la población inscrita y la de los votantes las cifras registradas en 1912[221].

Por lo tanto, mientras en el último cuarto del siglo XIX las elites tradicionales de partido habían buscado -con mayor o menor agresividad- expandir gradualmente el sufragio a nuevos actores sociales, a la altura de la segunda década del siglo XX habían llegado a la conclusión de que había menos

---

219 Después de la guerra civil de 1891 el aparato electoral municipal fue colocado en las manos de estos comités de los mayores contribuyentes. Estos comités habían sido gradualmente reemplazados por autoridades municipales. Esto está expuesto en el capítulo 2.

220 Estas medidas están descritas en Valenzuela, A. (1977a), pp. 210-15. Como Valenzuela señala, estas medidas fueron propuestas para mantener el sufragio a niveles "razonables" (p. 213). Hay evidencia de que ellas fueron tomadas, al menos parcialmente, con el fin de purificar los registros electorales de múltiples irregularidades, por ejemplo, eliminar muchas personas fallecidas largo tiempo atrás.

221 Borón (1971b), p. 51.

que perder simplemente restringiendo la movilización electoral antes de que ésta los desbordara. En 1914, el liderazgo de virtualmente todos los partidos políticos de la época acordó las medidas que resultaron en una dramática contracción de la participación electoral[222]. En realidad, las elites de partido habían de continuar alegando obstinadamente (y con éxito) durante los restantes diez años del período cuasiparlamentario, hasta 1924, que la participación electoral debía ser restringida[223].

Los líderes partidarios tradicionales de Chile parecían no poder, o no querer, apartarse de los esquemas familiares de alianzas que habían sido establecidos sobre la base de disputas religiosas anteriores. Las reformas de 1914, y la consiguiente contracción del universo electoral, representaban un esfuerzo inicial de parte de las elites partidarias tradicionales -enfrentadas a exigencias de nuevos grupos sociales urbanos- por reconsolidar su control de la arena política. Estando los nuevos actores sociales, especialmente la clase trabajadora, excluidos temporalmente de la participación política, las energías y esfuerzos de los líderes políticos continuaron siendo absorbidos por el hacer y deshacer pactos electorales, que derivaba en un continuo "juego de sillas musicales ministerial"[224].

En resumen, a pesar de que la estructura social chilena en los centros industriales urbanos y los enclaves mineros había sufrido transformaciones significativas a la altura de la segunda década del siglo XX, los partidos y el sistema de partidos permanecían básicamente sin cambios[225]. Un astuto analista político, íntimamente ligado a los acontecimientos de esos tiempos, Domingo Amunátegui Solar, expresó la opinión que los años entre 1915 y 1920 fueron los más cruciales de todo el período parlamentario[226]. Si el liderazgo político hubiera mostrado, durante la década de 1910, la voluntad de enfrentar los desafíos planteados por el surgimiento de la cuestión social, todo el quiebre que siguió al descalabro de la competencia de partidos en 1924 podría haberse evitado. Sin embargo, las elites partidarias, intensamente socializadas en los esquemas forjados por la fisura clerical-anticlerical, continuaron compitiendo unas con otras siguiendo las líneas de conflicto ya familiares. Sin embargo, nuevas líneas de conflicto social habían estado amenazando por algún tiempo con quebrar estos esquemas previos. En 1918 ya no era posible ignorar la "amenaza"

---

222 Rivas Vicuña (1964), vol. 1, pp. 292-94, 398-99, 461-64, da una cabal relación de la elaboración de la reforma electoral, la que incluyó la participación de los líderes de virtualmente todos los partidos de la época.

223 A. Valenzuela sostiene esta interpretación al señalar que con anterioridad a las elecciones de 1923 los presidentes de la Cámara de Diputados y del Senado, controlados por coaliciones opositoras, acordaron restringuir la inscripción a un nivel menor que el ordenado por la ley. Véase a Valenzuela, A. (1977a), p. 215.

224 Ibid.

225 Pike (1963) persuasivamente sostiene este punto. Véase especialmente capítulo 4, sugerentemente titulado "Lo más que cambia el país lo más que su gobierno permanece igual, Chile 1892-1920."

226 Véase Amunátegui Solar (1945), pp. 355-56 y passim.

de los crecientemente militantes miembros de la clase obrera urbana y de los enclaves mineros.

2. LA FISURA

A pesar de esfuerzos previos de los partidos para proporcionar ayuda a los grupos de clase obrera a través de organizaciones como las sociedades de socorros mutuos, no fue sino hasta la adquisición de los territorios salitreros del norte, después de la Guerra del Pacífico (1879-1883), que el movimiento obrero en Chile llegó a estar más activamente organizado. La victoria de Chile sobre Perú y Bolivia tuvo al menos dos importantes consecuencias para los desarrollos políticos posteriores. Primero, como resultado de la movilización militar requerida por el esfuerzo de guerra, un número significativo de campesinos, que hasta esa fecha habían estado atados al sistema de hacienda en el Chile rural, quedaron disponibles para trabajar en los sectores urbanos y mineros modernizantes. La guerra y su secuela derivó en significativos cambios demográficos: campesinos se transformaron en soldados, y muchos soldados que retornaban prefirieron buscar empleo en las prósperas salitreras del norte, o en las ciudades de Santiago o Valparaíso en Chile central, en rápido proceso de crecimiento. Por ejemplo, mientras en los territorios nortinos de Antofagasta y Tarapacá había sólo 2.848 trabajadores empleados en la industria salitrera en 1880, diez años después su número había alcanzado a 13.060[227].

La misma tendencia era visible en esquemas de urbanización, según los cuales entre 1885 y 1930 el porcentaje de la población total en áreas urbanas subió de un tercio (34%) a casi una mitad (49%)[228].

Lo que es aún más importante, la victoria en la guerra aportó a Chile las provincias del norte ricas en minerales. La adquisición de estos territorios, y un mercado mundial aparentemente insaciable en su apetito por salitre, dio lugar a una bonanza de las exportaciones que, a su vez, estimuló las manufacturas, el transporte y las obras públicas a lo largo de Chile. El salitre llegó a dominar y dar energía al sector urbano de la economía chilena del siglo XIX, lo que, junto con la expansión de las actividades industriales y comerciales, resultó en una fuerza de trabajo cada vez más diferenciada[229]. A medida que crecía el número de establecimientos industriales y los trabajadores rurales emigraban a las ciudades para ejercer empleos urbanos, se formaban más y más organizaciones de clase obrera para responder a las necesidades del creciente número de trabajadores urbanos. Un movimiento obrero organizado empezó a adquirir dimensiones significativas durante los años finales del siglo XIX.

El desarrollo económico de Chile desde fines del siglo XIX en adelante estuvo muy condicionado por la explotación de las reservas mineras siguiendo un

227 Angell (1972), p.12.
228 De Shazo (1983), p. 3.
229 Varios autores demuestran el relativamente temprano crecimiento del sector urbano en Chile. Véase a Muñoz (1972); Pinto (1959); Kirsh (1977); y Berquist (1986).

esquema clásico de enclave de exportación. Debería acentuarse -como he de subrayar en este capítulo- que este esquema de desarrollo económico "desequilibrado", mientras multiplicaba los actores de clase obrera en los modernizantes sectores urbanos y mineros, dejaba relativamente intocada la estructura social en áreas rurales[230]. Las relaciones sociales en el campo semifeudal continuaron caracterizándose por la dominación social y política de las oligarquías rurales. El movimiento obrero que surgió en Chile durante este período estuvo, por consiguiente, básicamente confinado a las áreas urbanas y de enclaves mineros[231]. Paradójicamente, podría argüirse que este esquema desigual de crecimiento en Chile, alimentado por el salitre, facilitó indirectamente la consolidación de un sistema competitivo de partidos[232]. Puesto que las relaciones sociales en el campo no habían sido básicamente afectadas por las fuerzas de modernización, y puesto que el control electoral ejercido por la oligarquía rural había permanecido esencialmente incuestionado, las elites políticas tradicionales confiaban que las disputas podían ser resueltas con seguridad dentro de la arena electoral.

Como sucedió a través de América Latina, en Chile la rápida expansión impulsada por la exportación fue acompañada por una explotación frecuentemente brutal de la fuerza de trabajo[233]. Aun los expositores más cautelosos sugieren que los trabajadores sufrían condiciones de vida y de trabajo infrahumanas en las minas del inhospitalario desierto del norte, como también en las nacientes fábricas urbanas. A medida que empeoraban las condiciones de vida y de trabajo, las sociedades de socorros mutuos, única expresión visible de la clase obrera organizada a lo largo de la década de 1880 y comienzos de la de 1890, comenzaron a orientarse a la articulación de quejas contra los empleadores. A fines del siglo XIX, y crecientemente entrado el siglo XX, el movimiento obrero chileno alcanzó el carácter de una fuerza social y política organizada, militante y nacional[234].

---

230 Un buen número de investigaciones ha demostrado el atrasado estado de desarrollo social y económico que experimentaba el sector rural. Las consecuencias de este desequilibrado patrón de crecimiento es el tema central del capítulo siguiente. Véase a Remmer (1984), pp. 40-62, a fin de conocer cómo se aplica este específico argumento a la experiencia de los trabajadores urbanos y rurales.

231 Sólo en la provincia de Santiago y en la región de Magallanes los trabajadores rurales formaron gradualmente sindicatos de alguna significación en 1920.

232 Esto es importante en contraste con el caso argentino, donde una economía basada en la exportación agrícola tuvo un impacto muy diferente en el desenvolvimiento político. La exportación de nitrato conlleva diferentes consecuencias para las relaciones laborales que la exportación de grano o carne.

233 Varios autores han documentado las brutales condiciones experimentadas por los obreros chilenos en este período, especialmente en los enclaves del cobre y el salitre del norte. Para una particularmente vívida descripción véase a Berquist (1986), esp. cap. 2. Véase también a Loveman (1976); Morris (1966); Collier y Collier (1991); y Edwards y Frei (1949).

234 Un estudio publicado en 1971 por Manuel Barrera documentó 299 huelgas entre 1810 y 1910. De las 299 huelgas, sólo 42 ocurrieron antes de 1900. El resto ocurrió entre 1901 y 1910 (Barrera, 1971, pp. 124-126). Hay múltiples versiones del número y volumen de los movimientos de huelga en este primer período. Ramírez Necochea identificó 34 huelgas en un período de 5 años entre 1884 y 1889, y también señala 25 "incidentes" en los que están envueltos obreros (1951, pp. 282-85).

A medida que creció gradualmente el empleo en el sector urbano, como consecuencia del persistente (aunque modesto) crecimiento industrial y comercial en Chile desde la década de 1890 hasta la depresión mundial de la década de 1930, los frentes de batalla entre las elites económicas, sociales y políticas, por una parte, y los líderes de los recientemente fundados sindicatos de trabajadores, por la otra, se hicieron más agudos. Una postura inflexible de parte de los grupos dominantes chilenos dio a la cuestión un relieve aún mayor. El sindicalismo era inaceptable en principio a los miembros de la elite chilena. En la mayoría de los casos, para ser siquiera escuchados, los trabajadores se veían obligados a ir a la huelga. Aunque algunas huelgas durante este período fueron planificadas, más generalmente representaban actos espontáneos de desesperación de parte de los trabajadores.

El fin del siglo fue testigo de una cadena de violentas protestas laborales y la consiguiente represión sangrienta de la clase obrera chilena. La primera huelga general de significación nacional comenzó entre los trabajadores del salitre en julio de 1890 en Iquique, y se esparció a través de la provincia nortina de Tarapacá. Los paros laborales solidarios se extendieron rápidamente hacia el sur, inmovilizando puertos, hasta que la huelga fue quebrada por el Ejército. Como observa Morris, el creciente número de protestas laborales proporcionó "signos externos, visibles, de profundo descontento en la sociedad, de falta de consenso, y, para los trabajadores, constituyeron también protestas contra la clase empresarial y contra la sociedad"[235].

La violenta represión del movimiento laboral llegó a ser más y más común en el curso de la década siguiente. A mediados de 1903, una huelga de la Marina Mercante en Valparaíso (pidiendo una jornada de ocho horas) terminó con la muerte de unos cuarenta trabajadores. En Santiago, los estallidos de la "semana roja" en octubre de 1905 reclamaron las vidas de muchos trabajadores que protestaban por el alza del costo de la vida. Este ciclo de militancia obrera en ascenso y represión estatal llegó a su clímax cuando en 1907, más de mil hombres, mujeres y niños fueron segados por fuego de ametralladoras en Iquique, en circunstancias que obreros salitreros y sus familias se reunían en una escuela para protestar. Como veremos, la matanza de Santa María tendría profundas implicaciones para la forma del movimiento laboral en Chile. Se puso en marcha un esquema mortal entre propietarios y trabajadores, una escalada de acciones y reacciones que terminaban en confrontaciones violentas y represión brutal. En las primeras dos décadas del siglo XX, "la violencia industrial había sacudido el país de extremo a extremo, y la sangre de los que se habían rebelado yacía en el desierto, en las calles y en las áridas estepas del sur barridas por el viento"[236].

Así como fue en gran parte debido al estímulo de la pujante industria salitrera al fin del siglo XIX que el sector urbano de la economía chilena experimentó un crecimiento dramático, la primera guerra mundial (y el

235 Morris (1966), p. 96.
236 Ibid., p. 100.

Cuadro Nº 3.1. Trabajadores en la industria salitrera (1895-1934)

Año	*Trabajadores empleados*	*Año*	*Trabajadores empleados*
1895	22.485	1920	23.542
1896	19.345	1921	33.876
1897	16.727	1922	25.492
1898	15.955	1923	41.099
1907	39.653	1924	59.649
1908	40.825	1925	60.785
1909	37.792	1926	38.118
1912	47.800	1927	35.788
1913	53.161	1928	59.963
1914	43.979	1929	58.493
1915	45.506	1930	44.464
1916	53.470	1931	n.a.
1917	56.378	1932	8.535
1918	56.981	1933	8.486
1919	44.498	1934	14.133

Fuente: Loveman (1976), p. 226.

simultáneo descubrimiento del salitre sintético) causó graves desajustes en esta industria. Las condiciones de trabajo empeoraron y la militancia de la clase obrera aumentó. Como lo muestra el cuadro 3.1, el empleo en la industria del salitre se había caracterizado históricamente por breves ciclos de expansión y caída. La recesión esporádica en la industria resultaba en desempleo periódico para miles de trabajadores nortinos, forzándolos a emigrar de las oficinas salitreras a los puertos y más al sur hasta Santiago.

Cuadro Nº 3.2. Afiliación nacional a la FOCH estimada segun las cifras de miembros cotizantes (1922-1925)

Año	*Miembros cotizantes*	*Afiliación aproximada a la FOCH* [a]
1922	5.738	11.476
1923	4.290	8.580
1924	8.280	16.560
1925	10.601	21.202

Fuente: Adaptado de De Shazo (1983).
[a] La afiliación se estima multiplicando por dos el número de miembros cotizantes.

Cuadro Nº 3.3. Número total de huelgas en Chile entre 1901 y 1925

Año	*Barría-Barrera Total* [a]	*Oficina del Trabajo Total*
1901	5	-
1902	21	-
1903	17	-
1904	11	-
1905	23	-
1906	48	-
1907	80	-
1908	15	-
1909	5	-
1910	3	-
1911	8	10
1912	26	18
1913	27	17
1914	8	5
1915	7	-
1916	21	16
1917	18	26
1918	18	30
1919	71	66
1920	58	105
1921	59	24
1922	29	19
1923	58	41
1924	52	86
1925	**56**	**114**
Totales	744	577

Fuente: Samuel Valenzuela (1979), p. 463.

[a] Estos son los totales registrados por Barría y Barrera, respectivamente, en Jorge Barría "Los movimientos sociales de Chile desde 1910 hasta 1920 (aspecto político-social)" (disertación no publicada, Universidad de Chile 1960), y Barrera (1971). S. Valenzuela los utiliza a fin de proveer una estimación de la actividad huelguística independiente de la del gobierno.

El cuadro 3.2 estima las tendencias en la composición de la FOCH durante este período (1922-1925) multiplicando por dos el número de miembros que pagaban sus cuotas. Aun usando estas cifras conservadoras presentadas por De Shazo, está claro que los miembros de organizaciones laborales que pagaban sus cuotas -aun cuando su número permanecía pequeño- estaban aumentando rápidamente a comienzos de la década de 1920[237].

237 Berquist (1986), pp. 60-61, y Valenzuela, J.S. (1979), pp. 452-60, respaldan la interpretación de De Shazo (1983).

Aún más decidor que el número real de trabajadores organizados era el número creciente de trabajadores urbanos que los militantes laborales eran capaces de movilizar en manifestaciones públicas y huelgas generales después de la Primera Guerra Mundial. El cuadro 3.3 muestra una curva en agudo ascenso en el número total de huelgas en Chile después de 1919. Tanto las cifras oficiales del gobierno como fuentes independientes sugieren la misma tendencia.

Sin embargo, a pesar del número creciente del proletariado urbano e industrial, y la lucha más intensa entre el capital y el trabajo, la cuestión social recibió una atención sorprendentemente poco significativa de parte de los líderes de los partidos políticos previamente a la década de 1920. Las exigencias de participación de la clase obrera representaban un desafío desconocido para un conjunto de partidos oligárquicos que habían competido desde la mitad del siglo XIX en adelante dentro del marco del conflicto clerical-anticlerical. En este nuevo y turbulento conflicto, cada partido sufría divisiones de variada intensidad, basadas en el conflicto social cada vez más caldeado. En estos conflictos combatían dos generaciones, aferrándose generalmente los líderes políticos más antiguos a la definición clerical-anticlerical del debate político. En las primeras décadas del siglo XX había debates en ebullición dentro del partido Radical entre Mac-Iver y Letelier; en el partido Conservador entre Walker Martínez y Zorobabel Rodríguez (de la escuela liberal manchesteriana), y J. Enrique Concha Subercaseaux (de los nacientes social cristianos); en el partido Liberal entre Luis Claro Solar (que favorecía las formas tradicionales de política) y Arturo Alessandri, Manuel Rivas Vicuña y Eliodoro Yáñez; en el partido Nacional entre Pedro Montt y Agustín Edwards; y entre los demócratas entre Malaquías Concha y Luis Emilio Recabarren[238].

En 1918 la Alianza Liberal recientemente reconstituida -una alianza progresista anticlerical compuesta de radicales, demócratas y varias facciones liberales- obtuvo el control de ambas Cámaras del Congreso. La Alianza llegó gradualmente a adoptar una retórica populista que obtuvo amplio eco entre grupos de clase media y obrera. En tanto que la fisura religiosa reaparecía periódicamente en ataques contra el clero y la Iglesia, ésta era articulada en un contexto social y político dominado por una nueva forma de militancia de la clase trabajadora. De hecho, la fisura religiosa reforzó el conflicto de clases. A través del partido Conservador, la Iglesia vino a ser identificada con los intereses de los propietarios[239].

Enfrentado a una severa represión estatal y carente de protección legal, el movimiento laboral chileno se desarrolló durante esos años en básicamente dos direcciones. La primera fue la de formar organizaciones de solidaridad entre elementos de clase obrera en el sector urbano. Se formó un conjunto heterogé-

238 Heise (1974), p. 417.
239 Ibid., p. 419.

neo de sociedades de socorros mutuos[240], fraternidades (o mancomunales)[241], y sociedades de resistencia de orientación anarquista[242], para proporcionar apoyo a un número creciente de trabajadores en su lucha por mejorar las condiciones de vida y de trabajo. Las tácticas y objetivos específicos variaban de un tipo a otro de organización solidaria.

La segunda estrategia emprendida por el movimiento laboral fue buscar apoyo en la esfera política, específicamente en los partidos políticos. Como notamos antes, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX los partidos tradicionales habían buscado activamente atraer votos de clase obrera a lo largo de las líneas de fisura clerical-anticlerical. Sin embargo, el éxito de los esfuerzos específicos de los partidos tradicionales variaba grandemente. El partido Conservador, por ejemplo, experimentó aparentemente poco éxito en sus tempranos esfuerzos por atraer la lealtad política de la clase trabajadora[243]. De un modo muy crucial para futuros esquemas de competencia partidaria, el primer partido político que ofreció a la clase obrera una opción viable de partido fue una ramificación política del anticlerical partido Radical.

a. El partido democrático: fracaso de la incorporación reformista

Durante la década de 1880 una pequeña pero elocuente facción dentro del partido Radical argumentaba que las cuestiones clericales-anticlericales ya no enmarcaban los problemas más críticos que confrontaban a la sociedad chilena. Esta facción, encabezada por Valentín Letelier, sostenía que, antes que proseguir disputas religiosas estériles, el partido haría mejor en concentrarse en el conjunto de cuestiones sociales suscitadas por la creciente clase trabajadora urbana. Estos elementos se unieron para formar un ala separada del partido

---

240 Hasta los últimos años del siglo diecinueve, casi todas las organizaciones obreras en Chile eran sociedades de socorros mutuos formadas por artesanos y obreros calificados. Estas otorgaban a sus miembros pensiones por enfermedad o accidente, funerales decentes, beneficios a los parientes de un fallecido y, en algunos casos, pensiones de jubilación. Un ejemplo interesante del programa de 16 puntos de una fraternidad lo da Ortiz Letelier (1985), p. 191, Nº 1. De Shazo cita un estudio realizado por un funcionario laboral el que sostiene que en 1890 existían unas 75 sociedades de socorros mutuos, 240 en 1900, 433 en 1910 y 735 en 1922 (1983, p. 89). Cifras contradictorias plagan la literatura laboral de este período. Por ejemplo, Angell (1972), p. 14 da cifras menores; Morris (1966), p. 93 y Ortiz Letelier (1985), p. 129, dan unas mayores.

241 Las fraternidades fueron una organización obrera chilena con características únicas, ya que combinaban un énfasis en la caridad (de las originales sociedades de socorros mutuos) con los objetivos del sindicalismo a fin de mejorar la suerte de los trabajadores, por ejemplo, a través del uso de huelgas.

242 Estas sociedades fueron más comunes entre trabajadores urbanos industriales y portuarios que entre los mineros (donde las fraternidades o mancomunales predominaban). Ligadas a los anarquistas, las sociedades de resistencia usaron la huelga como su principal arma para avanzar en la causa obrera (Angell, 1972, p. 16). Véase también a Ortiz Letelier (1985). De Shazo (1983) enfoca completamente su estudio de los trabajadores urbanos en Chile desde 1902 a 1927 en las sociedades de resistencia. Aunque su análisis nos da un importante contrapeso a un exagerado énfasis en el rol de las mancomunales (y consecuentemente en el de los comunistas), él probablemente subestima la importancia de los trabajadores de los enclaves mineros en la protesta obrera.

243 En sus memorias Abdón Cifuentes señala que los esfuerzos del partido Conservador en cultivar el apoyo de las clases obreras urbanas produjeron un pobre resultado electoral...

Radical, tomando prestado para sí el nombre de un proscrito movimiento reformista liberal anterior, la Sociedad de la Igualdad[244]. Su objetivo era promover legislación social progresista desde dentro del partido Radical. Frustrados por elementos menos progresistas dentro del radicalismo, varios líderes radicales jóvenes, entre ellos Malaquías Concha, lograron atraer a artesanos y diversas sociedades de socorros mutuos vinculados con el partido Radical y, en 1887, se separaron de los radicales para formar el partido Democrático. Los democráticos adquirieron un perfil anticlerical a la vez que claramente de clase obrera[245]. El partido Democrático estaba fundado sobre una plataforma no marxista que buscaba el mejoramiento de las condiciones sociales, económicas y políticas del pueblo chileno a través de una reforma gradual y no violenta[246].

El partido Democrático se transformó rápidamente en el partido con lazos más firmes a las asociaciones de clase obrera de este período. A partir de la primera ola significativa de huelgas de 1890 hasta la masacre de Iquique en 1907, el partido Democrático asumió un papel de liderazgo en el movimiento obrero, fomentando la creación de sociedades de socorros mutuos, y apoyando huelgas y otros movimientos populares. En la década de 1890, el partido Democrático adoptó la que llegaría a ser una moderadamente exitosa estrategia electoral para atraer los votos de la clase media y trabajadora durante las décadas siguientes, una estrategia, sin embargo, que a la altura de 1895 conduciría a la jefatura del partido a maximizar el potencial electoral del partido entrando en la misma red compleja de pactos y alianzas de partidos que caracterizaba toda la política electoral del período[247]. Buscando pactos y alianzas con sus aliados anticlericales, el partido creció desde haber elegido dos diputados en 1897 a 6 en 1906 (aunque uno de ellos, el líder sindical Luis Emilio Recabarren, fue impedido de ocupar su asiento luego que rehusó invocar el nombre de Dios como se exigía para el juramento oficial). En 1918, aunque más pequeño todavía que los partidos parlamentarios tradicionales, el partido Democrático había logrado elegir dos senadores y doce diputados, y había llegado a ser un importante intermediario para formar mayorías parlamentarias. (Ver cuadros 2.6 y 2.7).

En último término, el partido Democrático no logró captar la lealtad de la clase trabajadora debido a dos causas principales. Primero, a medida que el partido Democrático comenzó a experimentar éxito electoral en el complejo juego político parlamentario, se abrió una brecha entre los líderes del partido y la

---

244 Véase n. 9 supra.

245 No hay una buena historia del partido Democrático, pero el tratamiento del punto por J. S. Valenzuela nos da una penetrante visión respecto al rol crítico jugado por este partido. Véase Valenzuela, J.S. (1979), pp. 407-15.

246 Véase a Remmer (1984), pp. 67-69, para una descripción más completa del programa del partido Democrático.

247 En la convención del partido Democrático en 1895, los delegados debatieron la conveniencia de entrar en pactos electorales con otros partidos. Los delegados decidieron que su aislamiento político hacía su maximización electoral imposible, y en la elección de 1897 el partido eligió dos diputados dentro del marco de pactos con otros partidos anticlericales, los radicales y los liberales. Véase Valenzuela, J.S. (1979), p. 411.

clase trabajadora. El partido llegó a estar profundamente comprometido en la corrupción e intrigas del período parlamentario; a la altura de 1920 estaba bien atrincherado en el sistema político y no era ya una fuerza con la cual contar para reformas[248]. En segundo lugar, a medida que la protesta obrera era confrontada con una reacción cada vez más violenta por el Estado y los patrones, la agenda reformista del partido perdió su atractivo para los trabajadores ubanos.

El éxito electoral del partido Democrático contribuyó en realidad a su eventual caída. A medida que los demócratas se identificaban más con la política parlamentaria liberal, las divisiones internas y facciones se hicieron más frecuentes. Ya en la década de 1890, los sectores más radicales del partido intentaron, con escaso éxito, formar grupos políticos separados de orientación socialista[249]. En 1906, ocurrió una división más seria entre dos líderes del partido Democrático, Malaquías Concha y Luis Emilio Recabarren. Después de la disputa de 1906, los demócratas aparecieron divididos en dos bloques diferentes, los "demócratas conservadores" dirigidos por el reformista Malaquías Concha, y los más radicalizados "demócratas socialistas", inspirados por Recabarren. El partido Democrático se reunificó bajo una sola etiqueta partidaria en 1908, pero el conflicto permaneció latente hasta que la división se hizo permanente en 1912[250].

Además de la creciente brecha entre los jefes del partido Democrático y los líderes de la clase obrera acerca de la identificación en aumento de los primeros con prácticas corruptas del régimen parlamentario, la credibilidad de la propuesta reformista del partido entre elementos de la clase trabajadora sufrió un golpe fatal después de la masacre de 1907 en Iquique. Irónicamente, el reformista partido Democrático y sus aliados de la clase obrera se convirtieron en las víctimas principales de la represión violenta de la clase obrera. Después de la masacre de 1907, quedó meridianamente clara la política estatal hacia la inquietud laboral. Los obreros salitreros en huelga no obtuvieron ninguna de sus demandas, y fueron obligados a volver a vivir y trabajar bajo las mismas condiciones que antes. En parte como resultado de la violencia estatal empleada para reprimir las demandas de los trabajadores, los movimientos reformistas dentro de la clase trabajadora o murieron o pasaron a la clandestinidad. Las organizaciones laborales reformistas y mutualistas de toda clase, particularmente las fraternidades o mancomunales asociadas al partido Democrático experimentaron una grave decadencia[251]. A partir de 1907, los vínculos vitales

248 Angell (1972), p. 23.

249 El primero de tales grupos fue el partido Proteccionista de 1891. La Unión Socialista se formó en 1897 sobre la base de una fusión entre el Centro Social Obrero y la Agrupación Fraternal Obrera, la cual a finales de ese mismo año había proclamado la formación del partido Socialista de Chile. Este fragmento socialista permaneció pequeño y desorganizado pero perduró como una importante corriente ideológica dentro de la clase obrera urbana de este período. Véase a Ramírez N. (1951), pp. 225-51.

250 Véase a Barría S. (1971), p. 24.

251 Varios autores documentan la dramática declinación de las organizaciones obreras luego de la masacre de Iquique. Las mancomunales básicamente desaparecieron luego de 1908; el número de sociedades de resistencia declinó de 47 a 11 desde comienzos de 1907 a 1909, y la

organizativos del partido Democrático con la clase trabajadora se vieron dramáticamente reducidos a un pequeño número de sociedades de socorros mutuos y el partido llegó a ser menos dependiente del apoyo electoral de la clase obrera[252].

A pesar de su carácter transicional y de relativa corta duración, el partido Democrático jugó un papel decisivo en dar forma a la evolución política de las clases trabajadoras durante este período. Lo que fue tal vez más importante, el partido Democrático contribuyó a la educación política de los trabajadores del sector urbano. Antes de 1907, el partido estimuló la organización de cientos de sociedades de socorros mutuos y fraternidades, publicó varios periódicos obreros y, en su apogeo, ofreció cada año docenas de conferencias y seminarios sobre el trabajo[253]. A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, sus dos o tres diputados eran prácticamente los únicos que denunciaban los abusos de patrones y policías y los únicos que patrocinaban (aunque sin éxito) una legislación social. Con todo, la naturaleza de la respuesta estatal al trabajo organizado no dejó ningún espacio para los demócratas reformistas. Después de la primera década del siglo XX, los vínculos del partido Democrático con las clases trabajadoras se atrofiaron.

b. El surgimiento de partidos de la clase trabajadora

Con la excepción del partido Democrático, que fue una ramificación organizativa de los radicales, los partidos políticos tradicionales permanecieron generalmente desinteresados en responder a los desafíos políticos y sociales fundamentales representados por la cuestión social. Sin embargo, dentro de cada uno de los tres partidos tradicionales importantes, se habían formado facciones aisladas que buscaban responder a las nuevas circunstancias creadas por el surgimiento de la clase obrera[254]. La más significativa de estas facciones se desarrollaba dentro de la rama principal del partido Radical. A la altura de la primera década del siglo XX se podían distinguir claramente dos corrientes dentro del partido. El bloque tradicional, encabezado por Enrique Mac-Iver, presionaba para mantener el compromiso histórico del partido con los principios liberales del individualismo y autoconfianza. Mac-Iver negaba categóricamente la existencia misma de una cuestión social. Según él, la inquietud laboral debía

---

anarco-sindicalista Federación de Trabajadores de Chile desapareció por completo. Véase a Valenzuela, J.S. (1979), p. 432; Ortiz Letelier (1985), p. 191; y Barría (1971), p. 30. De Shazo hace ver el importante punto de que la recesión económica exacerbó el problema para la organización obrera en 1908.

252 Para 1920 el movimiento obrero fue mayormente un dominio de los anarco-sindicalistas en las ciudades del centro y del nuevo partido Socialista creado por Recabarren. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 433. Véase también a De Shazo (1983).

253 Barría (1971), p. 23. Véase también a De Shazo (1983), p. 121.

254 Kreminsky entrega una completa exposición del desenvolvimiento de los patrones de disensión dentro de los partidos tradicionales durante este período. Para detalles de estos conflictos intrapartidarios vecinos a la cuestión social en este período, véase a Kreminsky, en Orrego (1979), pp. 205-35.

resolverse gradualmente por la difusión de la educación[255]. Cada trabajador debía hacerse responsable de su propio destino.

La facción progresista dentro del partido Radical era encabezada por Valentín Letelier. Letelier argüía que el conflicto de clases era resultado de la indiferencia oligárquica a las necesidades legítimas de la clase obrera. Insistía que el partido Radical, o bien debía cambiar su orientación liberal y enfrentar las dificultades que sufría la clase obrera, o bien sería eclipsado políticamente por elementos más radicales (una alusión, seguramente, al ala Recabarren del partido Democrático). Inspirada por la conducción de Letelier, la convención radical de 1906 adoptó una plataforma colectivista y antiliberal. Sin embargo, a pesar de la calidad profética de las advertencias de Letelier y su creciente importancia dentro del liderazgo radical en este período, las medidas radicales fueron equivalentes a demasiado poco demasiado tarde. La incorporación de los trabajadores en el sector urbano sería dejada a otros líderes más radicales de la clase obrera.

El principal de éstos era el líder de un grupo cada vez más militante de trabajadores urbanos organizados, Luis Emilio Recabarren. Recabarren, después de varios intentos previos de formar un partido de trabajadores de inspiración socialista, esfuerzos que habían fracasado, tuvo su oportunidad en 1912, cuando los líderes del partido Democrático hicieron, por conveniencia política, un pacto electoral con el partido Conservador clerical. Alegando que el partido Democrático había traicionado su compromiso con el progreso de la clase trabajadora al ir del brazo con el partido de los oligarcas clericales, Recabarren, junto con unos veinte amigos y personas afines del ala izquierda del partido Democrático, fundó el 6 de junio de ese año en Iquique el Partido Obrero Socialista[256]. Pasarían muchos años, sin embargo, antes que el pequeño partido marxista de Recabarren planteara una amenaza electoral viable a la política tradicional de partidos.

Después de la tragedia de 1907 en Iquique, la organización social de las clases trabajadoras experimentó una década de decadencia general[257]. La única excepción importante durante estos años de inactividad generalizada fue la fundación en 1909 de la Federación Obrera Chilena, o FOCH. Formada por iniciativa de un abogado católico conservador, luego de una acción legal exitosa a favor de trabajadores ferroviarios en huelga, la FOCH se constituyó inicialmente

---

255 Mac-Iver sostiene también que la militancia obrera era causada por la inflación y la falta de papel moneda. El argumentaba que la introducción de papel moneda aliviaría la inquietud obrera. Véase Ibid., p. 205.

256 Esta es la razón que más comúnmente se da para la escisión en 1912 (Barría, 1971, p. 43). En apoyo de esta visión, Barría cita una declaración del partido Socialista Obrero en la cual se enumeran ocho razones para abandonar el "reformista" partido Democrático (p. 44). Sin embargo, J. S. Valenzuela cita otro motivo para la escisión, el cual podría haber provisto una razón adicional. Justo antes de fundar el partido Socialista Obrero, Recabarren tuvo una disputa con la dirigencia del partido Democrático respecto a su derecho a ser candidato del partido por el distrito de Iquique en las elecciones parlamentarias de 1912. Véase a Valenzuela, J. S. (1979), p. 441.

257 De Shazo señala que los años entre 1909 y 1916 constituyen algo así como "un período frustrado" en la historia obrera chilena (1983, p. 129).

como sociedad de socorros mutuos para beneficiar a los empleados de ferrocarriles. En su declaración de principios, la FOCH declaraba su objetivo como

> *cultivar las más amistosas y estrechas relaciones con... las autoridades, de manera que los proyectos que favorezcan el bienestar de la clase trabajadora del país puedan... convertir en leyes de la República*[258].

Durante sus primeros años, el liderazgo de la FOCH fue fiel a esta inspiración política y social inicialmente conservadora. Su liderazgo desanimaba abiertamente toda militancia social, y evitaba activamente el recurso a huelgas o cualquier conflicto abierto entre trabajadores y patrones, o con el Estado. Sin embargo, miembros más militantes de la Federación, frustrados por la adhesión rígida de Marín a la moderación y la negociación y diálogo paciente, rompió con su conducción en 1915 (una vez más durante una disputa de los trabajadores ferroviarios), y llevaron a la FOCH a una postura más estridente.

La importancia de la FOCH no residió en la novedad de sus objetivos, sino en el hecho de que fue la primera asociación de trabajadores en Chile en poseer una red organizativa a nivel nacional y de manera permanente. Es precisamente por esta razón que, a su regreso de Argentina en 1918, Recabarren y otros militantes del partido Socialista Obrero buscaron colonizar aún más la FOCH y convertirla en una organización sindical nacional vinculada a su partido[259].

Los líderes del partido Socialista Obrero habían tenido un éxito muy limitado en sus esfuerzos por atraer la lealtad política de la clase obrera durante sus primeros años de vida[260]. A pesar de su activismo en patrocinar periódicos de clase obrera, asociaciones culturales, grupos de teatro, clubes deportivos, manifestaciones y mitines públicos, el partido Socialista Obrero no había logrado captar un apoyo amplio entre los trabajadores. Sin embargo, una vez que activistas del partido lograron penetrar y reorientar la jefatura de la FOCH -Recabarren fue elegido presidente de la organización en la convención de 1919- el partido comenzó a demostrar su capacidad para convertirse en una fuerza electoral efectiva[261]. Al tiempo que fortalecía su orientación proletaria en el cuarto congreso del partido en diciembre de 1920 en Valparaíso, el partido Socialista Obrero decidió purgar "los elementos reformistas que servían sólo para desviar al proletariado de su tarea de liberación," y aprobó la adopción del

---

258 Citado en Valenzuela, J. S. (1979), p. 435.

259 Es claro que para 1917 la FOCH estaba ya dominada por los socialistas. Véase a Aylwin et. al. (1985), p. 85. Véase también a Valenzuela, J. S. (1979), pp. 436-40.

260 De Shazo correctamente alega que los historiadores marxistas han exagerado en gran medida el significado de la formación de la FOCH en 1909 y la fundación del partido Socialista Obrero en 1912. Ambos fueron débiles y relativamente insignificantes movimientos durante la primera década de su existencia.

261 La actividad del partido Socialista Obrero fue particularmente intensa en el norte. J. S. Valenzuela observa que su primer consejero municipal fue elegido en Santiago el año 1913. Seis otros puestos se obtuvieron en las elecciones municipales de 1915. Sin embargo esto representa una pequeña fracción del porcentaje total de los cargos de consejeros en la República. Por ejemplo, los democráticos eligieron 112 consejeros en 1915, y los conservadores, el partido más exitoso en las elecciones de ese año, obtuvieron 686. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 444.

nombre de partido Comunista de Chile[262]. La FOCH siguió la misma ruta, fusionándose orgánicamente con el partido Comunista luego que su congreso de 1921 aprobara una resolución de afiliarse con la Red Internacional de Sindicatos de Trabajadores (RILU). El congreso de la FOCH determinó además que el sindicato no habría de tener más contacto con elementos reformistas, tales como los miembros del partido Democrático[263]. Después de 1922, estas dos organizaciones de la clase obrera, la FOCH y el partido Comunista de Chile llegarían casi a no ser distinguibles. Llegaron a estar vinculados tan estrechamente que, por sugerencia de Recabarren, compartieron desde esa fecha en adelante el mismo periódico oficial[264].

Mientras que los partidos decimonónicos en Chile (incluyendo a los demócratas) fueron todos ejemplos de los que Duverger llamó partidos "parlamentarios", esto es, partidos que surgían a raíz de las controversias y debates entre elites parlamentarias, de entre círculos intelectuales aceptables, y dentro de clubes políticos bien conocidos, los partidos importantes surgidos en el siglo XX fueron, para usar de nuevo una expresión de Duverger, "generados externamente"[265]. Estos últimos partidos surgieron como respuesta a las exigencias de la clase obrera. Sus líderes provenían generalmente de afuera del círculo familiar de la política tradicional de elite.

Si bien estos partidos nuevos y generados externamente poseían una composición de clases heterogénea, se definían a sí mismos principalmente en términos de la lucha de clases. Sus bases de apoyo electoral se encontraban principalmente entre las clases trabajadoras organizadas en sectores urbanos y mineros. Los partidos de clase obrera, los comunistas, y, más tarde, los socialistas, se transformaron en las principales expresiones políticas de la clase obrera, y gradualmente llegaron a ser una poderosa arma electoral de las clases trabajadoras en el sector urbano, preparando el escenario para el surgimiento de esquemas muy diferentes de competencia entre partidos. A la altura de la campaña presidencial de Arturo Alessandri, un nuevo estilo de competencia política -basado en ofertas populistas- irrumpió en la arena política[266].

---

262 Angell (1972), p. 32. El PCCH se fundó oficialmente en 1922, en el Quinto Congreso Partidario en Rancagua, luego de un año y medio de discusión y debate que culminaron en la aceptación por los delegados de las 21 condiciones de admisión establecidas por la Tercera Internacional Comunista. Véase Ramírez N. (1965), pp. 123-25; Furci (1984), p. 27.

263 Irónicamente el Congreso de la FOCH en pleno votó 106 contra 12 en favor de afiliarse a la RILU. Varios miembros del partido democrático votaron a favor. Fue sólo después que una resolución contra el reformismo se ganó, y sólo por 77 votos a favor contra 33 en contra. La minoría (mayormente democráticos) se retiró del Congreso. Véase Angell (1972), p. 34.

264 Es virtualmente imposible determinar la fuerza numérica de estas organizaciones sindicales. Recabarren estimaba que la afiliación a la FOCH llegaba a 60.000 trabajadores en su momento cúlmine antes de que el gobierno de A. Alessandri girara hacia una política de represión obrera, reduciendo así la afiliación a 30.000 trabajadores en 1922. Véase Valenzuela, J. S. (1979), pp. 450.

265 Duverger (1954), pp. 2-15.

266 Ibid.

3. LA COYUNTURA CRITICA (1920 - 1932)

Los años que van de 1920 a 1932 representan una coyuntura crítica en la evolución del sistema chileno de partidos[267]. Durante estos años, el sistema de partidos políticos de Chile experimentó una significativa reorganización, la más significativa desde la configuración inicial de la arena de partidos en la segunda mitad del siglo XIX. El conflicto entre el clericalismo y el anticlericalismo, que ya había disminuido en importancia a fines de la década de 1880 con la gradual resolución de los debates doctrinales en favor de la secularización de las instituciones públicas, pasó a segundo plano. Una fisura social diferente, el conflicto de clases en el sector urbano, pasó a ser el conflicto político predominante en Chile. Este conflicto, transformado en urgente por la creciente militancia de la clase obrera en sectores urbanos y mineros, y la incapacidad de las elites parlamentarias para responder efectivamente dentro del contexto de las negociaciones tradicionales de partidos, precipitó una crisis dentro del régimen cuasiparlamentario y, en 1924, contribuyó a su derrumbe. Durante la tercera década del siglo XX, los partidos políticos se vieron forzados a tomar nuevas posiciones -los unos respecto de los otros, como también respecto a los nuevos actores sociales- sobre la base de un nuevo conjunto de problemas planteado por la fisura de clases.

Insistimos, con la entrada de nuevos actores sociales en el escenario político y la irrupción de la fisura de clases como tema definitorio de la política de partidos, *la fisura previa clerical-anticlerical no desapareció simplemente*. Si bien la fisura de clases vino a dominar los términos del debate político, el esquema específico de incorporación en partidos que experimentaron los nuevos actores políticos fue conformado decisivamente por la fisura anterior. Dado que los primeros esfuerzos exitosos de incorporación de las clases media y obrera fueron iniciados por partidos del lado anticlerical del espectro de partidos, no es sorprendente que los futuros esquemas de coaliciones y alianzas disponibles a los nuevos partidos de clase obrera reflejaran los antiguos frentes de conflicto.

Los años que van entre 1920 y 1932 presenciaron un intento de parte de las elites políticas para responder a las exigencias de la clase obrera, marcando lo que los Collier llaman "la incorporación inicial del movimiento obrero", el primer esfuerzo sostenido por las elites estatales para organizar y legitimar la dominación del movimiento obrero[268]. Las elites partidarias estaban cada vez

---

267 Los doce años que van desde 1920 a 1932 pueden parecer demasiado largos como para constituir una coyuntura crítica. Sin embargo, varios factores se combinan para apoyar esta idea. Collier y Collier argumentan persuasivamente que esos años, desde la presidencia de Arturo Alesandri a la de Carlos Ibáñez, deben ser entendidos como un "solo período analítico". Ellos demuestran que el período está marcado por una total continuidad, observando que Ibáñez se consideraba a sí mismo como implementando la agenda legislativa de Alessandri. Posteriormente Alessandri volvió a la presidencia. Collier y Collier citan una gran cantidad de testimonios de la época para justificar su afirmación. Véase Collier y Collier (1991), pp. 169-196.

268 Véase a Collier y Collier (1991), Glosario, pp. 783-785. Los autores sostienen que es posible identificar un período de cambio en "la relación entre el Estado y la clase obrera, desde uno en el cual la respuesta estatal a la protesta y a la activación de la clase obrera se caracteriza centralmente por la represión a uno en el cual el Estado vigila la 'incorporación incipiente' de la

más preocupadas con el problema de cómo integrar la clase trabajadora urbana en el sistema económico y político, y cómo mitigar los aspectos más conspicuos de explotación de la clase obrera para eliminar las condiciones de la recurrente protesta social[269]. Aunque serían los sectores medios recientemente emancipados los que encabezarían el desafío exitoso a la oligarquía hegemónica en la elección de Arturo Alessandri Palma en 1920, fueron la tenacidad y persistencia de las demandas de la clase obrera las que lograron poner la cuestión social en el centro del debate político. El fracaso de los líderes políticos tradicionales en incorporar las clases trabajadoras en los partidos parlamentarios llevó al surgimiento de partidos de clase obrera "desde abajo." Como veremos, el Estado inició un tipo de proyecto de incorporación despolitizante que en definitiva fracasó, dejando más espacio organizativo para ser ocupado por los recientemente formados partidos de la izquierda. Este conjunto de acontecimientos redundó en una reorganización de magnitud del sistema de partidos.

a. La campaña presidencial de Alessandri

El año 1920 Alessandri, el "León de Tarapacá", fue proclamado por la Alianza Liberal como su candidato presidencial. En varias maneras, el estilo político de Alessandri representaba un quiebre dramático con las campañas del pasado. Presintiendo la importancia de los nuevos sectores de clase media y trabajadora, en su campaña Alessandri apuntó directamente a ellos con su retórica. A pesar de ser un candidato del moderado partido Liberal, Alessandri (al menos desde 1915 en adelante) adoptó un estilo político populista que lo acercó al partido Democrático y el ala avanzada de los radicales, para quienes la cuestión social había llegado a ser de primera importancia[270]. Siendo un orador carismático, el discurso de Alessandri era antioligárquico. "Quiero ser una amenaza," afirmaba, "para los espíritus reaccionarios..." Las elites políticas, acostumbradas a casi un siglo de política en que las alianzas se pactaban en pasillos y salones, consideraban este nuevo estilo populista, y el consiguiente despertar político de las clases trabajadoras urbanas, como anatema[271]. Manuel Rivas Vicuña lo expresó así: "Alessandri era un candidato activo, enteramente diferente al tipo presidenciable anterior a la revolución del 91. El presidenciable hablaba poco, proyectaba menos, tomaba aires de reposo y de equilibrio,

clase obrera y la creación de un movimiento obrero organizado legítimo" (R. B. Collier, 1986, p. 1).

269 R. B. Collier (1986), p. 15.

270 El cambio en la plataforma oficial del partido Radical desde la "individualista" posición de Mac-Iver a la "colectivista" tesis de Letelier, tomó varias décadas. En definitiva, el partido Radical asumiría una postura intermedia dentro del sistema de partidos.

271 Para una detallada descripción del rol de Arturo Alessandri en la campaña presidencial de 1920, véase a Millar Carvacho (1981), pp. 115-213. Véase también en Orrego (1979), pp. 51-119. Cita tomada de Orrego (1979), p. 75.

trabajaba con discreción en el grupo más íntimo de sus amigos, no atacaba y procuraba el blanco más reducido posible"[272].

El atractivo de Alessandri entre los sectores medios, la juventud y la clase trabajadora no podía ser restringido por los jefes de partido tradicionales. Cada vez más, la campaña tomó el carácter de un duelo entre la "oligarquía" y las nuevas fuerzas sociales, especialmente los grupos medios y populares. Los testimonios del período indican que esto fue *percibido* como un momento de coyuntura, de cambio, y que los políticos contemporáneos estaban conscientes de las dimensiones de la crisis social y política. Como lo proclamó Alessandri, "Asistimos, ciertamente, al nacimiento de un nuevo régimen y es ciego y sordo quien no quiere verlo y sentirlo"[273].

Atemorizados por el éxito del atractivo populista de Alessandri, todos menos los más dogmáticos de los liberales abandonaron la Alianza, y, junto con los conservadores, los nacionales y los liberal democráticos, formaron la Unión Nacional en un esfuerzo por elevar el atractivo político de la antigua coalición conservadora[274]. La Unión escogió a Luis Barros Borgoño, un católico conservador de la aristocracia chilena, para oponerse a Alessandri. Sin embargo, la selección de Barros Borgoño como candidato de la Unión tuvo, para el carácter de la campaña de 1920, al menos dos importantes consecuencias no queridas. En primer lugar, tuvo el efecto de poner en un relieve aún más alto el dinámico atractivo populista de Alessandri, debido al contraste dramático que ofrecía con su más bien tedioso oponente oligárquico. En segundo lugar, con la nominación de un católico conservador, la división, ya extremada a lo largo de las líneas de clase social, fue reforzada por las líneas anteriores del conflicto clerical-anticlerical. En otras palabras, los dos candidatos, el populista y anticlerical Alessandri, por una parte, y el oligárquico y clerical Barros Borgoño, por otra, agudizaron las alternativas de la campaña presidencial de 1920 reforzando las principales líneas de fisura, las de clase y religión, que subyacían a las identificaciones partidarias en Chile.

La diferencia principal entre Alessandri y Barros Borgoño, y, por lo tanto, entre la Alianza Liberal y la Unión Nacional, *no estuvo* en sus aproximaciones respectivas a la cuestión social. En realidad, los programas de ambos candidatos subrayaban la importancia de los problemas sociales. Dos años antes de la elección de 1920, en la convención del partido de 1918, los conservadores habían resuelto poner la necesidad de legislación social en el centro de su plataforma. Además, fue el Partido Conservador el que, el 2 de junio de 1919, propuso la primera legislación laboral de importancia que se hubiera jamás presentado al Congreso chileno.

Lo que diferenciaba a los dos candidatos *no* era, en primer lugar, el *contenido programático* de sus llamados a la clase trabajadora, sino el enérgico estilo político de Alessandri, junto a su capacidad para combinar poderosamente

---

272 Rivas Vicuña (1964), vol. 2, p. 105.
273 Serrano, en Orrego (1979), p. 70.
274 Millar Carvacho (1981), p. 140.

la emergente cuestión social con un conjunto anterior de identificaciones políticas atingentes a las líneas de fisura clerical-anticlerical. Curiosamente, durante la campaña presidencial de 1920, el partido Conservador se concentró en cuestiones que estaban decididamente relacionadas con la cuestión social, restando importancia a la cuestión religiosa. Fue Alessandri el que repetidamente puso la "cuestión teológica"[275] en la agenda, y el que hábilmente vinculó a los unionistas clericales con las fuerzas de la reacción social.

En las elecciones parlamentarias de 1918, los candidatos de la Alianza Liberal habían alcanzado mayorías aplastantes y obtenido más puestos, tanto en la Cámara como en el Senado, que los que habían logrado desde la guerra civil de 1891. (Ver cuadro 2.4). Las dimensiones de la victoria de la Alianza asustaron a la derecha. El evidente dinamismo político representado por Alessandri y otra victoria de la Alianza representaban para los conservadores desastres en potencia. Lo que se jugaba era más que el conjunto de problemas relacionados con la cuestión social. Alessandri se declaró totalmente comprometido a la separación de la Iglesia y el Estado, la continuación de la secularización de las instituciones públicas y la expansión del control estatal de la educación[276]. El principal pilar de apoyo de Alessandri, los radicales, eran más conscientemente anticlericales que los demócratas o aun que el partido Socialista Obrero, y su éxito en las elecciones de 1918 aumentaba el nivel de amenaza para los conservadores clericales. Además, Arturo Alessandri movilizó a actores políticos previamente pasivos, principalmente los estudiantes[277], los artesanos y trabajadores no organizados, cambiando así permanentemente el carácter de la política electoral en Chile. En suma, el estilo populista de Alessandri, su éxito en captar la lealtad política de un gran número de trabajadores urbanos no organizados para la Alianza Liberal anticlerical, junto con su esfuerzo consciente de vincular los conflictos clerical-anticlerical anteriores con la fisura de clases dejó un legado importante para la forma de la competencia de partidos en el futuro[278].

Aunque la campaña de 1920 representó un cambio importante en términos del debate político, marcó sólo el comienzo de la aparición de la clase trabajadora en la política de partidos y de un conjunto más amplio de transformaciones dentro del sistema de partidos. La idea de que Alessandri fue el candidato de las masas, y que su triunfo resultó en la derrota electoral de la

---

275 Ibid., pp. 138-139.

276 Morris (1966), p. 181.

277 La Federación de Estudiantes de Chile (FECH) se formó en 1906. El mismo año los debates irrumpieron dentro de la convención del partido Radical disputando el status de la cuestión social. Los radicales dominaron la FECH durante estas décadas.

278 Muchos autores apoyan la posición de que 1920 representa el comienzo de un cambio fundamental en el desenvolvimiento político chileno. En el capítulo introductorio de Orrego: "Don Arturo Alessandri Palma: El personaje en la historia de su tiempo", en Orrego (1979), pp. 18-49, hay un argumento particularmente elocuente en favor de esta posición. También se encuentra apoyo en Nunn (1970), p. 13; Ramírez, N. (1965), p. 114; Urzúa (1968), pp. 60-54; Eyzaguirre (1967), p. 191; Borón (1971b), pp. 55-56; Heise G. (1976), p. 150; Gil (1962), p. 47; Cavarozzi (1978), p. 255; y Ortiz, L. (1985), p. 277. Este último también ofrece un útil apéndice de plataformas partidarias relativas a la cuestión social, pp. 282-308.

oligarquía, ha sido exagerada. Aunque los vínculos electorales clientelísticos con actores sociales subordinados en el sector urbano se debilitaron en 1920, el predominio social y político oligárquico no terminó de ninguna manera en Chile con el triunfo de Alessandri. En realidad, aunque Alessandri ganó la elección presidencial de 1920, su margen de triunfo fue sumamente estrecho. La Unión Nacional, compuesta principalmente por liberales y conservadores, ganó una mayoría de los asientos del Senado, viniendo su apoyo preponderantemente del campo.

Sorprendentemente, la elección de Alessandri tuvo lugar en el contexto de un electorado en contracción. La contracción de la arena electoral que había comenzado ocho años antes continuaba restringiendo el sufragio en Chile[279]. Del total de la población, menos del diez por ciento estaba inscrito en los registros electorales para la elección de 1920, cifra que permaneció prácticamente inalterada hasta la elección de Ibáñez en 1952[280]. La abstención, que alcanzó al 57% de los inscritos, fue más alta en la elección de 1920 que en cualquiera otra elección que haya habido antes o después[281]. Votó sólo el 4,4% de la población. Sin embargo, antes que la apatía, parece más verosímil que el fraude electoral -bastante extendido en la elección- haya sido la causa de la escasa participación en algunos lugares. Millar Carvacho describe pintorescamente las maneras en que la Alianza (predominantemente en zonas urbanas) y la Unión (generalmente en zonas rurales) influyeron en los resultados. En algunos casos, los electores que se presumía eran del lado opuesto fueron impedidos físicamente de acceder a las urnas[282]. De hecho, los datos electorales muestran que Alessandri perdió en la votación popular en 1920. Su elección fue asegurada sólo después de que las deliberaciones de una selecta comisión especial (tribunal de honor) le dieron la victoria con 177 votos electorales contra 176 de Barros[283]. A pesar de un electorado en disminución y la oposición de poderosos caciques de la Unión Nacional, Arturo Alessandri asumió la presidencia en 1920.

El papel jugado por grupos de la clase obrera en el triunfo presidencial de Alessandri en 1920 no es inmediatamente evidente. Claramente, no hubo una movilización *electoral* masiva de las clases trabajadoras en la campaña de 1920. Los datos electorales indican que los trabajadores no emitieron más votos en 1920 que en años anteriores. Con todo, los trabajadores urbanos que votaron

279 Este punto es demostrado por Borón (1971)b, p. 49.

280 Véase Ibid., tabla 2, p. 51. Las cifras de población total deben ser usadas con precaución porque los cambios demográficos pueden llevar a conclusiones potencialmente falsas (por ejemplo, cambios en la composición del electorado menor de 21 años). El cuadro 4.8 en el capítulo 4 muestra la relativa estabilidad en la edad del electorado durante este período, justificando de este modo el uso de la cifras de población total en este caso.

281 Ibid., p. 51.

282 Millar Carvacho (1981), esp. p. 153, pero también pp. 162-76.

283 Barros Borgoño ganó por una estrecha mayoría del voto popular con una cifra de 83.100 votos contra 82.083 de Alessandri. Luego de meses de intensas negociaciones entre la Alianza Liberal y la Unión Nacional, se logró un acuerdo. Véase Ibid., pp. 161, 173.

apoyaron generalmente a Alessandri[284]. Sin embargo, el liderazgo de la relativamente pequeña porción de la clase trabajadora urbana que estaba organizada, incluyendo la FOCh y el partido Socialista Obrero, era ambivalente desde el principio acerca de la candidatura de Alessandri[285]. Los líderes del partido Socialista Obrero temían el impacto de la candidatura de Alessandri en el control político que ellos ejercían sobre la clase obrera organizada. En vez de apoyar a Alessandri, nominaron a Luis Emilio Recabarren como su candidato presidencial en la elección de 1920 en un esfuerzo por mantener su control sobre la lealtad partidaria de los trabajadores urbanos organizados. Sin embargo, la candidatura de Recabarren obtuvo muy escaso apoyo electoral; incluso no obtuvo ningún voto en algunas regiones, a pesar de la presencia de la organización partidaria. El partido tuvo presencia visible sólo en las regiones mineras del norte[286]. De hecho, la candidatura de Recabarren en 1920 fue simplemente ignorada tanto por la Alianza como por la Unión. Ninguno de los partidos políticos en competencia hizo siquiera una alusión pública a su candidatura, revelando el fracaso de los partidos marxistas en hacer avances en la política tradicional de partidos hasta ese punto[287].

Ciertamente Alessandri recibió apoyo de la clase trabajadora, pero éste provino más generalmente de sectores no organizados de la clase trabajadora urbana, su "querida chusma," como frecuentemente los llamaba, que del pequeño sector de trabajadores organizados. En ese tiempo, los trabajadores no organizados excedían en mucho a los que pertenecían a organizaciones obreras. Así, la importancia política de los trabajadores urbanos en la campaña de Alessandri no estaba en el número de votos que podían aportar, puesto que la mayoría de ellos permanecía fuera de la fuertemente constreñida arena electoral, sino en las impresionantes *multitudes* de trabajadores urbanos que podían ser movilizados por los llamados políticos frecuentemente de carácter demagógico que hacía Alessandri. Las grandes concentraciones de trabajadores urbanos jugaron un papel especialmente clave después de la acaloradamente disputada elección. En ese momento, la FOCH y el partido Socialista Obrero se unieron para movilizar a elementos de la clase obrera para apoyar el reconocimiento oficial del triunfo de Alessandri, y amenazaron con la agitación social si éste le

284 De Shazo (1983), p. 175, correctamente cuestiona el extendido argumento (él cita a Morris, 1966; Ramírez N., 1965 y Jobert 1987) de que la elección de Alessandri fue ganada por la clase media. La Alianza Liberal ganó en la áreas urbanas (beneficiada por un sesgo en favor de lo urbano en la distribución de los votos) mientras que (no sorprendentemente) la Unión Nacional predominó en las áreas rurales, donde estaba ubicado el 61 por ciento del electorado pero sólo la mitad de los votos del colegio electoral.

285 La Internacional Workers of the World (IWW), liderada por los anarquistas, todavía una fuerza relativamente importante en el naciente movimiento sindical, rechazaba cualquier lazo partidario o esfuerzo electoral.

286 Su visibilidad en ese lugar se debe más al reducido tamaño de la clase obrera organizada que a una falla del partido Socialista Obrero. Godio sostiene que para 1919 el partido Socialista Obrero había ganado la hegemonía sobre el movimiento sindical en Chile (1980, p. 153). Esta afirmación es contradicha por algunos. (Véase a De Shazo, 1983). Sea lo que fuere, es claro que a esta fecha ningún partido por sí sólo podía afirmar tener una mayoría de los votos obreros.

287 Serrano, en Orrego (1979), p. 116.

fuera negado. Hay acuerdo general en que el temor a las masas movió a la Unión Nacional a desistir de su intento de negar la presidencia a Alessandri.[288]

Las elites tradicionales de partidos, especialmente entre los conservadores clericales, percibieron que la elección de Alessandri constituía una amenaza real al orden político establecido. Anunciando la victoria de Alessandri el 30 de septiembre de 1920, los titulares de primera página del diario oficial del partido Conservador proclamaban: "¡Aníbal ad portas!"[289] (una referencia a la invasión cartaginesa de Roma en el siglo II A.C.). Sin embargo, cualquier esfuerzo de reforma que Alessandri pudiera intentar se enfrentaba con obstáculos legislativos prácticamente insuperables. Además de lidiar con los procedimientos parlamentarios paralizantes de la legislatura chilena, procedimientos que las fuerzas de la Unión prometían emplear para bloquear cualquiera iniciativa de reformas del nuevo gobierno, Alessandri tenía que enfrentar dos obstáculos adicionales. Primero, la Alianza Liberal no había obtenido mayoría en el Senado en la elección de 1920, y la Unión Nacional empleaba su ventaja parlamentaria para torpedear los esfuerzos de Alessandri por constituir un gabinete de gobierno. Por ejemplo, durante el curso de su presidencia, la oposición del Congreso logró forzar dieciocho diferentes cambios de gabinete[290]. En segundo lugar, la Alianza Liberal de Alessandri sufría de inmovilismo interno debido a su composición extremadamente heterogénea. Los partidos que integraban la Alianza -que iban desde los derechistas (aunque fuertemente anticlericales) liberales, que insistían en que no hubiera legislación de reformas sociales, a los líderes laborales demócratas que pedían lo opuesto- dividieron la alianza gobernante. Los esfuerzos de Alessandri por introducir reformas legislativas -por ejemplo, reforma electoral, estabilización monetaria, y legislación social, como la seguridad social y el código del trabajo- fracasaron en su totalidad. Debido al empate político, el Congreso prácticamente no aprobó virtualmente ninguna legislación durante la primera administración de Alessandri[291].

Aunque existían diferencias substantivas entre los proyectos de reforma conservador y liberal, ambos proyectos contenían puntos fundamentales en que las elites coincidían[292]. El inmovilismo legislativo en materia de reforma social

---

288 Véase a Pike 1963; Drake 1978; y Alexander 1962. También a R. B. Collier 1986, p. 20; De Shazo 1983, p. 178.

289 Aylwin et al. (1985), p. 107. Los oponentes a Alessandri entre las fuerzas de la Unión vieron en su elección el trabajo del comunismo internacional. Como decía un cartel de la campaña: "El político que se ha paseado por el país como el programa viviente de las envidias regionales, de los odios de clase y de las más avanzadas tendencias comunistas, encarna hoy también las aspiraciones de la Alianza Liberal" (Millar Carvacho, 1981, p. 142).

290 De acuerdo a la ley chilena cada Cámara podía hacer caer un gabinete a consecuencia de un voto mayoritario desfavorable en una pieza importante de la legislación (Morris, 1966, p. 233). Echeñique cita dieciséis cambios de gabinete entre 1920 y 1932 (1981, p. 233).

291 Collier y Collier (1991), p. 176.

292 Ibid. El proyecto conservador tendía a ser más paternalista, buscando preservar las relaciones sociales existentes. Proponía desenfatizar el rol del Estado. El proyecto liberal ligaba el movimiento obrero más estrechamente con el Estado y proponía un vasto programa de modernización económica, política y social. Véase Ibid., cap. 5. Pike concuerda con esta interpretación (1963, p. 177). Para una exposición más completa del contenido de estos dos proyectos, véase a Valenzuela, J. S. (1979), pp. 556-64, y Morris (1966), parte II, capítulos 5 y 6. J.

era agravado por el hecho de que los partidos tradicionales continuaban identificándose ideológicamente, y compitiendo unos con otros, en términos de los esquemas establecidos por anteriores líneas de conflicto. El liderazgo de los partidos tradicionales estaba consciente que los partidos o alianzas que aprobaran con éxito una legislación laboral cosecharían beneficios electorales en la clase trabajadora en años por venir. Ningún lado de la histórica división de partidos por su posición clerical-anticlerical, la Unión o la Alianza, podía permitirse perder apoyo de la clase obrera. Los riesgos electorales eran demasiado altos. Y, dado el precario equilibrio de fuerzas, ningún lado podía reunir apoyo suficiente para hacer pasar su propia versión de la legislación. De este callejón sin salida resultaron cuatro años de parálisis legislativa.

c. *Los años de la transición (1924-1931)*

El 2 de septiembre de 1924, mientras los miembros de la legislatura chilena debatían agitadamente sobre la única cuestión en que estos legisladores podían llegar a un acuerdo -un alza de sus propias remuneraciones- unos 60 oficiales subalternos descontentos entraron a las galerías del Senado. Los soldados se sentaron a oír el debate con ademanes amenazantes, desenvainando sus sables. Al aprobar el Senado la ley, los oficiales reaccionaron al unísono haciendo sonar sus sables. Tres días después, el 5 de septiembre, los oficiales, que ya habían formado un comité o junta para negociar con el gobierno, presentaron a Alessandri una lista de demandas. Estas demandas incluían aumentos de sueldos para los militares, un nuevo sistema de ascensos, y el retiro obligatorio de los oficiales antiguos. Además de estas reformas relacionadas con las Fuerzas Armadas mismas, la junta elaboró también un cierto número de proyectos de ley que presentó a ambas ramas del Congreso para su aprobación inmediata. Estas medidas incluían algunas de las reformas sociales que Alessandri mismo había buscado implementar desde hacía cuatro años (por ejemplo, leyes de seguridad social, reforma del impuesto a la renta y legislación laboral)[293]. Bajo presión constante de los militares, la legislatura llegó en un solo día (8 de septiembre) a un compromiso que aprobaba aspectos claves de los proyectos laborales tanto de liberales como de conservadores. Gracias a este compromiso, se estableció un sistema doble de relaciones industriales que favorecía fuertemente los derechos de los patrones sobre los trabajadores (subrayado en el proyecto conservador), y concedía amplios poderes sobre el movimiento sindical al Estado (aspecto subrayado en el proyecto liberal). Este apresurado compromiso político produjo

---

S. Valenzuela señala algunas importantes diferencias entre los dos proyectos en relación a la forma específica de organización obrera que se autorizaba tomar (1979, esp. p. 557).

293 Collier y Collier (1991), p. 177. La legislación laboral estableció las bases para un sistema nacional de seguridad social, la jornada de 8 horas, normas de salario mínimo, y obligaba a los empleadores a firmar los contratos individuales y colectivos con trabajadores y sindicatos. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 559. La acción militar fue percibida en ese tiempo como portadora de la marca del progresismo.

un sistema de relaciones industriales represivo, orientado al control, que no satisfizo a ninguno de los dos lados de la dividida legislatura.

La legislación laboral de 1924 dejaría un legado importante para la forma del sistema de partidos. En parte debido a que las diferencias políticas anteriores permanecieron mayormente irreconciliables entre las elites tradicionales de partidos (especialmente entre conservadores y radicales), las elites parlamentarias no fueron capaces de diseñar una estrategia unificada para la incorporación social y política de los trabajadores. Las divisiones de antigua data entre las elites tradicionales de partidos, junto con el tamaño en disminución de la arena electoral, la inestabilidad crónica de las coaliciones de gobierno, y la división tripartita del electorado, hicieron imposible que *un* solo partido parlamentario lograra movilizar en su apoyo la clase obrera. Ningún grupo de entre las elites parlamentarias dirigentes tuvo éxito en establecer su predominio sobre los otros. Por lo tanto, ningún partido pudo seguir una estrategia de movilización en su apoyo; más bien, cada uno logró impedir que los otros movilizaran a los trabajadores[294]. En cambio, la incorporación inicial del movimiento obrero urbano en Chile fue orientado más bien al "control" que al "apoyo"[295]. En otras palabras, las elites partidistas chilenas aprobaron mecanismos legales para *controlar* a los trabajadores, antes que tratar de movilizar el apoyo de éstos dentro de la estructura del sistema de partidos tradicional.

Aunque los militares habían logrado quebrar el estancamiento del Congreso haciendo aprobar legislación laboral que hacía falta desde hacía mucho tiempo, su intervención en las actividades de gobierno estaba solamente comenzando. Alessandri renunció al cargo de Presidente el 8 de septiembre de 1924, el mismo día en que las Fuerzas Armadas lograron imponer sus reformas legislativas al Congreso. Aunque el Senado rehusó aceptar su renuncia, Alessandri mantuvo su decisión y, por un compromiso a que llegó con la junta militar, se le concedió un permiso para ausentarse de su cargo (fuera del país) por un período de seis meses. En tanto que Alessandri se asilaba en la embajada norteamericana, la junta militar clausuró el Congreso y, el 10 de septiembre de 1924, nombró una junta de gobierno compuesta de tres oficiales de alta graduación (los generales Altamirano y Bennett del Ejército, y el almirante Neff de la Armada). Por primera vez en un siglo, oficiales militares chilenos habían tomado el control del gobierno en un golpe militar[296].

---

294 Por añadidura, la legislación laboral de 1924 había intencionalmente ignorado el problema del trabajador rural, previniendo efectivamente la reforma agraria y los sindicatos campesinos. De esta manera los patrones preexistentes en las relaciones sociales en el campo y en la base electoral de la oligarquía permanecieron fuera de los límites de cualquier esfuerzo de movilizar el apoyo político de los campesinos.

295 Collier y Collier (1991), p. 189-191.

296 Las narraciones chilenas de la época dejan en claro que, al principio, la intención de los militares no era tomarse el poder. Sin embargo, a medida que los eventos se fueron desarrollando, se hizo claro para todos los actores envueltos, incluyendo el mismo Alessandri, que las circunstancias políticas no dejaban otra solución excepto abandonar el poder a los militares. Véase Bennet (1926), pp. 19-78; también Aylwin et al. (1985), pp. 116-18; Vial (1986), vol. 3, pp. 372-410.

El período que comenzó con el golpe de 1924 inició el período más inestable de la historia política chilena. Entre 1924 y 1932, cinco golpes militares interrumpieron un proceso político viciado, un período durante el cual ningún presidente completó su período[297]. Aunque Alessandri fue reinstalado en su cargo el 25 de marzo de 1925, gracias a un contragolpe encabezado por el coronel Carlos Ibáñez del Campo que tuvo lugar dos meses antes (el 23 de enero), y aunque Alessandri logró la aprobación de una nueva Constitución presidencialista por el Congreso, el golpe del 24 de septiembre marcó el final del régimen cuasiparlamentario chileno. El 10 de octubre de 1925, Alessandri renunció a la presidencia por segunda vez cuando el ministro de guerra, Carlos Ibáñez, rehusó renunciar a su cartera ministerial. Hubo nuevas elecciones presidenciales el 24 de octubre de 1925, con un candidato de compromiso, Emiliano Figueroa Larraín. Como se le dejaron pocas opciones sobre la materia, el Presidente Figueroa nombró al poderoso Carlos Ibáñez como jefe de su gabinete, en el cargo de Ministro del Interior[298].

El ataque principal a los partidos políticos chilenos vino dos años más tarde, cuando, a comienzos de 1927, Ibáñez prácticamente tomó el control del gobierno de Figueroa. A esa altura, Ibáñez nombraba a los ministros de Estado, intervenía en el movimiento laboral, y arrestaba a sus opositores políticos. Figueroa renunció formalmente a la presidencia el 4 de mayo de 1927, cuando Ibáñez comenzó a interferir en el poder judicial, incluyendo la Corte Suprema. Dos semanas más tarde se llamó a una nueva elección que resultó en la asunción de Ibáñez a la presidencia con el 98% de los votos[299].

Fortalecido por la recientemente aprobada Constitución de 1925, Ibáñez reafirmó la autoridad del Ejecutivo por sobre el Legislativo, invirtiendo la relación que había venido gradualmente a caracterizar las dos instituciones en el curso de los cincuenta años precedentes. Ibáñez reprimió enérgicamente los partidos políticos, arrestando y exiliando a líderes partidistas de todos los colores. Buscando fortalecer aún más su control sobre la legislatura, Ibáñez exigió a los partidos que sometieran a su aprobación las listas de candidatos para las elecciones nacionales. En un período de tiempo relativamente corto, Ibáñez transformó el Congreso en una asamblea cautiva y generalmente complaciente, debilitando así la arena central que los partidos usaban para ejercer su garra política. Aunque en último término no tuvo éxito, Ibáñez trató de reducir los partidos políticos a creaturas obedientes del Ejecutivo nacional, y de gobernar a Chile a través de medios más modernos y "eficientes"[300].

Los partidos no fueron el único blanco de la política represiva de Ibáñez. Quiso controlar el creciente número de trabajadores urbanos y de enclaves

297 Pizarro (1986), p. 98, n. 8.
298 Charlin (1972), p. 141.
299 El único partido que no sucumbió a la presión de apoyar a Ibáñez fue el comunista, el que lanzó la candidatura de Lafferte. Collier y Collier (1991), pp. 177-178.
300 Para una descripción de este período véase a Olavarria Bravo (1962), vol. 1, pp. 153-92, y Villalobos et al. (1974), pp. 817-27. Véase también a Loveman (1979), p. 251; Valenzuela, J. S. (1979), p. 564; Valenzuela, A. (1977a), p. 217; Drake (1978), p. 59.

mineros involucrados en el movimiento laboral organizado. La legislación laboral de 1924 representaba un esfuerzo por promover líderes sindicales manejables introduciendo instrumentos legales y burocráticos para canalizar y controlar el movimiento sindical[301]. Sin embargo, Ibáñez usó la ley de 1924 tanto para reprimir a los líderes obreros izquierdistas como para establecer una organización sindical patrocinada por el Estado para apoyar su régimen. El 23 de febrero de 1927, Ibáñez decretó el fin de los movimientos laborales independientes en Chile. Insistió en que "en Chile no habrá ni comunismo ni socialismo." En cosa de semanas, todos los líderes sindicales principales habían sido arrestados, habían pasado a la clandestinidad, o habían huído del país[302].

En 1929 Ibáñez estableció una organización controlada por el gobierno, la Confederación Republicana de Acción Cívica, o CRAC, para reemplazar las organizaciones sindicales y de partidos políticos existentes en el período anterior a 1927[303]. A pesar de que los sindicatos de la CRAC lograron establecer organizaciones viables que incluían un número significativo de trabajadores urbanos, el carácter represivo dado a la incorporación del movimiento laboral hizo inalcanzables las ambiciones ulteriores que tenía Ibáñez de atraer las lealtades políticas de la clase trabajadora urbana. Ibáñez fracasó en su intento de establecer un movimiento laboral patrocinado y controlado por el Estado. El legado de la incorporación de los trabajadores orientada a su control de 1924, y el marco legal sobre la cual descansaba, conspiraron contra los esfuerzos posteriores de Ibáñez para movilizar el apoyo laboral en la forma de la CRAC. No es de extrañar que la CRAC se desintegrara completamente a la caída de Ibáñez del poder en 1931.

d. La caída de Ibáñez: en búsqueda de una fórmula de gobierno

La renuncia de Ibáñez el 26 de julio de 1931 fue precipitada en gran parte por las masivas dislocaciones económicas y sociales en Chile causadas por el impacto de la depresión mundial[304]. El valor de las exportaciones del cobre y del salitre declinó de un valor de más de 200 millones de pesos en 1929, a 18,1 millones en 1932; más de 50.000 trabajadores perdieron sus empleos solamente en las salitreras del norte. (Ver cuadro 3.1). Las importaciones cayeron en más de 75% durante el mismo período, haciendo en este respecto de Chile el país más

---

301 Como Loveman apunta: "El Código del Trabajo fue visto como un medio de control del movimiento obrero, para subordinarlo al Estado y limpiarlo de izquierdistas y marxistas" (1979, p. 250). Véase también Valenzuela, J. S. (1979), p. 563.

302 El texto del decreto se puede encontrar en De Shazo (1983), p. 241; véase también p. 242.

303 No está claro cuán serio fue el esfuerzo de Ibáñez en institucionalizar a los trabajadores a través del CRAC. Villalobos et al. afirma que Ibáñez fue indiferente a la organización sindical y nunca la vio como un componente institucional central de su gobierno. Véase a Villalobos et al. (1974), p. 823. J. S. Valenzuela levanta la misma duda (1979, p. 565). No ha habido investigación suficiente sobre este movimiento como para fundar un juicio.

304 Hay un amplio acuerdo respecto a que la depresión tuvo un efecto devastador en la economía chilena. Según Mamalakis, "Ningún otro shock ha afectado el proceso chileno de transformación y modernización tan visiblemente como la gran depresión de principios de los 30" (1976, p. 89). Véase también, Drake (1978), p. 61.

seriamente afectado por la depresión internacional. Los efectos de la crisis se hicieron más profundos por los esfuerzos del gobierno por rebajar los gastos. Graves pérdidas en las cosechas de 1931-1932 agravaron aun más una situación ya desastrosa[305].

Como lo había hecho en la crisis del salitre después de la Primera Guerra Mundial, el gobierno intentó dispersar a los cesantes del norte construyendo habitaciones provisorias en zonas urbanas, llamadas albergues. Los recursos de la nación, sin embargo, eran simplemente incapaces de proporcionar alivio a los miles de cesantes urbanos y sus familias. Al fin de 1931, un funcionario del Ministerio del Trabajo informó al Ministro de Bienestar Social que

> *la situación de los cesantes es sencillamente terrible en Iquique, Coquimbo, Ovalle, Calera, Santiago y Talcahuano... Santiago está tan congestionado que, con todos los esfuerzos que hemos hecho, hay una enorme cantidad de familias que, como en el resto de la república, han sido violentamente expulsadas de sus habitaciones y viven en refugios provisorios insalubres*[306].

Los funcionarios de gobierno empezaron a temer que las grandes concentraciones de cesantes en zonas urbanas plantearan una amenaza al orden público. En un intento por prevenir cualquier desorden eventual, los obreros cesantes fueron expulsados a la fuerza de las ciudades. A fines de julio de 1931, asociaciones profesionales, grupos de empleados y de estudiantes universitarios llamaron a una huelga general masiva. Estos grupos virtualmente paralizaron Santiago y exigieron la salida de Ibáñez y el retorno a la democracia constitucional. El gobierno vaciló. Envalentonados por la indecisión del gobierno, los grupos de oposición intensificaron las manifestaciones antiibañistas. El 26 de julio de 1931, Ibáñez abandonó la presidencia y se refugió en la embajada de los Estados Unidos.

La abrupta caída de Ibáñez en 1931 creó un vacío político que ningún actor social estaba preparado para llenar. La mayor parte de los líderes políticos y sindicales estaban todavía exiliados o en prisión. Los líderes partidistas enfrentaban la tarea de reconstruir la arena política después de siete años de represión[307]. Durante los diecisiete años que siguieron a la caída de Ibáñez, los líderes de los partidos políticos y sindicatos emprendieron la tarea de rearticular las organizaciones políticas y sociales.

En estos meses, el país soportó una serie aparentemente sin fin de intentos fracasados, tanto por parte de civiles como de militares, de constituir una fórmula estable de gobierno. Tres meses después de la caída de Ibáñez, y aunque Juan Esteban Montero ganó la presidencia con el 64% de los votos, había signos

---

305 Loveman (1979), pp. 251-52.

306 Ibid., p. 253.

307 Como Stevenson señala, los partidos no pudieron reorganizarse sobre las bases de las antiguas plataformas y principios. El cita a L. Echaiz, el que expresa: "Fue en este momento en que la 'cuestión social', cuyos primeros signos de importancia aparecieron en 1920, absorbió completamente a la población del país" (1942, p. 52). Stevenson entrega un informativo recuento del estado individual de cada partido político luego de la caída de Ibáñez (Ibid., pp. 53-546).

de que el panorama político había cambiado considerablemente durante el período de Ibáñez. La candidatura de Montero había experimentado la oposición de Arturo Alessandri, que no estaba en el centro del espectro político, y de dos candidatos de la izquierda, Elías Lafferte, comunista, y Manuel Hidalgo, representante de los trotskistas. A menos de ocho meses de iniciada la frágil presidencia de Montero, un nuevo gobierno fue proclamado después de un golpe encabezado por el coronel de la Fuerza Aérea Marmaduke Grove. El nuevo gobierno, iniciado el 4 de junio de 1932, iba a ser una "república socialista", encabezada por una junta de gobierno compuesta del general en retiro Arturo Puga (que había participado en la junta militar del movimiento del 5 de septiembre de 1924), Carlos Dávila (un partidario de Ibáñez), y Eugenio Matte Hurtado (un socialista). El carismático coronel Grove ocupó el puesto de Ministro de Defensa. El experimento chileno de una República Socialista estuvo plagado de querellas entre sus jefes máximos, y, después de apenas doce días, el gobierno fue derrocado por Dávila y una caterva de conspiradores ibañistas. Grove y Matte Hurtado fueron arrestados y exiliados a la Isla de Pascua. Se proclamó todavía otra junta de gobierno, proclive al ibañismo[308]. Después de algunos cambios dentro de la junta de gobierno, Dávila asumió los plenos poderes de la presidencia el 8 de julio de 1932. Irónicamente, el gobierno de Dávila fue derrocado dos meses después por el general Bartolomé Blanche. Se había completado un círculo. Blanche, como teniente coronel, había presidido la primera junta militar del 5 de septiembre de 1924. Cediendo a la presión interna de las Fuerzas Armadas, el general Blanche cedió el poder al presidente de la Corte Suprema el 2 de octubre de 1932, quien presidió las elecciones generales del 30 de octubre de 1932. Después de un lapso de siete años, Alessandri volvió a la presidencia[309].

A pesar del caos de estos diecisiete meses, el período que siguió inmediatamente a la caída de Ibáñez conoció la recristalización del sistema de partidos chileno. Como lo indica Drake, "en una expansión excepcional y rápida, los partidos se dividieron y surgieron fracciones y nuevos contendores. No ha habido nunca en la historia chilena un período comparable de confusión e innovación políticas"[310]. Esta "expansión excepcional y rápida" produjo en último término una realineación perdurable de fuerzas políticas en un espectro ideológico explícitamente de derecha e izquierda, basado en clases sociales.

---

308 La nueva junta gobernante estaba compuesta por Dávila, Alberto Cabero y Nolasco Cárdenas. Las credenciales ibañistas del nuevo gobierno fueron selladas por su elección del Ministro del Interior, Juan Antonio Ríos, una de las figuras claves en el Congreso Termal de Ibáñez. Véase a Gamonal (1987), p. 67.

309 Para una completa descripción de este período véase a Ibid., pp. 66-67. Véase también a González, Hernán Muñoz y Rodríguez (1989); Charlín (1972).

310 Drake (1978), p. 65.

e. La reconstitución de los partidos políticos

La elección presidencial de 1932 trajo consigo la recuperación de la competencia normal entre los partidos políticos ya conocidos, y el retorno de Arturo Alessandri a la presidencia. Sin embargo, a pesar de las apariencias de continuidad, no hay duda de que en 1932, Arturo Alessandri, y el Chile que llegaba a gobernar, no eran los mismos de 1924. Había tomado raíces un nuevo estilo populista de política partidaria, inaugurado por la primera campaña presidencial de Alessandri. Habían llegado nuevos actores sociales al escenario, y se había aprobado una legislación social para dar forma al desarrollo del movimiento sindical. El régimen parlamentario estaba difunto, y la nueva Constitución presidencialista redefinía relaciones políticas cruciales. La inestabilidad política que siguió al colapso del régimen cuasiparlamentario en 1924, la dictadura de Ibáñez, la crisis social y económica provocada por la gran depresión, y el intenso período de creación y reorganización institucional después de la caída de Ibáñez, fueron todos factores que contribuyeron a una profunda reorganización del panorama político en Chile.

Mientras la "derecha" política del sistema de partidos, especialmente el partido Conservador, había emergido casi intacta de la dictadura de Ibáñez, los partidos izquierdistas y las organizaciones laborales surgieron dispersos y fragmentados[311]. Por esta razón, la aparición de la breve República Socialista entre el 4 y el 16 de junio de 1932 fue altamente significativa. Aunque sus objetivos programáticos nunca fueron completamente claros, la experiencia de la República Socialista había desatado un corto período de intensa movilización de diversas organizaciones populares a través del país. Aglutinadas alrededor del nuevo gobierno, se formaron cientos de organizaciones vecinales "socialistas", creando así la base de una red de organizaciones locales de la clase obrera. Aunque duró sólo 12 días, la República Socialista dejó un importante legado organizativo: la exitosa movilización popular tuvo el efecto de reunir pequeños grupos de la izquierda que hasta entonces habían estado aislados, o bien en competencia los unos con los otros[312]. Esto valió especialmente para la izquierda no comunista[313].

El sistema de partidos se transformó de maneras fundamentales. A pesar de que el partido Socialista Obrero (que llegó a ser oficialmente el partido

311 Luego de la caída de Ibáñez, los líderes sindicales estuvieron enfrentados a la tarea de recrear sus organizaciones. Pero cuando los dirigentes sindicales de la FOCH emergieron de la prisión, sólo fueron capaces de reunir a 25 consejeros, una aguda caída desde los 127 presentes en la convención de 1927. Los anarquistas no fueron más exitosos. La economía había colapsado, y 1931 no fue un tiempo propicio para reconstruir el movimiento sindical. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 567.

312 Echeñique (1981), p. 80; Walker (1986), p. 14; Valenzuela, J. S. (1976), p. 155; también 1979, p. 570.

313 Militantes con antecedentes anarquistas, ex comunistas, trotskistas, social-demócratas, radicales desilusionados, ex militantes del partido Democrático, y otros grupos con una orientación socialista, tales como Nueva Acción Pública, el partido Socialista Marxista y Orden Socialista, todos ellos, fueron llevados a reunirse durante los días de la República Socialista. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 569.

Comunista en 1922) había existido en 1920, era electoralmente insignificante[314]. En la campaña presidencial de 1920, fue Alessandri el que ocupó la "izquierda" dentro del emergente espectro de partidos basado en las clases sociales. Sin embargo, en 1932, el surgimiento de partidos marxistas con relevancia política había cambiado el significado de los términos "derecha" e "izquierda." A la altura de la década de 1930, los partidos marxistas de clase obrera estaban consolidando afanosamente su arraigo en el movimiento sindical urbano, y demostraban potencial electoral significativo. Así, en la elección presidencial de 1932, el "León de Tarapacá", Arturo Alessandri, se encontró representando la centro derecha del recientemente constituido espectro de partidos.

En Chile, entonces, los partidos de izquierda generados externamente vinieron a ser los principales representantes políticos de las clases trabajadoras urbanas, antes que los partidos integradores multiclasistas patrocinados por elites[315]. Los esfuerzos de Ibáñez por incorporar a los trabajadores a través de relaciones industriales fuertemente restringidas, y llenar así el "espacio político" creado por el surgimiento de la clase trabajadora urbana organizada, habían fracasado. En cambio, los líderes laborales, enfrentados a un conjunto de controles estatales represivos al nivel de las relaciones industriales, trataron de organizarse dentro del mercado político más o menos abierto. En breve plazo, los sindicatos llegaron a ser mayormente apéndices de partidos de la izquierda, que a su vez los usaron principalmente como herramientas para asegurarse la lealtad electoral del sector de las clases trabajadoras urbanas.

Al reasumir la presidencia en 1932, Alessandri restableció la autoridad política legítima y reintrodujo la política de partidos en la arena política. Aunque el caos y la división del período anterior a la elección de 1932 habían resultado en una aguda fragmentación de los partidos, los partidos políticos principales parecían ser en 1932 en gran parte los mismos que en 1920, con la importante excepción de la formación de partidos de clase trabajadora electoralmente significativos en la izquierda. En un nivel más profundo, sin embargo, la política electoral había adquirido definitivamente una nueva forma. Por primera vez en la historia chilena, en la campaña presidencial de 1932, ambos candidatos principales, Alessandri, el portavoz del populismo liberal, y Grove, el protagonista del populismo socialista, diseñaron sus campañas para captar el apoyo de nuevos actores sociales.

---

314 De Shazo insiste correctamente en que los obreros chilenos permanecieron ajenos a la corriente principal de la política nacional durante el primer cuarto del siglo veinte (1983, p. 259). De hecho, la única demostración del potencial electoral de la clase obrera previo a la sorpresa dada por Grove en 1932, fue la candidatura de José Santos Salas en 1925, apoyada por la clase media y grupos obreros. Véase a Charlín (1972), p. 141.

315 Estos acontecimientos están en directo contraste con los casos de México o Venezuela, donde la inclusión de los obreros se caracterizó por lo que Collier y Collier denominan "incorporación partidaria", un proceso que culminó en partidos integrativos multiclasistas apoyados por las elites (en el caso mexicano, el PRI, y en Venezuela, la AD, en colaboración con el COPEI). En estos dos casos la incorporación obrera fue vista menos como una amenaza que como una oportunidad para promover la hegemonía de un nuevo conjunto de elites políticas y, por consiguiente, aumentar la estabilidad gubernamental.

El éxito de la postulación presidencial de Alessandri en 1932, apoyada por todos los partidos tradicionales, no fue ninguna sorpresa. La sorpresa estuvo en que el socialista Marmaduke Grove recogió el apoyo del 17,7% de la votación en un campo con cinco candidatos[316]. El nivel de apoyo al candidato socialista fue espectacular, dado el hecho de que había estado relegado en Isla de Pascua durante toda la campaña. La victoria moral de Grove precipitó la consolidación del electorado socialista en el partido Socialista el 19 de abril de 1933.

4. EL SISTEMA DE PARTIDOS RESULTANTE (1932-1952)

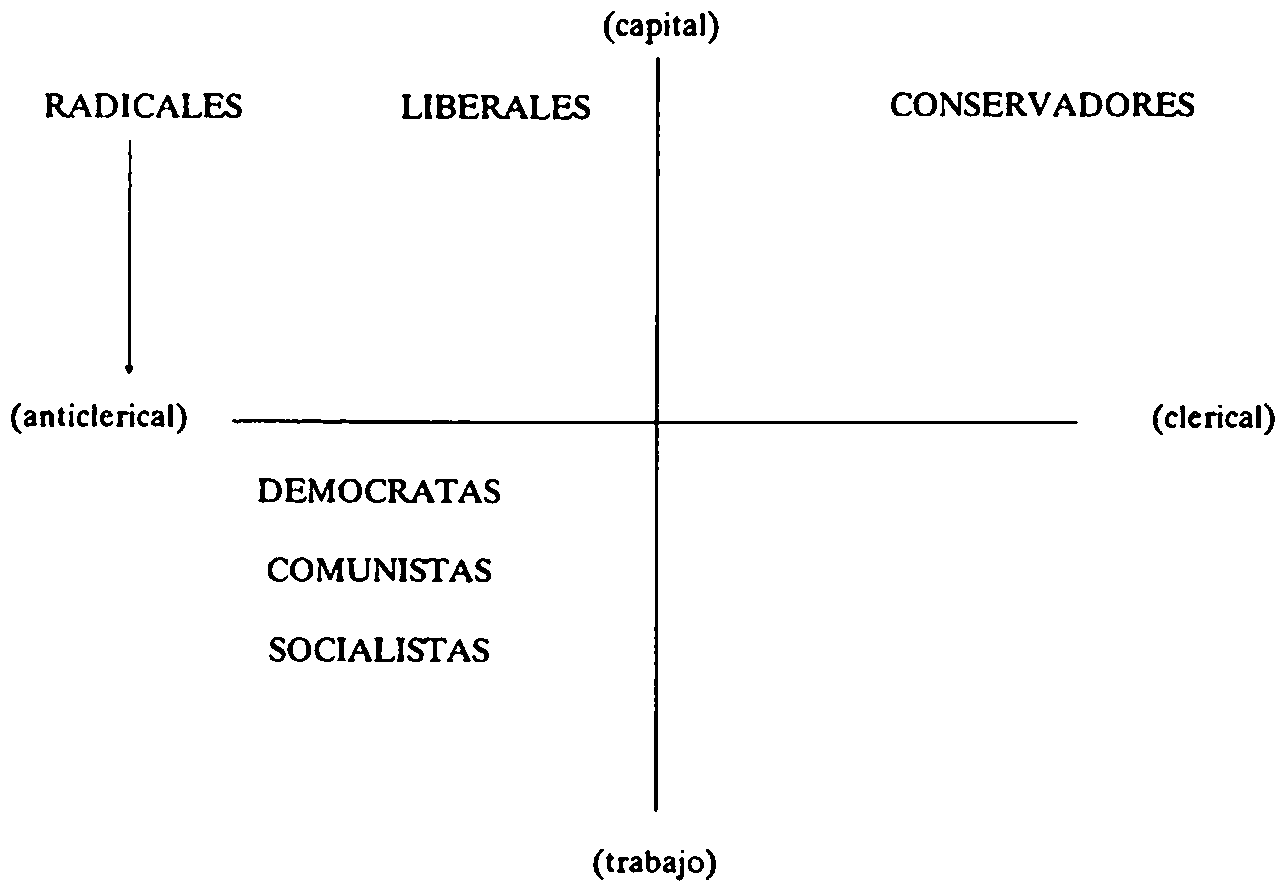
El panorama político de 1932 ya no era enteramente familiar a las elites tradicionales de partido que se habían formado en los conflictos y prácticas del período parlamentario. En la raíz de los cambios experimentados por el sistema de partidos estaba el creciente relieve político de una segunda fisura generativa, la clase social, que se sobreponía al anterior conflicto clerical-anticlerical. El liderazgo de los partidos tradicionales del siglo XIX (los conservadores, liberales y radicales) pugnó durante las décadas de 1920 y 1930 por dar nueva forma a los perfiles y estrategias partidarias, según los nuevos frentes de conflicto últimamente constituidos dentro de la arena partidaria. Aunque la estructura subyacente del sistema de partidos continuó correspondiendo en términos generales a la división tripartita de las fuerzas políticas que había surgido como resultado de la institucionalización de los conflictos clericales-anticlericales del siglo XIX, el significado de las tres tendencias políticas fundamentales, y de los términos derecha, centro e izquierda, había cambiado considerablemente.

En esta sección final, enfoco mi argumentación en el surgimiento y consolidación de partidos de clase obrera en la izquierda, especialmente de los partidos Socialista y Comunista. Como observa Moulián, su presencia electoral estable como actores políticos competitivos en el sistema de partidos posterior a 1932 proporcionó el "dato crucial" alrededor del cual se cristalizó el nuevo sistema de partidos[317]. En seguida, analizo la reconstitución del centro político. Rastreo la evolución política del partido Radical a medida que se desplazó desde el polo extremo del sistema de partidos anterior (definido en términos del conflicto clerical-anticlerical) hacia el centro del sistema de partidos definido en términos del conflicto de clases. En el sistema de partidos recientemente constituido, los radicales reemplazaron a los liberales como partido político clave, dando forma a posibilidades de coalición y, por consiguiente, determinando la agenda política durante el período posterior a Alessandri. Finalmente, examino la consolidación de la derecha política, de los conservadores y sus nuevos aliados los liberales. Aquí es de particular

316 El candidato comunista, Elías Lafferte, recibió sólo un 1,2 por ciento de los votos. Véase Echeñique (1981), p. 92. El deplorable resultado de los comunistas en esta elección (en comparación a los socialistas) junto con la emergencia del fascismo en Europa, llevaría a una reevaluación de la estrategia partidaria.

317 Moulián (1986), p. 121.

Figura Nº 3.1. La reorganización del paisaje político (1920-32)



Nota: El conflicto clerical-anticlerical y el conflicto de clases en el sector urbano. La flecha representa el movimiento del partido después de la convención de 1906 hacia una más progresista posición social.

importancia el papel desempeñado por los partidos de derecha en la perpetuación del predominio oligárquico en el campo. Argumento que la exclusión de los trabajadores rurales llegó a ser un elemento constitutivo de un compromiso político implícito entre partidos políticos que hizo posible la consolidación de un sistema de partidos competitivo durante las décadas de 1930, 1940 y 1950. El quiebre de este compromiso político en la década de 1950, y sus consecuencias para el sistema de partidos, son materia del capítulo siguiente.

a. La redistribución del panorama político

En la elección presidencial de 1920, la fisura de clases fue reforzada por la fisura religiosa anterior. Esto tuvo dos consecuencias importantes para la forma de la futura competencia de partidos. Primero, los partidos anticlericales

fortalecieron su reivindicación electoral de la lealtad política de las clases trabajadoras urbanas y de enclaves mineros. En segundo lugar, a medida que los partidos de clase obrera comenzaron a experimentar algunos éxitos electorales, se puso en marcha un esquema de alianzas entre partidos que vinculaban los partidos anticlericales con las clases trabajadoras urbanas, esquema que no sería alterado significativamente hasta el surgimiento de los democratacristianos en la década de 1950. Así, como lo ilustra la Figura 3.1, la arena política fue reestructurada sobre la base de dos fisuras, con el conflicto de clases sobreponiéndose a la disputa clerical-anticlerical. Puesto que la Iglesia vino a ser identificada políticamente con los intereses de los privilegiados, ningún partido eclesiástico aparecía como representando los intereses de la clase trabajadora. Como lo muestra, pues, la Figura 3.1, el cuadrante Iglesia-trabajador permaneció como un espacio político vacío durante esos años.

Así, de manera un tanto irónica, un legado indirecto, pero crucial, de la fisura clerical-anticlerical del siglo XIX fue el surgimiento gradual de partidos de clase trabajadora fuertes e independientes en la izquierda. En Chile, el espacio político había permanecido abierto para el desarrollo de partidos de clase trabajadora autónomos en las décadas de 1920 y 1930 en parte porque la anterior fisura clerical-anticlerical permanecía abierta, al tiempo que la fisura de clases irrumpió en el escenario político. Desde las postrimerías del siglo XIX en adelante, fueron los líderes de partidos anticlericales, especialmente los radicales y los demócratas, los que explotaron la emergente fisura de clases en el sector urbano para ampliar sus bases de apoyo en oposición a sus adversarios clericales[318].

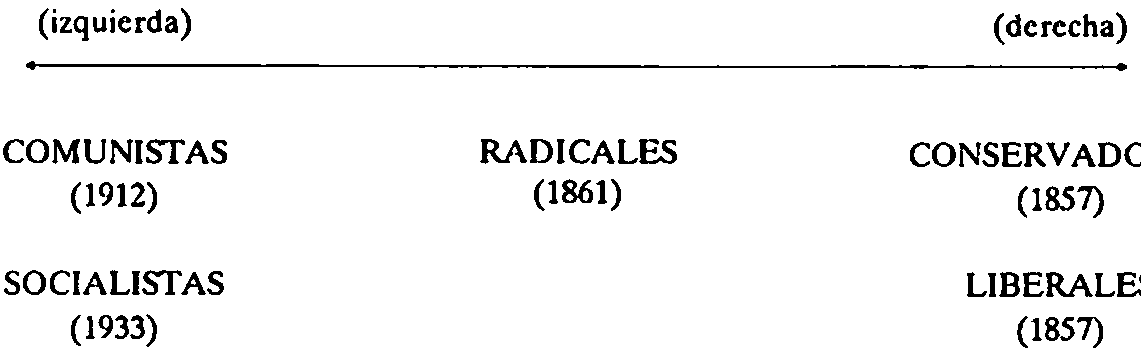
En 1932, comenzando con la nueva administración de Arturo Alessandri, el sistema de partidos empezó a recobrar su coherencia. Los sectores medios y las clases trabajadoras urbanas fueron incorporados en partidos nuevos y reorganizados. Entre 1924 y 1932 el electorado pasó de ser el 7,8% de la población a ser el 9,8%, un crecimiento de más del 25%. (Ver cuadro 4.9). Lo que es más importante, elementos significativos de estos dos grupos llegaron a considerar el sistema de partidos como una estructura más o menos equitativa de oportunidades políticas.

A pesar de la vuelta a la competencia usual de partidos en 1932, algunos aspectos del sistema de partidos se recuperaron sólo lentamente de la inestabilidad del período 1924-1932. El sistema de partidos quedó profundamente atomizado, habiendo obtenido representación parlamentaria 19 de los 27 partidos que participaron en la elección de 1932[319]. La adopción en la Constitución de 1925 de una fórmula D'Hont modificada de representación proporcional ciertamente vigorizó las fuerzas que favorecían una fragmentación

318 J. S. Valenzuela examina en el caso chileno las consecuencias a largo plazo del anticlericalismo para el obrero organizado. El señala que en las regiones de enclaves mineros, tales como el norte o Concepción, la Iglesia Católica, incluso en el período contemporáneo, ha mantenido marcadamente menos adherentes (1979, p. 439).

319 Véase Correa, en Orrego (1979), p. 410. La cifra de diecinueve partidos logrando representación parlamentaria es entregada también por Moulián y Torres Dujison (1988), p. 24.

Figura Nº 3.2. El conflicto de clases urbano y la evolución partidaria en el período post-1933



dentro del sistema de partidos[320]. Sin embargo, la tendencia general fue hacia la consolidación. Inmediatamente después de la elección de 1932, el altamente fragmentado partido Liberal, que se había dividido en varias fracciones durante el período 1924-1932, se reunificó. Más aún, como vimos más arriba, las múltiples organizaciones políticas que constituían el socialismo no comunista (tres de las cuales obtuvieron representación parlamentaria en 1932) se unieron para formar un único partido Socialista en 1933[321].

No obstante el número cambiante de verdaderos partidos en los comienzos de la década de 1930, la continuidad subyacente de la estructura tripartita del sistema de partidos emergente era claramente visible[322]. Tal como el sistema de partidos que había resultado de las batallas entre clericales y anticlericales en el siglo XIX, surgieron partidos en ambos extremos del espectro político, como surgió también un partido clave para ocupar el centro. La Figura 3.2 sitúa los partidos en la forma en que se ubicaban a lo largo del nuevo eje de fisura predominante, la fisura de clases.

---

320 La Constitución de 1925 establecía que en las elecciones parlamentarias unipersonales una mayoría simple determinaba el ganador. En las elecciones de más de una persona el sistema de representación proporcional D'Hont, de lista cerrada, fue el que se utilizó. Véase a Scully (1985).

321 El partido Socialista se formó en 1933 con la fusión del partido Socialista Marxista, la Nueva Acción Pública, Orden Socialista, la Acción Revolucionaria Socialista, el partido Socialista Unificado, y una fusión previa del partido Socialista Revolucionario y el partido Socialista Internacional (Social Demócratas). Véase Correa, en Orrego (1979), p. 411.

322 La subyacente continuidad al interior del sistema de partidos fue coloridamente captada por un artículo de El Mercurio en 1932: "los socialistas de hoy son los radicales de ayer y los liberales de anteayer. La vanguardia ha cambiado de nombre, pero su naturaleza es la misma. Lo mismo puede decirse de los que hoy son estigmatizados como oligarcas: ellos son los mismos que ayer eran conservadores, y el día anterior ultramontanos. Entre ambos está el centro, el que hoy es radical y ayer fue liberal. Los nombres cambian, la humanidad no". (Citado por Drake (1978), p. 77).

La posición de la extrema derecha siguió en poder de los conservadores, con la diferencia de que, en asuntos relacionados con la clase social, se les unía el partido Liberal. El carácter clerical de los conservadores era ahora reforzado por su postura conservadora en la fisura de clases. Partidos de clase obrera dotados de nuevo vigor ocupaban la izquierda del espectro de partidos, demarcando la posición electoral opuesta, anticlerical y de clase obrera. Como en el siglo XIX, los partidos en cada extremo del espectro constituian fuerzas políticas antagónicas.

Los líderes del partido Radical apuntaron en sus llamados electorales a captar los amplios sectores de clase media. Reteniendo su molde original anticlerical y antioligárquico, el partido se mantuvo flexible en cuestiones de clase. Como el partido Liberal, su predecesor decimonónico en el centro, los radicales ocuparon el centro del nuevo sistema de partidos y permanecieron libres para formar coaliciones, ya fuera con la derecha, ya fuera con la izquierda. Dentro de este sistema reestructurado de partidos, solamente los radicales (y, cuando surgían cuestiones clericales, los liberales) poseían la capacidad de actuar como mediadores entre la derecha y la izquierda. Sin embargo, los radicales no estaban situados *neutralmente* entre la derecha y la izquierda. El partido Radical había sido fundado como partido esencialmente anticlerical, y continuaba siéndolo. Su identidad anticlerical había llegado a ser un rasgo intrínseco de la identidad del partido Radical. Por lo tanto, su capacidad para formar alianzas con la "derecha", simbolizada por el partido Conservador clerical, estaba condicionada por su postura anticlerical no modificada. La capacidad del partido Radical para formar alianzas y coaliciones en términos de la dimensión de clase izquierda-derecha estaba calificada, por lo tanto, por su posición no cambiada en la dimensión clerical-anticlerical.

b. El retorno de los partidos a la arena política

Después de su reelección en 1932, Arturo Alessandri llamó a los partidos a unirse para formar un gobierno de unidad nacional. El pedido de Alessandri fue respondido por los tres partidos tradicionales de Chile: los liberales, los conservadores y los radicales[323]. Aunque los liberales habían formado el centro político en el sistema de partidos anterior, la separación legal entre la Iglesia y el Estado prevista en la Constitución de 1925 quitó relevancia a la cuestión clerical y facilitó la unión de conservadores y liberales. En relación a la fisura de clases, los liberales estaban a la derecha, en acuerdo virtual con los conservadores. Así, en 1932 el liderazgo de los partidos Liberal y Conservador había alcanzado un nuevo *modus vivendi* político.

323 Los demócratas formaron también parte de esta coalición inicial, pero ese partido no sobrevivió a la segunda administración de Alessandri. Para 1930, la base social sobre la cual había descansado su apoyo, mayormente artesanos, había sido reemplazada por obreros urbanos, y consecuentemente, los demócratas fueron reemplazados por el partido Socialista.

La participación de los radicales en el gobierno de Alessandri, sin embargo, era más problemática. Para la mayor parte de los miembros del partido Radical anticlerical, existía un tabú de participar en una coalición de gobierno con sus enemigos políticos tradicionales, los conservadores. El liderazgo del partido Radical se sintió aún más ajeno al gobierno cuando, poco después de su elección, Alessandri pidió y recibió poderes de emergencia destinados a reprimir a líderes de la clase trabajadora. Luego que el partido Socialista obtuvo importantes ganancias electorales en las elecciones parlamentarias de 1934, los radicales insistieron en cambios en la política antiobrera de Alessandri. Como Alessandri rehusara, los líderes radicales se retiraron de la coalición de gobierno. Durante los dos años siguientes, el partido Radical, dividido entre dos tendencias, osciló entre la derecha y la izquierda. Los políticos radicales permanecieron divididos en dos campos hasta que la brutal represión de trabajadores ferroviarios en huelga por Alessandri en 1936 provocó un desplazamiento definitivo a la izquierda.

c. *La consolidación de los partidos de la clase obrera*

Más que cualquier otro rasgo del sistema de partidos del período posterior a 1932, fue la incorporación de las clases trabajadoras urbanas en los partidos de izquierda que adquirían competitividad lo que hizo posible la restauración de un régimen político estable y competitivo en la década de 1930. La diferencia crucial entre la arena electoral de comienzos de la década de 1920 y la de 1932 consistió en el hecho que, a la altura de 1932, la izquierda había demostrado ser una fuerza electoral viable. Lo que es más, los socialistas de reciente formación estaban firmemente comprometidos con los procedimientos democráticos. Como afirmaba Grove en 1933: "Yo no hablo de tomar por asalto el poder, sino de prepararnos a conquistarlo de la misma manera como lo han hecho los partidos burgueses... Trabajaremos a la luz del día y venceremos"[324]. Aunque la elección presidencial de 1932 dio la presidencia a la amplia coalición de centro derecha de Alessandri, el 17,7% obtenido por la candidatura de Grove indicaba el surgimiento de un partido de clase obrera con capacidad de negociar alianzas electorales con otros partidos. Como lo indica el cuadro 3.4, las elecciones parlamentarias de 1932 reflejaban esta tendencia a la izquierda del electorado. Debe observarse que el alto número representado por la etiqueta "independientes y otros" incluye mayormente partidos identificados con la izquierda, incluyendo los comunistas. Estos partidos no estaban aún plenamente consolidados en el momento de la elección de 1932[325].

Los datos en el cuadro 3.4 muestran una sostenida declinación de los liberales y conservadores, y la aparición de los nuevos partidos a expensas de los partidos tradicionales.

---

324 Citado en Echeñique (1981), p. 94.
325 Drake (1978), pp. 99-103.

Cuadro Nº 3.4. Porcentajes recibidos por los partidos en las elecciones de diputados 1912-1932

Partido	*1912*	*1915*	*1918*	*1921*	*1932*
Conservador	21,6	21,5	19,3	19,2	17,2
Liberal	54,0	42,4	46,4	35,4	17,3
Radical	16,6	21,2	24,7	30,4	18,4
Demócrata	4,8	7,9	6,5	12,4	13,7
Socialista	--	--	--	--	6,4
Independientes y otros	3,0	7,0	3,1	2,6	26,0

Fuente: Drake (1978), p. 101.

En 1920, lo que habría de convertirse en el polo derecho del espectro de partidos (los liberales y conservadores), abarcaban casi el 66% del electorado. En 1925 estaban reducidos al 52%. En 1932, la participación de la derecha en el electorado había caído al 35%[326]. En la misma elección, los radicales y otros grupos partidarios de "centro" captaron el 20% del electorado. Los partidos de izquierda (en el cuadro 3.4, los socialistas más casi todos los independientes y otros) obtuvieron el tercio completo del electorado. Así, Drake tiene razón al afirmar que, "de muchas maneras, estos resultados de 1932 significaron el fin de una era electoral y la inauguración de otra"[327].

¿Cómo pudieron estos nuevos partidos marxistas obtener ganancias tan rápidas y perdurables en la clase trabajadora? La reintroducción de la política competitiva después de la caída de Ibáñez en 1931 creó para los partidos marxistas una oportunidad de llenar el espacio organizativo creado por el previo fracaso de las elites políticas en movilizar el apoyo político de las clases trabajadoras. Los esfuerzos de las elites partidarias tradicionales en competencia durante el período parlamentario, y, más tarde, los del general Ibáñez, habían fracasado en incorporar a los trabajadores en iniciativas patrocinadas por las elites. La consecuente autonomía política y organizativa de las clases trabajadoras urbanas permitió a los partidos marxistas después de Ibáñez obtener predominio dentro del movimiento sindical. Así, como observamos más arriba, los partidos Comunista y Socialista entraron decididamente en el vacío político creado por los esquemas de incorporación de los trabajadores orientados más bien al control que al apoyo, propios de la década de 1920, y, en

326 Si se incluyen las varias fracciones liberales, esta cifra alcanza el 37 por ciento.
327 Drake (1978), p. 100.

consecuencia, cosecharon ganancias electorales y organizativas impresionantes entre los trabajadores[328].

Esta no fue tarea fácil. Los líderes laborales se enfrentaban a la doble tarea de recrear el movimiento sindical en Chile, que había sufrido el impacto tanto de la dictadura de Ibáñez como de la depresión, al tiempo de organizar partidos de clase trabajadora[329]. Sin embargo, ayudado por el impulso organizativo proporcionado por la breve República Socialista, el recientemente constituido partido Socialista (después de 1933) llegó rápidamente a convertirse en el partido de clase trabajadora más significativo, sobrepasando a los comunistas[330].

El segundo gobierno de Alessandri, aunque promovía formalmente el sindicalismo legal, se desplazó persistentemente hacia la derecha. La postura abiertamente antiobrera del gobierno fue confirmada cuando Alessandri nombró al archiconservador Gustavo Ross como su Ministro de Hacienda, e implementó una aproximación ortodoxa de rebajas de sueldos a la reconstrucción económica nacional[331]. Varias asociaciones de intereses de las elites económicas, como la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) y la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) lograron colonizar burocracias vitales dentro del gobierno de Alessandri y promover miopes metas económicas de la elite a expensas de las clases trabajadoras[332]. Como se hizo notar más arriba, Alessandri pidió y obtuvo facultades extraordinarias de parte del Congreso para suspender las libertades públicas y adoptar medidas para reprimir a los trabajadores organizados. Como resultado, la militancia de la clase obrera aumentó dramáticamente, proliferaron las huelgas, y las relaciones gobierno-trabajadores se hicieron amargas.

El carácter de la política de la clase trabajadora experimentó un cambio crucial después de 1935, cuando el partido Comunista adoptó la estrategia de Frente Popular[333]. Antes del Frente Popular, los comunistas (y la FOCH) habían rechazado el sindicalismo legal y menospreciado los intentos socialistas por formar una organización sindical combinada. Después del cambio de la política del Comintern, encaminada a oponerse al fascismo, los comunistas buscaron activamente fomentar una federación sindical unida. También, y esto fue de importancia crítica para la forma de la competencia de partidos, desde esa

---

328 Collier y Collier (1991), pp. 360-364.

329 Los primeros esfuerzos del partido Comunista para resucitar a la FOCH habían encontrado el fracaso. Por los tanto una nueva estructura sindical tenía que ser establecida.

330 Antes de 1932, el partido Comunista nunca recibió más que un 0,5 por ciento de los votos. Véase a Moulián (1986a), pp. 121-22.

331 Loveman (1976), p. 264.

332 Collier y Collier notan que la SNA y la SOFOFA se unieron con las asociaciones mineras y la Cámara Nacional de Comercio para formar una única Confederación de la Producción y el Comercio en 1933 (1991, p. 368).

333 Como Moulián señala, para 1933 el partido Comunista había modificado su estrategia insurreccional de los años 20. En ese año, el partido adoptó un análisis del capitalismo mundial y de las posibilidades del desarrollo del capitalismo en Chile que demostraba la necesidad de completar las tareas de la industrialización y modernización. De este modo, cuando el Comintern propuso la estrategia del Frente Popular en 1935, el comunismo chileno había ya efectuado un viraje importante. Véase a Moulián (1982c), p. 11; también Moulián (1982a), p.2.

fecha en adelante los comunistas buscaron alianzas electorales con otros partidos, tanto los de clase obrera como los "burgueses".

El intento fallido de Alessandri de romper una huelga de trabajadores ferroviarios en 1936 proporcionó la cuestión alrededor de la cual se consolidaron los partidos de oposición. Temiendo la multiplicación de huelgas de solidaridad con los trabajadores ferroviarios (los comunistas ya habían llamado a huelgas de este tipo), Alessandri declaró el estado de sitio. La prensa de oposición fue clausurada, se disolvió el Parlamento, y líderes sindicales de todas las tendencias fueron encarcelados o puestos bajo arresto domiciliario. La experiencia compartida de la represión gubernamental en 1936 facilitó la coalescencia de los partidos de izquierda para formar la coalición del Frente Popular, y proporcionó el contexto para la formación de una organización laboral única, nacional, la CTCH[334]. El Frente Popular se formó el 2 de abril de 1936, a tiempo para prepararse a una elección extraordinaria para llenar una senaturía vacante, fijada para el 26 de abril. La victoria del candidato del Frente Popular en esta elección reforzó el compromiso de los líderes del partido Radical con la coalición. En diciembre de ese mismo año, se formó la nueva Confederación de Trabajadores de Chile, la CTCH, una amalgama de la FOCH (comunista), la Confederación General de Trabajadores (anarquista), la Confederación Nacional Sindical de Chile (socialista), y la Asociación de Empleados de Chile (radical), que llegó a ser un efectivo instrumento del Frente Popular para la movilización electoral de las clases trabajadoras urbanas.

d. El papel del centro

Los grupos del sector medio no encontraban generalmente un hogar en los nuevos partidos de clase obrera de la izquierda; más bien llegaron a identificarse con el partido Radical. Los radicales ocupaban la posición del centro del espectro de partidos derecha-izquierda, y se vieron tironeados desde direcciones opuestas, tanto desde la izquierda como desde la derecha. Aunque eran la fuerza electoral predominante dentro del reconstituido sistema de partidos, los radicales carecían de fuerza para gobernar solos. Para gobernar, el partido debía buscar socios, y al hacerlo, sus líderes se encontraron divididos entre dos alternativas de coalición. Podían moverse, bien a la derecha, para formar lo que los Collier han llamado una "alianza acomodaticia", uniéndose a los liberales y conservadores, bien hacia la izquierda, formando una "alianza populista" con los partidos predominantemente de clase obrera[335]. Por una parte, conscientes del poder económico y político de la derecha, muchos dirigentes radicales eran renuentes a aislar la oligarquía. Por otra parte, dada la creciente fuerza electoral de la izquierda, factor combinado con importantes cambios ideológicos que habían tenido lugar en el partido Radical mismo (distanciándolo más aún de las

334 Stevenson (1942), p. 64.
335 Collier y Collier (1991), p. 362.

políticas liberales de laissez-faire de la derecha), otros dirigentes del partido urgían la alianza populista[336].

En 1936, los radicales se unieron a la coalición del Frente Popular, aunque ese paso tuvo la oposición de algunas de las figuras más poderosas del partido, (Pedro Aguirre Cerda y Domingo Durán, entre otros)[337]. La ruidosa ala progresista del partido había llegado a disgustarse con la política crecientemente represiva hacia la clase obrera de Alessandri. Señalando los constantes avances electorales de la izquierda, esta facción del partido argumentaba que una posición progresista en la cuestión social era no solamente moralmente correcta sino también políticamente oportuna.

Además del atractivo del potencial electoral de dicha coalición, había todavía otra razón para el desplazamiento de los radicales hacia la izquierda. Una alianza acomodaticia con la derecha no fue nunca una alternativa para ellos, dada la continuada relevancia de la latente fisura clerical-anticlerical. Para los radicales, moverse hacia la derecha y formar una alianza con los conservadores habría requerido, entre otras cosas, transar en un rasgo clave de la identidad del partido radical.

Así como los radicales todavía se consideraban a sí mismos esencialmente como una alternativa política laica (todos los dirigentes radicales de la época eran masones), durante las décadas de 1930 y 1940 los conservadores todavía se tenían firmemente por un partido católico confesional. Aunque las cuestiones religiosas habían perdido la urgencia que una vez habían tenido, las diferencias religiosas habían venido a formar un rasgo reconocido del panorama político, y sorprendentemente continuaban teniendo consecuencias para fines electorales. Desde el tiempo de Balmaceda a fines del siglo XIX, los radicales anticlericales y los conservadores clericales no se habían juntado nunca en una alianza electoral presidencial[338]. Así, en la elección presidencial de 1938, los conservadores no estuvieron interesados -por razones ideológicas o pragmáticas- en formar una alianza electoral con los radicales. Aún más, los dirigentes del partido Conservador se sentían ciertos de que, con la división que causaba en la votación de centro izquierda la candidatura de Ibáñez, el candidato de la derecha, Gustavo Ross, tenía el triunfo asegurado[339].

La continuada relevancia política de la fisura, mucho después que las cuestiones políticas prácticas relacionadas con el conflicto doctrinal habían sido

---

336 El giro izquierdista del partido Radical había sido un movimiento gradual. La mayor parte de los estudios sobre los radicales colocan el momento clave del cambio en la orientación radical en la convención de 1906, cuando la posición progresista de Valentín Letelier se impuso a la posición liberal individualista de Enrique Mac Iver. Véase a Millar Carvacho (1981), pp. 68-75; Urzúa (1988), p. 20; Donoso (1952), p. 155; Snow (1972), p. 57; Teplizky (1979), pp. 62-115; CIEDES (1988), p. 20. Para el proceso de la convención radical de 1906 véase a Palma Zúñiga (1967), pp. 91-104.

337 Stevenson (1942), p. 69.

338 Cumplido ha compilado una muy útil lista de alianzas electorales y de gobierno en Chile desde 1932 a 1973 (1977, p. 13-16).

339 No hubo forma de predecir que la culpabilidad por la masacre de jovenes nazis, los que se habían tomado un edificio gubernamental en Santiago, se le hubiera atribuido a Ibáñez y forzado su retiro de la contienda, resultando en la victoria del Frente Popular en 1938.

resueltas, fue todavía más afianzada por los esquemas de socialización de los líderes al interior de cada partido, como también por un conjunto de instituciones extrapartidarias que contribuyeron a la perpetuación de anteriores líneas de conflicto dentro de una cultura política que perduraba. Así, las elites del partido Conservador solían asistir a colegios católicos y estudiar en la Universidad Católica. En contraste, las elites del partido Radical asistían casi invariablemente a colegios públicos y a la Universidad de Chile. Una completa red de asociaciones secundarias reforzaba el carácter distintivo de estas dos subculturas políticas[340]. Además, la jerarquía católica tradicionalmente miraba mal cualquiera colaboración política con los "ateos" radicales. El clero hacía pocas diferencias entre los radicales masones y los comunistas. La colaboración con ambos grupos era condenable[341].

Por lo tanto, aunque el partido Radical teóricamente enfrentaba posibilidades de coalición bilaterales en el espectro de partidos derecha-izquierda, el hecho que los partidos de clase obrera urbana eran históricamente partidos anticlericales había puesto en movimiento un esquema de alianzas entre partidos de clase obrera y partidos anticlericales[342]. Aunque elementos importantes entre los dirigentes del partido Radical se oponían a una alianza con las clases trabajadoras urbanas, su anticlericalismo de principios hacía que fuera más probable ese resultado. Por lo tanto, si los radicales optaron por desplazarse a la izquierda antes que a la derecha al unirse a la coalición del Frente Popular en 1936, su elección fue determinada por esquemas fuertemente enraizados de política anticlerical.

Mirando más allá de la década de 1930 al período entero comprendido entre 1932 y 1952, los radicales evitaron generalmente formar alianzas con el partido Conservador. Esto es verdad especialmente si se hace una distinción entre dos tipos diferentes de alianzas de partidos, alianzas electorales versus alianzas de gobierno[343]. En el primer tipo, de *alianza electoral*, los partidos se unen para presentar una lista común de candidatos para los cargos a elegir, y frecuentemente (no siempre) continúan colaborando desde esos cargos. En el segundo tipo, de *alianza de gobierno*, los partidos acuerdan participar en formar un gabinete de gobierno en conjunto, como también apoyar medidas legislativas específicas de una administración en ejercicio, pero buscan comúnmente arrebatarse mutuamente los puestos en las contiendas electorales. Durante todo

340 Valenzuela, A. (1989), p. 169.

341 Aunque esta afirmación podría aparecer exagerada yo sugeriría leer la obra de Palacios sobre el período (1918).

342 Las alianzas de la clase obrera con los anticlericales radicales fueron una fuente de debilidad así como de fortaleza. Ellas impidieron a los partidos izquierdistas capturar una cuota mayor de los votos obreros pero también capacitaron a los partidos obreros ganar un acceso relativamente fácil al campo electoral. Véase Valenzuela, J. S. (1979), p. 595.

343 Esta distinción general es sugerida por Collier y Collier (1991), pp. 360-367. Ellos y otros autores han reparado en que los gobiernos del Frente Popular (1938-52) desarrollaron una alianza populista para efectos electorales pero no para los efectos de gobernar. Véase también Drake (1978), p. 338.

Cuadro Nº 3.5. Presidentes y las alianza electorales y de gobierno que los apoyaron entre el período 1932 y 1952

Presidente y período	*Alianza electoral Apoyo partidario (con año de elección)*		*Alianza de gobierno Apoyo partidario*	
Arturo Alessandri 1932-38	1932	Liberales Radicales Demócratas Independientes	1932-34	Liberales* Conservadores Radicales Radical Socialistas-Demócratas Democráticos Social Republicanos
			1935-38	Liberales* Conservadores*
Pedro Aguirre Cerda 1938-42	1938	Radicales Demócratas Socialistas Comunistas	1938-42	Radicales* Demócratas Socialistas Comunistas
Juan Antonio Ríos 1942-46	1942	Radicales Socialistas Comunistas Falange Liberales	1942-46	Radicales* Socialistas Comunistas Falange Liberales
Gabriel González V. 1946-52	1946	Radicales Comunistas	1946-48	Radicales* Comunistas Liberales
			1948-50	Radicales* Liberales Conservadores
			1950-52	Radicales* Falange Conservadores Social Cristianos

Fuente: Cumplido (1977), pp. 13-16; Correa, en Orrego (ed.) (1979), p. 435; y Valenzuela, A. (1985), tabla 10.

Nota: Esta tabla es sólo aproximada y no incluye todas las completas variaciones dentro del período.

* Los partidos con el signo formaban el núcleo de la alianza.

este período de veinte años (1932-1952), los radicales y los conservadores no se unieron jamás para formar una alianza electoral a nivel nacional.

Como lo indica el cuadro 3.5, durante este período los radicales entraron dos veces en alianzas de gobierno con los conservadores. Ambas experiencias

resultaron ser breves y perturbadoras. La primera de estas alianzas fue concertada al comienzo, en 1932, en respuesta a llamados directos de Arturo Alessandri a formar un gabinete de unidad nacional.

Como ya hemos notado, los radicales nunca estuvieron tranquilos durante su breve participación en la segunda administración de Alessandri. Se encontraron casi inmediatamente en desacuerdo con sus adversarios políticos históricos, los conservadores. Las diferencias que separaban los partidos se hicieron especialmente agudas luego que Alessandri nombró a Barros Borgoño como jefe del gabinete[344]. Aunque Alessandri había sido elegido en 1932 con apoyo del partido radical (no del partido conservador), fueron los radicales los que rompieron con el gobierno de Alessandri en 1936.

La segunda alianza de gobierno de los dos partidos ocurrió entre 1949 y 1952, cuando el gobierno radical de Gabriel González Videla viró abruptamente a la derecha, expulsando al partido Comunista del gabinete y rompiendo con sus aliados de clase obrera para formar una coalición de gobierno con liberales y conservadores. No fue posible resucitar esta coalición para la elección presidencial de 1952.

Más aún, este viraje a la derecha tuvo graves consecuencias para el futuro dominio del centro político por el partido Radical. El abandono de los partidos obreros -de los cuales los radicales habían derivado grandes beneficios electorales- contribuyó al eventual agotamiento ideológico del partido Radical. En último término, la deriva hacia la derecha de los radicales creó un espacio en la centro-izquierda del espectro de partidos que sería llenado en la década de 1950 por los democratacristianos.

e. La política de partidos en el Frente Popular

La formación de la coalición centro-izquierdista del Frente Popular en Chile, y la estrecha victoria electoral de su candidato presidencial en 1938, Pedro Aguirre Cerda, tuvo el efecto de consolidar la política de partidos basada en clases sociales en Chile[345]. A través del Frente Popular, los partidos marxistas, los trabajadores organizados y otros elementos previamente excluidos fueron incorporados exitosamente en la arena de la política de partidos. Una transición pacífica a una política basada en clases sociales fue facilitada por el hecho de que los partidos de clase obrera mismos (especialmente los comunistas después de 1935) buscaron abiertamente alianzas con los burgueses radicales del centro, como respuesta estratégica al avance de regímenes fascistas en Europa.

Sin embargo, dos factores menos obvios fueron también importantes. Primero, la formación del Frente Popular fue hecha posible en parte por el papel mediador desempeñado por los radicales. Aunque la década de 1930 abrió un

344 La ambivalente relación entre Alessandri y los radicales en su segunda administración es expuesta en un artículo de Correa, "Arturo Alessandri y los partidos Políticos en su segunda administración", en Orrego (1979), pp. 391-465. Véase también Aylwin et. al (1985), pp. 162-53.

345 Este argumento aparece en Moulián y Torres D. (1985), pp. 11-16; y en Drake (1978), p. 214.

período de movilización izquierdista frecuentemente intensa de las clases trabajadoras[346], la estabilidad política y social de Chile fue aumentada por los radicales, que jugaron el papel de punto de apoyo dentro del sistema de partidos. Abriendo avenidas de participación electoral y burocrática a la clase trabajadora organizada y sus representantes, los gobiernos del Frente Popular dominado por el partido Radical tuvieron el efecto de retardar la polarización dentro del sistema de partidos chileno, amortiguando el impacto de las demandas de los partidos de clase obrera[347]. Como ha argumentado Cavarozzi, el partido Radical actuó "como cuña dentro de un régimen, el oligárquico, en el cual ya estaba inserto"[348]. El papel moderador jugado por los radicales durante las décadas de 1930 y 1940 suavizó el impacto de la incorporación política de las clases trabajadoras, y permitió una transición relativamente fácil, en términos comparativos, a un régimen electoral competitivo que incluía la participación de partidos obreros de izquierda.

El segundo factor que facilitó una transición suave al Frente Popular descansaba en la continua seguridad electoral de la oligarquía[349]. El acuerdo político tácito sobre el que descansaba el Frente Popular era un compromiso de parte de la izquierda de moderar las demandas del electorado formado por las clases trabajadoras urbanas y de mantener una continua calma política y social en el campo, a cambio de la participación de la clase obrera en el gobierno, y la continua legalidad de los comunistas. Durante el período del Frente Popular, la votación de la izquierda continuó estando casi directamente vinculada a las clases populares urbanas, dado que en los sectores rurales su impacto continuó siendo prácticamente nulo. Por ejemplo, los comunistas reclutaron más de 50% de su votación en veinte comunas urbanas, 11 de las cuales eran comunas mineras y 9 industriales. Básicamente, la izquierda era fuerte donde era fuerte la sindicalización. Puesto que la sindicalización estaba prohibida en el campo, la política basada en clases sociales estaba efectivamente excluida de las áreas rurales.

Por lo tanto, mientras un candidato de la coalición de centro-izquierda ocupaba la presidencia durante el Frente Popular, la derecha continuaba

---

346 En un plazo de dos meses luego de la elección presidencial de 1938 la CTCH creció en decenas de miles, más que doblando su afiliación. Este rápido crecimiento de la afiliación sindical fue sintomático de la exitosa institucionalización de los grupos de clase obrera urbana bajo el Frente Popular. Véase a Drake (1978), p. 211. Morris documenta el rápido crecimiento de los obreros organizados dentro de los sindicatos. De acuerdo a él, desde una cifra de 9.000 afiliados en 1938 el número de trabajadores sindicalizados creció a 210.000 en 1942 (1966, p. 262). Aunque la cifra está probablemente hinchada sirve para ilustrar el punto.

347 El partido Radical aprovechó enormemente de su posición dominante dentro de la coalición del Frente Popular. Los radicales se beneficiaron más especialmente de la expansión de la burocracia estatal, en la cual sus militantes se habían llegado a atrincherar. Mientras los socialistas centraron su atención en la movilización electoral, los comunistas se concentraron más en lazos organizativos con la clase obrera. Véase a Drake (1978), pp. 213-14.

348 Cavarozzi (1978), p. 256.

349 Cavarozzi contrasta el caso de Chile con el de Argentina, donde los partidos oligárquicos cesaron de tener peso como actores electorales, o Brasil y México, donde los regímenes oligárquicos fueron sucedidos por otros arreglos políticos relativamente estables que rompieron el control oligárquico (ibid., p. 256).

Cuadro Nº 3.6. Porcentaje recibido por cada partido en las elecciones para diputados 1937-1953

Partido	*1937*	*1941*	*1945*	*1949*	*1953*
Conservadores	21,3	17,2	23,6	21,1	14,4
Liberales	20,7	14,0	17,9	17,9	10,9
Otros de derecha	--	--	2,2	3,0	2,7
Total Derecha	42,0	31,2	43,7	42,0	28,0
Radicales	18,7	21,9	19,9	21,7	13,3
Agrariolaboristas	--	--	--	8,3	15,2
Otros de centro	9,4	9,1	11,3	17,1	20,5
Total centro	28,1	31,0	31,2	47,1	49,0
Socialistas	11,2	16,8	7,2	3,4	5,4
Socialistas Populares	--	--	--	4,9	8,8
Comunistas	--	11,8	10,3	--	--
Otros izquierda	4,2	5,3	5,6	1,1	--
Total izquierda	15,4	33,9	23,1	9,4	14,2

Fuente: Valenzuela, A. (1985), pp. 44-45.

ejerciendo un control considerable en el Congreso (ver cuadro 3.6), en parte debido a su predominio no disputado en el campo. Como veremos en el capítulo 4, la aceptación tácita por los partidos de izquierda del continuo dominio del campo por la derecha proporcionó las garantías electorales requeridas sobre las cuales descansaba la competencia política "democrática" durante las décadas que siguieron a la incorporación política de las clases trabajadoras urbanas y de enclaves mineros. El colapso de este arreglo en la década de 1950 fue un preludio a la polarización y consiguiente desmoronamiento del sistema de partidos.

Una vez en el poder, los radicales centristas enfrentaron obstáculos significativos en el Congreso para la legislación reformista de parte de los partidos de la derecha. Además de esto, los dirigentes radicales mismos no fueron excesivamente diligentes en buscar remover esos obstáculos. Al comienzo del Frente Popular, el partido Radical estaba liderado por Aguirre Cerda, un caballo de batalla político del ala derecha del partido que se había opuesto inicialmente a la formación del Frente Popular. Desconfiaba por naturaleza de la izquierda y se preocupaba de no enajenarse a la derecha. Este factor, más la heterogeneidad de la coalición del Frente Popular misma, una coalición que incluía partidos obreros de izquierda, a la vez que ibañistas y oligarcas rurales

tradicionales del sur, contribuyeron a los comienzos de un empate legislativo al interior de la administración del Frente Popular[350].

Hacia el fin de 1939, el gobierno de Aguirre Cerda viró a la derecha, adoptando políticas laborales represivas tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Aunque los partidos de derecha perdieron el control de ambas Cámaras del Congreso en las elecciones parlamentarias de 1941, la dirigencia del partido Radical rehusó exponer sus relaciones con la derecha. En cambio, manifestando así su papel característico como mediador entre la derecha y la izquierda, los radicales moderaron sus políticas para reasegurar a la derecha[351]. Los partidos tradicionales tenían razones para estar alarmados. En las elecciones de 1941 la izquierda había doblado su porcentaje de los votos. (Ver cuadro 3.6).

A pesar de haber obtenido ganancias electorales significativas, los gobiernos de Frente Popular dominados por los radicales que siguieron a Aguirre Cerda se alejaron aun más de sus aliados los partidos de clase obrera, cada vez más distanciados. Después de la elección de Juan Antonio Ríos en 1942, otro miembro del ala derecha del partido y anticomunista vehemente, el gobierno fortaleció sus vínculos con la elite económica, formando una coalición de gobierno con elementos de la derecha anticlerical, compuesta principalmente de radicales y liberales favorables al empresariado. Después de la inesperada muerte de Ríos en el cargo cuatro años más tarde, el recientemente elegido presidente radical, Gabriel González Videla, siguió el ejemplo de su predecesor.

A lo largo del período del Frente Popular, los radicales, socios principales de la coalición, se mostraron no deseosos o incapaces de proporcionar beneficios tangibles a sus aliados populistas y sus electorados de clase trabajadora urbana. Como resultado, emergió entre los partidos obreros de la izquierda una tendencia cada vez más radicalizada, no colaboracionista. A pesar de que el partido Comunista, que continuaba haciendo avances importantes entre los trabajadores organizados, continuó participando en el gobierno, los socialistas dejaron el Frente Popular en 1946. En último término, la continua subordinación de la agenda política de la clase obrera llevó al interior de esta clase un extendido desencanto con la política de coaliciones. Aunque los trabajadores hicieron algunos avances en el terreno organizativo durante el período 1938-1952, especialmente entre los comunistas, estas ganancias fueron neutralizadas por la renuencia del gobierno a cambiar las restricciones legales con que operaban los sindicatos. Además, todo el período del Frente Popular se caracterizó por crecientes disparidades en la distribución del ingreso. A fines de la década de 1940 los líderes de los partidos obreros que defendían la continuación de la

350 Drake resume la situación como sigue: "Luego de una insuficiente victoria electoral el Frente asumía el cargo con una débil unidad y sólo con un parcial control del gobierno... La burocracia y las otras instituciones estatales estaban fuertemente en contra de una postura de cambio radical. Incluso sin considerar los intereses de los grupos de elite económicos nacionales o extranjeros o los militares, las restricciones a los planes y a la participación marxista eran formidables" (1978, p. 211).

351 Moulián y Bravo (1985), p. 12.

colaboración con los burgueses radicales cayeron en el descrédito, y se puso en marcha un proceso de radicalización entre los representantes de los partidos de las clases trabajadoras urbanas. El fin del período del Frente Popular vio el colapso de los intentos de integrar los partidos obreros en la arena electoral a través de una alianza populista con los radicales centristas.

Aunque el centro anticlerical se mostró capaz de armar una alianza electoral con partidos obreros de la izquierda, los radicales no pudieron reorientar las lealtades políticas del movimiento laboral para apartarlo de la izquierda y constituirse en partido hegemónico del centro. Debido a su fuerza considerable aunque limitada -los radicales mantuvieron entre el 18 y el 22% de la votación en las cuatro elecciones parlamentarias habidas entre 1932 y 1945- el centro fue confinado a un papel mediador entre dos alternativas políticas crecientemente inflexibles. (Ver cuadro 3.6). El centro político de Chile, un partido cada vez más de clase media, cuyo fundamento ideológico descansaba inicialmente sobre la posición anticlerical en una fisura anterior, no logró constituir un partido integrador multiclasista[352]. Hacia 1949, el partido radical chileno estaba dividido en tres facciones. Aunque la división fue temporal, indicaba la creciente desilusión con la política de coalición, aun entre los miembros del partido que había sido el exitoso distribuidor del poder de la coalición del Frente Popular.

La estrategia de Frente Popular se planteaba sobre la base del dominio político del centro en Chile, y sobre su capacidad de llegar a entendimientos con otros partidos importantes de la derecha y de la izquierda. En una perspectiva histórica más amplia, los radicales llegaron a jugar el papel de principales mediadores dentro del sistema de partidos, similar al que habían jugado antes los liberales. Como sus predecesores, el partido Radical vino a jugar el papel de eje de un centro flexible y mediador. Los radicales pudieron mediar el conflicto de clases, dada la posición moderada asumida por el partido respecto de ésta, la fisura política predominante. Como los liberales del siglo XIX, los radicales fueron *incidentales* al eje de conflicto predominante. La presencia moderadora de los radicales en el centro del sistema de partidos contribuyó a la dirección básicamente centrípeta de la competencia política y facilitó la transición a la política competitiva de partidos con la participación de la clase obrera dentro del Frente Popular.

Sin embargo, el papel mediador jugado por los radicales, y la conducta oscilante de coalición que implicaba, no estuvieron exentos de costos para el partido. Con el transcurso del tiempo, a medida que el centro desarrollaba complejas y, a veces, contradictorias constelaciones de alianzas *electorales* y *de gobierno* con elementos tanto de la derecha como de la izquierda, la credibilidad del partido se agotó[353]. Tal como en las postrimerías del siglo XIX, cuando los

352 Esto es sostenible en contraste con los casos de México y Venezuela, donde el centro político vino a ser ocupado por hegemónicos partidos multiclasistas e integrativos como resultado de la incorporación política de las clases obreras. Véase Collier y Collier (1991).

353 En el capítulo 4, yo afirmo que la emergencia de Ibáñez puede ser explicada en gran medida a

liberales lograron establecer importancia electoral, pero *no* una hegemonía total dentro del sistema de partidos, la distribución del electorado chileno durante este período produjo un partido de centro clave, pero no una tendencia de centro suficiente como para permitir a los radicales gobernar solos.

En un contexto político general donde la fisura de clases se planteaba en términos cada vez más agudos, los radicales contrajeron, en la expresión de Pike, una "esquizofrenia" básica[354]. Durante el período del Frente Popular hubo una continua batalla al interior del partido entre progresistas sociales, que exigían amplias reformas socialistas, y elementos del ala derecha del partido que se identificaban ideológicamente en términos más cercanos al individualismo del partido Liberal. Como habrían podido predecirlo tanto Sartori como Duverger, en último término el partido Radical socialmente heterogéneo se transformó en víctima de las presiones provenientes de los dos extremos.

f. Los partidos de derecha y el Frente Popular

Como consecuencia del rápido crecimiento electoral y organizativo de la izquierda durante los gobiernos del Frente Popular, especialmente de los comunistas, los partidos de derecha adoptaron una postura cada vez más defensiva. La derecha vio su margen de movimiento político constantemente estrechado. Sin embargo, como por años la derecha había tenido un virtual poder de veto en la legislatura, su liderazgo político no se vio nunca forzado a desarrollar fórmulas alternativas para alcanzar representación. Bajo otras circunstancias, los partidos de derecha electoralmente débiles podrían haberse visto obligados a buscar un entendimiento con el centro. La derecha estaba en este período cogida entre dos presiones contradictorias. Por una parte, su fuerza parlamentaria le daba un poder de veto sobre iniciativas del Frente Popular que fueran potencialmente amenazantes, eliminando así la necesidad de buscar estrategias políticas alternativas, como habría sido una transacción con los radicales. Por otra parte, el fracaso de la derecha en lograr generar una fórmula alternativa de representación contribuyó a su declinación electoral a largo plazo.

Como hemos visto, las elites políticas tanto del partido Conservador clerical como de los radicales laicos habían sido completamente socializadas en esquemas de comportamiento que institucionalizaban la ruptura clerical-anticlerical; un entendimiento entre ellas era difícil. Además de esta antipatía natural, había desacuerdos substantivos que dividían a los partidos de la derecha y del centro. En primer lugar, la derecha disentía fundamentalmente de los radicales en relación al papel que correspondía al Estado en la promoción de la industrialización. Para los radicales, el Estado debía jugar un papel clave en

---

causa del agotamiento ideológico del centro como resultado de su movimiento pendular entre la izquierda y la derecha. Esto, combinado con la falta de voluntad de la izquierda en dejar que su agenda fuera estipulada por el centro, dio impulsos adicionales al movimiento antipartidos ibañista en los cincuenta.

354 Pike (1963), p. 244.

cualquier plan de industrialización de Chile. En realidad, ésta era la base de su programa de gobierno en el Frente Popular desde 1938 en adelante.

En segundo lugar, una alianza electoral entre radicales y partidos de derecha habría exigido repensar las estrategias de modernización rural. Un crucial factor debilitante en los esfuerzos del Frente Popular por implementar una industrialización exitosa guiada por el Estado en Chile era la nula modernización del sector agrícola. Sin embargo, tal desarrollo habría exigido eventualmente la disolución del sistema de hacienda y la eliminación del sistema de minifundios de subsistencia. Este era un precio que la derecha no estaba simplemente dispuesta a pagar. Tanto los conservadores como los liberales tenían enorme interés político y social en mantener el *statu quo* en el campo. Entre otras cosas, el campo había sido el factor clave de la fuerza de la derecha en el Congreso por más de un siglo.

El liderazgo del partido Radical no estaba excesivamente deseoso de desbaratar las relaciones rurales tampoco. Los vínculos radicales con empresarios agrícolas, especialmente en el sur de Chile, llevaron a los líderes del partido a rechazar cualquier intento de reforma agraria o sindicalización campesina. Entretanto, no era difícil para la izquierda pasar por alto la modernización agraria y la movilización campesina. Su discurso no llamaba a la modernización en el campo, y sus intereses electorales no estaban en el campesinado sino en el proletariado urbano y minero. Así, el campesinado permaneció relegado a los márgenes de la vida social y política de Chile durante todo este período.

Antes que generar un proyecto político propio, la derecha confió en este período en una estrategia para limitar la extensión del sufragio: la manipulación electoral en el campo (principalmente a través de la antigua práctica de comprar votos, el cohecho) y la mantención de un estrecho control de la habilitación de nuevos actores sociales. Los partidos de la derecha lograron también excluir un buen número de votos de clase obrera a través de la exclusión del partido Comunista en 1948. En ese año, en parte en respuesta a la presión norteamericana derivada de la guerra fría, el gobierno de Gabriel González Videla dominado por los radicales declaró al partido Comunista fuera de la ley[355], y los miembros de este partido fueron consecuentemente eliminados de los registros electorales. Así, el tamaño del electorado, que todavía no se recuperaba de su caída después de las reformas de 1914, disminuyó aún más hacia el final del período del Frente Popular[356].

Al final del período del Frente Popular (1938-1952), el sistema de partidos chileno se caracterizaba por una sensación general de frustración e inmovilismo

---

355 Esta decisión fue tomada por el gobierno de clase media del Frente Popular en 1948, luego de que el poderío electoral de los comunistas había crecido a un alarmante 16 por ciento en las elecciones municipales de 1947. Véase a Borón (1971b), p. 61; Furci (1984), p. 38; Aylwin et al. (1985), p. 189.

356 La aguda contracción en la forma y tamaño relativos del electorado activo sigue en Chile un patrón similar al del electorado norteamericano alrededor del cambio de siglo tal como lo describió Burnham en 1965.

entre los actores sociales y políticos claves. En un extremo del espectro de partidos, los trabajadores urbanos organizados y sus representantes políticos en los partidos socialista y comunista estaban crecientemente desilusionados por las caprichosas reglas y procedimientos de la "política burguesa." En el otro extremo, la derecha llegó a desconfiar de la capacidad de la política competitiva para mantener las relaciones sociales básicas sobre las que se edificaba su predominio. ¿Por cuánto tiempo más podían ser bloqueados los partidos de clase obrera en su deseo de movilizar el sector rural? Y el partido situado en el centro, los radicales, aparecía cada día menos atractivo para ambos lados del espectro de partidos; los radicales habían sobrepasado el límite de las transacciones tolerables a través de los años, y su capital de credibilidad política estaba agotado. Los partidos y la política de partidos, que a través de varias décadas se habían transformado en la "columna vertebral"[357] de la sociedad civil en Chile, habían perdido legitimidad. A la altura de 1952, el escenario estaba dispuesto para la reaparición política de Carlos Ibáñez del Campo y la arremetida de la política antipartidista en Chile.

357 Esta expresión es utilizada por Garretón (1989b), p. xvi.

IV. LA POLARIZACION DEL SISTEMA DE PARTIDOS: LA MOVILIZACION DE CLASES SE EXTIENDE AL CAMPO

La arena de la política de partidos basada en clases sociales se extendió dramáticamente en Chile durante las décadas de 1950, 1960 y 1970. Mientras durante la primera mitad del siglo XX las elites tradicionales de partidos habían logrado confinar el alcance de los partidos de clase obrera al sector urbano, en la segunda mitad del siglo XX los "partidos no tradicionales," esto es, básicamente la izquierda, los grupos ibañistas, y el recientemente formado partido Demócrata Cristiano, penetraron antiguos reductos de control electoral derechista en las zonas rurales. El control del voto campesino por parte de la oligarquía había sido piedra angular del sistema de partidos precedente. Una vez removida esta piedra angular a fines de la década de 1950, dejando así disponible al campesinado para la competencia entre partidos no tradicionales, se produjo una reorientación importante del sistema de partidos.

Esta tercera coyuntura crítica en el sistema de partidos chileno, precipitada por la extensión de una intensa movilización de clases al sector rural, presenta una tarea analítica mucho más compleja que la de las dos coyunturas críticas que exploramos más arriba en este análisis. Tanto en el capítulo 2 como en capítulo 3 había una fisura principal obvia y una reorientación de esquemas de competencia de partidos que de ella resultaba, que era claramente identificable. En el caso de esta tercera coyuntura crítica, hay más factores de explicación que están implicados. Si bien la politización del conflicto de clases en el campo es un factor crucial que da forma al conflicto político dentro del sistema de partidos después de la década de 1950, es necesario analizarlo en el contexto de un conjunto más amplio de cambios estructurales. El principal de estos cambios ocurridos durante la década de 1950 fue el aumento de las tasas de migración desde las zonas rurales a las urbanas, combinado con los desplazamientos demográficos concomitantes y la aparición de nuevos actores sociales y políticos en zonas urbanas. En otras palabras, en el caso de la tercera coyuntura crítica, la *fisura determinante*, la movilización de clases en el sector rural, puede ser *por sí misma* menos decisiva que lo que era el caso en los análisis anteriores.

El análisis de esquemas cambiantes de conflicto y competencia dentro del sistema de partidos chileno durante la década de 1950 es complicado aún más por cambios en la posición de la Iglesia Católica en relación a la fisura de clases.

El cambio de la posición de la Iglesia de cara a la fisura de clases tuvo profundas consecuencias para la manera en que el campesinado fue eventualmente incorporado en el sistema de partidos. Así, además de un análisis de la fisura de clases rural, situado en un contexto de cambio estructural más amplio, este capítulo subraya el papel jugado por un actor institucional clave, la Iglesia Católica, en la eventual cristalización de un nuevo sistema de partidos al final de la década de 1950.

En este capítulo, documento la evolución del conflicto de clases rural y la incorporación relativamente tardía y rápida de los trabajadores rurales en la arena social y política nacional. Muestro cómo esto fue acompañado por, y relacionado con, una declinación importante del poder político de la oligarquía y de la derecha electoral. Finalmente, analizo el impacto acumulativo de estos cambios específicos en el sistema de partidos, especialmente sobre la naturaleza cambiante de la política de partidos en el centro.

Un objetivo importante de este capítulo es establecer que, en contraste con interpretaciones anteriores de la evolución del sistema de partidos, no se puede describir el sistema de partidos chileno como "completo" a la altura de la década de 1930[358]. Para Lipset y Rokkan, un sistema de partidos "completo" requiere "la extensión del sufragio y la movilización de sectores importantes de las nuevas reservas de partidarios potenciales..."[359]. Como vimos en el capítulo 3, el período entre 1915 y el fin de la década de 1940 se caracterizó por un universo electoral estrictamente constreñido, donde, de hecho, el proceso de expansión electoral había sido revertido. En este capítulo mostraré que, para usar de nuevo la terminología de Lipset y Rokkan, "el empuje final hacia una máxima movilización"[360] no ocurrió en Chile sino hasta el final de la década de 1950. Este cambio en nuestra percepción de la cronología de este acontecimiento no es trivial. Si se toma el período de la década de 1950 como el período del comienzo de la máxima movilización del electorado, entonces el dramático crecimiento electoral de los democratacristianos a fines de esta misma década no puede ser ya considerado anómalo[361]. La irrupción electoral de los democratacristianos, y la subsiguiente consolidación electoral del partido, puede explicarse precisamente porque apareció antes -y en parte fue causa- del empuje final hacia la máxima movilización del electorado chileno. Argumento que la aparición de

358 Más recientemente, este argumento ha sido dado por A. Valenzuela. En sus palabras: "Para los años treinta, con el crecimiento de los partidos marxistas, en un período de expansión electoral, el sistema de partidos chilenos, de acuerdo a los términos de Lipset y Rokkan, había llegado a completarse" (1989, p. 169). Véase también Valenzuela, J. S. y A. Valenzuela (1983), p. 15.

359 Lipset y Rokkan (1967), p. 50.

360 Ibid., p. 51.

361 Algunos analistas han considerado la aparición y el rápido crecimiento de la Democracia Cristiana en los 50 como una excepción a la idea de Lipset y Rokkan respecto a la continuidad del sistema de partidos (Valenzuela, A., 1978; Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela, 1983; Valenzuela, A., 1989). Sin embargo, si el momento de la máxima movilización del electorado se cambia a los años 50, la emergencia y consolidación de los democratacristianos aparece como completamente consistente con el pensamiento de Lipset y Rokkan.

este nuevo partido de centro tuvo consecuencias cruciales para la forma de la competencia de partidos.

En breve, pues, argumento que el control ininterrumpido de cantidades significativas de votos campesinos por parte de la oligarquía, especialmente en el poblado y agrícolamente rico Valle Central de Chile, fue una piedra angular de la competencia de partidos en Chile anteriormente a la década de 1950. En esa década, un conjunto complejo de acontecimientos concurrentes desbarató el equilibrio político fundamental que había hecho de la arena de partidos un lugar aceptable para la resolución del conflicto político y social en Chile.

La desilusión general con la política de partidos en Chile al final de la década de 1940 y comienzos de la década de 1950 contribuyó a la aplastante victoria de la política antipartidos de Carlos Ibáñez del Campo en 1952. Desde 1952 hasta 1958, los esquemas de competencia de partidos en el sistema de partidos chileno experimentaron una reorientación decisiva. Después de Ibáñez, los partidos de derecha no recobraron nunca su anterior predominio electoral en el campo. Ya debilitados por la victoria de Ibáñez, los controles clientelísticos de la derecha en las zonas rurales fueron aun más debilitados por la permanente declinación de la productividad en el sector agrícola, declinación que tuvo el efecto de reforzar las crecientes tasas de migración desde las zonas rurales a las urbanas. El impacto de estos cambios fue reforzado aún más por las reformas electorales en 1958 y 1964. La primera, en 1958, hizo efectivo el sufragio secreto y resultó en una mayor autonomía de los electores, en este caso campesinos, en el acto de votar. La legislación de 1964 hizo obligatoria la inscripción electoral, y contribuyó decisivamente a la expansión del electorado.

Sin embargo, la transformación del campo fue sólo una de las fuentes de la constante declinación de la derecha en la década de 1950. El segundo cambio concurrente llegó en la forma de la defección de la Iglesia Católica como aliado social y político clave de la oligarquía rural y de sus representantes políticos del partido Conservador. Hemos esbozado los orígenes y significación de los vínculos históricos que ataron al partido Conservador con la Iglesia en Chile. A fines de la década de 1950, esos vínculos fueron debilitados por un cambio en la posición de la Iglesia en relación a la cuestión de clases. Este cambio en el corazón mismo de la identidad católica tuvo el efecto de debilitar aún más el dominio de la derecha sobre su electorado tradicional, especialmente en los antiguos distritos electorales rurales.

Finalmente, como veremos, se abrió un nuevo conjunto de oportunidades electorales entre los votantes recientemente disponibles, especialmente campesinos, mujeres y marginales urbanos. A fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, estos grupos fueron atraídos con éxito por el partido social cristiano de formación reciente, los democratacristianos. Aunque voy a aludir a estos tres nuevos grupos de electores, mi análisis se concentra primariamente en el proceso de cambio de lealtades políticas entre los campesinos. La historia del Chile rural después de la década de 1950 es en gran parte la historia de la declinación de la derecha en zonas que le habían

proporcionado históricamente apoyo electoral permanente, y del constante ascenso de partidos no tradicionales en su lugar.

Después de la década de 1950, el sistema de partidos, atrapado en las garras de una hipermovilización, se redujo a tres tercios irreductibles. La derecha, herida mortalmente por la hemorragia electoral en el sector rural, y abandonada por la jerarquía católica, adoptó una postura cada vez más defensiva. El centro había sufrido una transformación crucial, reemplazando gradualmente los democratacristianos -un partido de centro muy diferente- a los radicales en esta posición estratégica clave. Los partidos de izquierda, especialmente el partido Socialista, experimentando un constante crecimiento electoral en amplios segmentos de la población, se hicieron renuentes a unirse en alianzas con partidos que no eran de clase obrera, contribuyendo así decisivamente a una política de partidos que en Chile se caracterizó más y más por una "suma cero".

1. EL SISTEMA DE PARTIDOS ANTECEDENTE

Desde el retorno a la política competitiva de partidos en 1932, hasta la expulsión de los comunistas del Frente Popular en 1947, el sistema de partidos de Chile gozó de una estabilidad substancial. Como hemos visto, en tanto que los radicales centristas continuaron siendo el partido más grande de Chile, nunca alcanzaron a ser mayoritarios durante todo el período. De hecho, era extremadamente raro que un solo partido obtuviera más del 30% de los votos en cualquier elección parlamentaria[362]. Así, y esto fue de importancia clave para explicar la conducta partidaria durante este período, ningún partido pudo por sí mismo imponer su voluntad sobre los otros. Los presidentes eran invariablemente elegidos por coaliciones de varios partidos y a menudo se veían obligados a formar coaliciones de gobierno con partidos de la oposición en el Congreso después de la elección.

Los partidos políticos y las instituciones del Estado llegaron a ser expertos en la negociación y el compromiso a medida que actuaban continuamente como intermediarios de intereses en conflicto. Durante el período del Frente Popular, existió un esfuerzo de parte del sector medio y del Estado dominado por lo radicales por apoyar una combinación de industrialización capitalista con una democratización política y social muy gradual, situación a la que Moulián ha llamado sugestivamente "estado de compromiso"[363]. Como hemos visto, el conflicto de clases en el sector urbano había sido institucionalizado con éxito dentro del sistema de partidos durante este período. Las relaciones industriales

362 La única excepción desde 1920 fueron los liberales en 1925 (32,5 por ciento) y los democratacristianos en 1965 (42,3 por ciento).

363 El término estado de compromiso se refiere a un conjunto de instituciones que permitían a todas las fuerzas sociales y políticas significativas obtener a lo menos una resolución parcialmente favorable a sus demandas. De este modo el Estado era esencialmente inclusivo y sensible a los intereses de los actores políticos y sociales más importantes. Véase Moulián (1982b). Véase también Garretón (1989a), p. 16.

estaban definidas por el Código del Trabajo de 1931, y los partidos de izquierda, especialmente los comunistas, usaron exitosamente las provisiones del Código para formar sindicatos a un ritmo acelerado. A pesar de que la participación de los trabajadores organizados en la "torta" económica continuó contrayéndose durante este período, su cooperación dentro del sistema político estaba asegurada por la autorización de la libertad de asociación sindical, y por el aumento del gasto público en salud, educación y vivienda[364].

La estabilidad social y política en las décadas de 1930 y 1940 dependía de la exclusión del campesinado. Hay un amplio consenso en la literatura de que la política de industrialización del Frente Popular descansaba sobre un conjunto complejo de acuerdos *implícitos* y *explícitos* entre elites industriales y agrícolas, y el liderazgo de los partidos de clase obrera, para excluir al campesinado[365]. Los términos sobre los que descansaba este rasgo clave del Estado de compromiso eran bastante simples. El éxito de la industrialización requería que los salarios de la mano de obra industrial fueran mantenidos a un bajo nivel. Los salarios bajos para los trabajadores del sector urbano significaban que el precio de los bienes de consumo básicos, particularmente los alimentos, debía mantenerse bajo. A cambio de precios bajos para los alimentos, y las consiguientes ganancias pequeñas en el sector agrícola, el Estado accedía a subsidiar al sector agrícola, poniendo créditos a su disposición a través de tasas de interés mínimas, tasas impositivas mínimas y subsidios generosos para fertilizantes y fletes[366]. A cambio de estas concesiones, los partidos de izquierda tenían libertad para organizar grupos de electores de clase obrera en el sector urbano y en enclaves mineros. Así, de común acuerdo, los trabajadores agrícolas quedaban excluidos de los esfuerzos electorales y organizativos de la izquierda. El campesinado fue así sacrificado a los terratenientes rurales a cambio de paulatinos avances organizativos para los partidos de clase obrera en el sector urbano.

Aunque el acceso a los trabajadores rurales estaba básicamente vetado a la competencia política de los partidos de clase obrera, los partidos de izquierda estaban suficientemente movilizados entre los trabajadores urbanos durante las décadas de 1930 y 1940 como para que pudieran presentarse, junto con los

---

364 Cereceda y Dahse (1980), p. 26.

365 La más completa exposición respecto a estos acuerdos es entregada por Loveman (1976). Ellos también reciben una extenso tratamiento en Loveman (1979), capítulos 7 y 8; y en Collier y Collier (1991), pp. 565-573. Este tema es también tratado por un amplio número de autores. Un ejemplo de aquellos que yo he encontrado los más útiles incluye a Kaufman (1972); Drake (1978), esp. pp. 288-301; Cereceda y Dahse (1980); y de Riz (1979); otros autores hacen una directa referencia a estos acuerdos: Gil (1962), p. 87; Benavides (1985), p. 41; Alexander (1962), p. 237; Cavarozzi (1976), p. 33; y Muñoz y Arriagada (1977), pp. 37-39.

366 La tasa promedio de interés fue a menudo negativa, alcanzando un promedio de menos 21 por ciento a comienzos de los 50. El Estado también extendió las excepciones a los impuestos de importación para la maquinaria agrícola y subsidió hasta en un 50 por ciento los costos de los fertilizantes, así como los costos de llevar los productos agrícolas a los mercados urbanos. Véase Cereceda y Dahse (1980), p. 30. Como veremos en la próxima sección, los efectos a largo plazo de la política de industrialización del Frente Popular en la productividad del sector rural fueron devastadores.

radicales centristas, como socios claves de coalición en los gobiernos del Frente Popular. Sin embargo, en parte porque los campesinos no estaban disponibles, ningún partido de izquierda pudo adquirir una base suficientemente grande de apoyo como para gobernar solo. Más aún, a causa de la prohibición de la movilización campesina, los partidos de clase obrera no obtuvieron un papel proporcionado a su número potencial de adherentes durante este período.[367]

Las campañas presidenciales del Frente Popular, que consistían siempre de una coalición electoral de centro-izquierda, enmarcaron su denuncia de la dominación oligárquica en una retórica populista. Sin embargo, teniendo en su bolsillo los votos campesinos, los partidos conservador y liberal tenían asegurados suficientes puestos en el Congreso como para bloquear cualesquiera programas del Frente Popular que desafiaran las relaciones sociales fundamentales. Así, la estabilidad de que gozaba el régimen político dependía en parte de la mantención del dominio de los terratenientes sobre las actividades políticas de los trabajadores rurales. Y, como veremos, esta dominación, a su vez, dependía de la mantención del sistema tradicional de hacienda en Chile, que descansaba sobre la prevención de la sindicalización rural y la exclusión del campo de las influencias políticas externas[368].

a. La declinación del Frente Popular

Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial, el desencanto con la fórmula de gobierno del Frente Popular, especialmente entre los socios de clase obrera de la coalición, estaba ampliamente difundido. La frustración con los planes paralizados de industrialización del Frente Popular, y con las políticas sociales estancadas, llevó eventualmente a la fragmentación del partido Socialista y su salida subsiguiente de la coalición electoral de centro-izquierda que había apoyado la exitosa campaña electoral de 1946 del candidato del partido Radical, Gabriel González Videla. Los comunistas, sin embargo, aprovechando completamente las oportunidades que brindaba el Frente Popular para organizar a los trabajadores urbanos, permanecieron dentro de la coalición y continuaron construyendo una sólida base electoral en el movimiento sindical urbano.

Aunque los comunistas continuaron jugando un papel dentro de la coalición de Frente Popular, después de la Segunda Guerra y con la iniciación de la guerra fría, comenzaron a adoptar una postura crecientemente agresiva en la movilización de nuevos grupos electorales. Los líderes del partido Comunista estaban menos dispuestos a comprometer la agenda de clase obrera del partido a los radicales que se derechizaban cada vez más, y, en cambio, aumentaron las actividades que conducían a una mayor militancia obrera.

---

367 Este punto lo hace también Drake 1978, p. 297. El atribuye la debilidad electoral de la izquierda en el campo a la inefectividad de los partidos de la clase obrera en galvanizar el apoyo campesino. Yo desearía enfatizar que fue el pacto implícito entre todos los partidos de este período de excluir a los campesinos el que fue mayormente responsable del resultado electoral de la izquierda en los sectores rurales.

368 Loveman (1979), p. 257.

Como veremos, durante y después de la campaña presidencial de 1946 los comunistas repensaron su estrategia de movilización para el sector rural. Durante este mismo período, el partido Comunista logró impresionantes avances entre los burócratas del gobierno, una antigua reserva electoral del partido Radical[369]. El éxito de la ofensiva movilizadora de los comunistas, tanto en el sector urbano como en el rural, se reflejó en los contundentes avances electorales del partido en las elecciones municipales de 1947. El súbito salto en el apoyo electoral para el partido Comunista, que pasó del 10,2% del voto en las elecciones parlamentarias de 1945 al 16,5% en 1947 (triplicando su total de votos de las elecciones municipales de 1944), reforzó la preocupación entre las elites tradicionales de partido. Los avances comunistas, especialmente en la zonas rurales, amenazaban la continuación de la dominación derechista en el campo, y, en consecuencia, provocaban una serie de respuestas del Estado, los terratenientes y la Iglesia.

El candidato del partido Conservador en la elección de 1946, Eduardo Cruz-Coke, representaba la primera candidatura reformista de la derecha clerical desde el siglo XIX. Habiendo ganado la candidatura conservadora para la facción socialcristiana del partido, Cruz-Coke atraía especialmente a los grupos católicos progresistas, consiguiendo el apoyo de jóvenes progresistas católicos de la Falange Nacional (un precursor de la Democracia Cristiana). La candidatura socialmente progresista de Cruz-Coke causó una división entre los dos partidos de la derecha, la primera desde 1932. Aunque casi indistinguible de los conservadores durante el Frente Popular, el partido Liberal halló objetables las referencias explícitas de Cruz-Coke a la doctrina social católica. Los liberales retiraron su apoyo al candidato del partido Conservador, y presentaron en cambio la candidatura derechista "laica" de Fernando Alessandri.

Esta división entre los partidos de derecha, provocada por lo que quedaba del conflicto clerical-anticlerical, tuvo importantes consecuencias para la trayectoria política de la derecha en Chile[370]. Si la derecha se hubiera puesto de acuerdo en la candidatura reformista de Cruz-Coke en 1946, podría haber surgido un partido dinámico de derecha, con un programa político propio, y se pudiera haber evitado el triunfo del ibañismo en la década de 1950. En vez de ello, la derecha se dividió inmediatamente antes de la aparición de una difundida desilusión con la política de partidos (y, significativamente, inmediatamente antes de la movilización masiva del electorado), que resultó en último término en la salida del partido Conservador de los únicos elementos reformistas que en él quedaban, los socialcristianos.

En 1947, alarmado por el continuo avance electoral de los comunistas y bajo presión de la derecha chilena, presionado además por las exigencias de los Estados Unidos de aislar a la izquierda, derivadas de la guerra fría, González Videla expulsó a los comunistas de su coalición de gobierno. En ese mismo año y

369 Drake (1978), pp. 287-88.
370 Esta interpretación concuerda con la de Moulián (1986a), p. 32.

en el siguiente, González Videla hizo aprobar leyes restrictivas que tenían por fin impedir la formación de organizaciones sindicales rurales. Los esfuerzos comunistas por devolver el golpe al gobierno a través de huelgas y la movilización de los trabajadores fueron confrontados con la represión militar. Virando fuertemente a la derecha, los radicales se unieron a los liberales y a la fracción más grande de los conservadores (el partido Conservador Tradicionalista) para formar una alianza de gobierno y, en 1948, dieron término al asunto promulgando la Ley de Defensa de la Democracia, que proscribía al partido Comunista de la política electoral y eliminaba a sus militantes de los registros electorales.

Con el abrupto giro de los radicales hacia la derecha, y la eliminación de los comunistas de la arena de partidos, se les presentó a los conservadores la oportunidad de reconsiderar la estrategia electoral solitaria que habían seguido durante todo este período[371]. Por su parte, los radicales, habiendo expulsado a la izquierda del Frente Popular, esperaban forjar una coalición electoral (que no tenía precedentes) con los conservadores para la elección presidencial de 1952. Sin embargo, los conservadores seguían renuentes a unirse a los radicales. Aunque la derecha había estado dispuesta a entrar en una *alianza de gobierno* con los radicales en 1948, y habían logrado imponer un plan de estabilización antiinflacionista de los salarios entre 1948 y 1950, la derecha no estaba dispuesta a entrar en una *alianza electoral* con el centro en 1952. Con todo, no había incentivos suficientes para hacerlo. Los radicales centristas habían quedado aislados dentro del sistema de partidos. Por primera vez en varias décadas, en la elección presidencial de 1952, los radicales se quedaron sin otra alternativa que la de ir solos (con un magro apoyo electoral de los socialcristianos). El aislamiento de los radicales en la elección de 1952, y la segmentación de fuerzas políticas resultante, tuvo profundas consecuencias para los esquemas de competencia política en Chile, tanto entre los partidos tradicionales como en los de clase obrera.

¿Por qué no pudieron los radicales formar una coalición con la derecha en un momento en que no tenían otras posibilidades electorales? Tal vez la razón más obvia de la incapacidad de los radicales para atraer a la derecha en 1952 estaba en las concepciones divergentes de la política para el desarrollo capitalista de Chile que sustentaban. Los radicales, aun cuando flirteaban con la derecha durante el fin de la década de 1940, habían advocado siempre una intervención considerable del Estado en la economía y habían promovido políticas de bienestar social progresistas (modificaciones del Código del Trabajo, oportunidades educacionales más amplias, acceso más fácil a la salud y vivienda públicas, etc.)[372]. El liderazgo de los partidos derechistas encontraba difícil

371 Desde 1938 los partidos de la derecha habían ido siempre solos en las elecciones presidenciales. En 1938 y 1942 la derecha estuvo en oposición a coaliciones centro-izquierdistas, y en 1946 el campo se dividió en tres sectores: una derecha aislada y fragmentada contra un candidato de coalición de centro (con algún apoyo de la derecha y la izquierda), al cual también se oponía un candidato comunista. Véase tabla 3.4.

372 Moulián (1986a), p. 8.

simpatizar con la estrategia de desarrollo bajo la conducción del Estado que seguía el centro. En general, los partidos de derecha buscaban limitar la intervención del Estado en la economía al papel de apoyar el sector privado y proteger la industria nacional de la competencia internacional. La salida de los socialcristianos del partido Conservador en 1948, una salida precipitada por la proscripción del partido Comunista, significaba que los elementos reformistas dentro de la derecha, que podrían haberse identificado con las políticas de democratización social del centro, simplemente no estaban. Así, diferencias importantes respecto de políticas hacían difícil la colaboración.

Un segundo obstáculo que impedía una coalición electoral entre la derecha y el centro era la continuidad de la relevancia de las fisuras anteriores que subyacían al sistema de partidos. Por una parte, los conservadores chilenos de la década de 1940 todavía se consideraban con convicción a sí mismos como partido católico confesional. Por otra parte, los radicales continuaban identificándose con una cultura política "anticlerical". Como se hizo notar en el capítulo previo, las diferencias religiosas continuaban siendo sorprendentemente de consecuencia para los fines electorales. Por más de medio siglo, los radicales y los conservadores clericales no se habían unido jamás en una alianza para las elecciones presidenciales. Había esquemas de conducta partidaria profundamente grabados que militaban contra una alianza entre los radicales de centro y los conservadores de derecha. En vez de mirar al centro para buscar un socio en la alianza, la derecha percibía en las elecciones presidenciales de 1952 que se aproximaban una oportunidad para hacer más profundo el aislamiento del partido Radical, y de deshacer las políticas y los desarrollos institucionales del período del Frente Popular. Más aún, la derecha (tanto liberales como conservadores) tenía razones para creer que su candidato, Arturo Matte Larraín, iba a triunfar en 1952, basadas en los resultados espectaculares de su campaña senatorial por Santiago en 1949.

Había todavía otra razón para el creciente aislamiento del centro. Durante el período que va de 1932 a 1952 el predominio radical dentro del sistema de partidos no se debió principalmente a su fuerza electoral, sino a la capacidad del partido para hacer y deshacer alianzas. Como vimos en el capítulo 3, los radicales habían llegado a ser el eje de equilibrio de la política electoral. Desde 1938 hasta 1947 los radicales laicos hicieron alianzas con la izquierda, especialmente los socialistas, y a veces con el partido de la derecha más "disponible", los liberales laicos. Sin embargo, es importante notar que, como consecuencia de jugar el papel de intermediario al centro del sistema de partidos, el continuo vaivén de la conducta coalicional de los radicales les obtuvo la reputación de oportunismo político. Además, por causa de su papel clave en dispensar favores estatales dentro del estado de compromiso, el partido Radical fue asociado con la corrupción y la manipulación clientelista del Estado. La consiguiente pérdida de credibilidad y prestigio sufrida por los radicales contribuyó a un conjunto de factores que reforzaban una corriente subterránea de sentimientos antipartidistas en el electorado. El radicalismo como programa político sufría de agotamiento. Y, a la altura de 1952, el agotamiento de los radicales contribuyó a la crisis generalizada de la política de partidos en Chi e.

Si bien el estilo político mercenario de los radicales fue una fuente importante de la difusión de un sentimiento antipartidista en el electorado, la experiencia más general de los gobiernos de Frente Popular, y el empate político a que habían conducido, contribuyeron a la insatisfacción creciente con la política de partidos[373]. No sólo los radicales centristas, sino los partidos de ambos lados del espectro político vinieron a ser identificados con la corrupción y las negociaciones inescrupulosas destinadas a hacer avanzar los intereses electorales mezquinos y de corto plazo de cada partido político.

Para la izquierda, la colaboración con el Frente Popular no sólo no obtuvo suficientes beneficios para sus partidarios de clase obrera, sino que terminó en amargas divisiones entre los dos partidos principales de la clase obrera, y además en la fragmentación del partido Socialista y la represión de los comunistas. Desilusionados con la política de coaliciones dominada por los radicales, y llevados casi a la ruina por su participación en ella, los partidos de clase obrera comenzaron una profunda reevaluación de la colaboración con los partidos burgueses. El fin de este período vio el comienzo de un cambio crucial en los partidos obreros, especialmente en los socialistas, en el sentido de alejarse de las estrategias colaboracionistas y acercarse a la adopción de una estrategia de frente de trabajadores. En la elección presidencial de 1952 los partidos de izquierda rehusaron las aproximaciones políticas del centro y, desde esa fecha en adelante, habían de presentar sus propios candidatos de clase obrera.

b. Cambios en las alianzas de la Iglesia

Desde el comienzo mismo de la militancia de la clase obrera a fines del siglo XIX, la Iglesia estaba estrechamente identificada con los objetivos de sus representantes políticos en el partido Conservador, y atacaba constantemente cualquier asociación de la clase obrera con partidos de izquierda. Sin embargo, con la promulgación de la nueva doctrina social por parte de Roma la jerarquía chilena se vio obligada a reexaminar su posición anterior respecto de la situación de la clase obrera. A comienzos de la década de 1930, más o menos en el tiempo en que los partidos estaban volviendo a cristalizarse en torno a la fisura de clases, un conflicto comenzó dentro de la Iglesia Católica en Chile. El conflicto versaba sobre cómo la agudización del conflicto de clases debía afectar a la Iglesia y su relación con un conjunto cambiante de actores políticos y sociales del país. A diferencia de la fisura clerical-anticlerical del siglo XIX, la batalla entre diferentes sectores dentro de la Iglesia por el control de la orientación política de ésta se libró fundamentalmente *dentro* de la Iglesia y sus instituciones.

El objetivo de esta sección es explorar el trasfondo de esta creciente controversia dentro de la Iglesia, una controversia que resultó eventualmente en el abandono de la alianza tradicional entre la Iglesia y el partido Conservador, y

373 Para un análisis del descrédito gradual del Frente Popular en Chile y el eventual colapso de su intento de gobierno popular, véase a Drake (1978), pp. 290-306; Collier y Collier (1991), pp. 398-402; véase también a Walker (1986); y Faúndez (1988), pp. 59-99.

la creación de un nuevo conjunto de opciones políticas para la disposición de los electores católicos. Como veremos, la explosión del descontento campesino en la década de 1950 estuvo relacionada muy de cerca a nuevas formas de organizaciones sociales y políticas rurales patrocinadas por la Iglesia./ Argumento que la postura, en tren de cambio, de la Iglesia frente a la fisura de clases contribuyó decisivamente al surgimiento de un nuevo partido inspirado por la Iglesia a fines de la década de 1930, la Falange Nacional. Estos procesos, que estaban vinculados, prepararon el escenario para una reorganización importante de las relaciones políticas dentro del sistema de partidos hacia el fin de la década de 1950.

c. *El conflicto crece dentro de la Iglesia*

Aunque las autoridades de la Iglesia se habían opuesto formalmente a la separación de la Iglesia y el Estado en 1925, la jerarquía ofreció sólo una apariencia de resistencia a las provisiones de la nueva Constitución. De hecho, muchos funcionarios de la Iglesia eran ambivalentes respecto de la separación. En la larga lucha por la independencia institucional del Estado, la separación legal ofrecía algunas ventajas claras[374]. Las hábiles negociaciones entre el Presidente Arturo Alessandri, el Vaticano y el arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz, produjeron una fórmula de separación aceptable a todos, que minimizaba el desacuerdo público y que permitió una de las transiciones más expeditas hacia una separación formal en América Latina[375]. Las autoridades eclesiásticas en Chile aceptaron a regañadientes como inevitable la posición disminuida de la Iglesia en la sociedad.

A pesar de la separación, a lo largo de las décadas de 1920 y 1930, el clero continuó estando masivamente envuelto en las campañas electorales locales del partido Conservador. En algunos casos, se usaron dineros de la Iglesia para promover candidatos conservadores[376]. Aunque el arzobispo Errázuriz llegó a preocuparse de la posible manipulación partidista de la Iglesia de parte de los

---

374 Previamente a la separación formal en 1925, era necesaria la aprobación del Congreso para todos los cambios organizacionales de mayor importancia dentro de la Iglesia. Por ejemplo, la jerarquía eclesial tenía que solicitar aprobación al Congreso para erigir nuevas diócesis, seminarios y comunidades religiosas. El Congreso también era responsable de los salarios de todos los funcionarios eclesiásticos. Véase a Smith (1982), p. 73.

375 Cada una de las partes tenía interés en una transición suave hacia la separación. El Vaticano, atrapado en conflictos entre el Estado y la Iglesia alrededor del mundo, insistió y consiguió las siguientes garantías: el estatus legal de la Iglesia, indemnización por las propiedades de la Iglesia, derogación del Patronato Real, la no prohibición de la religión en las escuelas, y la negativa a reconocer el ateísmo en la Constitución. Smith entrega un valioso resumen de los términos finales de la separación (1982, p. 77). Esta separación está en agudo contraste con el caso mexicano, entre otros, donde ésta provocó severos conflictos y divisiones. En otros países, tales como Venezuela, la separación ocurrió sólo parcialmente. Y en otros todavía, tales como Argentina, Bolivia, Colombia y Perú, y Paraguay, esta separación entre la Iglesia y el Estado ha sido diestramente evitada por la Iglesia conservadora y las elites estatales. Estos contrastantes modelos ofrecen una potencialmente fructífera agenda de investigación del desarrollo comparativo de los sistemas de partidos en el siglo diecinueve.

376 Smith (1982), p. 71.

candidatos del partido Conservador e hizo esfuerzos a comienzos de la década de 1920 por reprimir la intervención clerical en política[377], la alianza activa entre la Iglesia y el partido Conservador continuó. Después de la muerte de Errázuriz en 1933, la jerarquía chilena, alarmada por los sorprendentes avances electorales de los partidos marxistas y la formación en ese año del partido Socialista, decidió declarar públicamente su abierto apoyo al partido Conservador.

El nuncio papal en Santiago, el obispo Héctor Felice, pidió a la jerarquía católica que esperara la aprobación del Vaticano antes de promulgar su decisión. El 1º de junio de 1934 el cardenal Pacelli, entonces Secretario de Estado (en 1939 llegaría a ser el Papa Pío XII), emitió un reproche a los obispos chilenos, redactado en términos fuertes. La respuesta del Vaticano era consistente con la estrategia de desafiliación política que la Iglesia estaba adoptando en la mayoría de los países[378]. La carta de Pacelli argumentaba que "la Iglesia no puede vincularse a las actividades de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". El Vaticano advertía que los clérigos debían mantenerse alejados de la política de partidos porque, "aún si un partido alegara que extrae su inspiración de la doctrina católica y ser un defensor de los derechos de la Iglesia, *ningún partido puede pretender la representación de todos los católicos*". (Mi subrayado)[379]. La carta sostenía que los católicos eran libres de apoyar cualquier partido que respetara los derechos de la Iglesia y de los ciudadanos. Finalmente, Pacelli urgía a la formación de un vigoroso programa de Acción Católica en Chile para instruir al laicado en la evolución de la doctrina social de la Iglesia. Sin embargo, insistía en que estos programas estuvieran libres de cualquier compromiso político partidista explícito. La inequívoca respuesta del Vaticano a la tradicional alianza política de la jerarquía chilena con los conservadores planteó un espinudo problema a las elites de la Iglesia chilena, como también a los dirigentes del partido Conservador. Aunque la jerarquía chilena se sometió a Roma y no publicó su adhesión al partido Conservador en 1933, la alianza política tácita permaneció, y los conservadores continuaron autoproclamándose el partido de la Iglesia Católica. En consecuencia, la mayoría de los católicos practicantes continuaron apoyando en Chile, hasta la década de 1950, al partido Conservador[380].

Aunque no hubo cambios en la alianza política, la carta de Pacelli fortaleció a una pequeña pero creciente minoría dentro de la jerarquía que cuestionaba el arreglo de antigua data. A partir de mediados de la década de 1930, en respuesta al consejo de Pacelli, como también a las indicaciones más generales de Roma, la jerarquía chilena escribió varias cartas pastorales importantes exhortando a los católicos a estudiar y poner en práctica las enseñanzas sociales de los Papas, especialmente las encíclicas *Rerum Novarum* de León XIII (1891), y

377 En 1922, Errázuriz escribió una carta pastoral redactada severamente prohibiendo estrictamente a los sacerdotes participar en reuniones públicas, asambleas y banquetes y actuar como agentes o representantes de los partidos (ibid., p. 73).

378 España fue una excepción de importancia en esta estrategia, y en menor grado, Italia.

379 Smith (1982), p. 79.

380 Para una completa descripción de este proceso, véase Ibid., esp. cap. 2, 3, y 4.

Quadragesimo Anno de Pío XI (1931). Durante este período se establecieron a través del país programas de Acción Católica, dirigidos especialmente a la juventud. Estos programas buscaban profundizar la comprensión por parte del laicado de las enseñanzas sociales católicas en evolución y su compromiso con ellas.

Desde mediados de la década de 1930 hasta fines de la década de 1950 hubo una gradual pero constante consolidación de elementos progresistas dentro de la jerarquía de la Iglesia, como también un número creciente de grupos laicos comprometidos con los principios sociales cada vez más antiliberales y anticapitalistas de la Iglesia. Al mismo tiempo, un núcleo de líderes clericales, muchos de los cuales habían sido influidos por corrientes avanzadas del catolicismo social en universidades europeas, volvía para llegar a ser capellanes de grupos de Acción Católica y a enseñar en colegios católicos y en la Universidad Católica de Santiago. Estos fundaron una cantidad de organizaciones en los sectores medios de profesionales, y también grupos de clase obrera, para investigar las implicaciones de las encíclicas papales[381]. Además, y en parte como consecuencia de actividades de extensión de estos grupos elitarios de reflexión, se establecieron varios programas de bienestar social y de educación para obreros y campesinos con el fin de propagar el "evangelio social".

Fue de estas varias organizaciones, consolidadas en su organización en el crisol de la represión política durante los años de la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931), que surgió dentro del partido Conservador una generación de jóvenes intelectuales católicos para elaborar una respuesta política a la doctrina social de la Iglesia[382]. Con diferencias frecuentemente agudas con la mayoría de los dirigentes del partido Conservador en lo relativo a las virtudes del capitalismo liberal y especialmente el conflicto de clases, estos jóvenes eran llevados al partido Conservador principalmente porque existía un vacío político: el partido Conservador era todavía de hecho el único partido político católico legítimo en Chile. Unos pocos líderes del partido Conservador, muy notoriamente Horacio

---

381 Entre estas organizaciones, el temprano efecto formativo de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), fundada en 1915 por el padre Fernando Vives, merece una mención especial. Prácticamente todos los primeros líderes de la Falange fueron poderosamente influenciados por sus años de estudiantes en la ANEC. Estos incluyen a Bernardo Leighton, Manuel A. Garretón, Eduardo Frei, Ignacio Palma y Radomiro Tomic.

382 En entrevistas con 30 líderes de importancia de la Democracia Cristiana llevadas a cabo entre julio de 1987 y julio de 1988, en las cuales están incluidos todos los "padres fundadores" del movimiento, yo recolecté datos relativos a los orígenes de la Falange Nacional (véase Bibliografía). No puede haber duda respecto a la motivación religiosa profundamente sentida de los fundadores de la Falange. El compromiso con la doctrina social de la Iglesia determinó la orientación política de estos líderes en una forma decisiva. En sus entrevistas todos los fundadores vivientes de la Falange Nacional remarcaron el rol crucial jugado por el compromiso de fe en la doctrina social de la Iglesia en desarrollo. Como Jaime Castillo, el principal ideólogo de la Falange y uno de los pocos no católicos, enfáticamente afirmó "Es claro que sin la presencia práctica y doctrinal de la Iglesia Católica, un movimiento social cristiano nunca habría aparecido." Véase también Boye 1984, pp. 53-59, respecto a los lazos ideológicos entre el partido y la Iglesia en Latinoamérica.

Walker y Rafael Luis Gumucio, esperaban que la presencia de estos jóvenes comprometidos con el cambio social podría revitalizar el partido. Sin embargo, la mayoría de los dirigentes del partido Conservador experimentaba resentimiento hacia estos reformadores, que eran a veces algo arrogantes. Estos jóvenes católicos progresistas entraron oficialmente al partido en 1935, bajo la condición de que se les permitiera mantener una autonomía organizativa dentro del partido. Para asegurar su independencia, fundaron el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, conocido también como Falange Nacional[383].

La integración de estos jóvenes en el partido Conservador fue siempre problemática y nunca se realizó completamente[384]. Los líderes de la Juventud Conservadora, con una interpretación casi mesiánica de la importancia de su misión, estaban determinados a enfrentar el desafío del compromiso social y político presentado por la Iglesia en su misión social en proceso de evolución[385]. Las interpretaciones encontradas de las enseñanzas sociales de la Iglesia que sostenían la Juventud Conservadora y los líderes del partido conservador derivaron pronto en un abierto conflicto[386]. El conflicto llegó a su culminación en 1938 a raíz de la selección de Gustavo Ross, elegido por la dirigencia del partido Conservador como su candidato presidencial contra el candidato del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda. El movimiento de la Juventud Conservadora rehusó abiertamente hacer campaña en favor de Ross, y dejó libres a sus afiliados para votar por el candidato de su preferencia. Después de la estrecha victoria de Aguirre Cerda, los dirigentes del partido Conservador culparon a la deslealtad pública de la Juventud Conservadora de la derrota. En

383 Grayson (1968), pp. 129-30, y Cash (1986), pp. 94-100, documentan este período.

384 Para un completo estudio de estos primeros años véase a Cash (1986), pp. 59-175. Véase también a Yocelevzky (1983), pp. 4-8; Moulián y Torres (1988), pp. 68-81; y Huneeus (1983), p. 19.

385 Véase a Moulián y Torres (1988), pp. 71-81. De acuerdo a estos autores, la Juventud Falangista definió su rol como el de "realizar una transformación total de la vida de la organización del Estado". Comenzando con un espíritu misionero y mesiánico, decían de sí mismos: "A lo largo de todo Chile estamos luchando por un orden nuevo en que imperen real y totalmente nuestros principios, que son los únicos que pueden resolver los problemas chilenos con un criterio avanzado" (Ibid., p. 78).

386 En su emocionante homilía en la misa por el funeral de Eduardo Frei M. en enero de 1981, el Arzobispo Raúl Silva Henríquez afirmó que: "Eduardo Frei y un grupo de jóvenes idealistas oyeron la voz de sus Pastores y comenzaron la tarea imposible de convencer a los hombres de su tiempo, a los dirigentes del viejo partido católico de la época para que aplicaran con generosidad y plenitud la doctrina de las Encíclicas Sociales que los Papas, cada cierto tiempo, recordaban al mundo católico y urgían su aplicación. La Iglesia de Chile pidió a un grupo de jóvenes de Acción Católica, que encabezaba Eduardo Frei, que, dejadas las viejas teorías liberales, hicieron suya y lucharon por aplicar la Doctrina Social de la Iglesia en nuestra patria. Comenzó así la ardua, dolorosa y larga lucha que muchos de nosotros hemos vivido; lucha llena de incomprensiones, y a veces, cargada de odios. Hubo que pedir a la Santa Sede que mediara en la discusión política de Chile y diera una palabra que resolviera la discusión entre quienes sostenían que debía haber un solo partido católico y aquellos que querían la libertad necesaria para poder obrar políticamente de acuerdo a sus ideales y a su conciencia. Las cartas del Cardenal Pacelli y de Cardenal Tardini vinieron a poner fin a la discusión y dieron la razón a los jóvenes idealistas que luchaban por la aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia en la vida pública del país". (Cardenal Silva Henríquez 1982, p. 357).

1938, rechazando un intento de reestructurar la Juventud Conservadora por parte de los dirigentes del partido, el movimiento abandonó el partido Conservador y fundó un partido político independiente, la Falange Nacional.

El sistema de partidos al que ingresó la Falange en 1938 se caracterizaba por la falta de movilización electoral. Las afinidades electorales estaban ya sólidamente establecidas entre los partidos existentes. Así, la evolución electoral de la Falange Nacional estaba destinada a ser larga y difícil. El voto católico era reclamado todavía por el partido Conservador. Y aunque su conexión previa con el partido Conservador había dado a la Falange una eficiente base de organización nacional, en los próximos veinte años no recibiría nunca más del 3 ó 4% del voto total.

Debido en parte a su debilidad electoral durante este período, la Falange, como otros partidos, participó plenamente en la antigua práctica de negociaciones y alianzas partidistas. Su principal socio de coalición durante estos años (con excepción del apoyo que la Falange brindó en 1946 al candidato conservador, Eduardo Cruz-Coke) fue el partido Radical. A través del uso hábil de sus alianzas con los radicales, el liderazgo falangista obtuvo una importancia y participación dentro del sistema de partidos en la década de 1940, que no correspondía a su peso electoral. Sin embargo, la controvertida escisión de la Falange del partido Conservador en 1938, junto con su apertura política a las alianzas con los radicales, obtuvo para la Falange la enemistad de miembros poderosos de la jerarquía católica durante estos años.

Las relaciones entre las autoridades de la Iglesia y la Falange, aunque siempre difíciles después de la división de 1938, se hicieron dramáticamente peores a fines de la década de 1940, especialmente a la luz de los impresionantes avances electorales del partido Comunista en las elecciones municipales de 1947. Muchos de los obispos culpaban a la Falange de dividir el voto católico, debilitando así la respuesta política de la Iglesia a los desafíos de las fuerzas del anticlericalismo y de la izquierda. En 1947, varios desacuerdos agudos y públicos estallaron entre los dirigentes de la Falange y algunos miembros del episcopado[387]. Las relaciones entre la Iglesia oficial y la Falange llegaron a una crisis en ese mismo año, específicamente a causa de la insistencia de la jerarquía en que no debía mantenerse ninguna relación política con el partido Comunista. En un artículo intitulado "Los enemigos de Cristo," escrito por el asesor nacional de la Acción Católica, el obispo Augusto Salinas, la Falange fue acusada de "vender la sangre de Cristo por un puñado de votos"[388]. El cardenal José María

387 El incidente específico que gatilló la disputa fue un documento publicado por la dirigencia de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos sobre la cuestión social en Chile. Publicado el 1 de marzo de 1947, éste incluye una crítica fuertemente redactada a los católicos por su fracaso en cumplir con la enseñanza social de la Iglesia. También contiene una crítica a aquellos que practican un "estéril comunismo". Véase *Análisis* 1987, pp. 25-26. Es importante notar aquí que el liderazgo tanto de la ANEC como el más tardío de la Falange venía de una misma generación.

388 El artículo fue publicado el 9 de noviembre de 1947 en el periódico conservador *El Diario Ilustrado.*

Caro, arzobispo de Santiago, reiteró esta censura de la Falange. Aunque el cardenal no ordenó formalmente la disolución de la Falange, la imagen pública del partido resultó gravemente dañada entre los católicos practicantes[389].

Las relaciones entre la mayoría de la jerarquía y el liderazgo de la Falange permanecieron tensas durante los próximos diez años (1948-1958). Sus diferencias más agudas giraban en torno a la cuestión de cómo enfrentar los avances del partido Comunista en la clase obrera. Mientras el partido Conservador y la jerarquía de la Iglesia daban su apoyo a la Ley de Defensa de la Democracia y la consecuente década de exclusión política de los comunistas, el liderazgo de la Falange se oponía a ella. Los líderes del partido Conservador empleaban hábilmente declaraciones del Vaticano que condenaban la colaboración con los partidos comunistas (cosa prohibida por Roma en 1949 bajo pena de excomunión) para desacreditar a la Falange ante el electorado católico. Aprovechando el hecho que la Falange se había opuesto a la exclusión del partido Comunista en 1948 (y había de favorecer su derogación diez años más tarde), los conservadores no perdieron tiempo en hacer notar que el movimiento estaba implícitamente condenado por ignorar las instrucciones de la Iglesia oficial[390]. El conflicto abierto entre la jerarquía oficial de la Iglesia y el liderazgo de la Falange ayuda a explicar el fracaso de la Falange en ganar terreno entre el electorado católico durante este período.

Antes de volver nuestra atención al cambio del carácter del conflicto rural, debería subrayarse que la batalla entre diferentes concepciones del papel de la Iglesia en la política no se daba sólo entre conservadores y falangistas. Había también batallas que se daban al interior del partido Conservador y entre miembros de la misma jerarquía católica en esos años. Entre las elites del partido Conservador, la lucha precipitó, en 1949, la división del partido por primera vez en este siglo. La mayoría del partido persistió en la oposición a la interpretación progresista de la doctrina social y se fue alejando gradualmente de la jerarquía de la Iglesia. El grupo más conservador formó el partido Conservador Tradicionalista, mientras los progresistas del partido formaron el partido Conservador Socialcristiano[391]. En la década de 1950 la batalla dentro de la Iglesia chilena se resolvió finalmente en favor de los obispos que se inclinaban a una interpretación progresista de la cuestión social y, por consiguiente, estaban a favor de la Falange Nacional, que se convirtió en el partido Demócrata Cristiano en 1957.

389 Aunque la Falange era de un carácter oficialmente no confesional, esta condena provocó una seria crisis entre los líderes falangistas, pues casi todos ellos eran devotos católicos. Se citó a una reunión extraordinaria a fin de considerar la disolución de la Falange. Sólo la intervención del obispo de Talca, Manuel Larraín E., en favor de la Falange evitó al joven partido su disolución.

390 Smith (1982), pp. 100-104.

391 Esta división y sus fuentes inmediatas en la candidatura presidencial de Eduardo Cruz-Coke son tratados en Grayson (1968), pp. 236-47.

2. LA FISURA

Mientras que los trabajadores de los sectores urbanos y los enclaves mineros estaban relativamente bien organizados hacia mediados del siglo XX, y los sindicatos estaban estrechamente ligados a partidos políticos fuertes e independientes de la izquierda, el campesinado permanecía en gran medida como clientela cautiva de la oligarquía rural y como feudo electoral de los partidos de derecha. Esto no significa afirmar que no existían manifestaciones de la lucha de clases en el Chile rural anterior a la década de 1950. Al contrario, la lucha de clases entre terratenientes y campesinos se agudizó cada vez más a partir de la década de 1930 en adelante. Mi argumento afirma que el conflicto de clases en el campo no logró cristalizarse en nuevas formas de organización social o política antes de la década de 1950. En esta sección describo el desarrollo del conflicto de clases en el campo chileno, y los múltiples y titubeantes esfuerzos por movilizar al campesinado. Estos esfuerzos precedieron y en cierto sentido prepararon el escenario para el colapso eventual de las relaciones sociales tradicionales en el sector rural, la activación social y política de este mismo sector y el comienzo de la tercera coyuntura crítica en el sistema de partidos chileno.

a. El trasfondo: la política de clase obrera en el campo

Los esfuerzos por organizar a los trabajadores rurales en Chile en la primera mitad del siglo XX fueron confrontados repetidamente con la represión y la derrota a manos de los esfuerzos combinados de las elites del Estado y las elites rurales[392]. Almino Affonso observa que, entre 1810 y 1910, hubo 323 huelgas laborales en Chile, ninguna de las cuales tuvo lugar en el campo. Claramente, la organización de los trabajadores rurales fue postergada, y, cuando finalmente se emprendieron los esfuerzos de organización laboral rural, éstos fueron encabezados por trabajadores provenientes del sector urbano. Los primeros esfuerzos reales por organizar a los trabajadores rurales fueron patrocinados por la Federación Obrera de Chile (FOCH), dominada por los marxistas, entre 1919 y 1925[393]. Según informes de funcionarios del gobierno de esa época, hacia 1921 la FOCH había organizado a algunos elementos entre los trabajadores rurales desde Coquimbo hasta Valdivia[394]. Es ese mismo año, la FOCH patrocinó una convención de trabajadores rurales y campesinos en Santiago, reuniendo 42 representantes de 11 Consejos Federados que aducían representar a 2.300 campesinos. En 1923, el líder del partido Comunista, Luis Emilio Recabarren, estimaba que existían 23 sindicatos campesinos dirigidos por los comunistas[395].

---

392 Hay varios excelentes estudios sobre la historia del movimiento sindical campesino en Chile. Entre las más útiles están los de Loveman (1976), 1979; Affonso (1972); y Carrière (1981).

393 Affonso (1972), p. 38.

394 Citado en Loveman (1976), p. 135.

395 Affonso (1972), p. 39. Ramírez Necochea sostiene que los comunistas tenían 5.000 campesinos organizados en 1925 (1965, p. 105).

En mayo de 1921, la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) envió una carta al Presidente Arturo Alessandri reclamando por la presencia de agitadores comunistas externos en el campo. Argumentaban que estos agentes externos al campo planteaban una amenaza a las relaciones de propiedad rurales. A pesar del carácter populista de su campaña de 1920, Alessandri respondió a las peticiones de los terratenientes condenando la presencia de los organizadores de la FOCH en el sector rural, diciendo: "Condeno de la manera más enérgica la obra de los agitadores y perturbadores del orden y del trabajo y los considero enemigos del Pueblo y del progreso de la República. Son sembradores de odios que entorpecen la campaña de concordia, de armonía y de amor que vengo predicando para cimentar sobre estas bases la grandeza del país"[396]. Alessandri sostenía que los trabajadores rurales y los urbanos no podían ser organizados bajo la misma rúbrica. Los trabajadores urbanos y los rurales, insistía, tienen necesidades diferentes y deben ser mantenidos separados[397]. Con el apoyo implícito del Estado, los terratenientes respondieron a los primeros signos de militancia entre los trabajadores rurales en la década de 1920 con despidos masivos. En algunos casos, se usó a la policía para remover físicamente a familias campesinas de las tierras que habían trabajado por generaciones. Esta primera ola de sindicalización rural, y el ciclo de represión estatal y local de los trabajadores rurales que la siguió, marcó un modelo de relaciones entre Estado y trabajadores en el campo que había de repetirse una y otra vez en los siguientes cuarenta años.

Las normas sobre sindicalización del Código del Trabajo de 1931 permitían la creación de sindicatos rurales legalmente reconocidos. Por consiguiente, en los primeros años de la década de 1930 se observa un resurgimiento del activismo laboral en el campo, incluso la formación de sindicatos legales de campesinos en varias viñas del Valle Central de Chile. Sin embargo, los terratenientes rehusaron reconocer la aplicabilidad del Código del Trabajo en el campo[398]. Aunque Alessandri personalmente quería desanimar la sindicalización rural, algunos funcionarios importantes del Ministerio del Trabajo, entre los cuales había algunos que habían ayudado a redactar el Código de 1931, hicieron esfuerzos durante su administración por cumplir las exigencias de la ley. Esto incluyó intentos de obligar a los terratenientes a extender contratos escritos a todos los trabajadores de los fundos, pagar seguros de salud y social, y permitir la sindicalización rural. Los terratenientes rehusaron y llevaron de nuevo su causa directamente al Presidente Alessandri, logrando revertir las acciones de los funcionarios del Ministerio del Trabajo. En telegrama a los funcionarios del trabajo, redactado en términos vagos, Alessandri ordenó detener todos los intentos de sindicalización rural hasta recibir ulteriores instrucciones "definitivas

396 Affonso (1972), p. 41.
397 Loveman (1976), p. 136.
398 La SNA envió una carta al Ministro del Trabajo el 7 de junio de 1933, insistiendo en que el Código del Trabajo de 1931 no daba a los campesinos el derecho a sindicalizarse. Véase Affonso (1972), p. 44.

Cuadro Nº 4.1. Declinación de la población rural en Chile 1920-1960

	Chile		*Porcentaje en toda América Latina*[a]
Año	*Población total*	*Porcentaje rural* [a]	
1920	3.785.000	72	86
1930	4.365.000	68	83
1940	5.063.000	65	80
1950	6.295.000	57	75
1960	7.628.000	49	66

Fuente: Adaptado de Loveman (1979), p. 263.
[a] Definido como porcentaje de la población que vive en ciudades de menos de 20.000 habitantes.

y precisas" de Santiago. Esas instrucciones no se dieron nunca[399]. Todas las dudas existentes sobre el compromiso del gobierno a mantener el *statu quo* se disiparon un año después en Ranquil, una comunidad agraria del sur de Chile, cuando ciertas ocupaciones de tierras por campesinos en junio de 1934 fueron brutalmente reprimidas, resultando en la muerte de más de 100 campesinos.

Los esfuerzos de sindicalización rural revivieron después de 1936 con la extensión de la campaña electoral del Frente Popular al sector rural. Dirigida una vez más por el partido Comunista, la sindicalización ilegal durante los primeros meses del gobierno del Frente Popular experimentó avances importantes. Como resultado, el conflicto rural creció agudamente en 1939, el primer año completo de gobierno del Frente Popular. Las peticiones laborales de trabajadores rurales registradas oficialmente aumentaron bruscamente de 5 a 171, y pasaron del 2% a ser el 26% de todas las peticiones laborales. (Ver cuadro 4.2). Durante el mismo período, se formaron más de 200 sindicatos campesinos.

Una vez más, los terratenientes apelaron directamente al Presidente, en este caso Aguirre Cerda, para que detuviera la sindicalización rural y la escalada del conflicto de clases en el campo. A mediados de marzo de 1939, la SNA informó al Presidente que "elementos de un estado de revolución" amenazaban el campo, bajo pretexto de la organización de los trabajadores rurales[400].

Con el consentimiento de todos los partidos de la coalición del Frente Popular, incluyendo a socialistas y comunistas, y con el acuerdo también de la central sindical nacional de trabajadores, la CTCH, Aguirre Cerda ordenó la suspensión de la sindicalización rural, repitiendo el ya conocido ciclo. Una vez

399 Loveman (1979), p. 268; para el texto del telegrama del 3 de marzo de 1933, véase ibid., p. 269.
400 Loveman (1979), p. 278.

más, los radicales fueron claves en las negociaciones. A cambio del apoyo de la derecha para la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción), pieza legislativa central del proyecto de industrialización del Frente Popular, el sector rural quedaría fuera de límites para la izquierda[401]. A cambio de su asentimiento, los líderes del partido Socialista fueron recompensados con puestos importantes en el gabinete, y se dio mayor libertad a los comunistas para organizar a los trabajadores en el sector urbano. Inmediatamente después de esta nueva orden presidencial, los terratenientes realizaron una purga de líderes sindicales rurales, expulsando grandes cantidades de "agitadores" de sus propiedades[402].

Como lo sugiere el cuadro 4.2, el conflicto de clases en gran escala no retornó al campo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando, en un contexto de declinación de la productividad agrícola y creciente emigración del campo a la ciudad, el partido Comunista desató una vez más una campaña de huelgas y militancia laboral en el campo. La intranquilidad laboral, medida en términos de petitorios laborales agrícolas, alcanzó niveles mucho más altos durante la cosecha de 1946-1947 que los que había alcanzado aun durante la crisis de 1939. Durante este mismo período 1946-47 los trabajadores rurales iniciaron unos 650 conflictos laborales y formaron más de 300 sindicatos agrícolas[403]. Después de cumplir una promesa electoral hecha a la izquierda de rescindir la orden ejecutiva de Aguirre Cerda en 1939, que prohibía la sindicalización rural, el Presidente Gabriel González Videla volvió sobre sus pasos y consintió a las exigencias de sus aliados recientemente encontrados en el partido Liberal. En 1947, en parte de nuevo como resultado del aumento del apoyo electoral obtenido por los comunistas en las elecciones municipales de ese año, González Videla hizo aprobar legislación que hizo prácticamente imposible la formación de sindicatos rurales.

La legislación de González Videla sobre sindicalización campesina despojó a los trabajadores rurales de los derechos que antes habían poseído en virtud de las provisiones de las leyes laborales de las décadas de 1920 y 1930[404]. La nueva legislación ponía fuera de la ley las huelgas agrícolas y restringía severamente los derechos de los trabajadores rurales a presentar quejas. Pronto después de promulgar estas leyes, González Videla expulsó al partido Comunista del gobierno. El impacto combinado de la legislación de 1947, junto con la Ley de Defensa de la Democracia de 1948, que proscribía al partido Comunista de la competencia política, llevó a una declinación inmediata y dramática de la protesta laboral rural (ver cuadro 4.1). Sólo en el período 1952-1953 volvería a comenzar una recuperación temporal del movimiento laboral rural.

---

401 Los términos de este acuerdo están bien documentados en Muñoz y Arriagada (1977).
402 Loveman (1979), p. 279.
403 Ibid., p. 283.
404 Loveman (1976), pp. 124-33, contiene una completa exposición de los obstáculos presentados por esta legislación.

b. El contexto: el cambio estructural transforma el campo

Para apreciar plenamente el impacto de la propagación de la movilización social y política al campo chileno en las décadas de 1950 y 1960, el sector rural debe ser situado en un contexto más amplio. Aunque ciertos cambios estructurales profundos habían creado oportunidades para transformaciones significativas de las instituciones sociales y políticas del sector urbano durante la primera mitad del siglo XX, las zonas rurales permanecían en gran medida inmunes a las fuerzas de cambio. Durante un período de varias décadas, esquemas de desarrollo institucional muy diferentes en el sector urbano, en contraste con el sector rural, tuvieron el efecto de dividir la sociedad chilena en dos esferas muy diferentes. Como ha observado gráficamente Roberto Kaufman:

> *De hecho, de este proceso surgieron dos mundos separados, aunque sumamente interrelacionados...El mundo urbano era el lugar donde se hacía la política nacional... En este mundo tenía lugar la lucha por los cargos nacionales. El otro mundo, el mundo rural, era esencialmente un mundo del poder privado. Aquí, el terrateniente, más bien que el gobierno, era la autoridad final, y era a él, más que al Estado, a quien el trabajador rural debía lealtad*"[405].

Sin embargo, a mediados de la década de 1950, el sistema de hacienda que había predominado en el campo chileno desde el período colonial estaba experimentando grandes tensiones debido a cambios económicos y demográficos. Como veremos, estos cambios estructurales iban acompañados por un aumento de la actividad de los agentes sociales y políticos que procuraban movilizar al campesinado, y eventualmente precipitaron el colapso del antiguo régimen y, junto con él, el conjunto de arreglos que habían mantenido al campesinado como cliente cautivo de los partidos derechistas.

La institución social y política más importante por sí misma en el Chile rural, desde el período colonial hasta mediados de la década de 1950, fue la hacienda, la gran propiedad rural particularmente característica del Valle Central[406]. Común a través de América Latina, esta forma de organización social era especialmente importante en Chile. En una fecha tan tardía como 1930 entre el 60% y el 75% de la población rural de Chile vivía en estas haciendas que, a su vez, eran los principales instrumentos de control social y político en el campo. Esto era especialmente verdad en el Valle Central de Chile. Las relaciones de clase en el campo chileno se caracterizaban por una estratificación rígida. La estructura de poder dentro de la hacienda era autosuficiente, altamente autoritaria, y apartada de las luchas y conflictos que caracterizaban la vida urbana. La expansión de la participación, característica de las relaciones sociales y políticas urbanas de Chile, por lo tanto, contrastaba marcadamente

---

405 Kaufman (1972), p. 9.

406 El Valle Central en Chile incluye las más importantes provincias agrícolas al sur de Santiago, abarcando desde la provincia de O'Higgins por el norte a la provincia de Maule en el sur. Loveman entrega una rica y contextualizada exposición del desarrollo del sistema de producción del fundo (1979, pp. 26-28).

con la naturaleza autoritaria, patrimonial y explotadora de las relaciones entre empleadores y trabajadores rurales.

Chile se caracterizaba por una extrema concentración de la tenencia rural de la tierra[407]. De hecho, antes de las reformas agrarias de la década de 1960, Chile tenía una de las concentraciones más altas de propiedad de la tierra en el mundo[408]. La calificación hecha por Russett de los países latinoamericanos según el grado de desigualdad en la tenencia de la tierra ponía a Chile, junto a la Bolivia prerrevolucionaria, a la cabeza de los veinte países latinoamericanos incluidos en la investigación. Otra investigación realizada en 1955 sostenía que, en Chile, las grandes propiedades, que eran el 4,4% de todas las propiedades, tenían más del 80% del total de tierras cultivables. Esta cifra era la más alta de seis países latinoamericanos de los que se disponían datos[409].

Como hemos visto, uno de los objetivos permanentes de los grandes terratenientes en Chile había sido el de perpetuar el sistema de producción en haciendas y el conjunto de relaciones sociales que lo acompañaban. A través de su dominio histórico del Congreso, y a través de sus organizaciones representativas como la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), la oligarquía rural buscaba mantener el aislamiento social y político de los trabajadores rurales, para asegurar los subsidios económicos del Estado para las actividades agrícolas, obtener exenciones de la legislación laboral para la fuerza de trabajo rural, y, sobre todo, impedir todo intento de reforma agraria. En general, antes de las reformas agrarias de las décadas de 1960 y 1970, los grandes terratenientes ejercían el control tanto de los votos como del trabajo de los campesinos. Como hemos observado, era ésta una condición necesaria para la continuidad de la hegemonía política de los grandes terratenientes, condición de que habían gozado prácticamente sin interrupción desde el período colonial hasta el fin de la década de 1950.

Aunque los hacendados defendieron con éxito su predominio social y político en el campo, económicamente el sistema de hacienda demostró ser un modo progresivamente deficiente de producción agrícola. Aunque incluía más de la mitad de la población chilena en 1950, la contribución del sector rural a la producción total se estimaba sólo en el 7%[410]. En consecuencia, a partir de la década de 1940 en adelante, Chile se vio obligado a importar cantidades cada vez mayores de alimentos para satisfacer la creciente demanda interna[411]. Loveman

---

407 El sur de Chile (básicamente al sur del río Bío-Bío) se caracterizó por diferentes formas de propiedad rural desde el siglo diecinueve. La típica propiedad rural fue una pequeña propiedad trabajada por soldados o ex-soldados, que habían participado en la "pacificación" del área, y sus familias. No fue hasta los años de 1880 que una independiente nación chilena extendió su soberanía sobre esta zona. A causa de que su población es relativamente menor que la del Valle Central, más atención será dada a este último.

408 Esto está confirmado por numerosos autores. Véase Cereceda y Dahse (1980), p. 13; Zeitlin (1976), p. 1011; Loveman, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), p. 243; Carrière (1981), p. 27; y Loveman (1976), pp. xiv-xix.

409 Véase Russett (1954), p. 239. También a Kaufman (1972), p. 23; y Loveman (1976), p. xiv.

410 Tomado del preámbulo de la Ley de Reforma Agraria de 1965, "Exposición de Motivos", p. 3. El texto de esta ley se encuentra disponible en la Fundación Frei.

411 Loveman, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), p. 245.

Cuadro Nº 4.2. Pliegos de peticiones laborales registrados por la Dirección del Trabajo, 1932-1950

Año	*Número total de peticiones laborales*	*Pliegos de peticiones campesinas*	*Pliegos de peticiones campesinas como porcentaje del total de peticiones laborales*
1932	51	5	10
1933	172	6	4
1934	125	6	5
1935	135	4	2
1936	187	1	0
1937	235	3	2
1938	248	5	2
1939	652	171	26
1940	1.130	199	18
1941	892	115	13
1942	854	101	11
1943	980	83	9
1944	1.110	82	7
1945	883	62	7
1946	1.172	272	24
1947	1.234	384	31
1948	878	24	3
1949	827	16	2
1950	818	11	1

Fuente: Loveman (1976), p. 130.

hace notar que, durante este período, el nivel de vida de los trabajadores agrarios cayó verticalmente. Los salarios reales declinaron en un 18% entre 1940 y 1952, y cayeron un 38% adicional entre 1953 y 1960. Los inquilinos (campesinos que vivían y trabajaban en los fundos y dependían del patrón para vivienda, atención médica, alimentos y un pequeño terreno para su subsistencia) sufrieron una permanente declinación en la cantidad y calidad de las asignaciones de tierras y otras regalías no monetarias (como el derecho a tener animales, leña y raciones alimenticias). Además, los dueños de la tierra les daban cada vez menos semillas, fertilizantes y otros insumos. El ingreso real de los medieros e inquilinos cayó un 27% entre 1940/44 y 1950/54, mientras durante el mismo período los terratenientes alcanzaron una mejoría del 33% en sus ganancias. Desde 1940 hasta 1960 el precio del trabajo en la agricultura experimentó una declinación constante en relación a los otros insumos[412].

412 Loveman (1979), pp. 262-263.

La caída de la productividad en el sector agrícola a través de las décadas de 1940 y 1950, combinada con el aumento de los salarios reales de los obreros manufactureros y mineros durante el mismo período, dio lugar a que los obreros y jóvenes campesinos buscaran empleo en los centros manufactureros importantes. En estas décadas, zonas urbanas como Santiago, Valparaíso, Concepción-Talcahuano, y centros provinciales como Temuco, Osorno y Talca, experimentaron una constante afluencia de migrantes rurales que buscaban escapar del deterioro de las condiciones de vida en el campo. Aunque la población total de Chile casi se duplicó entre 1920 y 1960, la población rural aumentó en menos del 18%. (Ver cuadro 4.2).

El mercado laboral urbano, aunque experimentó algún crecimiento durante los primeros años de los gobiernos de Frente Popular, era cada vez más incapaz de absorber esta afluencia masiva de mano de obra de migrantes rurales. Así, la baja de la producción en el sector rural no sólo produjo dificultades en el campo, sino que también contribuyó indirectamente al fenómeno de la marginalidad urbana: grandes concentraciones de trabajadores subempleados viviendo en poblaciones marginales. Aunque este modelo se repite en toda América Latina, las cifras en el cuadro 4.2 demuestran que este proceso tuvo lugar en Chile antes que en otros países latinoamericanos.

Como veremos, el fenómeno creciente de la marginalidad urbana y rural en Chile, y el conjunto de problemas sociales que la acompañaron, jugó un papel clave en preparar el contexto para una reorientación importante de los esquemas de competencia de partidos en Chile a fines de la década de 1950.

3. LA COYUNTURA CRITICA (1952-1958)

Durante la década de 1950, el conjunto de arreglos políticos que habían provisto los parámetros básicos de competencia de partidos en Chile se derrumbaron. La piedra angular de estos arreglos, y el requisito *sine qua non* de la fuerza electoral de los partidos tradicionales, era la continuación de su hegemonía social y política indisputada en el campo, especialmente en el Valle Central, agrícolamente rico. El primer ataque sostenido al predominio rural de la derecha llegó en la forma de la devastadora campaña presidencial antipartidista de Carlos Ibáñez en 1952. Ibáñez, libre de compromisos con ningún cacique de partido tradicional, atacó fieramente la "ineficiencia y corrupción" de la política de partidos y logró aflojar los controles electorales de tipo clientelista en el campo. Los partidos de derecha nunca se recuperaron del impacto electoral del "terremoto ibañista" en su electorado rural tradicionalmente estable. La victoria de Ibáñez en 1952 y los triunfos en las elecciones parlamentarias de 1953 que la siguieron marcaron el comienzo de un período de transición crucial entre la política de compromisos del Frente Popular y la política partidista crecientemente polarizada de las décadas de 1960 y 1970.

Puesto que el ibañismo no pudo institucionalizarse como fuerza política organizada más allá de 1958, es común considerar la segunda administración de

Ibáñez como políticamente efímera. Sin embargo, durante el período entre 1952 y 1958, varios factores contribuyeron decisivamente a la reorientación de la política de partidos en Chile. En esta sección argumento que la victoria de Ibáñez, combinada con un cambio crucial en la posición de la Iglesia Católica, precipitó una serie de acontecimientos que resultaron en la erosión permanente del apoyo campesino para los partidos de derecha. Se dio un impulso adicional a nuevas oportunidades electorales, tanto en contextos rurales como urbanos, a través de la modificación de las leyes electorales en 1958. Estas modificaciones tuvieron el efecto tanto de desencadenar una expansión dramática del universo político como de reforzar la creciente autonomía electoral de los electores de sectores populares, garantizando el secreto del proceso de votación. Más que a cualquier otro grupo, estas modificaciones beneficiaron inicialmente los esfuerzos electorales de un partido de "centro" recientemente formado, los democratacristianos, y contribuyeron significativamente a su súbito crecimiento a fines de la década de 1950 y comienzos de la década de 1960. La ola de apoyo para los democratacristianos durante esos años llegó principalmente a expensas de la derecha, y progresivamente de comunidades agrarias que habían sido plazas fuertes de la derecha, especialmente del Valle Central.

Hacia fines del período de Ibáñez en 1958, el sistema chileno de partidos se caracterizaba por esquemas muy diferentes de competencia de partidos. La derecha estaba gravemente debilitada electoralmente, y, habiendo perdido su aliado histórico, la Iglesia Católica, se movía persistentemente hacia una forma de política antipartidos. El centro del espectro de partidos era escenario de una lucha entre los radicales, que ya no ofrecían una alternativa política creíble, y los recientemente constituidos democratacristianos, que se extendían a partir del centro para ocupar el mayor espacio posible en el espectro de partidos. Entretanto, el liderazgo de los partidos de izquierda, inspirados por los éxitos de la revolución en Cuba y animados por un crecimiento electoral sin precedentes, adoptó una retórica revolucionaria y una estrategia cada vez más excluyente de política de clase obrera. Se desataron fuerzas dentro de cada una de las tres tendencias del sistema de partidos que vinieron a reforzar las tendencias a la rigidez y polarización, y que contribuyeron eventualmente al derrumbe de la política de partidos en 1973.

a. La creciente rigidez del sistema de partidos y el triunfo de Ibáñez

La propensión disminuida a las alianzas y coaliciones dentro del sistema de partidos era un síntoma del agotamiento de los arreglos políticos anteriores. Ibáñez y su estilo político antipartido surgieron en un momento en que el sistema de partidos chilenos se caracterizaba por una derecha atrincherada y defensiva, un centro desacreditado y aislado y una izquierda crecientemente radicalizada cuya participación electoral estaba parcialmente proscrita. Hacia 1952, los partidos de un campo llegaron a ser incapaces de formar alianzas electorales con los partidos del otro campo. Por consecuencia, la lucha presidencial de 1952 ofreció un campo relativamente copado por cuatro candidatos. La derecha

presentó la candidatura de Arturo Matte Larraín, apoyado por los partidos conservador y liberal. La izquierda ofreció la candidatura de Salvador Allende, presentando así por primera vez un candidato socialista sin aliados. Los radicales, sobrecargados por el legado de catorce años de gobierno de coalición dentro del Frente Popular, presentaron la candidatura de Pedro Enrique Alfonso (apoyada por un grupo pequeño de socialcristianos). Aislados en el sistema de partidos, los radicales buscaban sólo mantener su lugar dentro del electorado. El cuarto candidato en la elección de 1952 fue el bien conocido caudillo de la década de 1930, Carlos Ibáñez, que se ofrecía como alternativa al gobierno de partidos y única solución real a los males sociales y económicos de Chile.

La candidatura de 1952 de Ibáñez, apoyada por una coalición heterogénea encabezada por dos confederaciones políticas flojamente organizadas, el Partido Agrario Laborista y el Partido Socialista Popular, como también por los comunistas que estaban fuera de la ley, era la expresión de un abierto y generalizado sentido de desencanto con la política de partidos. Ibáñez contrastaba sistemáticamente su estilo ejecutivo con la ineficacia y corrupción de los partidos tradicionales. Empuñando una escoba para simbolizar su campaña en contra de los partidos políticos de la época, el General Ibáñez prometía "barrer" con los estrechos y arcaicos intereses partidistas fuera del gobierno. En este contexto de desilusión generalizada con el sistema de partidos, Ibáñez (que no contaba con el apoyo de ningún partido tradicional) fue electo al cargo con un sólido 46,6% del total de los votos[413].

La victoria presidencial de Ibáñez de 1952, seguida por arrasadoras victorias ibañistas en las elecciones parlamentarias de 1953, fue un desastre para los partidos políticos tradicionales y señaló el comienzo de una reorganización mayor del sistema de partidos[414]. El terremoto de Ibáñez obligó a todos los partidos, incluyendo los de izquierda, a reevaluar sus esquemas históricos de comportamiento. Para la derecha, la elección de 1952 representó el peor desempeño en un siglo. (Referirse a cuadro 4.3). El colapso electoral de la derecha en 1952 habría sido aún más decisivo si no hubiera sido por la habilitación de las mujeres para sufragar en 1949. Al votar por primera vez para presidente en 1952, las mujeres rechazaron también a Matte Larraín, pero por un margen significativamente menor que lo que lo hicieron sus contrapartes masculinas. Aunque todavía favoreciendo a Ibáñez (43,0% para Ibáñez contra 31,8% para Matte Larraín), las mujeres dieron al candidato de la derecha 6% más de votos que los hombres (31,8% de las mujeres votaron por Matte Larraín, en contraste con el 25,9% de los hombres que lo hizo). El año 1952 marcó una encrucijada para el rendimiento electoral de la derecha en Chile, una declinación que la incorporación de las mujeres, que favorecieron constantemente el candidato más conservador en cada contienda electoral posterior a 1952, no

413 Véase a Moulián (1986a), p. 18.

414 Gil (1966); Prothrow y Chaparro, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976); y Moulián (1986a); todos los anteriores concuerdan en que la elección de Ibáñez en 1952 constituye un punto de cambio crítico para la política partidaria.

Cuadro Nº 4.3. Porcentaje de votos recibido por los partidos de la derecha en las elecciones parlamentarias (p) y municipales (m) en Chile 1932-1965

Año	*Tipo de elección*	*Porcentaje de votos para los partidos de la derecha*
1932	P	34,9
1935	M	46,7
1937	P	42,0
1938	M	40,7
1941	M + P	35,3
1944	M	35,3
1945	P	43,6
1947	M	33,6
1949	P	42,0
1950	M	43,2
1953	M + P	25,0
1956	M	31,7
1957	P	32,9
1960	M	29,5
1961	P	30,3
1963	P	23,6
1965	P	12,4

Fuente: Cruz Coke (1984), pp. 53-57.
Nota: Los votos totales representan los votos de los partidos Liberal y Conservador. En 1952, la candidatura de Matte Larraín obtuvo el 19,9% de los votos. Previo a 1952 el porcentaje promedio de los partidos de la derecha en las elecciones municipales y parlamentarias fue de 39,7, después de 1952 fue de un 26,4%.

pudo detener[415]. Como lo indica el cuadro 4.3, la representación total de la derecha cayó constantemente de un promedio de 39,7% durante el período 1932-1950, a un promedio de 26,4% durante el período 1953-1965.

El desbaratamiento de esquemas conocidos de competencia de partidos se reflejó también en la extremada fragmentación experimentada por el sistema de partidos en las elecciones parlamentarias de 1953. En ese año, 25 organizaciones partidarias presentaron candidatos, y 19 de éstas alcanzaron representación. La proliferación de partidos acarreó consiguientemente un debilitamiento de los partidos tradicionales chilenos[416]. Mientras en las elecciones parlamentarias de

415 Véase a Cruz Coke (1984), pp. 104-13.

416 El punto no debería ser exagerado. De los diecinueve partidos que consiguieron representación, sólo siete recibieron más de un 5 por ciento de los votos, mientras que en 1949 el número fue de cinco. La extrema proliferación de partidos es directamente atribuible a la multiplicación de

1949 los partidos Conservador, Liberal y Radical combinados recibieron más del 60% del voto, en 1953 apenas recibieron un tercio.

Aunque Ibáñez había puesto a la defensiva a los dirigentes de los partidos tradicionales en 1953, la situación se revirtió entre 1953 y 1957. Los esfuerzos de Ibáñez por rescatar la economía -afectada tanto por una caída de los precios mundiales del cobre una vez terminada la guerra de Corea como por la hiperinflación (parcialmente como resultado de los continuos aumentos del gasto público)- fueron al fracaso. Ibáñez quedó cada vez más aislado, y, a la altura de 1956, se encontró sin posibilidades de encontrar aliados para gobernar dentro del sistema de partidos, con quienes hubiera podido formar gabinete. Los propios partidarios de Ibáñez, o bien habían renunciado al gobierno (como los socialistas populares), o sufrían de fragmentación interna y desintegración organizativa (como los agrariolaboristas). A medida que crecía la evidencia del fracaso económico y político del ibañismo, algunos elementos de su heterogénea coalición comenzaron a fusionarse con los partidos del centro, la derecha y la izquierda. A la altura de las elecciones parlamentarias de 1957, los partidos de la oposición a Ibáñez habían recuperado substancialmente sus electorados respectivos, consiguiendo entre ellos el apoyo de una mayoría de los votos emitidos (53%).

Sin embargo, la recuperación electoral posterior a Ibáñez de los partidos tradicionales no debe ser desagregada. Mientras los radicales lograron recuperar sus niveles de votación anteriores de alrededor de un 20%, los partidos de derecha -los conservadores y liberales- no recuperaron nunca plenamente sus anteriores niveles electorales. Como lo indican los cuadros 4.3 y 4.4, los partidos de derecha experimentaron una declinación en el promedio de votos obtenidos en elecciones parlamentarias en Chile desde 1941 hasta 1973. El cuadro 4.4 muestra que esta declinación vino en dos etapas. La primera en 1953, cuando, como consecuencia del éxito de Ibáñez, el voto de derecha cayó verticalmente de una media de votación por comuna de 46% en 1949 al 28% en 1953. La segunda gran defección de votantes de la derecha vino aproximadamente diez años después como consecuencia del aumento del apoyo a los democratacristianos, cuando la derecha experimentó una caída de una media parcialmente recuperada por comuna de 34% en 1957 al 16,5% en 1965. Aunque los partidos de derecha habían de experimentar alguna recuperación en las elecciones de 1969 (21,6%), estas pérdidas electorales representaron en gran medida realineaciones permanentes en un número significativo de votantes.

Surge la pregunta sobre las bases sociales de estas pérdidas experimentadas por el electorado de los partidos de derecha. He sugerido que la derecha dependía históricamente de sus fortalezas electorales más o menos seguras en el sector rural. Las cifras en los cuadros 4.4 y 4.5 apoyan la hipótesis de que la media de fuerza de votación de la derecha era permanentemente más alta en comunas de alta votación agrícola, en comparación con su media de

organizaciones ibañistas de corta vida. Véase a Moulián (1986a), p. 25.

Cuadro Nº 4.4. Voto medio por partido en las elecciones parlamentarias en todas las comunas, 1941-1973

Año	*Derecha*	*Radicales*	*PDC*	*Izquierda*	*Otros*
1941	36,33	23,65	2,25	30,68	7,09
1945	45,70	21,93	2,58	18,73	11,06
1949	45,60	21,93	3,79	7,08	13,77
1953	28,04	17,45	3,45	13,94	32,51
1957	35,74	23,07	8,59	8,98	21,38
1961	33,91	21,50	13,09	18,74	12,76
1965	16,54	16,79	35,61	19,91	11,15
1969	21,58	16,41	29,09	27,35	5,57
1973	21,83	--[a]	28,71	[44,56][b]	2,3

Fuente: Calculado de datos disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile. Los socialcristianos, una escisión del Partido Conservador que más tarde conformaría la Democracia Cristiana, están incluidos en "Otros" en las elecciones de 1953 y 1957.

[a] Los radicales se dividieron en tres grupos, uno de de los cuales se unió a la Unidad Popular.

[b] Unidad Popular.

Nota General a Tablas 4.4 - 4.7:

Los resultados mostrados en las tablas 4.4., 4.5, 4.6 y 4.7 representan la media del porcentaje promedio de votos por partido/tendencia tomada de cada una de las comunas en las cuales hubo datos disponibles por el período 1941-73. No representa 260 de las 287 comunas de Chile. Esto fue hecho para eliminar distorsiones provocadas por grandes concentraciones urbanas tales como Santiago. Las comunas de "alta agricultura" se definen como aquellas comunas en las cuales más de la mitad de la población económicamente activa está envuelta en la agricultura como su ocupación primaria (N = total de 166; N = 66 para el Valle Central). Las comunas de "baja agricultura" se refieren a aquellas en que la mitad o menos de la población económicamente activa está envuelta en la agricultura como su actividad primaria (N = 52). Las cifras son del censo de 1960. Usando estas definiciones escasamente algo más del 60 por ciento de las 259 comunas incluidas fueron definidas como de "alta agricultura".

Yo he utilizado las cifras del censo de 1969 para medir la población ocupada en la agricultura para el período total que va desde 1941 a 1973 (véase a Mattelart (1965), pp. 13-18, para las definiciones que se han empleado). El uso de los datos del censo de 1960 a través de cuatro décadas involucra ciertos riesgos, pero una cifra única era necesaria para ser usada como punto de referencia para comparaciones. Las cifras de 1960 presentan el mejor punto de referencia ya que está entre los dos límites del período, y cercana al período que yo denomino de coyuntura crítica. Es relativamente seguro afirmar que aquellas comunas que fueron caracterizadas como de alta agricultura en 1960 lo fueron también en los cuarenta y cincuenta. Aunque luego de 1960 hubo importantes cambios demográficos un análisis comparativo dicrónico de tanto las cifras de empleo como demográficas para el período sugiere que pocas comunas cambiaron de "alta" a "baja" agricultura.

Estas categorías son de un modo general equivalentes a las cifras urbanas. El coeficiente de correlación R de Pearson para estas dos variables, i.e., el porcentaje de la población en el campo y la ciudad (porcentaje de aquellos que viven en ciudades de más de 2.000 habitantes) es altamente negativo (-0.85) con una significación de 0.001.

Cuadro Nº 4.5. Voto medio por partidos, en comunas de alta agricultura, para elecciones parlamentarias, 1941-1973

Año	*Derecha*	*Radicales*	*PDC*	*Izquierda*	*Otros*
1941	42,11	23,44	1,75	25,53	7,17
1945	51,91	22,00	1,98	12,83	11,28
1949	52,03	29,14	2,29	3,59	12,95
1953	34,23	16,75	2,19	10,25	31,78
1957	41,40	22,59	6,53	5,72	21,07
1961	36,97	21,31	12,72	14,57	14,43
1965	19,39	17,34	35,72	15,53	12,02
1969	24,20	17,62	30,07	22,79	5,32
1973	23,66	--[a]	29,69	[41,7][b]	

Fuente: Calculado desde datos disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.
[a] Los radicales se dividieron en tres facciones, una de las cuales integró la Unidad Popular.
[b] Unidad Popular.

fuerza de votación en la totalidad de las comunas de Chile. Mientras la media de votación de los partidos de derecha en todo tipo de distritos electorales en el período 1941-1949 era 42,5%, la cifra para las comunas de alta votación agrícola era del 48,7%.

Si los votos de los partidos de derecha en comunas de alta votación agrícola se comparan a los de las de baja votación agrícola, las diferencias se hacen aún más evidentes. En las comunas de poca agricultura la derecha recibía una media del 29% del voto en el período 1941-1949, comparada al casi 49% en las comunas predominantemente agrícolas. Aún más, si se toman como universo los votos de la derecha en las provincias del Valle Central solamente, esto es, desde la provincia de O'Higgins hasta la provincia de Maule, la comparación entre esquemas de votación en comunas rurales comparadas con las urbanas se hace aun más contrastante. Como lo muestra el cuadro 4.6, el promedio de la media de votación parlamentaria de la derecha inmediatamente antes de Ibáñez (1941-1949) en el Valle Central, rico en agricultura, era de 58%, es decir, casi el doble de la media de votación en comunas de baja agricultura. Si bien las cifras del cuadro 4.7 indican que Ibáñez fue capaz de penetrar en los dominios agrícolas de la derecha, sugieren también que las pérdidas sufridas por la derecha en la década de 1940 fueron casi igualmente severas en comunas de baja agricultura.

Aunque volveré más adelante a los datos contenidos en estas tablas para examinar las bases sociales cambiantes de los democratacristianos que estaban surgiendo, hay dos conclusiones generales posibles. 1) Por primera vez desde el comienzo de la competencia de partidos en Chile a mediados del siglo XIX el sólido control de los partidos derechistas sobre grandes porciones del electorado

Cuadro Nº 4.6. Voto medio por partido en las comunas de alta agricultura del valle central en elecciones parlamentarias 1941-1973

Año	*Derecha*	*Radicales*	*PDC*	*Izquierda*	*Otros*
1941	50,50	20,50	1,86	21,37	5,77
1945	64,55	16,65	1,87	8,09	8,84
1949	60,29	24,90	1,75	2,13	10,93
1953	42,84	12,62	1,55	6,61	31,86
1957	47,50	19,13	5,21	3,63	22,96
1961	39,98	18,69	16,74	11,75	12,84
1965	18,52	14,81	40,59	12,77	13,31
1969	25,12	19,61	30,43	20,93	3,91
1973	24,71	--[a]	29,92	[40,24][b]	3,60

Fuente: Calculado desde datos disponibles en la Dirección del Registro Electoral, Santiago, Chile.
a Los radicales se dividieron en tres facciones, una de las cuales integró la Unidad Popular
b Unidad Popular.

Cuadro Nº 4.7. Voto medio por partido en comunas de baja agricultura para elecciones parlamentarias 1941-1973

Año	*Derecha*	*Radicales*	*PDC*	*Izquierda*	*Otros*
1941	22,57	23,08	3,44	44,69	24,20
1945	32,75	21,24	4,79	32,03	9,19
1949	31,92	28,76	8,12	15,04	16,16
1953	13,63	18,32	7,72	22,96	37,37
1957	23,39	23,29	15,74	15,76	21,92
1961	25,48	20,92	14,65	28,84	10,11
1965	9,13	12,39	38,32	30,80	9,36
1969	15,18	13,70	27,69	39,28	4,15
1973	16,26	--[a]	27,53	[52,38][b]	1,83

Fuente: Calculado desde datos disponibles en la Direcccción del Registro Electoral, Santiago, Chile.
a Los radicales se dividieron en tres facciones, una de las cuales integró la Unidad Popular
b Unidad Popular.

rural comenzó a aflojar a comienzos de la década de 1950[417]. 2) La derecha arriesgaba más que simplemente votos al perder su control de grupos electorales

417 Aunque en la literatura hay un amplio apoyo a esta aseveración, estas cifras respaldan singularmente esta conclusión general. Véase a Moulián (1986a), p. 19; Prothrow y Chaparro, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), p. 67; Gil (1966), p. 231; y Angell (1972), Apéndice i.

tradicionales. El electorado cautivo de la derecha en el sector rural, especialmente los votos campesinos que controlaba en el Valle Central, había provisto parámetros básicos que daban a la derecha prácticamente un poder de veto en el Congreso chileno, y en buenas cuentas hacía de la competencia de partidos una arena aceptable para hacer política. Aunque fue en último término un fenómeno pasajero, la política antipartidista de Ibáñez dejó un legado crucial que consistió en aflojar las lealtades partidarias tradicionales en partes significativas del electorado del sector rural, liberando así los votos campesinos para una competencia de partidos más amplia. La derecha no pudo nunca más recuperar la hegemonía electoral de que había gozado históricamente en el campo.

b. Iniciativas católicas de reforma en el campo

El éxito electoral de Ibáñez en 1952 y 1953 fue sólo el primero de una cantidad de acontecimientos en la década de 1950 que habían de resultar eventualmente en cambios significativos en el conjunto más amplio de alternativas políticas enfrentadas por el electorado rural. Desde comienzos de la década de 1950 en adelante, aparecieron en el campo movimientos reformistas católicos para desafiar la dominación de la oligarquía. Como vimos anteriormente, antes de la década de 1950 los esfuerzos para organizar a los trabajadores rurales -en gran parte dirigidos por el partido Comunista- fueron rápida y sistemáticamente aplastados por los terratenientes rurales y por el Estado. Esta represión de los esfuerzos izquierdistas por organizar a los trabajadores rurales se realizó con el apoyo implícito de la jerarquía de la Iglesia. Sin embargo, una vez que los católicos reformistas, incluyendo un número de miembros influyentes de la misma jerarquía de la Iglesia, se comprometieron con la causa de los trabajadores rurales en nombre de la doctrina social de la Iglesia, se hizo mucho más difícil sostener la legitimidad de los esfuerzos por continuar con la exclusión política y social del campesinado.

La creación de la Federación Sindical Cristiana de la Tierra en 1952, inspirada por un político de la Falange Nacional, Emilio Lorenzini, junto con la formación de la Acción Sindical Chilena (ASICH) del Padre Alberto Hurtado, representaron un desafío de inspiración cristiana sin precedentes al control social y político de los terratenientes sobre el campo. Los terratenientes reclamaban amargamente acerca de los abogados falangistas y sacerdotes católicos que ayudaban a los campesinos en sus reclamos contra los patrones rurales: "estos falangistas son peores que los comunistas, puesto que sabemos cómo defendernos de los comunistas, pero no de los falangistas que han incitado a los trabajadores en el fundo"[418]. Estas y otras organizaciones relacionadas con la Iglesia llegaron a proporcionar una amplia gama de servicios a la población

418 Citado en Loveman (1976), p. 176. Para una completa exposición sobre el desarrollo de cuadros dirigentes durante este período véase Ibid., pp. 174-82.

campesina. Tal vez su contribución más importante al movimiento laboral rural en el largo plazo fue el desarrollo de una creciente cantidad de cuadros dirigentes campesinos.

Los cambios en el liderazgo de la Iglesia Católica chilena durante la década de 1950 demostraron ser cruciales para presionar por el desarrollo de proyectos de acción y servicios sociales patrocinados por la Iglesia y dirigidos a los pobres marginales urbanos y rurales[419]. El liderazgo del episcopado chileno, condicionado por la experiencia de participación en programas de Acción Católica en expansión, se hizo durante la década de 1950 progresivamente más simpatizante de la ideología y objetivos de la Falange Nacional. Durante un período de unos pocos años, los papeles y las estructuras de la Iglesia y de la Falange Nacional se sobreponían y se reforzaban unas a otras[420]. Al mismo tiempo que la Iglesia estaba fortaleciendo sus vínculos organizativos con sectores hasta entonces pastoralmente descuidados de la población (especialmente con campesinos, marginados urbanos y estudiantes), la Falange se ocupaba de formar cuadros de líderes dentro de los mismos grupos, extrayendo militantes para el partido de los programas relacionados con la Iglesia. Muchos de los que obtuvieron su primera experiencia en organizaciones en programas organizados por la Iglesia, particularmente los estudiantes, fueron reclutados directamente para las estructuras del partido.[421]

Durante esos primeros años se pusieron los cimientos de lo que llegaría a ser, a comienzos de la década de 1960, una "alianza estructural no oficial, pero poderosa", entre la Iglesia y el partido reformista inspirado por la Iglesia, que estaba en proceso de rápido crecimiento[422].

Estos esfuerzos paralelos, y que se reforzaban mutuamente, de la Iglesia y de la Falange Nacional llegaron a su culminación en la huelga campesina de Molina en 1953. Ese año, tanto los líderes de la Iglesia Católica como los miembros de la Falange se vieron envueltos en un conflicto entre terratenientes y campesinos, un conflicto que marcaba el cambio en el papel de la Iglesia en el sector rural. Molina tuvo consecuencias psicológicas dramáticas para la transformación de la naturaleza del problema rural porque fue la primera huelga campesina en que el liderazgo del episcopado chileno, junto con miembros de la Falange Nacional, intervinieron de consuno y directamente para resolver el conflicto entre patrones y trabajadores rurales por el lado de los trabajadores rurales[423]. Los líderes laborales campesinos emergieron de la experiencia de

---

419 Entre 1955 y 1962 catorce obispos se retiraron o fallecieron. Sus reemplazantes tendieron a ser socialmente progresistas. La mitad había sido capellán de programas de la Acción Católica y todos provenían de las escuelas secundarias y círculos universitarios donde se habían formado los líderes de la Falange Nacional en los años 30 y 40. Véase Smith (1982), p. 112.

420 Ibid., p. 115.

421 Las entrevistas que conduje con líderes falangistas, luego democratacristianos, no dejan duda respecto a la trayectoria normal de un líder partidario: esta fue a través de organizaciones apoyadas por la Iglesia, más frecuentemete a través de la Acción Católica.

422 Smith (1982), p. 115.

423 Una completa narración de este conflicto y del rol de los líderes de la Iglesia y la Falange se encuentra en Landsberger y Canitrot (1967).

Molina para difundir el movimiento laboral católico rural a lo largo del Valle Central de Chile, lo que a su vez proporcionaría en el futuro a la Falange y a los reformadores católicos una creciente base popular en el campo.

La huelga de Molina de 1953 representó un umbral crucial para la organización laboral rural. Como afirma Loveman, "después de años de actividad marxista esporádica en distritos rurales, la Iglesia, los políticos de la Falange, y los sindicatos de trabajadores rurales de orientación católica, habían llevado a cabo la huelga agrícola más importante de la historia"[424]. Después de 1953, un número creciente de organizaciones campesinas de inspiración católica llegaron a representar un desafío sin precedentes a la legitimidad de los hacendados tradicionalmente católicos. Entre las más importantes de estas organizaciones estaban la Acción Católica Rural (1952) y el Instituto de Educación Rural (1955). Como ha observado un historiador chileno, el cambio en la posición de la Iglesia resultó en una difundida sensación que el partido Conservador haya perdido "su razón de ser"[425].

Los esfuerzos de la Iglesia y los organizadores de la Falange por desafiar la dominación de los propietarios rurales eran emulados por incursiones crecientemente audaces en las organizaciones laborales rurales por parte de la Federación Nacional de Trabajadores Agrícolas, de dirección marxista. Después de la victoria de Ibáñez de 1952, la Federación adoptó la estrategia de "alianza obrero-campesina"[426], una estrategia ambiciosa para organizar a los trabajadores rurales a escala nacional. Durante la década de 1950, mientras crecían las organizaciones laborales católicas, la izquierda crecía a la par, aprovechando las nuevas oportunidades de movilización social en el campo, y experimentando algún éxito en presionar periódicamente a los propietarios rurales.

c. *Cambios en los esquemas de competencia de partidos*

Las dimensiones de la victoria de Ibáñez, y el general reordenamiento electoral que la siguió, resultaron en un repensamiento de las estrategias de alianza en los partidos de izquierda. Los partidos marxistas dieron en 1953 los primeros pasos hacia una reconstrucción de las alianzas de clase obrera, reemplazando la moribunda Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH) con una confederación laboral revitalizada, la Central Unica de Trabajadores (CUT). Evitando reproducir los arreglos de las coaliciones de las décadas de 1930 y 1940, en 1955 el partido Socialista adoptó una estrategia de Frente de Trabajadores que insistía en rechazar las alianzas políticas con partidos burgueses, especialmente los radicales centristas[427]. Después de que una huelga nacional patrocinada por la CUT en protesta por la política de congelación de

424 Loveman (1979), p. 311. Loveman presenta una detallada descripción de las crecientes actividades rurales de la Iglesia y la Falange en el campo durante este período en las pp. 305-21.
425 Correa documenta adecuadamente esta pérdida gradual de legitimidad entre los terratenientes a causa de la cambiante posición de la Iglesia. Véase Correa (1986), p. 40.
426 Loveman (1976), p. 183.
427 Véase Walker (1986), pp. 42-47.

sueldos de Ibáñez fue reprimida por el gobierno en 1956, los partidos de clase obrera se unieron para formar el Frente de Acción Popular (FRAP). La consolidación de la izquierda dentro de la alianza del FRAP se completé en 1957 con la reunificación de las varias facciones socialistas en un solo partido socialista[428].

Los conflictos de estrategia de alianzas entre los comunistas y los socialistas provocaron divisiones en el recientemente formado FRAP[429]. Los comunistas llamaban a una estrategia de "frente amplio", que permitiera, y aún fomentara, coaliciones con los radicales de centro. Los socialistas, sin embargo, rehusaban cualquier coalición con partidos burgueses, e insistían en un frente de trabajadores, que excluyera a los principales reformistas de centro. Eventualmente, los partidos del FRAP adoptarían las exigencias del partido Socialista, proscribiendo cualquier alianza con partidos reformistas burgueses. Esta opción había de reforzar aun más las rigideces del sistema de partidos[430]. Las aplastantes victorias de Ibáñez en 1952 y 1953 también desencadenaron una reevaluación de su estrategia de parte de los partidos reformistas cristianos, hasta entonces electoralmente insignificantes, la Falange Nacional y los socialcristianos. El ibañismo no sólo había erosionado la fuerza electoral de los partidos tradicionales, sino también había arrebatado votos al ya magro electorado de la Falange, reduciendo su participación en el electorado nacional desde el 3,9% en 1949 al 2,9% en 1953. En 1953, la Falange Nacional se fusionó con los conservadores socialcristianos para formar la Federación Social Cristiana. Este desarrollo, junto con la gradual disgregación (y general absorción) del agrariolaborismo, marcó el comienzo de un "noviazgo" de cuatro años que terminó con la formación del partido democratacristiano en 1957[431]. Antes de dejar el cargo en 1958, Ibáñez había además de dejar su marca en la forma de los esquemas futuros de competencia de partidos impulsando la aprobación de dos críticas piezas legislativas. Primero, cumpliendo una promesa de su campaña electoral hecha en 1952, Ibáñez, con amplio apoyo de una cantidad de partidos, firmó una ley derogatoria de la Ley de Defensa de la Democracia, legalizando así el partido Comunista. La coalición parlamentaria que apoyaba esta medida, llamada Bloque de Saneamiento Democrático, estaba formada por elementos de todo el espectro de partidos, excluyendo la derecha. Los partidos de derecha y partidarios de Alessandri se opusieron acremente a esta legislación[432]. Así, la campaña presidencial de 1958 se transformó en la

428 Los partidos que se unieron para formar el FRAP fueron el Partido Socialista Popular (el que había apoyado a Ibáñez en 1952), el Partido Demócrata del Pueblo, Partido Democrático, Partido Socialista, Partido del Trabajo y el Partido Comunista. Véase Heller (1973), p. 66.

429 La intensa competencia entre los comunistas y los socialistas no era algo nuevo. Las relaciones entre ambos partidos se habían caracterizado por una aguda rivalidad desde los años 30. Véase Faúndez (1988), pp. 34-94.

430 Véase Walker (1986); Moulián (1986a), p. 56; Drake (1978), p. 306; y Faúndez (1988) cap. 8.

431 El proceso de fusión del ala socialcristiana del partido Conservador con la Falange Nacional para formar la Democracia Cristiana en 1957 está descrito con detalle en Orrego, ed. (1976). Véase también Grayson (1968) y Cash (1986), pp. 209-13.

432 Véase Moulián (1986a), p. 42.

primera en una década en que el partido Comunista pudo participar abiertamente.

La legalización del partido Comunista tuvo consecuencias claras e inmediatas para la competencia política en la clase obrera, tanto en zonas rurales como urbanas. En la contienda presidencial de 1958, el crecimiento electoral más significativo experimentado por el FRAP y su candidato, Salvador Allende, ocurrió en zonas rurales, donde los comunistas y socialistas hacían incursiones en los territorios que antes habían sido de predominio derechista[433].

La segunda medida, promulgada en la víspera de la cesación de Ibáñez en su cargo en 1958, consistió en amplias reformas destinadas a cambiar los aspectos del régimen electoral que habían contribuido a deslegitimar el sistema de partidos a comienzos de la década de 1950. Hasta 1958, un rasgo clave de la fórmula electoral nacional de Chile había consistido en listas en conjunto de partidos, que fomentaban complejas alianzas entre partidos diferentes. Como resultado de este sistema, se hacían frecuentemente pactos multipartidarios a nivel provincial para candidaturas locales de diputados y senadores. No era poco común que en una elección dada un mismo partido se aliara con la derecha en una provincia, y con el centro o con la izquierda en otra, limando así el filo competitivo entre tendencias opuestas. El sistema de listas conjuntas hacía posible ser elegido a un cargo desviando votos de un candidato a otro, a veces a despecho del hecho que ese candidato pudiera haber recibido escaso apoyo personal. Los pactos y los entrecruzamientos de alianzas para las elecciones parlamentarias se hicieron tan complejos que llegó a ser prácticamente imposible para un votante medio determinar quién sería en último término el beneficiario del voto emitido.

El régimen electoral, y la anarquía de alianzas a que conducía, había caído en descrédito en el electorado y contribuyó eventualmente al crecimiento de la política antipartidos de Ibáñez a comienzos de la década de 1950[434]. Las reformas electorales de 1958 prohibían la formación en el futuro de pactos electorales a nivel provincial. Más aún, la ley requería que todos los pactos electorales nacionales fueran sometidos a los líderes nacionales del partido para su aprobación, y promulgados no menos de 120 días antes de la elección. Como observa A. Valenzuela, estas reformas, junto con otras que seguirían, tuvieron el efecto, mayormente no deseado, de eliminar una importante herramienta para la negociación entre partidos, reforzando así las tendencias a la polarización ya presentes dentro del sistema de partidos[435].

---

433 Drake (1978), p. 307.

434 Moulián sostiene que este régimen electoral fue en parte responsable del bajo nivel de inscripción y participación electoral en Chile antes de 1958 (1986a, p. 43).

435 En 1959 el Congreso aprobó una ley entregándole al Ejecutivo facultades presupuestarias que previamente eran de competencia del Congreso. De esta forma otra tradicional fuente de patronazgo y de trueque de votos en proyectos de ley fue eliminada, y consecuentemente un área crucial para el compromiso partidario fue eliminada. Véase Valenzuela, A. (1989), pp. 183-85. Estas prácticas también habían sido en parte responsables de la emergencia de sentimientos antipartidos dentro del propio sistema de partidos.

Otro aspecto de las reformas electorales de 1958 buscaba la eliminación de la práctica centenaria de la compra de votos o cohecho, una práctica que prevalecía especialmente en el campo. La ley de 1958 proveía que una única cédula impresa por el gobierno debería reemplazar las cédulas que habían sido proporcionadas hasta esa fecha por los partidos. La innovación mayor de esta reforma consistió en que en vez de proveer hojas de papel separadas (cédulas) para cada una de las listas de candidatos, los nombres de las varias listas debían ser impresas en una sola cédula (la cédula única). Este cambio de procedimiento impediría a los agentes de los partidos conocer las preferencias de los electores en la cámara de votación a través de tácticas que habían sido refinadas hasta llegar a ser un verdadero arte, especialmente en el campo[436]. La introducción de la nueva cédula tuvo el efecto de reducir drásticamente el fraude en la votación. La ley también aumentó las penas por cualquiera interferencia en el proceso electoral. Para algunos votantes, especialmente los del sector rural, la introducción de la cédula única en 1958 introdujo efectivamente el voto secreto por la primera vez.

Sin embargo, la alteración de la estructura de oportunidades electorales en el sector rural tradicional debe ser vista en conjunto con otros factores. Primero, como vimos antes, la agricultura chilena desde la década de 1930 hasta la de 1950 se caracterizó por la caída de los índices de productividad y una declinación del nivel de vida de los campesinos. En busca de trabajo y una vida mejor, los campesinos emigraron en número creciente desde el campo hacia los centros urbanos. La migración del campo a la ciudad, a su vez, provocó la creación de grandes poblaciones de subempleados marginales en las ciudades de Chile. Segundo, las zonas rurales mismas estaban experimentando un aumento de nivel de la activación social debido al mejoramiento de los caminos, los medios de comunicación, y también la expansión de las oportunidades educacionales. En tercer lugar, las organizaciones católicas reformistas comenzaron a aparecer en el sector rural desde mediados de la década de 1950 en adelante, presentando una amenaza real a la legitimidad de formas tradicionales de relaciones sociales en el campo. Finalmente, como hemos visto, en 1958 Ibáñez promulgó leyes que legalizaban el partido Comunista, liberándolo para organizar el campesinado. Estos factores resultaron en niveles sin precedentes de competencia de partidos en el sector rural, especialmente entre la izquierda y los recientemente formados democratacristianos. El control social y político incuestionado ejercido por la oligarquía rural sobre el campesinado a través del sistema de hacienda, un pilar de décadas de estabilidad política en Chile, fue objeto de crecientes ataques después de 1958. Como el campo ya no estaba fuera de límites, la disponibilidad de nuevos votos allí atrajo a activistas marxistas y democratacristianos en busca de nuevos grupos de apoyo electoral.

---

436 Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983), p. 39. Moulián sostiene que la reforma electoral de 1958, incluyendo la cédula única, estuvo relacionada con la dramática caída del voto derechista en las áreas agrícolas.

En suma, la condición *sine qua non* del sistema de partidos en las décadas de 1930, 1940 y 1950 era la alta propensión de los partidos a entrar en alianzas y coaliciones políticas. Durante esos años, el partido eje que hacía posibles las alianzas electorales y de gobierno eran los radicales centristas. Desde fines de la década de 1930, los gobiernos de Frente Popular fueron capaces de implementar con éxito políticas de industrialización mediante la sustitución de importaciones, a través de su acción de equilibrar las demandas de grupos en competencia. Sin embargo, el éxito del estado de compromiso exigía la continuación de un conjunto complejo de arreglos. Se ofrecía amplia protección y créditos a los fabricantes. Los agricultores eran aplacados con la expansión de los mercados urbanos, combinada con el silencio forzado de los trabajadores rurales. Los grupos de sectores medios gozaban de los beneficios de una creciente burocracia estatal, junto con la expansión de los gastos públicos en salud, vivienda y educación. Los trabajadores del sector urbano gozaban de amplia autonomía organizativa para consolidar sus avances en los sindicatos industriales. Estos arreglos fueron posibles mientras no se atacara directamente el sistema de producción en haciendas y las relaciones sociales en el campo[437].

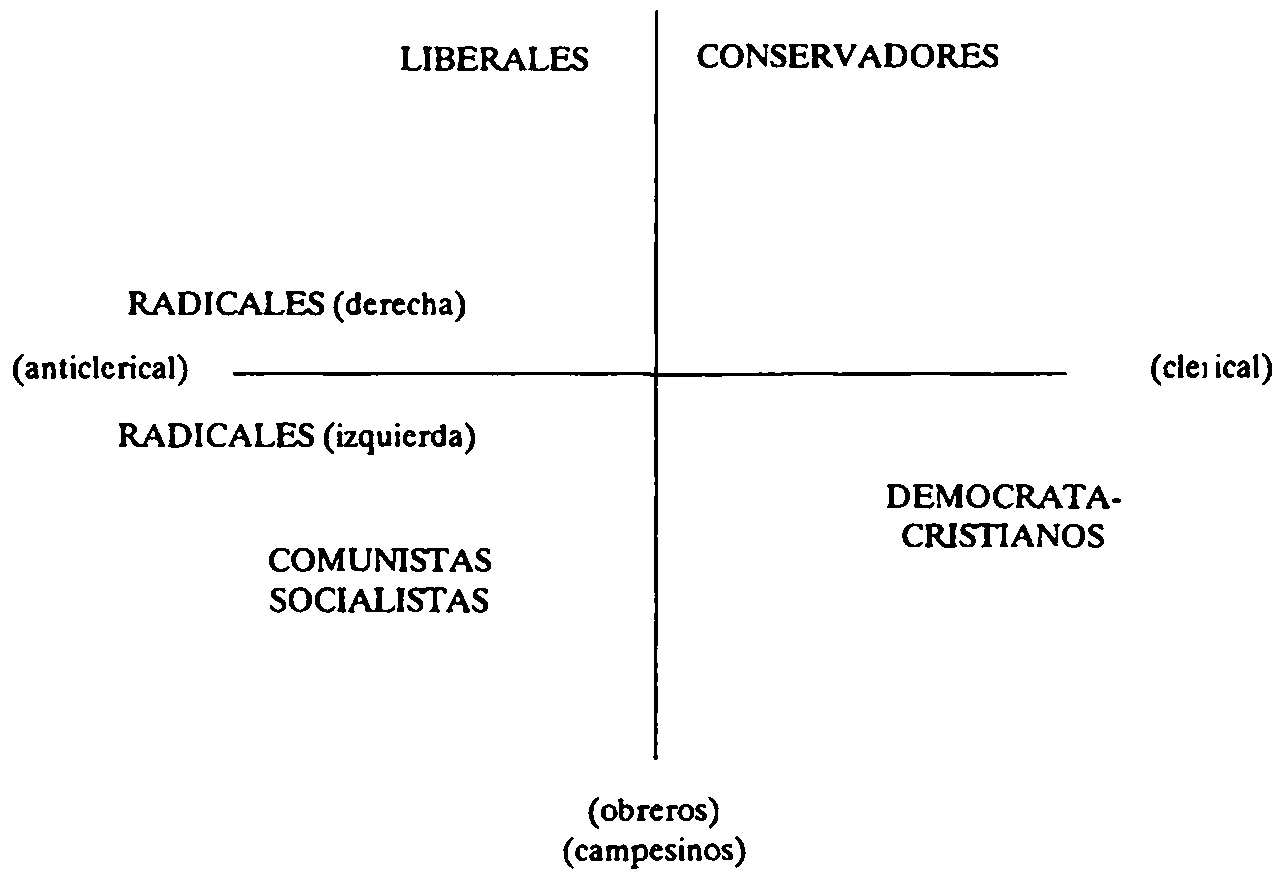
Si bien en 1952 irrumpió la candidatura del caudillo Ibáñez y hubo un triunfo momentáneo de la política antipartidista, en 1958 se produjo la reafirmación de los partidos políticos como las instituciones centrales de mediación de la vida política chilena. Con todo, a fines de la administración de Ibáñez en 1958 habían ocurrido cambios significativos en la estructura del sistema de partidos que iban a consolidarse en los primeros años de la década de 1960 y durarían hasta la década de 1970. Así como el liderazgo carismático de Arturo Alessandri había jugado un papel crucial en la reestructuración a largo plazo de la política de partidos en la década de 1920, la autonomía de Ibáñez respecto de la política de partidos produjo las condiciones necesarias para la transformación de las relaciones políticas en la década de 1950.

4. EL SISTEMA DE PARTIDOS RESULTANTE

El retorno del predominio de los partidos a fines de la década de 1950 dio lugar a una búsqueda de una nueva constelación de arreglos políticos que pudieran reemplazar los gobiernos de coalición del Frente Popular y redundar en una fórmula de gobierno estable. Estos esfuerzos giraron en torno a tres intentos sucesivos, encabezados respectivamente por la derecha, el centro y la izquierda, de crear una coalición de gobierno que durara. Sin embargo, cada uno de estos esfuerzos no logró superar la creciente rigidez y polarización característica del sistema de partidos. El fracaso en formar una coalición de gobierno estable y,

437 Mientras que la hacienda como sistema productivo en el campo se estaba descomponiendo, un proceso paralelo estaba ocurriendo en el sector moderno. La fase relativamente fácil de la industrialización basada en la sustitución de importaciones estaba llegando a su fin para los 50, con lo que obtener recursos para estos compromisos se hacía más difícil. Véase O'Donell (1973) y también a Drake (1978), p. 338.

Figura Nº 4.1. La transformación y polarización del sistema de partidos, 1952-58: el conflicto clerical-anticlerical y el conflicto de clases en el sector rural y urbano



muy particularmente, el fracaso del nuevo partido de centro en su intento de constituir un partido hegemónico omnicomprehensivo, conforman el tema del análisis que sigue.

Un rasgo importante de este sistema de partidos recién configurado fue el carácter cambiante de los actores del centro. Cuando Ibáñez dejó la presidencia en 1958, el sector rural quedó disponible a la competencia abierta de todos los partidos políticos, y la lógica de coalición que había guiado la conducta de los partidos durante los años de dominio radical se evaporó. El sistema de partidos había llegado a caracterizarse crecientemente por la polarización. Los democratacristianos hicieron su aparición en este sistema de partidos ya polarizado, y, adoptando una estrategia agresiva de movilización política, lograron invadir con éxito territorios electorales previamente reclamados por partidos políticos establecidos. Mientras por veinte años (1938-1957) este movimiento reformista de inspiración cristiana no había logrado obtener más del 3% o 4% de los votos, en las elecciones parlamentarias de 1957 el recientemente formado partido democratacristiano recibió el 9,4% de la votación. Si bien se beneficiaron de un considerable influjo de miembros provenientes de la coalición populista que había apoyado a Ibáñez, especialmente del partido Agrario Laborista, el origen de este nuevo apoyo no puede ser atribuido enteramente a los ibañistas desilusiona-

dos[438]. Más bien, con la aparición de los democratacristianos, el legado de dos coyunturas generativas anteriores de la política de partidos chilena -la fisura clerical-anticlerical y la de clases- se recombinó para crear nuevas oportunidades políticas. Por primera vez en Chile había surgido un partido electoralmente viable que se identificaba con la postura "clerical" del espectro de partidos, a la vez que procuraba activamente obtener los votos de la clase obrera. Los cambios en la posición de la Iglesia repecto al conflicto de clases llenaron un *espacio ideológico* que, previamente a la década de 1950, había permanecido vacante. (Ver Figura 4.1). A fines de la década de 1950 los cambios en la estructura de oportunidades electorales, particularmente los creados por la apertura de nuevos grupos de apoyo electoral entre los campesinos, los sectores populares urbanos, las mujeres y los jóvenes, abrieron un espacio político que los democratacristianos vinieron a ocupar. La Figura 4.1 ilustra la distribución del espacio ideológico en el sistema de partidos que recién surgía.

A fines de la década de 1950 los radicales estaban de nuevo divididos entre dos corrientes ideológicas principales dentro del partido. El ala derecha buscaba renovar su tradicional alianza política con los liberales. El ala izquierda presionaba para unirse a los esfuerzos electorales de éxito creciente de los partidos de clase obrera. Teóricamente, los democratacristianos podían moverse hacia una u otra dirección, hacia la derecha como hacia la izquierda. Prácticamente, sin embargo, las opciones, tanto de derecha como de izquierda, estaban cerradas al partido. Como veremos, la única estrategia viable para el centro era la de transformarse en partido mayoritario por sí mismo.

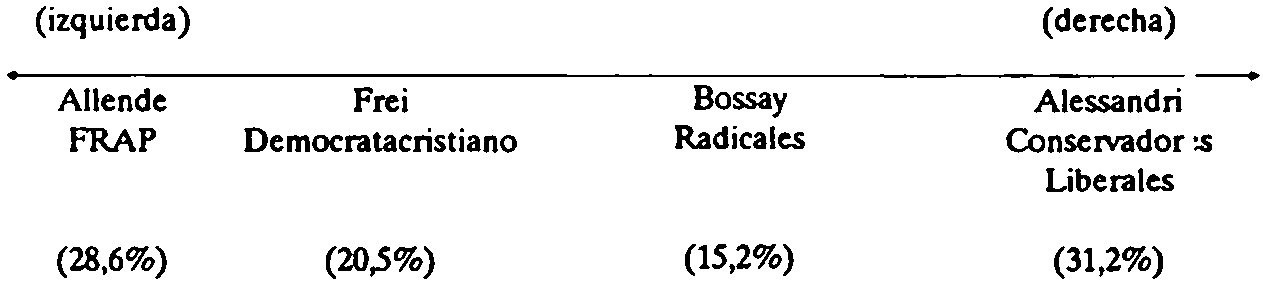
Nuevas oportunidades electorales surgieron en el sector popular, provistas por la combinación de 1) cambios en la legislación electoral, 2) transformación de la estructura social del sector rural, y 3) el desarrollo simultáneo de organizaciones populares de la Iglesia tanto en el sector urbano como en el rural. Estas oportunidades abrieron el camino para que los democratacristianos utilizaran una estrategia electoral espectacularmente exitosa. Desde fines de la década de 1950 los democratacristianos buscaron agresivamente el apoyo de campesinos, marginados urbanos, mujeres y estudiantes, tanto de sectores urbanos como rurales, y así impidieron cualquiera posibilidad de un retorno a la arena electoral anterior a Ibáñez.

a. La profundización de los esquemas de polarización

Jorge Alessandri, el hijo del ex Presidente y caudillo Arturo Alessandri, fue elegido Presidente de Chile en 1958 por una estrecha diferencia. La victoria de Alessandri se debió principalmente a la aumentada inflexibilidad del sistema de partidos como un todo y la incapacidad de cualquiera de las dos tendencias principales para formar una coalición electoral. Con el surgimiento de los

438 Angell presenta la emergencia de este partido como resultado de deserciones desde la coalición ibañista. Por sobreenfatizar la importancia de los ibañistas Angell olvida las muchas fuentes de votos de la Democracia Cristiana. Véase Angell (1972), pp. 174-75.

Figura Nº 4.2. Votos por candidato y partidos en las elecciones presidenciales de 1958



Nota: Los porcentajes son de la Dirección del Registro Electoral, Chile. El 3,3 por ciento correspondiente a Zamorano no está incluido en la figura.

democratacristianos como opción alternativa de partido de centro, el espectro de partidos se dividió temporalmente en cuatro, y no tres, tendencias principales. La distribución cuadripartita del electorado que resultó fue tal, que Jorge Alessandri pudo ser elegido contando con sólo el 31,2% de la votación, derrotando estrechamente la candidatura de Salvador Allende, representante del FRAP. De hecho, si no hubiera sido por la candidatura de un estrambótico ex sacerdote, Antonio Zamorano, que desvió un apoyo electoral que Allende necesitaba, éste habría salido ganador de la contienda de 1958. Si el 3,3% de Zamorano se hubiera añadido al total de Allende, éste habría derrotado a Alessandri en 1958 por un margen de 0,7%. (Ver Figura 4.2).

Es algo irónico que el éxito de la derecha en obtener el poder Ejecutivo en Chile coincidiera con el debilitamiento de su posición electoral. Como hemos visto, a la altura de los últimos años de la década de 1950 la fuerza política de la derecha había disminuido, comparada con la que tenía en los días del Frente Popular: en vez de su fuerza electoral históricamente grande, que se reflejaba en mayorías parlamentarias y una presidencia de centro-izquierda, en 1958 la derecha ganó la presidencia, pero vio su fuerza parlamentaria grandemente disminuida.

Jorge Alessandri era un representante leal del pensamiento político y económico conservador en Chile. Aplicando políticas económicas ortodoxas, recortes de presupuestos, devaluación, llamado a nuevas inversiones extranjeras, el nuevo Presidente esperaba crear una nueva era de crecimiento económico sin trabas en Chile, a la vez que lograr disminuir la cantidad de pobres marginales en zonas rurales y urbanas[439]. Sin embargo, las políticas de Alessandri fueron

439 Como respuesta a la creciente "cuestión agraria", Alessandri incluso se arriesgó a promulgar una tímida ley de reforma agraria. Aunque implementada inadecuadamente, ésta sirvió como base para más agresivas políticas de las administraciones siguientes.

incapaces de quebrar el esquema de aumento del estancamiento que afligía a la economía chilena. Sus políticas fueron también ineficaces para enfrentar los problemas que habían acompañado el crecimiento del número de pobres urbanos y rurales. En ausencia de cualquier crecimiento económico real, la política había asumido cada vez más una calidad de suma cero. A la altura de 1961, el mal resultado económico, combinado con la debilidad de su apoyo político en el Congreso, obligó al gobierno a abandonar su estilo de administración tecnocrático y entrar en la práctica acostumbrada de compromiso entre partidos. Volviéndose a los radicales, siempre dispuestos a ello, para obtener apoyo en 1962, la derecha formó con ellos el Frente Democrático, de corta duración.

La decisión de formar esta alianza tuvo consecuencias fatales para la forma futura de la competencia de partidos. Por una parte, el viraje hacia la derecha del partido Radical abrió un espacio político en la parte centro-izquierda del espectro de partidos, lugar que habrían de ocupar con éxito los democratacristianos. Por otra parte, su alianza con los radicales en declinación puso a la derecha en posición de negociación débil para las elecciones presidenciales de 1964 que se aproximaban. Habiendo preferido llegar a un entendimiento con los radicales más flexibles y menos reformistas, los líderes de los partidos de derecha se equivocaron de socio al formar alianza, y habrían de pagar por este error con un dramático descenso electoral durante la década de 1960.

Mientras en 1962 la derecha se movía a desgano para formar una alianza antimarxista con los radicales de centro, los partidos marxistas que estaban dentro del FRAP, especialmente los socialistas, profundizaban su compromiso anterior que prohibía cualquiera alianza con partidos burgueses, incluso con los radicales. La casi victoria de Allende en la campaña presidencial de 1958, y el continuo crecimiento electoral de la izquierda en todos los sectores de las clases trabajadoras, fortalecía a los socialistas y a los elementos de la izquierda que abogaban por una alianza de trabajadores.

La revolución cubana tuvo también una influencia decisiva sobre la izquierda chilena. Después que Castro tomó el poder en 1959, el partido Socialista adoptó un tono decididamente más "cubano", acentuando una nueva modalidad leninista dentro del partido[440]. Este proceso de "leninización" entre los socialistas llevó al partido a declarar en 1967 la inevitabilidad de la revolución violenta en Chile. En el mismo congreso de 1967 el partido concluia que "los solos medios legales o pacíficos no llevan al poder. El partido Socialista los considera instrumentos limitados de acción, incorporados en un proceso político que nos lleva a la lucha armada"[441]. Por lo tanto, desde la formación del FRAP en 1956, a través de las década de 1960 y comienzos de la de 1970, la izquierda actuaría fundamentalmente sola.

---

440 Para una completa exposición del proceso de leninización del partido Socialista véase Walker (1986); Faúndez (1988), pp. 159-222.

441 Citado en Drake (1978), p. 309.

Sin embargo, las transformaciones más dramáticas en el sistema chileno de partidos no ocurrían ni en la izquierda ni en la derecha, sino en el centro, donde los radicales, que tenían el lugar del partido del centro, habían visto unírseles en 1957 a los democratacristianos. La oleada de apoyo electoral experimentada por este nuevo partido desde 1957 hasta 1963 -del 9,4% al 22,8%- fue sorprendente, dada su historia de veinte años de éxito electoral limitado. Durante este período de seis años los democratacristianos sobrepasaron a los radicales como partido predominante del centro, tomando su lugar como el partido chileno más grande. A diferencia de los ibañistas anteriores a ellos, los democratacristianos consolidaron su posición electoral y mantuvieron su dominio del centro de la arena de partidos.

Varios notables estudiosos de la política de partidos chilena han atribuido la creciente rigidez y polarización del sistema chileno de partidos durante este período principalmente al surgimiento de los democratacristianos "más ideológicos" en el centro del sistema de partidos, en reemplazo del partido Radical que era "más flexible"[442]. Se ha argumentado que, en contraste con los radicales anteriores a ellos, los democratacristianos no estaban dispuestos a jugar el papel de intermediario desempeñado tradicionalmente por el centro dentro del sistema de partidos chileno. La eliminación de un centro flexible introdujo rigideces en el sistema de partidos que eventualmente precipitaron un quiebre de la política de toma y daca que había llegado a caracterizar la política competitiva de partidos en Chile. Hay consenso amplio en el sentido de que la conducta de los democratacristianos es absolutamente crucial para comprender la forma de la competencia de partidos de la décadas de 1960 y 1970. Sin embargo, las razones para su surgimiento explosivo no han sido exploradas suficientemente. La declinación del histórico partido Radical y el rápido crecimiento electoral del partido Demócrata Cristiano a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 dentro del ya bien definido sistema de partidos de Chile plantea varias preguntas. ¿Por qué dejaron de ser los radicales una opción política viable para el electorado chileno? ¿Cómo pudo el partido Demócrata Cristiano llenar el espacio del centro tan rápida y tan efectivamente como lo hizo? ¿Qué estrategias emplearon los democratacristianos, y los partidos de izquierda y de derecha, en respuesta a los desafíos presentados por este conjunto de oportunidades políticas en proceso de rápido cambio? Finalmente, ¿qué papel jugó este nuevo partido intermedio con respecto al funcionamiento del sistema de partidos como un todo? Lo que queda de este capítulo responde a estas preguntas.

---

442 El rol de los democratacristianos es un asunto altamente controvertido entre los estudiosos de la política partidaria chilena. Los argumentos dados por Valenzuela, A. (1978); Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983); Sartori (1976); Martínez y Tironi (1985); y Walker (1986), todos ellos apuntan a que la emergencia de los democratacristianos en el centro del sistema de partidos, reemplazando a los radicales, fue una causa principal de la caída del régimen democrático. Aunque yo concuerdo con partes importantes de este análisis, afirmo que el rol de los democratacristianos necesita ser contextualizado, y que otros múltiples factores necesitan ser incluidos con miras a entender los complejos procesos dialécticos que llevaron a la caída de la democracia en 1973.

Cuadro Nº 4.8. Estructura demográfica del total de la población y del electorado en Chile 1930-1970

	1930	*1940*	*1952*	*1960*	*1970*
Población total	4.287	5.023	6.303	7.689	9.717
Población total mayor de 20 años	2.224	2.611	3.340	3.882	4.936
Población mayor de 20 años	51,9	52,0	53,0	50,5	50,8
Población analfabeta Total	562	707	654	636	641
Población analfabeta como porcentaje de la población mayor de 20 años	25,3	27,1	19,6	16,4	13,0
Electorado potencial Total	1.662	1.904	2.686	3.246	4.295
Población total inscrita para votar	388	612	1.105	1.762	3.539
Porcentaje del electorado potencial registrado	23,3	32,1	41,1	54,3	82,4

Fuente: Adaptado de Cruz Coke (1984), p. 37. Las cifras entregadas por Cruz Coke son algo menores que las utilizadas en el cuadro 4.2 (entregadas por Loveman, 1979).

b. El contexto: la movilización masiva del electorado

Los cambios en el centro del panorama político chileno en las décadas de 1950 y 1960 fueron de la mano con la máxima movilización del electorado. Entre otros factores, la creciente presencia organizativa de la Iglesia entre los actores sociales y políticos previamente marginados urbanos y rurales (pobladores y campesinos)[443] creó una oportunidad para que los democratacristianos

443 Una creciente migración campo-ciudad estimuló un nuevo y rápidamente expansivo grupo social. Estos recién llegados del campo tendieron a procurarse vivienda para ellos y sus familias en grandes concentraciones de viviendas pobres.

desarrollaran un discurso apropiado y una estrategia electoral congruente para captar las lealtades políticas de estos sectores rurales y urbanos recientemente disponibles. Sin embargo, estos cambios deben ser considerados dentro de un marco más amplio, consistente tanto en una expansión del sufragio como en un contexto electoral más competitivo. Las reformas electorales, comenzando en 1949 con la extensión del sufragio a las mujeres, crearon nuevas oportunidades electorales, especialmente entre actores sociales y políticos previamente excluidos, lo que hizo posible durante estos años que un nuevo partido emergiera electoralmente e incorporara grupos de apoyo electoral de reciente disponibilidad.

Comparada a otros países en América Latina, la movilización masiva del electorado en Chile fue tardía y rápida. A. Valenzuela cita un estudio por Needler que coloca a Chile en el 14º puesto en América Latina en términos de participación electoral en los primeros años de la década de 1960[444]. No fue sino hasta la extensión del sufragio a las mujeres en 1949, seguida por las reformas electorales de 1958 y 1962, que la arena electoral empezó a alcanzar su pleno potencial. Así, fue sólo a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 que Chile comenzó, para usar los términos de Lipset y Rokkan, "el empuje final hacia la movilización máxima" del electorado[445].

El cuadro 4.8 muestra la evolución de la estructura demográfica de Chile en cuanto a edad y analfabetismo, tomada de los datos del censo. Revela que la población electoral potencial de Chile se desarrolló paulatinamente durante un período de cuarenta años (1938-1970), aumentando fuertemente en el período entre 1950 y 1970. A la altura de 1970, más del 80% de todos los votantes potenciales estaban inscritos.

El crecimiento progresivo en el tamaño de la población electoral se debió al impacto de procesos paralelos. Primero, como se ve en el cuadro 4.8, los índices de analfabetismo disminuyeron del 25% al 13% durante el período que media entre 1930 y 1970. Aunque la población más que se duplicó en esos años, el número absoluto de analfabetos permaneció virtualmente constante entre 600 y 700 mil, resultando, por lo tanto, en la existencia de una fuente de nuevos posibles votantes en continuo crecimiento. En segundo lugar, los restrictivos códigos electorales de Chile fueron sistemáticamente desmantelados en las décadas de 1950, 1960 y 1970, lo que abrió el camino a una dramática apertura de la arena electoral a grupos previamente excluidos.

El artículo 7º de la Constitución chilena de 1925 establecía que "tienen derecho a voto los ciudadanos chilenos que tengan veintiún años o más, puedan leer y escribir y estén inscritos en los registros electorales"[446]. La ley no hacía referencia específica a la mujer, excluyéndola efectivamente de la participación

444 Citado en Valenzuela, A. (1978), p. 25. Véase también Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983), p. 9. Para una comparación en la extensión del sufragio desde 1910 a 1970 en siete países latinoamericanos, véase a Huneeus (1988b), p. 168.

445 Lipset y Rokkan (1967), p. 51.

446 Citado en Caviedes (1979), p. 46.

electoral en elecciones parlamentarias y presidenciales hasta 1949. En ese año, el sufragio a nivel nacional se extendió a las mujeres. La concesión del derecho a sufragio a la mujer, combinada con la reforma electoral de 1958, promulgada durante la administración de Ibáñez, y reformas subsiguientes adoptadas en 1962, marcan el comienzo de una expansión dramática del electorado en Chile.

Como hemos visto, antes que incorporar nuevos votantes en el electorado, como lo habían hecho las reformas de 1949, las de 1958 tuvieron el efecto de garantizar el secreto del proceso de votación y liberar así a electores previamente cautivos. En contraste, haciendo obligatoria la inscripción electoral y estableciendo mecanismos legales estrictos para obligar a su cumplimiento, las reformas de 1962 expandieron significativamente el número de votantes inscritos. Después de 1962, la omisión de la inscripción recibía penas severas. Por ejemplo, las agencias del gobierno y los bancos debían exigir certificados de inscripción electoral antes de procesar cualquier trámite. Antes de 1962 la inscripción sólo era válida por diez años, pasados los cuales el elector debía iniciar complicados procedimientos para renovar su inscripción. Según la nueva ley, los registros electorales pasaron a ser permanentes. Más aún, las reformas de 1962 simplificaron considerablemente los procedimientos de inscripción, haciéndolos relativamente fáciles para todos, cualesquiera fueran sus horarios o condiciones de empleo. El empuje para la movilización masiva en Chile fue completado por reformas adicionales de las leyes electorales promulgadas en 1972, que redujeron la edad para votar a 18 años y abolieron el requisito de saber leer y escribir.

Las reformas electorales, los procesos concomitantes de modernización y el aumento de las actividades movilizadoras de parte de los partidos políticos resultaron en un aumento de diez veces de la población electoral durante el período comprendido entre 1932 y 1973. El cuadro 4.9 muestra el aumento en la proporción de votantes inscritos como porcentaje de la población general en 35 elecciones generales sucesivas entre 1925 y 1973. Las cifras en el cuadro 4.9 sugieren tres etapas generales en la extensión del sufragio. La primera, un aumento lento, pero relativamente persistente en el tamaño del electorado hasta 1950; la segunda, un aumento significativo después de la incorporación de las mujeres en 1950, y una subida fuerte de la proporción de votantes después de las reformas de 1962.

Los datos revelan mucho sobre el contexto de la competencia de partidos durante este período. En 1949, los votantes inscritos en Chile (todos varones) totalizaban 591.994. Esto representaba el 9,0% de la población. Esta cifra es ligeramente inferior a la que había antes de la exclusión del partido Comunista en 1948 (por la Ley de Defensa de la Democracia), puesto que los ciudadanos inscritos en 1945 alcanzaban a 641.495, lo que equivalía al 11,6% del total de la población. De hecho, la cifra de 1949 estaba muy por debajo de la de 1912, cuando había 598.000 votantes inscritos, es decir, el 17.5% de la población. No fue hasta 1952 que el tamaño del electorado relativo al total de la población alcanzó la cifra de 1912. En ese año, con las mujeres que votaban por primera vez en una elección presidencial, el electorado total se duplicó a 1.105.029, una vez más representando el 17,5% de la población. Las reformas de 1962, al hacer

Cuadro Nº 4.9. Tamaño del electorado en las elecciones generales en Chile (1924-1973)

Año	*Tipo de elección*[a]	*Población total*	*Número de votantes inscritos*	*Votantes inscritos como porcentaje pob. total*
1924	C	3.874.000	302.000	7,8
1925	P+C	3.929.000	302.000	7,7
1927	P	4.033.000	302.000	7,5
1931	P	4.429.000	389.000	8,8
1932	P+C	4.495.000	430.000	9,5
1935	M	4.700.000	379.000	5,3
1937	C	4.842.000	475.000	9,8
1938	P+M	4.924.000	613.000	12,4
1941	C+M	5.149.000	576.000	11,1
1942	P	5.244.000	582.000	11,1
1944	M	5.440.000	700.000	12,8
1945	C	5.541.000	642.000	11,6
1946	P	5.643.000	631.000	11,1
1947	M	5.748.000	658.000	11,4
1949	C	5.962.000	592.000	9,0
1950	M	6.073.000	834.000	13,7
1952	P	6.303.000	1.105.000	17,5
1953	C+M	6.462.000	1.100.000	17,0
1956	M	6.962.000	1.185.000	17,9
1957	C	7.137.000	1.284.000	18,0
1958	P	7.326.000	1.498.000	20,4
1960	M	7.689.000	1.770.000	23,0
1961	C	7.858.000	1.859.000	23,6
1963	M	8.217.000	2.570.000	31,3
1964	P	8.319.000	2.915.000	34,7
1965	C	8.584.000	2.921.000	34,0
1966	M	9.100.000	3.074.000	33,7
1969	C	9.566.000	3.245.000	33,9
1970	P	9.717.000	3.540.000	36,4
1971	M	9.879.000	3.792.000	38,3
1973	C	10.200.000	4.510.000	44,1

Fuente: Cruz Coke (1984), p. 38; Heise González (1982), p. 204.
a C = Congreso; M = Municipal; P = Presidencial.

obligatoria la inscripción electoral, contribuyeron a la constante incorporación tanto de varones como de mujeres, y aumentaron aún más el tamaño del electorado entre 1961 y 1964, de 1.858.980 votantes inscritos, que representaban el 23,6% de la población, a 2.915.220 votantes inscritos, es decir, el 34,7% de la población total. Así, en el lapso de quince años (1949-1964) el electorado chileno se quintuplicó en su número de votantes inscritos.

Cuadro Nº 4.10. Porcentaje de participación de los votantes inscritos en las elecciones generales 1925-1973

	Presidencial		*Parlamentaria*		*Municipal*	
	Año	*Porcentaje*	*Año*	*Porcentaje*	*Año*	*Porcentaje*
	1925	86,4	1925	86,6	1935	83,4
	1927	75,6	1932	76,1	1938	79,2
	1931	73,5	1937	86,6	1941	69,2
	1932	80,0	1941	78,2	1944	65,1
	1938	73,2	1945	70,2	1947	84,0
	1942	80,7	1949	73,0	1950	74,4
	1946	75,9	1953	70,8	1953	68,6
	1952	86,4	1957	68,4	1956	58,4
	1958	84,5	1961	74,5	1960	69,5
	1964	86,8	1965	80,6	1963	80,5
	1970	83,5	1969	74,2	1967	74,3
			1973	81,1	1971	74,8
Promedio	1925-67	80,6		76,8		73,8
Promedio	1952-73	85,3		75,0		71,0

Fuente: Adaptado de Cruz Coke (1984), p. 41.

Estas tendencias continuaron a comienzos de la década de 1970. Como se indica en el cuadro 4.9, el porcentaje del total de la población inscrita subió entre 1949 y 1970 de un 9,0% al 36,4%. En 1973 esa cifra alcanzaba al 44,1%. El porcentaje de la población adulta total elegible para inscribirse durante ese mismo período subió de 40,0% al 87,2%. Y, durante este período, el número absoluto de votantes subió de 591.994 en las elecciones parlamentarias de 1949 a 1,9 millones en 1961. En 1969 la población electoral era cercana a 3,2 millones; en 1973 había subido a 4,5 millones. En resumen, a la altura de la década de 1960 la movilización política había aumentado tan dramáticamente que la dinámica electoral que había caracterizado la competencia política chilena y las estrategias que la acompañaban estaban necesitadas de revisión.

La participación electoral en Chile ha variado grandemente en las varias elecciones generales desde 1925. Como lo indican los datos en el cuadro 4.10, la participación era más alta en las elecciones presidenciales que en las parlamentarias o municipales. Las causas de los diferentes índices de participación para cada elección son sin duda complejas. Para mis propósitos aquí es importante subrayar que la participación electoral en las dos últimas décadas no había disminuido significativamente. Más bien, los índices de

participación muestran un leve aumento después del comienzo de la fase final de la movilización masiva del electorado.

c. *El cambio de los actores en el centro*

La efectividad de la estrategia electoral tradicional del partido Radical (tanto como la de los liberales y conservadores), que se apoyaba en gran medida en coaliciones y alianzas electorales "pragmáticas" dirigidas a obtener el mayor número de votos, se debilitó considerablemente por la expansión de las fronteras del universo electoral. Como hemos visto, el éxito del ibañismo a comienzos de la década de 1950, y el surgimiento de la política electoral antipartidos que era su fuente de energía, fue parcialmente un subproducto del esquema radical de alianzas electorales cambiantes. La "flexibilidad" de las coaliciones cambiantes del partido de centro llevaba consigo altos costos, y contribuyó al descrédito de los radicales, como de la política de partidos en general. A comienzos de la década de 1960, líderes claves del partido Radical habían renunciado al partido. El 1961, Jorge Arrate y Armando Arancibia adhirieron al partido Socialista; Ricardo Lagos se declaró independiente; Genaro Arriagada se unió a los democratacristianos. Esta tendencia continuó hasta comienzos de la década de 1970, cuando Julio Durán y Angel Faivovich formaron la Democracia Radical en 1970, y los senadores Humberto Aguirre Doolan, Américo Acuña, Alberto Baltra, Luis Bossay y el diputado Eugenio Velasco salieron del partido para formar la Izquierda Radical en el año siguiente[447].

Aunque los radicales padecieron menor defección de votantes al movimiento antipartidos ibañista que otros partidos de derecha (ver cuadro 4.5), la administración de Ibáñez tuvo un efecto debilitante en el partido de centro. Después de décadas de formar gobiernos de coalición cuyos actores principales eran ellos mismos, los radicales se vieron obligados a dejar el gobierno y pasar a ser oposición. La transición a ser un partido de oposición fue una tarea especialmente difícil para el liderazgo del partido Radical, que había llegado a depender en gran medida en los privilegios clientelistas derivados del ejercicio del gobierno para mantener sus bases de apoyo[448]. Alejados del poder, los radicales no podían depender de muchos de sus apoyos institucionales acostumbrados para la competencia por los electores, ya fuera entre los votantes nuevos, ya fuera entre los votantes que buscaban nuevas lealtades partidarias. En este entorno electoral en rápido proceso de cambio, el partido debía, o bien modernizar sus estructuras organizativas y desarrollar programas para captar a los votantes recientemente liberados (o recientemente disponibles), o bien hacerse a un lado, como lo hacían otros. Desgraciadamente, el legado de las

---

447 Véase Huneeus (1983), p. 35.

448 Panebianco da una descripción de los efectos de la posesión de cargos públicos en el subdesarrollo partidario que calza bien con la declinación de los radicales durante este período (1988, pp. 63-68).

prácticas pasadas probó ser demasiado gravoso para el partido Radical. El partido no logró enfrentar este nuevo entorno y pagó las consecuencias.

Si bien el deterioro electoral de los radicales que habían constituido históricamente el partido de centro estuvo relacionado con el surgimiento de los democratacristianos a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, debe subrayarse que estos últimos no crecieron fundamentalmente a costas de los primeros. El cuadro 4.5 indica que el impulso electoral inicial de los democratacristianos tuvo lugar en un momento de recuperación electoral de los radicales. Durante el período comprendido entre 1957 y 1969 los dos partidos coexistieron en el centro. Más bien los datos electorales sugieren que el surgimiento de la democracia cristiana estuvo estrechamente relacionado a una declinación significativa de la fuerza política de los partidos tradicionales de derecha (los conservadores y liberales). Los democratacristianos estaban en competencia directa con la derecha, particularmente con el partido Conservador, por el apoyo electoral del voto católico, especialmente de las mujeres, y de los sectores populares rurales y urbanos.

En realidad, medido en términos absolutos, los radicales lograron mantener su electorado durante este período[449]. Sin embargo, si se considera el rápido crecimiento del electorado, el partido Radical perdió peso electoral *en relación* a los partidos rivales. En las elecciones parlamentarias de 1961 los radicales captaron una parte del electorado comparable a su promedio histórico. En esa elección los radicales lograron 169.828 votos, lo que representaba el 22,4% del electorado. Si bien para la elección parlamentaria de 1965 esa cifra había aumentado a 312.912 en números absolutos, a esa altura representaba sólo el 13,7% del total de los votos[450]. Estos datos apoyan la hipótesis que, al no modernizar sus estrategias electorales, los radicales no pudieron atraer los grupos electorales recientemente disponibles en un universo electoral en expansión.

No cabe duda que el partido Radical jugó un papel de importancia crucial como intermediario entre los dos polos del sistema de partidos durante las décadas de 1930, 1940 y comienzos de la de 1950. Como vimos en el capítulo 3, los radicales, como el partido Liberal del siglo XIX, proporcionaron la necesaria flexibilidad y pragmatismo al proceso político. Sin embargo, los radicales jugaron este papel dentro de un universo político relativamente pequeño. La "flexibilidad" de los radicales fue, al menos en parte, un atributo de un sistema político caracterizado por una participación política limitada, en la cual el volumen de las demandas y presiones ejercidas sobre el sistema de partidos era también limitado[451]. Enfrentados con la tarea compleja de mediar demandas y presiones dentro de un electorado que se había expandido por un factor de cinco

449 Moulián (1986b) y Yocelevsky (1983), p. 85, n. 3, también dan este argumento.
450 Huneeus (1983), p. 33.
451 Este punto de vista es también sostenido por Huneeus (1983), p. 33. No sólo el universo político permaneció limitado durante los años de predominio radical, sino que también el continuo pragmatismo del centro dependió de la continua exclusión del trabajador rural.

en dos décadas (1950-1970), los radicales debían, o bien sufrir un cambio significativo, o bien enfrentar la extinción.

Por lo tanto, la propensión a las coaliciones característica del partido Radical durante las décadas de 1930 y 1940 se debió a una dinámica existente en el sistema de partidos mismo, propiedad que caracterizó la conducta de todos los partidos durante este período, incluyendo a la Falange Nacional. En este sentido, las consecuencias del carácter sectario de la ideología democratacristiana para los esquemas de competencia de partidos -al menos en sus primeros años- han sido exageradas. De hecho, el partido Demócrata Cristiano mismo fue en 1957 producto de coaliciones y compromisos: fue fundado sobre la base de una fusión de la Falange Nacional y los socialcristianos del partido Conservador, como también de algunos derivados del ibañismo[452]. Antes que atribuir exclusivamente el origen de la creciente rigidez del sistema de partidos a la substitución de un partido de centro por otro, deberían verse las causas de esta mayor rigidez en el contexto de un universo político cambiante.

A pesar de las cualificaciones proporcionadas por los factores estructurales ya indicados, debería notarse también que el partido Demócrata Cristiano era un tipo diferente de centro político si se lo comparaba con los radicales. Como veremos, los democratacristianos adoptaron un perfil partidario que atraía al electorado en dos maneras cruciales: era un partido cristiano, y a la vez percibido como el único obstáculo viable al continuo crecimiento electoral de los partidos marxistas. Los democratacristianos se ubicaban exactamente en el medio de un espectro de partidos basado en clases sociales, y desafiaban a ambos lados del espectro político, tanto a la derecha como a la izquierda, intentando extenderse y capturar el territorio electoral tradicional de ambos lados.

He argumentado que la polarización y la rigidez del sistema de partidos se afianzó durante el período comprendido entre 1952 y 1958, mucho antes de que los democratacristianos llegaran a predominar a mediados de la década de 1960. Por lo tanto, los compromisos ideológicos rígidos dentro del sistema de partidos no pueden haber aparecido exclusivamente como resultado del reemplazo de los radicales por los democratacristianos como partido de centro predominante (lo que ocurrió en 1963). Como hemos visto, ya en la elección presidencial de 1950, en el contexto de un universo político en rápida expansión, las alianzas políticas importantes no eran posibles, y las cuatro tendencias políticas se vieron obligadas a ir solas a la elección[453]. En esa elección, más que simplemente presentar candidatos para el cargo, los partidos adoptaron posiciones ideológicas que duraron hasta 1973. Estos compromisos llegaron a encarnarse en las

---

452 Huneeus cita la salida de Luis Pareto y de Jorge Lavandero del agrariolaborismo, así como la de José Musalem del Partido Popular Cristiano, para apoyar esta última afirmación (1983, p. 37).

453 La polarización estaba ya presente en el sistema de partidos en la elección presidencial de 1952. Sin embargo, para 1958 el candidato presidencial radical, Luis Bossay, se vio forzado a ir solo por primera vez. También en esta elección los democratacristianos intentaron obtener el apoyo del partido Liberal para la candidatura de Frei. La muerte del senador Marín, el que falleció de un ataque cardíaco en el momento de hablar contra la coalición, combinado con la presión ejercida por Alessandri hizo la coalición imposible.

candidaturas presidenciales de 1958 de Jorge Alessandri en la derecha, Eduardo Frei en el centro, y Salvador Allende en la izquierda.

d. La Iglesia y los democratacristianos: nuevos aliados

Mientras los partidos de derecha y los radicales centristas presentaban una postura esencialmente conservadora y defensiva frente a las crecientes demandas de reformas sociales, los democratacristianos aparecían como un partido dinámico con una perspectiva fresca, no manchada por compromisos políticos previos. Bajo el liderazgo de Eduardo Frei y Jaime Castillo, los democratacristianos desarrollaron un programa que reflejaba cuidadosamente las aspiraciones de un poderoso aliado político, el episcopado católico chileno[454]. Combinando la ideología desarrollista de CEPAL con las teorías de promoción social del sacerdote jesuita Roger Vekemans, el partido Demócrata Cristiano articuló una visión nueva, de inspiración cristiana, para resolver el agudizado conflicto social en la sociedad chilena. En forma consistente con la doctrina social católica en evolución, los líderes del partido argumentaban que, en vez de ver la realidad social en términos de una lucha entre "trabajadores y empleadores" (esto es, en términos de clase), la sociedad chilena debía ser comprendida en términos de la tensión entre "marginalidad" e "integración"[455]. A pesar del éxito de las organizaciones partidistas y sindicales en promover la integración social y política en algunos sectores, muchos chilenos permanecían social, política y económicamente "marginados"[456]. Según esta escuela, estos grupos marginales consistían principalmente de campesinos y pobladores (marginales urbanos). La movilización de estos sectores, se pensaba, podía atraer un electorado para los democratacristianos, que eran de clase media con base urbana, con cuyo apoyo podrían alcanzar cargos políticos. Usando el poder organizativo del Estado, estos grupos podrían servir para modificar en forma permanente el carácter predominantemente clasista de la participación política, hasta entonces canalizada por el sistema de partidos. Así, algunos democratacristianos importantes llevaron a cabo una estrategia de desarrollo social basada en una alianza social abarcada por un partido integrador multiclasista (urbano y rural), eliminando así la necesidad de alianzas electorales o de gobierno con otros partidos[457].

---

454 Un segundo aliado clave cuidadosamente cultivado por los democratacristianos fue el gobierno de los EE.UU. Luego de la revolución cubana los Estados Unidos desarrollaron un conjunto de políticas hacia Latinoamérica resumidas en la Alianza para el Progreso. No sorprendentemente, la plataforma del partido Demócrata Cristiano vino a reflejar las recomendaciones políticas de los Estados Unidos. Véase Yocelevzky (1983), p. 15.

455 Estas ideas fueron propuestas originalmente por Vekemans, director de la Facultad de Sociología de la Universidad Católica de este período. Para una completa exposición de sus ideas véase Vekemans y Silva (1976).

456 Véase Vekemans y Silva (1976), esp. cap. 1-4.

457 Esta visión del proyecto democratacristiano es compartida por Yocelevzky (1983), pp. 11-15, y Cereceda y Dahse (1980), pp. 37-76.

Después de la elección de Jorge Alessandri a la presidencia en 1958, el liderazgo del partido Demócrata Cristiano se vio enfrentado con la cuestión de cómo relacionarse con el nuevo gobierno. El debate giraba en torno a los diferentes tipos de estrategias de alianzas que el partido podía seguir. Emergieron tres "tesis" diferentes. La primera, elaborada por Jaime Castillo y apoyada por un grupo llamado de los "puristas", argumentaba que el partido debía tomar la posición de "vanguardia" del pueblo. La misión del partido decididamente no era la de un partido de "centro", esto es, situado a distancia igual de los polos derecho e izquierdo. Más bien, el partido ofrecía una solución cristiana única a la cuestión social, solución que no podía ser objeto de compromisos. La segunda tesis abogaba por una estrategia de alianza electoral, y eventualmente de gobierno, con los partidos de izquierda. Al mismo tiempo, esta segunda facción, encabezada por dirigentes como Rafael Gumucio y Julio Silva Solar, se oponía vigorosamente a cualquiera asociación con la derecha, en general, o el gobierno de Alessandri en particular. Finalmente, Eduardo Frei, Patricio Aylwin y otros recomendaban una tercera posición, que combinaba elementos de las dos primeras tesis. Concordando con los "puristas", Frei y Aylwin insistían en que las metas de la democracia cristiana. resumidas en la frase "socialismo comunitario," eran "absolutamente incompatibles tanto con las de la derecha como con las de la izquierda". Aunque opuestos a alianzas o pactos con cualquiera de los dos grupos, argumentaban contra los "puristas" en favor de una concepción más amplia del público electoral potencial del partido. Emergiendo vencedores del congreso nacional de 1959, los que defendían esta tercera posición afirmaban que:

"El partido Demócrata Cristiano llama a todos los chilenos -hombres, mujeres, niños- sin distinciones religiosas o de clase, que estén dispuestos para luchar democráticamente por un nuevo orden social fundado en la fraternidad y en la justicia"[458].

Por lo tanto, en un acontecimiento crítico para el partido, se tomó la decisión de permanecer distante de las alianzas de partido, tanto de la derecha como de la izquierda, y más bien incorporar y representar a todos los elementos de la sociedad chilena bajo el mismo estandarte político.

Este proyecto político hegemónico se apoyaba en vínculos organizativos cada vez más explícitos entre el liderazgo del partido Demócrata Cristiano y la Iglesia Católica. A comienzos de la década de 1960 quedaban pocas dudas en la mente de los votantes chilenos acerca de quién había llegado a representar el pensamiento de los obispos católicos de Chile. Con el nombramiento del cardenal Raúl Silva Henríquez como arzobispo de Santiago en 1961, la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia se preocupó de aumentar la distancia entre ella misma y sus antiguos aliados del partido Conservador. Fuertemente comprometidos a apoyar los cambios estructurales patrocinados por la doctrina social de la Iglesia, los miembros de la jerarquía católica se adelantaron a crear

458 Citado de Grayson 1968, p. 336.

decenas de instituciones rurales y urbanas destinadas a promover la organización y movilización populares[459]. El 1961, por sobre la oposición de un número significativo de clérigos y benefactores pudientes, los obispos Silva Henríquez de Santiago y Larraín de Talca iniciaron el primer intento sistemático de reforma agraria en Chile, un programa que incluía la redistribución de tierras del patrimonio de sus respectivas diócesis[460]. Aunque el número de propiedades y familias involucradas era limitado, el *significado* del gesto no pasó desapercibido para los oligarcas rurales: la Iglesia oficial ya no mantendría su centenaria alianza social y política con la oligarquía rural.

Esta transformación gradual, pero profunda de la autocomprensión de la Iglesia, tuvo implicaciones igualmente importantes para la forma de la competencia política, especialmente en el campo y en en los sectores populares urbanos. Ya a comienzos de la década de 1960, el cambio en la posición oficial de la Iglesia había resultado en una transferencia de la legitimidad católica desde un actor político, el partido Conservador, a otro, los democratacristianos. Durante este período, los documentos oficiales de la Iglesia y los del partido Demócrata Cristiano vinieron a reflejarse y reforzarse unos a otros. En 1962, por ejemplo, la jerarquía católica publicó dos notables cartas pastorales sobre problemas sociales. La primera trataba de las dificultades e injusticias que confrontaban a los campesinos[461]. La segunda instruía a los fieles sobre la importancia del compromiso de los laicos en el orden social y animaba al laicado a participar activamente en la transformación de la sociedad[462]. Ambas cartas pastorales hablaban de la necesidad de promover el cambio social estructural, al mismo tiempo que advertían sobre los peligros del marxismo. Los obispos advertían que el comunismo sólo traería "persecuciones, lágrimas y derramamiento de sangre" a los cristianos chilenos[463]. Implícito en las cartas estaba su apoyo a la democracia cristiana.

La creciente congruencia entre una Iglesia en desarrollo y la ideología del partido, como también la coincidencia entre el papel y las estructuras de las organizaciones de la Iglesia y del partido en los sectores populares urbanos y rurales contribuían a un desplazamiento mayor del electorado católico hacia los democratacristianos. Todavía en 1958 una mayoría de los católicos que asistían regular u ocasionalmente a Misa se identificaba fuertemente con los partidos de derecha. Sin embargo, en 1964 la identificación católica con el partido

---

459 Labarca (1966) entrega un detallado (si bien altamente crítico) informe de la multiplicación de organizaciones de promoción pertenecientes a la Iglesia durante este período y de la proliferación de donaciones proveniente de iglesias y gobiernos extranjeros para financiarlas.

460 En una entrevista Silva Henríquez relata la lucha al interior de la Iglesia iniciada por la reforma agraria de las propiedades de la Iglesia. Silva Henríquez estuvo forzado a realizar un viaje especial a Roma para recibir el apoyo del Papa Juan XXIII para así implementar la reforma contra la fiera oposición de los elementos conservadores dentro de la jerarquía y de los laicos.

461 Para el texto completo de esta carta pastoral véase Episcopado Chileno, "La Iglesia chilena y el campesinado chileno", en Mensaje II (mayo 1962): 185-94.

462 Para el texto completo de esta carta véase Episcopado Chileno, "El deber social y político de la hora presente", en Mensaje II (noviembre 1962) 577-87.

463 Véase Smith (1982), pp. 110-11.

Demócrata Cristiano había aumentado significativamente. Según una encuesta realizada un mes antes de la elección de 1964 por Eduardo Hamuy en el Centro de Opinión Pública, casi tres quintos de los católicos regularmente practicantes se identificaban políticamente con el partido Demócrata Cristiano. Aunque las mujeres católicas eran algo más favorables a Frei que los hombres (63,2% comparado al 59,6%), la relación entre la práctica religiosa y la democracia cristiana permanecía significativa[464].

A lo largo de un período de tiempo muy corto, jerarcas católicos claves transfirieron su manto de legitimidad de la derecha al centro. En la elección presidencial de 1964, 85,7% de los que respondían las encuestas de Hamuy (y 88,1% de los católicos practicantes) indicaban que creían que Eduardo Frei era el candidato de los católicos.[465]

Más aún, dentro de cada clase social la frecuencia de la práctica religiosa persistía como factor que favorecía a Frei. La candidatura de Frei de 1964 fue apoyada por el 92% de todos los católicos que practicaban con regularidad y pertenecían a la clase media, y por el 77% de los obreros católicos practicantes[466].

En 1964, Frei era no sólo el candidato católico reconocido, sino también el único candidato anticomunista viable. Esto no había sido así en la elección de 1958, ni sería el caso en la de 1970. En la elección de 1970 los democratacristianos se dividieron el apoyo católico con la derecha. Sin embargo, el apoyo católico substancial para los candidatos democratacristianos en todos los niveles continuó. Aunque el apoyo al candidato democratacristiano Radomiro Tomic de parte de los católicos practicantes se había debilitado a la altura de la elección de 1970, los partidos de derecha no recuperaron nunca sus niveles históricos de apoyo por parte del electorado católico. A fines de la década de 1950 y durante la década de 1960 se había claramente creado un espacio electoral para un partido católico alternativo[467].

e. Las estrategias democratacristianas en el sector rural

Como hemos visto, los datos electorales indican que, a comienzos de la década de 1960, los democratacristianos habían tenido un éxito sorprendente en penetrar los reductos electorales de la derecha en el sector rural. (Cf. cuadros 4.4, 4.5, 4.6 y 4.7). Antes de la década de 1950, gran parte del campesinado estaba incorporado sólo en cuanto sus votos podían ser manipulados por medio de la práctica bien establecida del fraude electoral o cohecho. He sugerido que varios factores, incluyendo el impacto desbaratador de la campaña de 1952 de

---

464 Estas cifras están tomadas de Ibid., pp. 106-7. Se debe tener extrema precaución en la interpretación de estos datos. En la elección presidencial de 1964 la derecha no presentó candidato; de esta forma, no sólo colapsó el apoyo católico a la derecha, sino que ella misma, como alternativa política viable, alcanzó su nadir ese año.

465 Ibid., p. 117.

466 Datos de Hamuy citados por Fleet (1985), p. 70.

467 Véase Smith (1982), pp. 153-56.

Ibáñez, las consecuencias de la legislación de reformas electorales, la caída de la productividad en el sector rural y la consiguiente declinación del nivel de vida de los campesinos, y el impacto de la creciente intervención de la Iglesia en favor de los campesinos durante estos años, contribuyeron a la eventual disolución de las ataduras clientelistas entre terratenientes y campesinos. A estos factores deben añadirse los procesos generales de modernización social y económica, que, a la altura de la década de 1960, reforzaban las tendencias hacia una participación social y política más amplia[468]. A comienzos de la década de 1960 el partido Demócrata Cristiano (seguido rápidamente por los partidos de izquierda) gozaba de una posición única para obtener ventaja de esta nueva estructura de oportunidades electorales extendiendo anteriores bases de apoyo del sector urbano al campo y movilizando sectores de la población rural que no estaban disponibles anteriormente[469]. Sin embargo, buscando atraer la lealtad electoral de los campesinos, los democratacristianos violaron un tabú político de larga data. Los esfuerzos movilizadores del partido Demócrata Cristiano contribuyeron a la disolución final del entendimiento político implícito entre la derecha y la izquierda, que había excluido a los trabajadores rurales, y proporcionado uno de los pilares de la competencia política y de la estabilidad del régimen en el siglo XX en Chile.

A partir de comienzos de la década de 1960 en adelante, el campesinado se transformó en un importante recurso político en la competencia electoral intensificada entre todos los partidos.[470]

Una vez quebrado el tabú del sector rural, las consideraciones electorales estratégicas proporcionaron incentivos adicionales para acelerar los esfuerzos en el campo. La Constitución de 1925 prescribía que un diputado fuera elegido por cada 30.000 habitantes, o por una fracción de 15.000 o más. Aunque había estadísticas poblacionales más recientes disponibles, se continuaba usando el censo de 1930 -y se lo continuaría usando hasta 1973- para determinar la representación en la Cámara de Diputados[471]. Como lo ha observado Caviedes, "siempre ha sido claro a los políticos y legisladores en Chile que el sistema actual es altamente discriminatorio contra los distritos urbanos, especialmente Santiago,

---

468 Borón da el argumento de que un proceso autosustentado de creciente participación política se desató en el Chile de los años 60 por estos cambios estructurales subyacentes. Véase Borón (1971b), p. 67. Véase también Kaufman (1972), p. 26 para una visión similar.

469 Los datos electorales de los cuadros 4.5, 4.6, 4.7, y 4.8 apoyan la idea de que a finales de los años 50 y comienzos de los 60 los democratacristianos lideraban en esta carrera, seguidos por los partidos de la izquierda. La interpretación de Kaufman sobre estos hechos en el sector rural también apoya esta conclusión. El sostiene que los partidos marxistas estuvieron forzados a apresurar sus esfuerzos de movilización "a fin de mantenerse con los desarrollos (apoyados por los democratacristianos) que amenazaban con sobrepasarlos" (Kaufman, 1972, p. 188).

470 Chile no estuvo solo entre los países de Latinoamérica en experimentar la abertura del sector rural en los años 60. Procesos similares ocurrieron en Perú, Brasil y, en un sentido más limitado, Colombia. Véase Collier y Collier (1991).

471 La fórmula electoral utilizada en Chile para distribuir los puestos parlamentarios, el sistema D'Hont, también favorecía poderosamente a los partidos tradicionales. Véase Borón (1971b), p. 60. Estos factores, más la fuerte utilización del fraude electoral en el campo, ayudaron a perpetuar el dominio electoral de la derecha en el sector rural.

Cuadro Nº 4.11. Distribución y número de ciudadanos representados por un diputado

Unidad electoral	*Población representada según el censo de 1930*	*Número de diputados (total=150)*	*Número de diputados redistribuidos según el censo de 1970 (total igual a 150)*	*Número mínimo de votos para elegir un diputado en 1970*
Tarapacá	41.682	4	3	9.595
Antofagasta	35.809	7	4	8.078
Atacama	76.163	2	3	19.439
Coquimbo	48.117	7	6	10.314
Acongagua	53.607	3	3	16.515
Valparaíso	50.096	12	13	11.501
Santiago (1)	110.659	18	20	7.782
Santiago (2)	116.048	5	14	36.938
Santiago (3)	116.149	5	14	73.143
Santiago (4)	82.290	5	7	15.915
O'Higgins	51.143	6	5	8.221
Colchagua	41.974	4	3	5.459
Curicó	37.903	3	2	7.414
Talca	46.201	5	4	8.741
Maule	27.446	3	2	6.792
Linares	47.257	4	3	11.448
Ñuble (1)	44.056	5	4	8.419
Ñuble (2)	3.203	3	1	6.598
Concepción	7.902	9	11	16.999
Arauco	4.860	2	1	8.344
Bío-Bío	48.256	4	3	9.105
Malleco	29.343	6	3	5.647
Cautín	42.068	10	7	5.390
Valdivia	54.928	5	5	12.724
Osorno	42.861	3	3	12.124
Llanquihue	65.965	3	3	12.326
Chiloé	36.909	3	1	7.220
Aysén	25.541	2	1	3.918
Magallanes	44.122	2	1	13.956

Fuente: Adaptado de Caviedes (1979), p. 52.

pero ningún partido político... se ha atrevido a decir que la capital tenía derecho a más representantes"[472].

La población total de Chile más que se dobló en los cuarenta años comprendidos entre 1930 y 1973, y las provincias más urbanas, como Concepción

472 Caviedes (1979), p. 55. Caviedes tiene una excelente exposición del problema de distribución electoral en Chile (pp. 51-56). Véase también Yocelevsky (1983), p. 13. Los investigadores han tendido a subestimar la importancia del desequilibrio electoral.

y Santiago, habían llegado a triplicar el número de sus habitantes. (Ver cuadro 4.1). Como hemos visto, a partir de la década de 1950 en adelante la población de Chile había experimentado un creciente movimiento desde las provincias rurales a las urbanas. Sin embargo, estos cambios de población no se reflejaban en las fórmulas para la representación electoral. Caviedes proporciona una demostración gráfica de esta distribución desigual de los puestos, tanto de la Cámara de Diputados como del Senado. El cuadro 4.11 ilustra la considerable subrepresentación en la Cámara que resultaba de la mantención del censo de 1930, a pesar del substancial y desigual crecimiento regional. En algunos distritos urbanos, como los 2º y 3º distritos de la provincia de Santiago, el número de diputados era igual a un quinto de lo que habría sido bajo una fórmula equilibrada de distribución urbano-rural. El número mínimo de votos requeridos para elegir un diputado por alguna de las provincias agrícolas del Valle Central (Colchagua, Curicó, Talca, Maule, Linares, Ñuble), o por las provincias del extremo sur (Chiloé, Aysén o Magallanes), se situaba entre la mitad y la décima parte del número requerido para elegir un diputado por una zona urbana.

Caviedes ha demostrado que este mismo esquema de subrepresentación urbana y desventaja electoral era también evidente en la distribución de asientos del Senado para las provincias altamente pobladas de Chile[473].

Las implicaciones de esta distribución distorsionada para las estrategias electorales eran de largo alcance. Desde el punto de vista de la distribución de los recursos partidarios se requería un mayor esfuerzo para acumular votos urbanos que para captar una clientela electoral en las provincias agrícolas. Además, el electorado urbano en Chile había sido tradicionalmente más volátil que los electores rurales[474]. Por lo tanto, una estrategia electoral dirigida a captar nuevos grupos de apoyo electoral en el campesinado llegó a ser doblemente atractiva, dado el creciente favor que otorgaba al sector rural la fórmula de representación chilena.

En la intensa competencia que se siguió entre los partidos de derecha, centro e izquierda por la adhesión del electorado rural de reciente disponibilidad, cada partido adoptó la estrategia electoral más apropiada a sus posibilidades. Los democratacristianos buscaron capturar la lealtad electoral del campesinado a través de sus muchos contactos con el movimiento laboral católico en el sector rural, y animando la creación del Movimiento Campesino Independiente y el Movimiento Nacional de Liberación Campesina (MONALICA). En gran parte a través de los esfuerzos de los democratacristianos el movimiento laboral rural largamente postergado comenzó a revivir en el campo. De la misma manera que la cuestión social urbana había despertado las pasiones del electorado en las décadas de 1920 y 1930, la cuestión agraria aparecía en las décadas de 1950 y 1960 en el centro del debate político nacional. La movilización laboral campesina se extendió por todo el campo.

473 Caviedes (1979), p. 54.

474 Ibid., pp. 52-54. La relativa estabilidad del voto campesino y sus implicancias para la estabilidad política están estudiadas en Huntington (1968), esp. cap. 8.

Cuadro Nº 4.12. Huelgas en los sectores minero, agrícola y manufacturero en la década de 1960

Sector	*1960-1964*	*1965-1966*	*1967-1969*
Agrícola	54	508	1.821
Minero	285	162	306
Manufacturero	642	324	1.364

Fuente: Pizarro (1986), p. 152.

Como lo indica el cuadro 4.12, desde mediados de la década de 1960 las huelgas agrícolas representaron el más alto porcentaje de todos los tipos de huelgas en Chile, revirtiendo la relación histórica entre los trabajadores rurales y urbanos.

Por primera vez en el curso de un siglo, en las elecciones parlamentarias de 1961, el total electoral combinado de los partidos de derecha no alcanzó a obtener un tercio de los asientos de la Cámara. También por primera vez los democratacristianos recibieron más votos que sus rivales clericales, los conservadores. Los partidos de izquierda, unidos en el FRAP, obtuvieron más votos que cualquiera lista de un partido singular, ganando el control de más del 27,5% de los puestos de la Cámara y eligiendo 13 de 45 senadores. Muy conscientes del origen de su reciente éxito electoral, los democratacristianos se convencieron de que la clave para el triunfo en la elección presidencial de 1964 estaba en los votos de las mujeres, por una parte, y de los campesinos, por la otra, especialmente de los campesinos con acceso a la tierra o inquilinos. La izquierda, por otra parte, concentró sus esfuerzos en atraer a los campesinos sin tierra, llamados afuerinos[475].

En marzo de 1964, una elección parlamentaria complementaria tuvo lugar en Curicó, el corazón del Valle Central, rico en agricultura, para llenar una vacante dejada por la muerte del diputado local. La contienda tomó el carácter de un plebiscito nacional, y los resultados fueron desastrosos para la alianza recientemente formada en 1963 entre la derecha y los radicales, el Frente Democrático. La dimensión del triunfo del candidato del FRAP, Oscar Naranjo, y la fuerza electoral demostrada por la Democracia Cristiana, mostraron la profundidad del cambio en las afiliaciones electorales que estaba ocurriendo al nivel del campesinado. Apabullados por el "naranjazo" y abandonados por gran parte de la jerarquía de la Iglesia, los conservadores y liberales se vieron obligados a abandonar su breve alianza con el partido Radical. Si la derecha

475 Kaufman le da una extensa atención a la estrategia electoral demócrata cristiana de tratar de capturar el voto de los inquilinos, la que él contrasta con la estrategia de los partidos de izquierda que apuntaba al voto de los afuerinos (172, pp. 121-32). Loveman da el mismo argumento en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), p. 245. Petras también entrega evidencia de que la izquierda tuvo éxito en movilizar a los grupos campesinos sin tierra cercanos a las áreas mineras (1969, p. 266).

quería impedir la elección de Salvador Allende en 1964, no quedaba otra alternativa que apoyar la candidatura democratacristiana de Eduardo Frei.

f. La estrategia hegemónica de los democratacristianos

En 1964 el candidato democratacristiano, Eduardo Frei, fue elegido Presidente de Chile con 55,6% de los votos emitidos. Aunque el partido hizo de nuevo asombrosos avances electorales en las elecciones parlamentarias de 1965, los democratacristianos no lograron obtener mayoría en el Senado. Esto se debió al menos en parte al hecho de que sólo un tercio del Senado era renovado en una elección dada. Con todo, los democratacristianos habían experimentado ganancias electorales sin precedentes. En el lapso de unos pocos años (1957-1965), la participación de los democratacristianos en el electorado había crecido en más de 350%, desde 9,4% en las elecciones parlamentarias de 1957, al 42,3% del total en 1965.

Irónicamente, sin embargo, el éxito rápido y espectacular de la estrategia de movilización democratacristiana contribuyó al fracaso del partido en llegar a una fórmula estable de gobierno. Su extraordinaria capacidad para sustraer votos a la derecha (que estaba en 1965 reducida a un octavo del electorado) reforzó la postura de la facción dentro del partido que argumentaba que los democratacristianos podían gobernar solos. Mientras ningún partido hubo logrado individualmente un estatuto minoritario en Chile, el pensamiento de todos los partidos estaba dominado por la lógica de los gobiernos de coalición. Esto no se debía a una convicción que fuera común a los partidos, de que el gobierno de coalición fuera "mejor", de algún modo, sino más bien a una decisión tomada sobre la base de las necesidades de gobierno. Habiendo experimentado un éxito electoral sin precedentes, los democratacristianos, en vez de ampliar su base política y salir a buscar potenciales aliados de gobierno, adoptaron la fórmula de gobierno de "camino propio", entrando en alianzas temporales de gobierno con otros partidos durante el período 1964-1970, solamente cuando tales coaliciones eran necesarias para asegurar una legislación específica.

Enfrentados con un conjunto de tareas de modernización dejadas pendientes por gobiernos anteriores, los democratacristianos emprendieron la terminación de las reformas antioligárquicas comenzadas por los gobiernos del Frente Popular. El gobierno de Frei intentó enfrentar estos desafíos con un ambicioso programa de desarrollo económico nacional. En términos generales, el programa contemplaba la modernización de la agricultura por la vía de la reforma agraria, y la ampliación del mercado de consumo interno a través de políticas salariales progresistas, reincorporando así al sector marginal urbano en expansión[476]. Combinando un compromiso por hacer la reforma agraria (lo que hubiera mejorado las posibilidades de crear un mercado interno para productos

476 La otra área importante de reforma estructural enfrentada por los democratacristianos fue, por supuesto, la necesidad de renegociar la extracción de cobre con las empresas multinacionales extranjeras. El tema recibe extenso tratamiento en otros trabajos. Véase Morán (1974).

industriales) con una estrategia de "profundización" industrial, Frei esperaba introducir una cuña entre los terratenientes y la burguesía industrial[477]. Las elites del partido buscaban por ese medio formar una gran alianza de empresarios industriales, campesinos y urbanos marginales en contra de la oligarquía rural tradicional[478]. Según entrevistas sostenidas con estrategas electorales democratacristianos, como con organizadores sindicales, el partido siguió dos estrategias separadas, aunque relacionadas, para institucionalizar su presencia en las zonas rurales en la década de 1960: la sindicalización campesina y la reforma agraria[479].

g. La sindicalización campesina

En 1967 la administración de Frei promulgó la legislación que levantaba los obstáculos, existentes por largo tiempo, a la sindicalización campesina. La ley proveía estatuto legal a la vez que financiamiento para las organizaciones sindicales campesinas que existían de hecho, surgidas en los años anteriores[480].

El panorama social en el campo experimentó cambios dramáticos entre 1964 y 1970, a medida que se multiplicaban las organizaciones campesinas de toda clase. Hacia el fin de 1967, más de 50.000 campesinos se habían organizado en 21 federaciones provinciales reconocidas. Al fin de la administración de Frei, algo así como el 50% de la fuerza de trabajo rural había sido incorporada en alguna clase de organización laboral[481].

Como lo indica el cuadro 4.13, mientras al comienzo de la administración de Frei (1964) había sólo 1.652 trabajadores organizados en el campo, que representaban sólo el 0,7% del total de la fuerza de trabajo sindicalizada, en 1970, 114.112 trabajadores rurales estaban sindicalizados, representando más de un quinto del total de la fuerza de trabajo sindicalizada. En 1973, en un contexto de hipermovilización, tanto entre los trabajadores rurales como urbanos, 229.836 campesinos participaban en sindicatos, casi un cuarto del total de la fuerza de trabajo sindicalizada.

Las lealtades políticas del sector campesino en rápido proceso de sindicalización estaban divididas entre los democratacristianos y la izquierda.

---

477 La "profundización industrial" se refiere a un tipo de estrategia de desarrollo económico perseguida en ese tiempo por los países latinoamericanos industrializados, una vez que las posibilidades de un fácil desarrollo industrial "horizontal" se habían agotado. O'Donell ha argumentado que este grado más avanzado requiere tanto del desarrollo de industrias de bienes de capital y materias primas y gigantescas inversiones en infraestructura industrial (1973, pp. 59-60).

478 Véase Moulián y Torres D. (1985), p. 22.

479 Entrevistas sostenidas con estrategas democratacristianos del partido y sindicales de este período apoyan la visión de que estas dos políticas fueron a lo menos parcialmente alcanzadas en la movilización electoral del campesinado en favor del gobierno democratacristiano.

480 Varias organizaciones, tales como INDAP (liderada por Jacques Chonchol), así como sindicatos católicos y marxistas, se habían anticipado a la ley de sindicalización campesina de 1967 creando sindicatos municipales ilegales. Véase a Loveman en A. Valenzuela y J. S. Valenzuela 1976, p. 253.

481 Ibid., p. 252; Kaufman (1972), cap. 4; Valenzuela, A. (1978), pp. 29-30.

Cuadro Nº 4.13. El crecimiento de los sindicatos en sector rural y urbano 1932-1973

Año	*Sector Urbano* [a]		*Sector Rural*		*Porcentaje sindicalizado en el total de la fuerza laboral de la agricultura*
	Número de sindicatos	*Número de miembros*	*Número de sindicatos*	*Número de miembros*	
1932	421	54.801		--	--
1933	619	75.050		--	--
1938	93	125.972		--	--
1946	1.706	251.774		--	--
1952	1.982	282.383	15	1.035	0,4
1953	2.052	297.232	15	1.042	0,6
1954	2.049	298.049	19	1.315	0,7
1955	2.177	303.315	22	1.877	0,7
1956	2.416	328.606	31	2.380	0,7
1957	2.406	315.290	31	2.397	0,7
1958	2.328	305.080	28	2.030	0,7
1959	2.258	307.323	20	1.656	0,7
1960	1.892	272.141	23	1.825	0,6
1961	1.846	261.507	22	1.764	0,6
1962	1.813	256.041	23	1.684	0,6
1963	1.852	266.332	23	1.703	0,6
1964	1.880	268.884	24	1.652	0,7
1965	2.026	290.535	33	2.126	0,7
1966	2.681	340.869	201	10.647	3,0
1967	3.153	363.713	211	47.473	11,5
1968	3.517	416.289	369	83.472	16,7
1969	3.796	426.318	423	104.666	19,7
1970	4.001	436.974	510	114.112	20,7
1971	4.486	459.118	632	127.482	21,7
1972	5.292	495.958	709	136.527	21,6
1973	5.632	704.499	870	229.836	24,6

Fuentes: Aylwin et al. (1985), p. 309; Cereceda y Dahse (1980).
a El sector urbano incluye minería, industria y servicios.

Como lo muestra el cuadro 4.14, los sindicatos campesinos patrocinados por los democratacristianos, Triunfo Campesino y Libertad, experimentaron un crecimiento temprano, representando entre ambos casi 70% de la fuerza laboral rural sindicalizada. Aunque los sindicatos de inspiración marxista, con lazos organizativos y políticos con la coalición de la Unidad Popular, Ranquil, y, más tarde, Unidad Obrero Campesina, empezaron con varios años de retraso, los partidos de izquierda crecieron más rápidamente durante el gobierno de la Unidad Popular. En 1972 los partidos marxistas habían alcanzado a los democratacristianos, dividiendo por la mitad las lealtades políticas de los

Cuadro Nº 4.14. Afiliación sindical campesina por confederación 1970 y 1973

	1970		*1973*	
Confederación	*Número*	*Porcentaje*	*Número*	*Porcentaje*
Triunfo Campesino	53.930	47,2	66.146	30,0
Libertad	24.854	21,9	44.260	20,0
Ranquil	35.328	30,9	96.254	43,6
Unidad Obrera Campesina	-	-	14.199	6,4
TOTAL	114.204	100,0	220.859	100,0

Fuente: Cereceda y Dahse (1980), p. 83.

campesinos sindicalizados. Los partidos de derecha, históricamente predominantes entre los trabajadores rurales, habían perdido toda posibilidad de patrocinar la sindicalización campesina.

Los resultados electorales generales de la movilización campesina no carecieron de ambigüedad para el emergente partido de centro. Si bien los esfuerzos democratacristianos generaban apoyo entre los votantes rurales, les costaban también bastante caro en términos de apoyo urbano. Más aún, la competencia descontrolada entre las facciones rivales dentro de los sindicatos democratacristianos, y entre éstos y los sindicatos de la izquierda que surgían, debilitaron los esfuerzos por consolidar la lealtad electoral del campesinado.

h. Reforma Agraria

Además de la sindicalización campesina, la reforma agraria, orientada a mejorar el pésimo rendimiento económico del sector agrícola, y que enfrentaba algunas de las más notables desigualdades existentes en el campo, representó un segundo elemento principal de la estrategia democratacristiana. Además, a través de la reforma agraria, los democratacristianos buscaban consolidar y extender su base de apoyo electoral en las zonas rurales. Con la reforma, dirigida principalmente a beneficiar a los campesinos con tierra, los líderes del partido esperaban crear una nueva clase de agricultor: el pequeño propietario independiente. Los estrategas del partido razonaban que si las relaciones entre campesinos y terratenientes podían ser reestructuradas a través de la reforma agraria de tal manera que los democratacristianos pudieran captar la lealtad de un naciente campesinado medio, los democratacristianos tendrían la oportunidad de fundar una nueva coalición urbano-rural para reemplazar las relaciones políticas anteriores que habían caracterizado la política chilena de partidos desde

la incorporación de los trabajadores urbanos en las décadas de 1920 y 1930[482]. En otras palabras, los democratacristianos creían tener una oportunidad única para crear una nueva coalición política multiclasista dominada por ellos mismos, y así cambiar permanentemente el equilibrio dentro del panorama político chileno en favor del centro[483].

Después de ganar la presidencia en 1964, los democratacristianos hicieron aprobar ambiciosas leyes de reforma agraria, prometiendo transferir la propiedad de la tierra a 100.000 familias campesinas durante los seis años de su administración. La nueva ley de reforma agraria daba expresa preferencia a los inquilinos, esto es, campesinos que habían trabajado en forma permanente en la propiedad [expropiada] por al menos tres de los últimos cuatro años previos al acuerdo de expropiación...[484]. Otras categorías de campesinos, con diferentes relaciones con la tierra, eran mayormente excluidos, tales como los propietarios de subsistencia, los minifundistas, y los campesinos sin tierra, o afuerinos. Según los estrategas democratacristianos, la meta era seleccionar el estrato superior del campesinado y hacerlo beneficiario principal de un nuevo orden social en el campo. En teoría, este estrato de inquilinos de la sociedad rural podía llegar a constituir un baluarte importante de estabilidad social y política. Al mismo tiempo, sin embargo, los democratacristianos arriesgaban la alienación de muchos trabajadores rurales que resultaban castigados por el proceso, como también la insatisfacción de los que querían acelerarlo.

Los datos electorales y otras pruebas sugieren que esto es precisamente lo que sucedió. Los datos electorales de los cuadros 4.4, 4.5, 4.6 y 4.7 dan la razón al punto de vista de que la Falange Nacional de las décadas de 1940 y 1950 era casi exclusivamente un partido de base urbana. Aunque sus totales de votos no fueron nunca impresionantes en ninguna parte hasta el fin de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, los pocos votos que había obtenido la Falange provenían del sector urbano. Durante las décadas de 1940 y 1950 el voto promedio para la Falange Nacional en comunas de escasa agricultura era de alrededor de 8%. La misma cifra, para comunas predominantemente agrícolas, era de menos de 3%. Esta diferencia entre las comunas urbanas y rurales se confirma cuando se la compara a comunas de mucha agricultura en el Valle Central, donde durante el mismo período la votación parlamentaria promedio de la Falange fue un tercio menor que su total urbano medio.

Sin embargo, a la altura de finales de la década de 1960, este esquema había cambiado. Aunque los democratacristianos seguían como partido de base predominantemente urbana en la década de 1960, su crecimiento más rápido ocurría

---

482 Este elemento de la estrategia democratacristiana fue elaborado en una serie de entrevistas con Francisco León, un activista partidario durante la administración Frei, encargado de la estrategia electoral rural.

483 Los democratacristianos estaban tan confiados en que su hegemonía electoral perduraría que Radomiro Tomic, uno de los fundadores del partido y embajador en Washington durante la administración Frei, afirmó en 1969 que la Democracia Cristiana estaría en el poder por las próximas décadas. Véase Huneeus (1983).

484 Citado en Kaufman (1972), p. 121.

en las zonas rurales. A fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 la proporción urbano-rural para los democratacristianos se había en alguna medida revertido. La votación parlamentaria promedio para los democratacristianos en el período comprendido entre 1961 y 1973 en comunas de escasa agricultura, 27,5%, era idéntica al promedio de las comunas predominantemente agrícolas. De hecho, esa cifra alcanzó a 29,4% en las comunas de mucha agricultura en el Valle Central. Para las elecciones parlamentarias de 1973 el voto promedio democratacristiano en comunas de baja agricultura (27,5%) era menor que el de las comunas de mucha agricultura (29,7%), y menor también que el promedio en el Valle Central, agrícolamente rico (29,9%)[485].

He argumentado que este desplazamiento electoral de parte de los democratacristianos hacia el sector rural puede fecharse a fines de la década de 1950. Los datos de los cuadros 4.4, 4.5, 4.6 y 4.7 apoyan esta interpretación. En el período entre 1957 y 1961 el voto parlamentario promedio del partido en todo tipo de comunas creció en Chile en un 4,5%. Durante este mismo período, la votación parlamentaria promedio para los democratacristianos en comunas de poca agricultura realmente cayó en 1%, mientras que en las comunas de mucha agricultura experimentaron un crecimiento de 6%, y en el Valle Central la cifra subió al doble de esa cantidad (12%)[486].

La evolución electoral del partido Demócrata Cristiano sugiere la conclusión de que las bases sociales de apoyo de los democratacristianos habían pasado de ser una base casi exclusivamente urbana a ser una coalición urbano-rural. Sin embargo, si bien los democratacristianos lograron avances entre los inquilinos en el campo, la izquierda penetró importantemente en la creciente clase de campesinos sin tierra, los afuerinos[487]. La pérdida de este grupo tuvo altos costos para la estrategia general democratacristiana, pues los afuerinos comprendían la categoría social que crecía más rápidamente en la economía rural del Valle Central, superando a los inquilinos en 1955[488]. Aunque

485 Un análisis de los coeficientes de correlación R de Pearson por porcentajes de voto derechista o democratacristiano en las elecciones desde 1941 a 1973 apunta a la misma conclusión. El apoyo a la derecha en las comunas urbanas (0,42) permaneció más estable en este período que en las comunas rurales (0,28). Para los democratacristianos, los coeficientes de correlación son débiles o negativos desde 1953 en adelante, tanto para las comunas urbanas como rurales, lo que indica grandes cambios en las bases sociales del partido. El análisis discriminatorio utilizando tabulaciones cruzadas por comunas de alta, mediana o baja importancia agrícola y porcentajes altos, medianos y bajos de voto para la derecha y los democratacristianos apoya esta conclusión. Donde fuere que la derecha sufrió masivas hemorragias electorales en sus dominios electorales comenzando los 50, los democratacristianos crecieron geométricamente en el campo desde los 50 en adelante. Las pérdidas electorales de la derecha durante este período en las áreas agrícolas se hacen aún más claras si se utilizan cifras tomadas del Valle Central (véase cuadro 4.6). Ahí, el apoyo electoral para la derecha cayó en un 7,5 por ciento.

486 Es también sugerente que la derecha durante el mismo período (1957-61) estaba experimentando pérdidas electorales en las comunas altamente agrícolas (desde un 4,1 por ciento a un 37) pero ganando en las áreas urbanas (desde un 23,4 por ciento a un 25,5 por ciento).

487 Esta visión es apoyada con evidencia presentada por Hellinger (1978), p. 271.

488 Véase Kaufman (1972), p. 29.

significativamente menores que sus totales en zonas urbanas (donde la votación promedio de la izquierda era 52,4%), la votación promedio combinada de la coalición de la Unidad Popular había llegado a una altura histórica de 41,7% en las comunas de mucha agricultura en las elecciones parlamentarias de 1973 (y a una sólo un poco más baja, 40,2%, en el Valle Central, de fuerte agricultura)[489].

Además, esta estrategia electoral llevó a algunos sectores del electorado urbano anteriormente comprometido con los democratacristianos a defeccionar a otros partidos. El programa de la reforma agraria era caro, y costaba un promedio de 12.000 dólares por cada familia beneficiada por la reforma[490]. Los sectores medios y de trabajadores urbanos que componían el núcleo del apoyo electoral original de la democracia cristiana no estaban dispuestos a pagar los altos costos envueltos en la reforma agraria. El liderazgo del partido estaba atrapado en un dilema: o bien el partido tenía que ampliar rápidamente su apoyo en las zonas rurales en términos absolutos para cancelar sus pérdidas urbanas, o bien retirarse de las zonas rurales y atrincherarse en sus anteriores electorados urbanos. Sin embargo, dada la intensidad de la competencia electoral de la derecha, y especialmente de la izquierda, tanto en zonas rurales como urbanas, los democratacristianos no pudieron hacer ninguna de las dos cosas. La defección de simpatizantes urbanos a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, y la incapacidad del partido para cubrir esas pérdidas urbanas con mayores avances rurales, anunciaban el fracaso de las aspiraciones democratacristianas de formar una coalición electoral rural-urbana lo suficientemente amplia como para que pudiera gobernar por sí misma.

Más aún, los líderes del partido Demócrata Cristiano habían subestimado las consecuencias políticas de su ataque a las relaciones de propiedad entre los propietarios del campo. En vez de dividir la oligarquía en facciones opuestas, las políticas democratacristianas lograron precipitar la reconstrucción política de la derecha en un bloque unido. Viendo en la reforma agraria la muerte de toda forma de propiedad privada (antes que la muerte del latifundio), los partidos Conservador y Liberal dejaron de lado sus anteriores diferencias para formar un nuevo partido en 1966, el partido Nacional[491]. Como resultado, desde 1966 en adelante el paisaje político chileno se dividiría en tres tercios irreductibles: el partido Nacional en la derecha, los democratacristianos en el centro, y el FRAP (más tarde, la coalición de la Unidad Popular) en la izquierda. Dado el contexto de hipermovilización del electorado, las exigencias de la competencia de partidos

489 Estas cifras deben utilizarse con precaución. A causa de que la fecha de referencia para estas mediciones es el censo de 1960, los datos pueden sólo indicar tendencias generales para los primeros años 70.

490 Kaufman estima que el costo es de 12.000 dólares por familia beneficiada (1972, pp. 121-31). Loveman coloca el costo en 11.662 dólares (1976, p. 313). Otros autores citan los crecientes costos del programa como una razón para el creciente alejamiento del partido Demócrata Cristiano de sus originales bases urbanas. Véase Yocelevsky (1983), p. 20.

491 Como agregado a la fusión de los históricos partidos Liberal y Conservador el partido Nacional incluyó un número de grupos nacionalistas. Este partido fue fundado como un partido para representar el orden, la iniciativa privada y a los "hombres de trabajo". Véase a Moulián y Torres D. (1985), p. 22.

obligaron a estos tres bloques a agudizar sus diferencias, conduciendo a la intensificación de la tendencia centrífuga del sistema de partidos.

Estos desarrollos políticos en el sector rural chileno, y sus consecuencias para la competencia de partidos, se destacan en alto relieve cuando se los coloca en perspectiva comparativa. La incorporación política y social retardada del campesinado en Chile difiere marcadamente de esquemas de incorporación política en Europa Occidental[492]. Pero aun entre los casos latinoamericanos la experiencia chilena contrasta agudamente con la de México y Venezuela. En estos últimos dos casos, la incorporación política del campesinado fue concurrente con la "incorporación inicial" de la clase obrera urbana[493]. Fue precisamente la penetración del PRI en el campo, en el caso de México, de AD y COPEI en Venezuela, y el tipo de coaliciones políticas urbano-rurales que resultaron, lo que últimamente hizo posible la estabilidad del régimen en estos países. Por contraste, en Chile estas dos fases de la incorporación de los trabajadores, la urbana y la rural, fueron acontecimientos separados, teniendo lugar la incorporación de los trabajadores rurales a iniciativa de los democratacristianos a comienzos y a mediados de la década de 1960.

i. Estrategias democratacristianas en el sector urbano

El cambio de los esquemas sociales y políticos en el campo contribuyó indirectamente a reestructurar también las oportunidades electorales en zonas urbanas. Como hemos visto, la caída de los niveles de productividad en el sector agrícola y, en consecuencia, la declinación del nivel de vida de los campesinos, reforzaron los esquemas de un aumento sostenido de la migración desde las zonas rurales a las urbanas en la década de 1950. (Ver cuadro 4.11). Grandes campamentos de habitantes de poblaciones marginales subempleados comenzaron a cercar los grandes centros de población (muy especialmente, por supuesto, Santiago). A partir de la década de 1920, la izquierda en Chile había solicitado la lealtad electoral del proletariado urbano organizado. Sin embargo, los habitantes marginales recientemente llegados permanecían sin organización, en gran parte fuera de la influencia de los sindicatos urbanos, que eran el mayor vehículo de socialización política que poseían los partidos marxistas. Tal como los grupos de electores recientemente disponibles en el campesinado, un vasto número de pobladores urbanos no comprometidos políticamente se transformaron en una fuente de apoyo potencial en una arena electoral cada vez

492 Como Luebbert (1987) ha demostrado, la estabilidad de los regímenes en la Europa de entre guerras requirió de una coalición de actores importantes tanto en las áreas rurales como urbanas. La presunción es que las trayectorias de la incorporación rural y urbana se intercepten. Esto contrasta agudamente con el caso de Chile.

493 Véase Collier y Collier (1991). Estos autores tratan extensamente las consecuencias políticas de las diferencias de periodificación y secuencia entre el caso chileno por un lado y los de México y Venezuela por otro. Esta distinción es también notada por Berquist en su estudio comparativo de la incorporación laboral en cuatro países de Sudamérica (Chile, Argentina, Venezuela y Colombia). Véase Berquist (1986), pp. 70-75.

más competitiva. Como lo ha expresado Alejandro Portes, la población marginal urbana en rápido crecimiento en Chile, junto con el campesinado recientemente movilizado, "constituían la última frontera disponible para el proselitismo político masivo. La magnitud de su número les garantizaba un papel decisivo en cualquiera contienda política"[494].

Los democratacristianos competían básicamente con los partidos marxistas por la lealtad política de los pobladores urbanos. Comenzando en los primeros años de la década de 1960, y más aceleradamente después de ganar la presidencia en 1964, los democratacristianos colonizaron y transformaron las organizaciones populares urbanas relacionadas con la Iglesia en organizaciones afiliadas al partido[495]. Usando sus muchos contactos con las organizaciones de la Iglesia a través del país como su punto de partida, los democratacristianos crearon una vasta red de organizaciones de "promoción popular", que consistían de miles de organizaciones vecinales, centros de madres y clubes de recreación para todas las edades[496]. El esfuerzo del partido por consolidar su control político del sector urbano popular por medio de la vinculación clientelista de estas organizaciones locales vecinales al Estado fue impedido por la oposición unida en el Congreso, tanto de la izquierda como de la derecha. A pesar de su fracaso en institucionalizar el apoyo del partido por parte del sector urbano popular, en espacio de breves años los democratacristianos se habían convertido en el partido predominante entre los elementos urbanos populares[497].

Los esfuerzos democratacristianos no se detuvieron en la incorporación al partido de la población urbana *marginal*. En un paso destinado a ganar el apoyo de los *trabajadores organizados*, los democratacristianos invadieron el dominio electoral hasta entonces sacrosanto de los partidos de izquierda. Como lo indican los datos del cuadro 4.15, durante el período de Frei el índice absoluto de crecimiento de los sindicatos industriales y artesanales fue substancial.

Entre 1964 y 1970 el número de sindicatos industriales más que se duplicó, y el número de miembros de sindicatos industriales creció en 38%. El número de

---

494 Portes, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), p. 203. Portes estima que durante los años 60 la población marginal urbana representó hasta un 30 por ciento de la población total de Santiago. Una primera reforma de la legislación electoral, principalmente la inscripción obligatoria en 1962, facilitaron dramáticamente las posibilidades de que esos grupos ejercitaran sus derechos políticos.

495 Labarca entrega una completa lista de organizaciones relacionadas con la Iglesia que estaban ligadas a la campaña de promoción popular de la democracia cristiana (1966, pp. 86-87). Entrevistas con Sergio Wilson, un dirigente del partido Demócrata Cristiano que trabajó en la promoción popular en ese tiempo confirma la amplia precisión de la información de Labarca.

496 Barría cuantifica las organizaciones vecinales al final del período de Frei en la cifra de 2.381, los centros de madres en 4.000, y los clubes deportivos en 5.642. Las cifras de personas participando en alguna de estas organizaciones alcanza fácilmente a los cientos de miles. Véase Barría (1971), p. 133. Petras cuantifica el número de las organizaciones de promoción popular entre 15.000 o 20.000 (1969, p. 231). Entrevistas con líderes de la promoción popular como Sergio Ossa y Sergio Wilson sugieren que estas estimaciones del alcance de estas organizaciones no son exageradas.

497 Portes afirma que incluso durante el momento más alto de la Unidad Popular, los democratacristianos recibieron el 31 por ciento del total de los votos de los marginales urbanos, una cifra no muy lejana a las preferencias combinadas de los partidos izquierdistas (las que alcanzaron al 38 por ciento). Véase Portes, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1976), pp. 214-15.

Cuadro Nº 4.15. Crecimiento de los sindicatos industriales y de artesanos 1932-1970

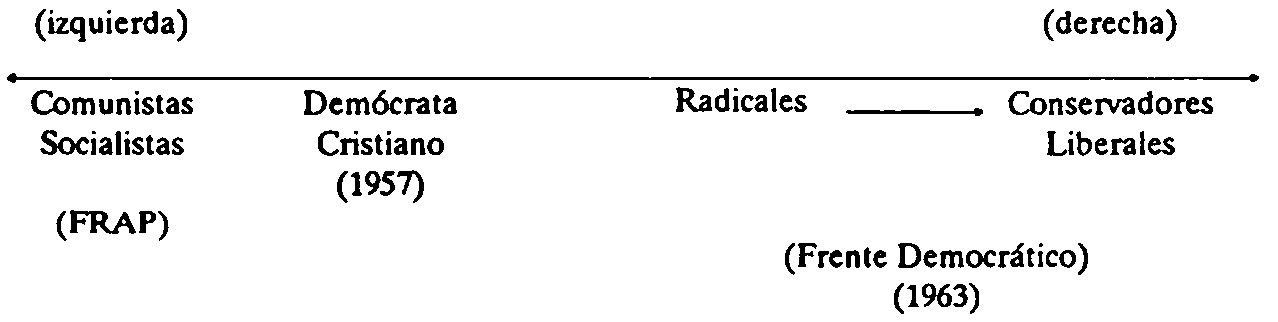
Año	*Sindicatos industriales (obreros)*		*Sindicatos de profesionales (empleados)*	
	Número de sindicatos	*Número de miembros*	*Número de sindicatos*	*Número de miembros*
1932	168	29.442	253	25.359
1934	266	42.617	414	38.468
1936	275	51.185	315	35.514
1938	333	78.989	599	46.983
1940	629	91.940	1.259	70.355
1942	602	122.688	991	71.641
1944	596	143.860	1.056	103.221
1946	591	148.276	1.115	103.498
1948	607	151.633	1.250	112.043
1950	626	147.306	1.270	111.994
1952	635	155.054	1.393	128.329
1954	667	165.888	1.372	132.161
1956	788	170.689	1.563	144.303
1958	641	154.650	1.225	119.666
1960	608	122.306	1.144	107.687
1962	598	134.478	1.154	110.669
1964	632	142.951	1.207	125.926
1966	990	179.506	1.679	161.363
1968	1.261	189.815	2.163	222.212
1970	1.440	197.651	2.569	239.323

Fuente: Adaptado de Valenzuela, A. (1978), p. 28.

sindicatos artesanales también se duplicó, en tanto que el número de miembros de estos sindicatos de artesanos saltó hasta llegar al 90%. Si bien Arturo Valenzuela observa correctamente que la tendencia hacia arriba reflejaba una recuperación luego de una declinación del número de miembros de los sindicatos, experimentada en la década de 1950 (tanto en términos reales como relativos), es igualmente digno de nota que este renovado aumento de la sindicalización industrial y artesanal tuvo lugar como resultado directo del apoyo estatal a la sindicalización patrocinado por la administración de Frei[498]. Los democratacristianos usaron los recursos del Estado para debilitar el arraigo de los partidos de izquierda entre los trabajadores organizados y rearticular este sector bajo los auspicios del partido. Estos esfuerzos tuvieron algún éxito en sectores críticos de los trabajadores urbanos.

498 Valenzuela, A. (1978), pp. 25-33.

Figura Nº 4.3. Evolución del sistema de partidos
(Fase 1, 1957-63)



Nota: La cercanía de los radicales a la derecha durante el período de su alianza defensiva desde 1961 a 1963 (el Frente Democrático) creó un vacío en la centro izquierda del sistema de partidos, abriendo así un espacio para ser ocupado por la Democracia Cristiana. Mis agradecimientos a Tomás Moulián por su sugerencia de las tres fases de las figuras 4.3, 4.4 y 4.5.

El crecimiento de los democratacristianos entre los trabajadores urbanos se reflejó en su aumentada representación en la principal confederación sindical de Chile, la CUT. En el primer congreso de la CUT, en la década de 1950, los democratacristianos recibieron el 5,6% de la votación. En el segundo congreso, a comienzos de la década de 1960 esa cifra había subido al 11%. A fines de la década de 1960, los democratacristianos alcanzaban el 27,3% del total de los votos emitidos en la CUT. Durante el gobierno de la Unidad Popular los democratacristianos continuaron mostrando fuerza entre los trabajadores industriales organizados. En las elecciones de la CUT de mayo de 1972 los candidatos democratacristianos obtuvieron el 26,3% de los votos emitidos, terminando en un virtual empate con los socialistas (26,4%) y no muy atrás de los comunistas (30,9%)[499].

Tal vez aún más importante que su número creciente dentro del movimiento laboral industrial durante los años de Frei fue el aumento dramático del número de sindicatos profesionales y de los miembros de éstos. (Ver cuadro 4.15). Agudizando su ataque contra el incuestionado control político de los trabajadores urbanos por parte de la izquierda, la administración Frei hizo aprobar leyes para subir la clasificación de varias profesiones industriales desde la categoría de obrero a la de empleado. Este cambio trajo un aumento de estatus y de beneficios estatales para varios grupos de trabajadores industriales favorecidos. Subrayando las distinciones sociales entre los trabajadores, la legislación tuvo el efecto de dividir las identidades y lealtades entre los trabajadores urbanos organizados. La legislación de Frei, y el número creciente de los sindicatos profesionales, plantearon un claro desafío a los esfuerzos de la izquierda por mantener su hegemonía política en la clase obrera urbana, y

499 Fleet (1985), p. 157. Véase también Petras (1969), cap. 4.

amenazaron con erosionar el principal apoyo electoral tradicional con que contaban los partidos Comunista y Socialista.

Así, el partido Demócrata Cristiano empleó un conjunto complejo de estrategias rurales y urbanas para consolidar y ampliar su control del centro del espectro político chileno. Al hacerlo, se extendió hacia grupos de electores que estaban antes ligados a la derecha y la izquierda en el contexto de un universo electoral en rápida expansión, deshaciendo así la relativa estabilidad de los dominios electorales previos. La Figura 4.3 ilustra estas estrategias.

Durante el período entre 1964 y 1970, los democratacristianos intentaron hegemonizar todo el sistema de partidos desde su posición en el centro, extendiéndose tanto a la derecha como a la izquierda. Buscaban hacerlo aprovechando las nuevas oportunidades electorales que presentaba un universo político en rápida expansión. Sin embargo, invadiendo dominios electorales rurales y urbanos que habían estado antes en poder de la derecha y de la izquierda, los democratacristianos se vieron confrontados por oposiciones bilaterales intensas. Al penetrar hondamente en el campo para reestructurar relaciones sociales y políticas de antigua data, los líderes del partido Demócrata Cristiano provocaron la ira de la oligarquía rural y precipitaron una reorganización de las fuerzas políticas de la derecha. Las políticas democratacristianas de reforma agraria y sindicalización campesina, aumento de las contribuciones de bienes raíces y la modificación de los derechos de propiedad, presionaron a la derecha para ir aún más a la derecha, y la llevó a una más profunda alienación del centro. Cualquier posibilidad de una alianza de centro-derecha en la elección presidencial de 1970 había llegado a ser impensable.

Al mismo tiempo, al buscar el apoyo de los trabajadores rurales y urbanos no organizados, y luego de los organizados, los democratacristianos amenazaban con privar a los partidos de izquierda de su base electoral histórica. En este mercado electoral intensamente competitivo la izquierda necesitaba diferenciarse políticamente de los democratacristianos. En el momento en que el partido del centro buscaba, y promulgaba, reformas estructurales significativas, ¿qué quedaba para la izquierda? El ritmo de la escalada ideológica se aceleraba a medida que la izquierda intentaba sobrepasar la oferta de los democratacristianos. Durante el período comprendido entre 1964 y 1970 las políticas democratacristianas tuvieron el efecto de empujar a la izquierda más hacia la izquierda.

Otros factores, además, contribuyeron a que la izquierda se desplazara más hacia la izquierda. Profundamente afectada por desarrollos ocurridos en la Cuba revolucionaria, el partido Socialista argumentaba que el ejemplo de Castro demostraba que ése era el único camino real para alcanzar la sociedad socialista. Rechazando *a priori* cualquier intento de buscar una alianza electoral con el centro, los socialistas sostenían que el Estado capitalista burgués debía ser inmediatamente reemplazado por un Estado socialista de los trabajadores[500].

---

500 Los comunistas alegaban por una postura más flexible en relación a las alianzas con el centro que

Cuadro Nº 4.16. Resultados de las elecciones presidenciales de 1958, 1964 y 1970 (porcentaje)

1958		*1964*		*1970*	
Candidato	*Porcentaje*	*Candidato*	*Porcentaje*	*Candidato*	*Porcentaje*
Allende	28,6	Allende	38,6	Allende	36,2
Bossay	15,2	Durán	4,9		
Frei	20,5	Frei	55,7	Tomic	27,8
Alessandri	31,2			Alessandri	34,9
Zamorano	3,3				
Blancos/nulos	1,2	Blancos/nulos	0,8	Blancos/nulos	1,1
Total	100,0	Total	100,0	Total	100,0

Fuente: Dirección General del Registro Electoral, Santiago, Chile.

Los partidos marxistas, así como una fracción desprendida de los radicales, se unieron para formar la coalición de la Unidad Popular para presentar un bloque electoral unificado en la elección presidencial de 1970. Así, en 1970 el sistema de partidos estaba reducido a tres bloques no coaligados y en competencia. La candidatura de Salvador Allende proclamada por la Unidad Popular ganó la elección presidencial de 1970 por un estrecho margen, obteniendo una participación aún más pequeña del total del electorado que la que había obtenido en su fracasada campaña electoral de 1964. (Ver cuadro 4.16).

En resumen, la invasión de un nuevo actor como partido de centro representaba un desafío sin precedentes a feudos electorales reclamados previamente por otros actores. Así sucedía con el control que la derecha tenía del campo, y el antiguo dominio de los trabajadores en los sectores modernos y urbanos por parte de la izquierda. Esto tuvo el efecto de reordenar la estructura de las posibilidades de coalición entre los actores urbanos y rurales relevantes. Los democratacristianos privaron a los partidos de la derecha y de la izquierda de grupos de apoyo electoral cruciales en zonas rurales y urbanas, que se necesitaban para formar una coalición estable de gobierno. Al hacerlo así, los democratacristianos tuvieron el éxito suficiente como para prevenir que, ya fuera la derecha o la izquierda, atrajeran los grupos de apoyo electoral necesarios para llegar a coaliciones de gobierno estables por sí mismas, pero no lograron captar un grupo electoral masivo en los sectores urbano y rural que fuera suficientemente amplio como para permitirles gobernar solos.

---

la de los socialistas y otros elementos de la izquierda. Véase Walker (1986), pp. 84-109; y Faúndez (1988), pp. 217-22.

Un presupuesto básico que subyace esta proposición es que cualquiera coalición estable, capaz de fundar un régimen, requiere la participación de elementos claves, tanto de la población rural como de la urbana. Tal presupuesto no es gratuito. Samuel P. Huntington argumenta que "la brecha entre la ciudad y el campo es la clave de la política en sociedades en proceso de modernización". Según Huntington, el campo "es, o la fuente de estabilidad, o la fuente de revolución. Quien controla el campo controla el país". Barrington Moore también considera que el cierre de la brecha que separa los intereses urbanos de los rurales es importante para lograr estabilidad política. Como dice Moore, "las coaliciones y contracoaliciones que han surgido entre los dos grupos, y también cruzándolos, han constituido y todavía constituyen el marco básico y el ambiente de la acción política, conformando la serie de oportunidades, tentaciones, e imposibilidades con las que los líderes políticos deben actuar..."[501]. La política competitiva llegó a ser inoperante en Chile durante los años finales de la década de 1960 y la década de 1970, principalmente como resultado de la ambiciosa estrategia de movilización adoptada por el partido Demócrata Cristiano, del universo electoral en proceso de rápida expansión en que evolucionó y, como consecuencia de estos factores, del fracaso de coaliciones de gobierno alternativas, potencialmente estables, entre y dentro de sectores de la población urbana y rural.

j. El papel del centro

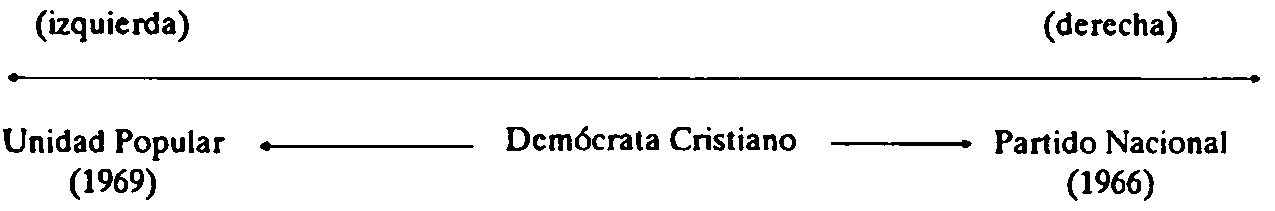
Al explorar el papel controvertido jugado por los democratacristianos (PDC) dentro del sistema de partidos entre 1957 y 1973, es necesario distinguir tres fases diferentes. Inicialmente, al menos, los democratacristianos no reemplazaron el histórico partido de centro, el partido Radical, sino más bien se unieron a ellos en el centro, llegando a ser un segundo partido intermedio[502]. Durante la primera fase del crecimiento de los democratacristianos, entre 1957 y 1963, el sistema de partidos de Chile se caracterizaba por cuatro tendencias principales en vez de las tres acostumbradas, como se muestra más adelante en la Figura 4.4.

La existencia de dos centros electoralmente viablés entre 1957 y 1963 (el año en que los radicales formaron el Frente Democrático con la derecha) sirvió en una manera para fomentar las oportunidades de coalición disponibles dentro del sistema de partidos. La presencia de los democratacristianos durante esta fase, al menos teóricamente, multiplicó el número de los posibles aliados de coalición. De hecho, en la elección presidencial de 1958, el partido Demócrata Cristiano -siendo él mismo una amalgama recientemente formada de varias corrientes partidarias diferentes- hizo un esfuerzo para formar una alianza electoral con los liberales. El surgimiento de los democratacristianos, al menos

501 Huntington (1968), pp. 301, 292; Moore (1966), p. 423.

502 La interpretación de Moulián del período que sigue ha sido muy útil para el análisis que viene a continuación. Véase esp. Moulián (1986b).

Figura Nº 4.4. Evolución del sistema de partidos
(Fase 2, 1964-70)

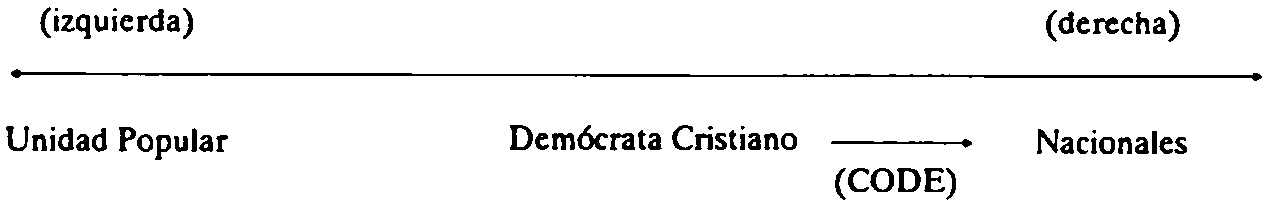


inicialmente, no produjo automáticamente una polarización ni bajó el nivel de cooperación entre los partidos. Más bien introdujo todavía otro posible aliado de coalición. Se puede argumentar que, entre 1957 y 1964, al menos, los democratacristianos no jugaron el papel de fuerza centrífuga que se les ha atribuido.

Sin embargo, el papel que jugaron los democratacristianos en la segunda fase de su desarrollo, entre 1964 y 1970, es menos ambiguo. Hemos visto ya que, después de 1959, los democratacristianos estaban cada vez menos interesados en la política de coaliciones interpartidos. Una vez que los democratacristianos ganaron la presidencia en 1964, el partido reforzó las fuerzas centrífugas que ya operaban en el sistema de partidos. Varias razones justifican este argumento. Primero, las políticas democratacristianas durante esta segunda fase, especialmente en el sector rural, traumatizaron de tal manera a la derecha que cualquier entendimiento con este partido reformista de centro llegó a ser impensable. El polo derecho del sistema de partidos se reconstituyó políticamente en 1966, a medida que los liberales y conservadores se fusionaban con otros elementos nacionalistas para formar el partido Nacional. Segundo, las reformas democratacristianas fueron de tan largo alcance, que la izquierda -que ya experimentaba un proceso de radicalización- fue empujada aún más hacia la izquierda en un esfuerzo por distinguirse políticamente del centro. Tercero, el centro histórico, el partido Radical, sufrió rápida declinación electoral a fines de la década de 1960, y, en 1969, se desplazó hacia la izquierda para unirse a la coalición de la Unidad Popular. Así, esta segunda fase se caracterizó por una configuración diversa de comportamiento de los partidos, determinada en gran medida por el desafío que planteaba la movilización electoral democratacristiana, como se muestra más adelante en la Figura 4.5.

El grado en que los democratacristianos contribuyeron a la competencia centrífuga entre 1970 y 1973, los años que correspondieron al gobierno de Salvador Allende, es una cuestión que requiere un examen prolijo. Parece que, al comienzo del gobierno de la Unidad Popular, el centro intentó (sin éxito) jugar un papel mediador. El compromiso entre los partidos de la Unidad Popular y los democratacristianos era la única posibilidad que quedaba si se quería evitar el colapso de la competencia política. Sin embargo, la capacidad de los democratacristianos para actuar como mediadores dentro del sistema de

Figura Nº 4.5. Evolución del sistema de partidos
(Fase 3, 1970-73)



partidos fue impedida en gran manera por la hipermovilización del electorado y la agudización de la polarización política. A estos factores debe añadirse la sustitución, en el centro, de los radicales por los democratacristianos. Estos eran un tipo diferente de partido de centro, en un contexto político muy diferente. Aun si lo hubieran querido, los democratacristianos habrían encontrado grandes dificultades organizativas al tratar de jugar el papel de mediador dentro del sistema de partidos. Los democratacristianos se entendían a sí mismos no principalmente como un partido *posicional* de centro que hacía compromisos, sino como un partido de centro *programático*, con altos intereses en virtualmente cualquier programa político. Volveremos a esta discusión en el capítulo final.

La intransigencia del partido Socialista dentro de la coalición de la Unidad Popular, y su absoluta negativa a considerar alianzas fuera de la coalición de la Unidad Popular, reforzó aún más el predominio de fuerzas centrífugas dentro del sistema de partidos y, eventualmente, llevó al centro a la pérdida de opciones políticas viables. Enfrentado a estas dificultades, el centro perdió gradualmente la iniciativa política en favor de la derecha. Aunque durante todo el período los democratacristianos permanecieron como fuerza electoral formidable y recuperaron su lugar como el partido más grande de Chile, considerado individualmente, en las elecciones parlamentarias de 1973 la derecha surgió como líder de la oposición a Allende. En julio de 1972 las negociaciones entre el gobierno de coalición de la Unidad Popular, encabezado por Salvador Allende, y los democratacristianos, representados por Patricio Aylwin, terminaron en fracaso. En octubre de 1972 entidades de comerciantes y profesionales organizaron una huelga nacional para paralizar la economía. La huelga, que paralizó el país por casi treinta días y llevó al gobierno de Allende al borde del desastre, fue apoyada por algunos actores económicos claves, como el sindicato de camioneros. En anticipación de las elecciones municipales de 1973, los partidos de oposición al gobierno de Allende consolidaron sus esfuerzos electorales formando una alianza llamada Confederación Democrática, o CODE, llevando el proceso de polarización a su conclusión lógica. En agosto, el Congreso aprobó con una clara mayoría una moción que declaraba inconstitucional el gobierno de Allende. Las tres tendencias tradicionales de Chile se habían evaporado, dejando el escenario a un duelo mortal entre dos alternativas mutuamente excluyentes. El 11 de septiembre de 1973 la política competitiva de partidos terminó en Chile con un brutal

golpe de Estado, y se nombró una junta de gobierno, encabezada por el General de Ejército Augusto Pinochet.

k. Conclusión

El surgimiento, crecimiento y consolidación del partido Demócrata Cristiano en el centro del sistema de partidos de Chile no ha sido analizado en forma adecuada por los estudios anteriores. La ambiciosa estrategia electoral de este partido hegemónico de centro de ninguna manera puede ser descrita como "débil, más un reflejo de exclusiones a partir de los dos extremos que de un polo de centro positivo"[503]. Más bien, el centro constituyó un fuerte protagonista político con considerable capacidad de iniciativa. Más aún, una vez que los democratacristianos hubieron ocupado el centro del espectro de partidos, a pesar de las fuertes tensiones centrífugas que operaban en el electorado, el centro conservó una parte considerable de éste. Como lo muestran los cuadros 4.17 y 4.18, aun si se pasa por alto la explosión electoral de los democratacristianos en las elecciones parlamentarias de 1965 (puesto que la derecha se había esencialmente de-

Cuadro Nº 4.17. Porcentaje del voto popular recibido por los principales partidos políticos chilenos en las elecciones parlamentarias 1937-1953

Partido	*1937*	*1941*	*1945*	*1949*	*1953*
Conservadores	21,3	17,2	23,6	22,7	14,4
Liberales	20,7	14,0	20,1	19,3	10,9
Nacionales	--	--	--	--	--
Radicales	18,7	23,0	19,9	27,7	15,6
Falange/PDC	--	3,4	2,6	3,9	2,9
Demócratas	9,4	5,7	5,4	6,8	5,6
Ibañistas	--	--	--	8,3	18,9
Socialistas	11,2	22,1	12,8	9,4	14,2
Comunistas	4,2	11,8	10,3	--	--
Otros	14,5	2,8	5,3	1,9	17,5

Fuente: Valenzuela, A. (1978), p. 35.

503 Citado de Sartori (1966), pp. 164-65. Véase también Sartori (1976), pp. 159-63.

Cuadro Nº 4.18. Porcentaje del voto popular recibido por los principales partidos políticos chilenos en las elecciones parlamentarias 1957-1973

Partido	*1957*	*1961*	*1965*	*1969*	*1973*
Conservadores	17,6	14,3	5,2	--	--
Liberales	15,4	16,1	7,3	--	--
Nacionales	--	--	--	20,0	21,3
Radicales	22,1	21,4	13,3	13,0	3,7
Falange/PDC	9,4	15,4	42,3	29,8	29,1
Demócratas	5,0	6,9	--	--	--
Ibañistas	7,8	--	--	--	--
Socialistas	10,7	10,7	10,3	12,2	18,7
Comunistas	--	11,4	12,4	15,9	16,2
Otros	12,0	3,8	9,2	9,1	11,0

Fuentes: Valenzuela, A. (1978), p. 35.

rrumbado electoralmente en esas elecciones), el esquema de crecimiento continuo y gradual en el centro, comenzado a fines de la década de 1950, experimentó sólo una leve declinación de 0,7% en 1973. Dado el surgimiento comparativamente reciente del partido, parece que los democratacristianos se mantuvieron cohesionados sorprendentemente bien precisamente durante los años que se caracterizaron por una polarización extrema. Aparece en general muy poca pérdida por "hemorragia" en el partido de centro.

Si bien es verdad que el sistema de partidos chileno se caracterizó por una extrema polarización antes del colapso de 1973, la afirmación de Sartori de que "el centro significaba, substancialmente, un *tránsito* de la izquierda a la derecha y viceversa"[504] es dudosa. En último término, la fragmentación política en Chile no fue el resultado de la falta de un polo central capaz de aportar *solidez*, sino, hasta cierto punto, de lo contrario: fue en gran parte una consecuencia del *éxito* de la estrategia de movilización electoral del partido Demócrata Cristiano y la manera en que las consecuencias de esta estrategia definieron eventualmente la estructura de opciones políticas disponibles a la derecha y a la izquierda.

El papel que jugó el partido Demócrata Cristiano no fue el de un centro *ocupado* débil y defensivo[505], sino más bien el de un centro *ocupante* agresivo y altamente dinámico, ganando y perdiendo nuevos grupos de apoyo electoral,

504 Sartori (1976), p. 160.

505 Un "centro ocupado" es descrito por Sartori como uno en el cual el centro del sistema de partidos es ocupado por un partido que lo deja fuera de toda competencia (Ibid., p. 350).

tanto de la derecha como de la izquierda. Los democratacristianos buscaron atraer el apoyo tanto de los ciudadanos recientemente inscritos, como, lo que es más importante para la forma de la competencia política, de los previamente comprometidos. Al hacer esto, los democratacristianos minaron las coaliciones políticas anteriormente funcionales, e intentaron forjar una nueva coalición urbano-rural bajo su propia hegemonía. En último término, el fracaso de este intento hizo más difícil la estabilidad del régimen, y contribuyó al colapso eventual de la política competitiva en septiembre de 1973[506].

El partido Demócrata Cristiano tuvo el suficiente éxito como para impedir que la izquierda y la derecha llegaran a una fórmula para una coalición estable de gobierno, pero no tuvo el éxito suficiente como para gobernar por sí mismo.

506 El rol jugado por el centro al contribuir a los comportamientos centrífugos en la competencia partidaria no fue la única variable política estructural de importancia que fue significativa en conducir a la ruptura de la competencia partidaria democrática. Otras variables estructurales claves, tales como el rol del presidencialismo, también desestabilizaron los patrones de competencia dentro del sistema político. Véase Huneeus (1988), p. 169; Valenzuela, A. (1978, 1985); y Arriagada Herrera (1984).

V. ESQUEMAS HISTORICOS Y LA FORMA DE LA COMPETENCIA DE PARTIDOS

En el análisis que precede he seguido la evolución de doce décadas de competencia de partidos en Chile, desde el comienzo del sistema de partidos a mediados del siglo XIX hasta el quiebre de la democracia en 1973. Ha sido un objetivo principal de este libro descubrir un esquema en la interacción histórica entre las fisuras sociales y políticas fundamentales de Chile y la formación de partidos y el sistema de partidos. He argumentado que la mejor interpretación de la forma del conflicto político dentro del sistema de partidos chilenos puede hacerse a través de los lentes de tres fisuras generativas principales. Cada una de estas fisuras precipitó, en un punto identificable temporalmente llamado coyuntura crítica, una reorientación significativa de la competencia de partidos dentro del sistema. Las dos primeras de estas coyunturas críticas, precipitadas por el conflicto clerical-anticlerical en el siglo XIX y el conflicto de clases en el sector moderno en las primeras décadas del siglo XX, son ampliamente reconocidas por los historiadores chilenos como momentos de transformación significativa dentro del sistema de partidos. El sistema chileno experimentó una tercera reorganización importante en la década de 1950. Esta tercera coyuntura crítica fue precipitada por la extensión de la política de clase obrera al sector rural tradicional. Reforzada y amplificada por varios cambios concurrentes adicionales, preparó el escenario para la hipermovilización del electorado chileno, la intensificada polarización dentro del sistema de partidos y el consiguiente quiebre de la política competitiva de partidos en 1973.

En este capítulo final intento subrayar las implicaciones teóricas del análisis precedente. Primero, destilo de mi exploración del caso chileno un conjunto de proposiciones para el estudio de los sistemas de partidos en general. En segundo lugar, recurriendo a lecciones derivadas de tres casos diferentes de partidos de centro que surgieron para desempeñar un papel clave en cada una de las coyunturas críticas en Chile, propongo varias implicaciones teóricas para el papel del centro en sistemas multipartidistas. Finalmente, examino la forma de la competencia de partidos que surge en Chile después de 16 años de gobierno autoritario encabezado en Chile por Augusto Pinochet. Esta última sección busca explorar la cuestión de si el análisis precedente puede arrojar luz sobre el legado de partidos dejado por el régimen militar.

1. FISURAS, COYUNTURAS CRITICAS Y EVOLUCION DE LOS PARTIDOS

En un epigrama que encabeza la parte principal de su autobiografía, Lillian Hellman reflexiona sobre su pasado en estos términos:

> *La pintura vieja, a medida que envejece sobre una tela, se hace a veces transparente. Cuando esto sucede, es posible ver, en algunos cuadros, los trazos originales: a través del vestido de una mujer se verá un árbol; un niño da lugar a un perro; un barco grande no navega ya en un mar abierto. Tal fenómeno recibe el nombre de pentimento, porque el pintor se ha "arrepentido", ha cambiado de inspiración. Tal vez valdría decir que la concepción antigua, reemplazada por una opción posterior, es una manera de ver, y de luego volver a ver*[507].

Estas líneas de Hellman sirven como metáfora apropiada para describir la manera en que sucesivas líneas de fisura política y social se suceden unas a otras, y ayudan a dar forma al panorama político. Las sucesivas líneas de fisura dejan capas de actitudes políticas, creencias y lealtades análogas a capas de pintura sobre una tela. Así como una nueva pintura se sobrepone a la antigua, las nuevas líneas de fisura social y política redistribuyen la arena política entre nuevos arreglos remodelados por el conflicto más reciente. Y, de la misma manera que "es posible ver, en algunos cuadros, los trazos originales", así también se pueden discernir las líneas de conflictos pasados bajo la distribución del electorado y los nuevos arreglos creados por la fisura más reciente. De la misma manera que uno mira la pintura bajo cierta clase de luz y desde diferentes ángulos, uno puede también aproximarse a los conflictos políticos contemporáneos desde diferentes perspectivas analíticas. Y, tal como el brillo de los colores con que el cuadro fue pintado originalmente hace más o menos fácil ver los temas subyacentes, la profundidad de las fisuras originales determina la fuerza con que reaparecen, o condicionan el panorama político emergente.

Una proposición importante del análisis precedente es la de que la manera peculiar como los miembros de una sociedad se dividen unos de otros, y se asocian unos con otros, tiene consecuencias importantes, directas y especificables para la forma que adopta el conflicto político dentro del sistema de partidos. La cristalización original de los partidos chilenos en el siglo XIX, y su evolución consecuente, estuvo asociada con el desplazamiento de un conflicto por uno nuevo. Cuando una fisura es desplazada por otra, el antiguo conflicto no desaparece simplemente, sino que el sistema de partidos adquiere una nueva racionalidad, conformada, pero ya no definida, por el conflicto anterior. Se forjan nuevas alineaciones de partidos sobre la base de este nuevo juego que se da entre las líneas de fisura. Cuando un nuevo conflicto surge como predominante para una porción decisiva del electorado, un nuevo sistema de partidos, caracterizado por una nueva "agenda política" y, a menudo, por nuevos

---

507 Hellman (1973), p. 1.

partidos, suplanta el sistema antiguo[508]. Una coyuntura crítica en el sistema de partidos, y el desplazamiento de conflicto que la precipitó, es generalmente acompañada por dos fenómenos relacionados: la conversión de electores establecidos a nuevas afinidades partidarias, y la movilización de nuevos grupos de apoyo electoral de parte de los partidos[509].

La tentativa de explicar el conflicto político como consecuencia de esquemas más amplios de fisura social subyacente constituye una tradición bien establecida. Una de las herencias principales del análisis político de Marx es su argumento en favor de la existencia de vínculos causales entre un tipo particular de fisura social, la clase social, y la presencia de un conflicto político intenso y, en último término, la revolución. Max Weber compartía el presupuesto de Marx según el cual la variable distribución de posición económica y social debía afectar las características del conflicto político. Pero Weber disentía de Marx respecto a la fuerza explicativa de una fisura social considerada aisladamente. Si bien tanto Marx como Weber buscaban las fuentes del conflicto político en las divisiones sociales, Marx argumentaba que la única fisura que importaba era la de la clase social, en tanto que Weber implicaba que existe un número ilimitado de bases potenciales de fisura[510]. Lipset y Rokkan visualizaban también las fisuras políticas y los cambios en el sistema de partidos como derivados del ámbito social. Según Lipset y Rokkan las fisuras se politizan a medida que se transforman en temas de conflicto en gran escala que envuelven a segmentos importantes de la población y llegan subsiguientemente a vincularse a diferentes partidos. Estos autores buscaban descubrir un esquema en la interacción histórica entre fisuras sociales fundamentales y la formación y persistencia de partidos políticos y de sistemas de partidos en Europa Occidental. El objetivo principal de este libro ha sido el de especificar ese esquema de interacción para el caso singular de Chile[511]. ¿Qué conflicto fundamental, o conjunto de conflictos, precipitó la formación de partidos en Chile? ¿Cómo y por qué ocurrió de esta manera?

El tipo de análisis que he emprendido aquí no es muy diferente de mucho de lo que se ha hecho en la literatura norteamericana sobre realineación. Los es-

---

508 Como se señala en el capítulo 1, la expresión "agenda política" proviene del análisis de Schattschneider del realineamiento en los Estados Unidos en 1932 (1960, p. 88).

509 Conversión y movilización son, como Sundquist hábilmente ha demostrado, aspectos relacionados de un mismo proceso (1983, pp. 37-39). Esto es también consistente con el argumento de Schattschneider de que "unión y división son parte del mismo proceso" (1960, p. 64). Petrocik, en su longitudinal estudio del realineamiento en los Estados Unidos, sostiene que los realineamientos principales están siempre acompañados de la movilización de ciudadanos previamente inactivos (1981, pp. 30-110). Sin embargo, en el caso de Chile la expansión del electorado sólo estuvo presente en dos de las tres coyunturas críticas.

510 Yo encuentro la argumentación de Zuckerman respecto al uso de las coyunturas como una tradición dentro de las ciencias sociales más útil para mi propio análisis. Véase Zuckerman (1975), pp. 231-48, esp. p. 234.

511 Si bien Lipset y Rokkan y otros han ligado las coyunturas políticas a divisiones sociales de gran escala, yo he indicado que las divisiones políticas no necesitan originarse en el mundo social. Por ejemplo, la lucha por los puestos públicos que precipitó la formación del protopartido Liberal a fines de los años 1840 representó una coyuntura política sin que hubiera una correspondiente base social amplia.

critos de V. O. Key sobre la competencia de partidos en el sur de los Estados Unidos, que datan de la década de 1950, el trabajo de E. E. Schattschneider y Walter Dean Burnham en la década de 1960 sobre realineaciones críticas, y los análisis de James Sundquist en la década de 1980, comparten la perspectiva básica de que, en palabras de Schattschneider, "lo que sucede en la política depende de la manera en que la gente se divide en facciones, partidos, grupos, clases, etc. El resultado del juego político depende de cuál de una multitud de conflictos posibles alcanza la posición dominante"[512]. Schattschneider argumentaba que el conflicto intenso servía el doble propósito de dividir algunos grupos, y, al mismo tiempo, y esto es crucial, unir y consolidar otros. Según Schattschneider, los sistemas de partidos se encaraban a coyunturas históricas críticas cuando eran confrontados por un cambio en los términos del conflicto político. Por consiguiente, la dinámica de la competencia de partidos debe ser entendida en términos del papel decisivo desempeñado por "las fisuras explotadas por los partidos en su lucha por la supremacía"[513].

Por lo tanto, las transformaciones cruciales en la forma de los sistemas de partidos pueden entenderse primariamente como reflejos de cambios en las líneas de fisura sociales y políticas fundamentales[514]. Según mi descripción del despliegue de sucesivas líneas de fisura en el curso de doce décadas en Chile, en cada coyuntura crítica ha habido importantes trasformaciones en las relaciones entre actores políticos principales dentro del sistema de partidos. Para cada coyuntura crítica he comparado la forma adoptada por el conflicto político dentro del sistema de partidos antecedente con la del sistema de partidos resultante, y he mostrado que se diferencian de maneras importantes y susceptibles de ser especificadas.

Al emplear un marco de referencia de coyuntura crítica para interpretar transformaciones mayores en el sistema de partidos políticos, he hecho una afirmación sobre la manera en que ocurre el cambio político. Al argumentar que una coyuntura crítica en la evolución del sistema de partidos se desencadena cuando las fuerzas políticas nuevas generadas por las controversias que se dan dentro de la sociedad (y/o entre las elites políticas) llegan a ser lo suficientemente fuertes como para acabar con la inercia característica del sistema de partidos, estoy implicando que la política goza de un cierto grado de

---

512 Schattschneider (1960), p. 62. El primero en exponer los realineamientos en esta forma fue V. O. Key (1955, 1959). Trabajos posteriores de Burnham (1965) y Sundquist (1983) extendieron significativamente el análisis al referirse a "realineamientos críticos" y "realineamientos seculares".

513 Schattschneider (1960), p. 76; véase también cap. 4 y 5.

514 Un acercamiento alternativo para interpretar cambios de importancia dentro del sistema de partidos sería el focalizarlo en el estudio de los datos electorales. Aunque yo considero importantes los datos electorales y la distribución del respaldo partidario para interpretar los cambios dentro del sistema de partidos y utilizo esos datos en este estudio, los cambios en la distribución del respaldo partidario sólo pueden revelar qué es lo que sucedió, no por qué ni cómo estos cambios han ocurrido. Como Sundquist recalca, para explicar cambios significativos en el nivel de respaldo partidario en el campo electoral, uno debe examinarlos en el contexto de las fuerzas históricas que dieron forma a las actitudes y conductas de la época en que éstos ocurrieron. Véase Sundquist (1983), pp. 14-15.

autonomía respecto de las fuerzas sociales. No estoy argumentando que ciertas variables estructurales socioeconómicas u otras aún más amplias carezcan de importancia para entender el cambio al nivel del sistema de partidos. Al contrario, los factores estructurales más amplios, aunque no constituyen el foco central, desempeñan un papel principal en el análisis que antecede. Por ejemplo, en la segunda y tercera coyuntura crítica, la industrialización, el surgimiento de la clase obrera, y la manera específica en que la fisura de clases, tanto en el sector moderno como en el tradicional, se desplegaron social y políticamente, están estrechamente ligados a variables socioeconómicas más amplias.

Los sistemas de partidos se caracterizan por intereses profundamente enraizados, y esquemas de conducta de larga permanencia, que pueden hacerlos resistentes al cambio por un largo período de tiempo, especialmente al cambio exógeno. Como hemos visto en el curso de esta investigación, a diferencia de muchos cambios socioeconómicos (que tienden a ser graduales), la transformación política, cuando ocurre, a menudo puede ser abrupta y discontinua. De hecho, es posible que un cambio profundo en la estructura socioeconómica, especialmente el que ocurre gradualmente, no llegue nunca a politizarse en forma de coyuntura generativa, o llegue a reflejarse al nivel del sistema de partidos. De modo similar, una fisura generativa importante puede politizarse y lograr alterar esquemas de competencia de partidos aunque no haya un cambio socioeconómico fundamental. En términos breves, el cambio socioeconómico es importante para explicar ciertos resultados políticos, pero el cambio en las instituciones políticas puede ser más discontinuo que lo que los esquemas de cambio estructural pueden implicar.

a. El cambio de esquemas de conflicto dentro del sistema de partidos

Si el desplazamiento del conflicto es una fuerza primaria que explica cambios fundamentales al nivel del sistema de partidos, es otra cosa determinar cómo exactamente ocurren estos cambios. Los tres casos de transformación del sistema de partidos en Chile que proporcionan el foco de este análisis sugieren una cantidad de hipótesis para rastrear la manera en que el desplazamiento de conflictos ocurre dentro de los sistemas de partidos. Basado en el análisis que antecede, de la evolución del sistema de partidos chileno, propondré tres afirmaciones generales orientadas a identificar una reorientación de importancia mayor de los esquemas de conflicto político a nivel del sistema de partidos[515].

Conflictos agudos y liderazgo hábil

Una transformación básica en el sistema de partidos tiene su origen en la aparición de un conflicto fundamental lo suficientemente fuerte como para

---

515 La exposición dada por Sundquist (1983) de los realineamientos principales en el caso de los Estados Unidos fue muy indicativa para la exposición que sigue. Yo estoy en gran deuda con su análisis.

provocar una respuesta apasionada de una parte significativa del electorado. Una cuestión cualquiera no es suficiente. Como ha observado Sundquist, sólo algunas cuestiones tienen la "amplitud" y "profundidad" como para presionar a la gente para que reconsidere esquemas acostumbrados de conducta política[516]. La amplitud se relaciona con el número de personas y grupos que la cuestión es capaz de movilizar. La profundidad se refiere al grado en que la cuestión debatida se ha apoderado de los sentimientos del electorado. La cuestión es capaz de desencadenar una reorientación importante del sistema de partidos sólo si tiene la suficiente intensidad como para agitar a una cantidad significativa de gente y comprometerla emocionalmente.

Al examinar el tenor del debate político en Chile en cada una de las tres coyunturas críticas se hace evidente que el discurso político se recargó de pasión a medida que el electorado tomó colocación a lo largo de sucesivas líneas de fisura. En la década de 1850 la explosión de la disputa clerical-anticlerical desencadenada por la querella del sacristán desgarró la comunidad en dos campos en guerra. Ante los ojos de cada una de las partes que disputaban, la otra no era simplemente un opositor político, sino que representaba un enemigo moralmente repugnante. De modo semejante, en el siglo XX la irrupción de la política basada en clases sociales, primero en el sector moderno, y que luego se extendió al campo, inflamó a grupos significativos del electorado. El conflicto social violento, que incluía a menudo una represión brutal de parte de empleadores, terratenientes y del Estado, difundió el odio y la desconfianza entre propietarios, trabajadores y campesinos. Una conmoción social a esta escala no podía encuadrarse dentro de las estructuras partidarias de ese tiempo, y esa conmoción derivó en cada caso en un período de intensa creación institucional, a medida que las elites políticas se esforzaban por recuperar la iniciativa.

Como lo ha sugerido Sundquist, en el punto álgido de la lucha, el sistema de partidos puede aparecer como una variable totalmente dependiente. Una lucha intensa, como lo fue la disputa clerical-anticlerical en el siglo XIX, o el conflicto de clases en Chile, puede hacer aparecer que los políticos y los partidos han perdido su capacidad de controlar o aun influir sobre los acontecimientos. Con todo, como lo hemos visto que sucedió durante las tres coyunturas críticas, la presencia (o ausencia) de liderazgo sí importa. Las acciones y reacciones de los emprendedores políticos pueden conformar decisivamente los resultados de estas luchas.

Por ejemplo, no puede haber cuestión sobre la importancia del papel desempeñado en la mitad del siglo XIX por el testarudo arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso, en precipitar la crisis que llevó a la configuración inicial del sistema de partidos en Chile. No se trató de que súbitamente aparecieran diferencias religiosas y desataran una reorganización institucional masiva e inmediata en el seno de las elites sociales y políticas. Las divisiones entre clericales y anticlericales habían estado latentes en la sociedad chilena por

516 Ibid., p. 300.

décadas. Valdivieso se aprovechó conscientemente de un incidente trivial que afectaba a las elites de la Iglesia y del Estado para llevar *ex professo* el conflicto a su culminación. Las actuaciones de Valdivieso tuvieron el deseado efecto de transformar en fanáticos a sus partidarios de la aristocracia, quienes se juramentaron a defender su sagrada causa. Y, como sucede frecuentemente, los fanáticos clericales produjeron un campo anticlerical igualmente fanático. Y, lo que fue crucial para el curso institucional que habría de seguir el conflicto dentro del sistema de partidos, algunos se rehusaron a afiliarse con cualquiera de los dos lados. A través de toda la disputa, los liberales, que constituían el partido marginal siguiendo el astuto consejo de Santa María, miraban el desarrollo de la refriega en cada facción en lucha, satisfechos con observar desde los márgenes.

Tal como lo hizo Valdivieso en la disputa clerical-anticlerical en el siglo XIX, en la campaña presidencial de 1920 Arturo Alessandri puso de relieve en Chile la cuestión social como no lo había podido hacer ningún político antes de él. Sin embargo, la incorporación política de las clases trabajadoras urbanas tuvo que esperar a otro activista, Luis Emilio Recabarren, para captar la lealtad y el apoyo de las clases obreras industriales. Nadie logró dramatizar mejor la urgencia e injusticia de la suerte de las clases trabajadoras en Chile que Recabarren. A pesar de su retórica en sentido contrario, las elites tradicionales de los partidos no pudieron o no quisieron responder efectivamente a las exigencias presentadas por la cuestión social a comienzos del siglo XX. Así, después de numerosos intentos fracasados de movilizar el partido Democrático hacia una plataforma más radical, Recabarren logró finalmente formar un partido de clase obrera en 1912. El papel desempeñado por Marmaduke Grove en consolidar los elementos fragmentados del futuro partido Socialista, y de galvanizar un amplio apoyo popular para la República Socialista a comienzos de la década de 1930, sigue el mismo esquema básico.

Finalmente, es difícil imaginar el éxito masivo de los esfuerzos de movilización del campesinado en las décadas de 1960 y 1970 sin la inspiración y legitimación prestadas por los obispos Larraín, de Talca, y Silva Henríquez, de Santiago. El papel de los grupos de Acción Católica en iniciar la transformación del campo chileno -a partir de la sonada huelga campesina organizada por Lorenzini en 1953 en Molina- fundamenta el argumento de que nuevas cuestiones explosivas pueden proveer la pólvora para una reorganización básica del sistema de partidos. Sin embargo, se requiere el liderazgo para despertar las pasiones de la gente, si han de desplazar su lealtad de un protagonista a otro. En la década de 1960 las condiciones en el campo chileno estaban maduras para los llamados carismáticos de Jacques Chonchol a movilizar social y políticamente el campesinado.

Enfoques alternativos al nuevo conflicto

La respuesta a la pregunta acerca de si los líderes de partidos buscarán o no capitalizar a partir de una nueva cuestión importante, o intentarán mantener una postura indefinida ante ella, o más bien suprimirla, depende de su evaluación de

los costos y beneficios electorales de la acción comparada con la inacción. Si un partido ocupa una posición electoral relativamente débil dentro de la distribución del electorado en ese momento, los líderes partidarios tenderán a buscar nuevas oportunidades para inflamar al electorado e invadir grupos de electores reclamados por sus opositores en el conjunto de arreglos anteriormente vigente. Si, en contraste, un partido goza del apoyo y lealtad de una parte relativamente grande del electorado bajo el *statu quo,* ese partido empleará todos sus recursos en suprimir la irrupción de una nueva fisura importante. Si esto no resulta, los líderes del partido intentarán una postura equívoca sobre la cuestión hasta que las cosas se calmen y quede claro dónde estará la ventaja electoral.

Puesto que los líderes de los partidos importantes advienen al poder demostrando su habilidad para manipular los símbolos y el lenguaje de las líneas de fisura conocidas, tienen un interés permanente en suprimir las fisuras que compiten con aquéllas, y en mantener vivos los temas de discusión antiguos. ¿Por qué agitar las cosas? Si un partido ha tenido éxito en captar una parte importante del electorado sobre la base de sus posturas relativas a cuestiones claves, no tendrá ningún interés en suscitar nuevas cuestiones y pasiones, cuyo potencial electoral es una incógnita. Como afirma pintorescamente Schattschneider, para los líderes políticos "la fuerza más catastrófica del mundo es el poder de la irrelevancia que transmuta un conflicto en otro y da vuelta al revés todas las afiliaciones existentes"[517]. Así, enfrentados con el surgimiento de un nuevo conflicto potencialmente explosivo que se resiste a una solución fácil dentro del sistema de partidos tal como existe, los líderes de partido que se han beneficiado del *statu quo* ordinariamente contemporizarán y pospondrán el comprometerse de una u otra manera. Sus tácticas resultarán en interminables esfuerzos para mantenerse ambiguos ante la cuestión nominando candidatos desvahídos que harán gestos vacíos en ambas direcciones, con la permanente esperanza de que la crisis va a desaparecer[518].

Encontramos claras tácticas de indefinición en las estrategias de los partidos chilenos durante la vigencia de las tres coyunturas críticas. Así, al estallar el conflicto clerical-anticlerical en el siglo XIX, los líderes de la Iglesia y del partido Consevador echaron leña a la hoguera del conflicto, tratando de manipular la disputa religiosa en ventaja propia. Por el contrario, el Presidente en ejercicio, Manuel Montt, hizo todo lo que pudo por impedir una división dentro de su coalición de partidarios pelucones y clericales. Los liberales, sin participación directa en la cuestión, procuraron aumentar el conflicto entre clericales y anticlericales, mientras ellos mismos se mantenían en la indefinición. Puesto que no estaban en el poder, estaban en una posición especialmente buena para permanecer al margen sin tener que tener una postura unitaria respecto a la cuestión. Los liberales marginales estaban en posición de ganar cualquiera que

517 Schattschneider (1960), p. 74.

518 Véase Sundquist (1983), p. 307, para una exposición de estas tácticas en el contexto norteamericano.

fuera el resultado del conflicto, y esperaban granjearse un nuevo aliado en el proceso (como sucedió al fin con los conservadores).

La indefinición táctica de parte de los líderes de partidos se revela dramáticamente previo a la irrupción de partidos de clase trabajadora en los sectores urbano, primero, y luego rural. Los líderes de partidos tradicionales procuraban posponer los dilemas sociales y políticos planteados por el surgimiento de las clases trabajadoras. Así, los líderes parlamentarios en las primeras décadas del siglo XX trataron de ignorar las exigencias crecientemente militantes de estos actores sociales nuevos. Esta estrategia, sin embargo, se hizo menos y menos plausible a medida que la lucha de clases adoptó formas cada vez más dramáticas. En la culminación de la tormenta, los liberales eligieron a un miembro como Ramón Barros Luco a la presidencia de la república (1910-1915), un personaje que pasó a la historia en la política chilena por su afirmación de que "hay sólo dos clases de problemas, los que no tienen solución y los que se resuelven solos..."[519].

En realidad, durante las primeras décadas del siglo XX los líderes de partidos políticos esperaron que la cuestión social encontrara su propia solución. De ahí la inspiración de la pintoresca descripción que hace Frederick Pike de Chile a comienzos del siglo XX: "Mientras más cambia un país, más idéntico permanece su gobierno"[520]. Una vez que quedó claro que el problema simplemente no iba a desaparecer, los dirigentes de los tres partidos tradicionales (liberales, radicales y conservadores) postergaron el comprometerse de una manera u otra, con la esperanza de poder determinar cuál lado del debate habría de ofrecer las mayores ventajas políticas. El resultado final de décadas de indefinición fue la desarticulación de la arena de partidos en 1924, y el surgimiento de partidos fuertes de clase obrera fuera del territorio de la política de partidos tradicional[521].

Una situación similar se había producido hacia fines del período de los gobiernos de coalición dominados por los radicales, a comienzos de la década de 1950. Los decenios de exclusión del campesinado de la participación activa en la política de partidos -exclusión aprobada al menos implícitamente por todos los partidos importantes del período- resultaron en una explosión de actividad social y política en el sector rural a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960. Dirigentes importantes de partidos que representaban todo el espectro desde la derecha hasta la izquierda procuraron posponer cualquiera consideración de cambios en la situación del campesinado[522]. Sin embargo, como hemos visto, la indefinición respecto a la situación de los trabajadores rurales ya no era

---

519 Aunque yo no he encontrado la frase de Barros Luco en una fuente impresa ésta le es ampliamente atribuida; Iván Jaksic, Universidad de Wisconsin, comunicación personal.

520 Este es el título del capítulo 4 de Pike (1963).

521 Duverger hace una distinción crucial entre "partidos creados internamente", aquellos creados por conflictos intraelite, y "partidos creados externamente", aquellos que emergen afuera del parlamento y que presentan alguna oposición a los grupos gobernantes, usualmente incluyendo demandas de representación (1954, pp. 2-15). Véase también La Palombarda y Weiner (1966), p. 10.

522 El partido Comunista realizó numerosos esfuerzos para movilizar a los campesinos en los años 30 y 40. Todos ellos se vieron frustrados por los compromisos políticos posteriores.

una opción abierta a los partidos después de la segunda administración de Ibáñez (1952-1958). Además de los cambios estructurales experimentados por el sector rural durante los años de Ibáñez, en 1957 apareció un nuevo partido que iba a plantear directamente la cuestión ante el electorado. Una vez que los democratacristianos comenzaron a movilizar a elementos del campesinado a fines de la década de 1950, los partidos de la izquierda lograron darles alcance, minando el antiguo arreglo que permitía a los partidos tradicionales contar con el voto campesino, piedra angular de la política electoral durante las décadas anteriores.

Ciclos de cambio y de equilibrio relativo

El desplazamiento de conflictos en los sistemas de partidos tiene un carácter cíclico. Cuando los sistemas de partidos están en trance de una transformación importante, el discurso político se caracteriza por una profunda emoción, y las relaciones de los grupos políticos opuestos se caracterizan a menudo por un abierto desprecio mutuo. Con el tiempo, la pasión cede, pero las actitudes, creencias y lealtades básicas formadas durante el período de conflicto permanecen, reavivadas de vez en cuando por políticos que explotan hábilmente el lenguaje y los símbolos del pasado. Para mucha gente las adhesiones emocionales generadas por un partido, y las hostilidades que se producen respecto de otros, llegan a ser parte esencial de su identidad personal y permanecen así por el resto de sus vidas. En Chile, como en otros sistemas de partidos bien institucionalizados, la decisión de pertenecer a un determinado partido político lleva consigo toda una red de compromisos sociales y culturales. En estos casos, las identificaciones partidarias tienden a ser profundas y duraderas. Así, abandonar el propio partido, y la identidad partidaria adquirida, se hace tan impensable como abandonar la familia, los amigos o la religión propia, y es muy posible que quien diera ese paso respecto del partido diera también estos últimos como consecuencia.

Con todo, a medida que transcurre el tiempo, los símbolos y el lenguaje de los temas debatidos anteriormente tienden a perder su capacidad de despertar las emociones del electorado. Para una nueva generación de votantes las antiguas enemistades parecen anacronismos que distraen de la realidad. Es más probable que un nuevo conflicto surja como predominante dentro del sistema de partidos solamente cuando las líneas de fisura previas que subyacen al sistema de partidos se han desdibujado con el paso del tiempo. Si esto ocurre, las nuevas cuestiones exigirán que se les preste atención y, a veces, desplazarán a las antiguas. Como vimos en el caso de la fisura clerical-anticlerical en Chile, a comienzos del siglo XX el relieve político de las disputas religiosas estaba muy disminuido en comparación con las cada vez más violentas expresiones de intranquilidad laboral. Así, se completa un ciclo: surge una nueva cuestión, la clase social en este caso, que divide la comunidad, reestructura el sistema de partidos, y la nueva cuestión, a su vez, pierde gradualmente su fuerza. Los líderes profesionales de partidos se hacen más calculadores, a medida que "la

proporción entre las cuestiones debatidas y la posibilidad de adquirir beneficios y cargos públicos se desplaza en favor de esta última". Durante estos períodos de relativa calma, es común oir murmurar a la gente, como ocurrió en Chile a comienzos de la década de 1920, y de nuevo a comienzos de la de 1950, que "¡los partidos ya no representan nada!" Una vez que se oye este reclamo, el escenario está preparado para un cambio importante en los actores que operan en la arena de partidos[523].

En resumen, la mejor comprensión de la evolución de los partidos se da en términos de una secuencia de conflictos fundamentales que irrumpen en el panorama político con enorme fuerza, despiertan las pasiones de una parte significativa del electorado, y se cristalizan en opciones partidistas específicas. Para comprender la conducta de los partidos es útil saber qué parte del "ciclo" de desplazamiento de conflictos se está desarrollando en el momento. Los líderes de partidos se comportan en forma diferente frente a cuestiones fundamentales, y los unos en relación a los otros, según estén situados inmediatamente antes, durante, o mucho después de las transformaciones institucionales de una coyuntura crítica. La aparición de conflictos nuevos y no dominados es temida por los dirigentes partidarios, a quienes les va mucho en mantener los esquemas de competencia de partidos que les son familiares. Cuando los esfuerzos por mantenerse en la indefinición y posponer las decisiones se tornan ineficaces, los dirigentes de partido se apresuran a colocarse en la postura más ventajosa posible respecto al nuevo tema de debate.

Los sistemas de partidos descansan sobre fisuras sociales y políticas fundamentales. Al estudiarlas es importante descubrir las líneas anteriores de fisura que pueden dar forma a la conducta de los partidos mucho después que la cuestión ha perdido su relieve. Porque, como si fueran capas de pintura sobre una tela, los sistemas de partidos poseen un carácter multidimensional que les es conferido por sucesivas líneas de fisura. Los líderes de partidos hacen opciones no sólo sobre la base de las posturas que el partido pueda haber asumido respecto al eje de fisura principal, sino también sobre la base de líneas de conflicto anteriores, sumergidas posiblemente por largo tiempo.

2. REPENSANDO EL CENTRO

La manera particular en que las líneas de fisura se intersectan y atraviesan las unas a las otras es de alto grado de consecuencia para la estructura del conflicto al interior del sistema de partidos. Por ejemplo, es considerablemente diferente si la intersección de líneas sucesivas de fisura lleva a la formación de dos partidos, o de más de dos. En los sistemas multipartidarios, la conducta de un partido intermedio puede tener consecuencias importantes para los esquemas más amplios de conflicto y competencia políticos.

---

523 Sundquist (1983), pp. 319-20. Tal tipo de cambios en actores o temas claves puede ser que no aparezcan por muy largos períodos de tiempo, véase por ejemplo el caso de los Estados Unidos.

Como vimos en el capítulo I, el centro político ha despertado generalmente poco interés entre los estudiosos[524]. Los dos especialistas que han tratado sistemáticamente el concepto de centro político, Maurice Duverger y Giovanni Sartori, tienen una visión más bien obscura de las consecuencias que acarrea el centro para la competencia de partidos. Hay que recordar que, para Duverger, el centro "no es sino la agrupación artificial del ala derecha del [polo] izquierdo y el ala izquierda del [polo] derecho". Como resultado, "el destino del centro es ser desgarrado, abofeteado y aniquilado" debido a sus contradicciones internas. Sartori veía el centro en términos igualmente negativos. Sartori razonaba que, puesto que un partido de centro "ocupa" el área central del espectro político, poniéndola así "fuera de la competencia", la existencia misma de un partido de centro desanimaba los impulsos moderadores dentro del sistema de partidos[525].

Una evaluación puramente negativa del centro político es contradicha en gran parte por la experiencia de doce decenios de competencia de partidos en Chile. En al menos dos de las tres instancias de conducta de partido de centro analizadas más arriba, la de los liberales del siglo XIX y la de los radicales del siglo XX, el centro ha desempeñado mayormente el papel de mediador entre los dos extremos. El caso de los democratacristianos es más ambiguo. Cualquiera sea la conclusión a la que se llegue respecto a los democratacristianos, se hace esperar desde hace bastante tiempo un repensamiento sistemático sobre el surgimiento y el papel del centro en los sistemas multipartidarios. El papel jugado por el centro en la experiencia chilena, la literatura acerca de experiencias de transición a partir de gobiernos autoritarios en América Latina,[526] como también las experiencias de democracia *consociational* en Europa Occidental[527], todos estos hechos sugieren que es posible y necesaria una muy diferente -y más positiva- concepción del centro político.

a. La constitución del centro

Hay al menos dos maneras diferentes de conceptualizar el centro: como un lugar a media distancia entre dos extremos, o como un espacio político entre dos alternativas políticas fundamentales. Duverger favorece la primera interpretación. Puesto que todos los grupos políticos deben decir "sí" o "no" a cualquiera proposición dada, el "centro" consiste en un mero punto geométrico que separa a los proponentes y oponentes de una determinada cuestión. Un partido de centro puede ocupar ese punto medio ideológico, pero no por demasiado tiempo. Eventualmente, será desgarrado en sus costuras por las

524 Esta observación es compartida por Hans Daalder en un trabajo extremadamente bien razonado (1984). Yo me he inspirado importantemente en su análisis.
525 Duverger 1954, p. 215. Véase a Sartori 1976, pp. 134-35.
526 Los esfuerzos de O'Donell, Schmitter y Whitehead para recoger las lecciones de las transiciones a la democracia en Latinoamérica le dan un importante lugar al rol de los partidos de centro en los procesos de transición (1986, esp. vol. 4, pp. 41-45).
527 Véase esp. Lijphart (1977).

contradicciones internas. De nuevo, para Duverger, no hay tal cosa como un "espacio" o tendencia situada en el centro político.

En este análisis he presentado el centro más en términos de un espacio político creado por la aparición de alternativas políticas fundamentales que como un punto geométrico intermedio entre dos extremos. La manera en que algunas fisuras se politizan crea oportunidades que a veces permiten posiciones más variadas que lo que admite el análisis dualista de Duverger. Cuando una nueva cuestión divide el electorado a lo largo de una línea diferente de conflicto, dividiendo así internamente los partidos existentes, se forman dos bloques hostiles. Estos nuevos bloques constituyen grupos de votantes apasionadamente comprometidos que se agrupan alrededor de los polos que se sitúan en lados opuestos de la línea de fisura creada por la nueva cuestión. Pero, y muy crucialmente, no todos son igualmente atraídos por la nueva cuestión. Entre ambos polos hay votantes que no se han polarizado. Estos pueden ser llamados centristas: por una u otra razón estos votantes intermedios consideran un valor el permanecer no comprometidos con ninguno de los dos extremos.

La política democrática trata, al menos en parte, de entrar en compromisos. Los políticos buscan a menudo despejar el espacio entre las posturas extremas haciendo habitable el terreno intermedio. Esto no lo digo para argumentar que una posición de centro será siempre una opción política viable dentro de un sistema de partidos. Aún si las reglas electorales proporcionan incentivos a los líderes de partido para que ocupen el centro, la postura intermedia abunda casi siempre en trampas. Por una parte, cuando una comunidad política se encuentra desgarrada entre dos alternativas fundamentales, y el "espacio ideológico" que separa los dos extremos se "extiende", se hace "perceptible" un espacio al centro del espectro político. Sin embargo, es precisamente en este contexto polarizado que una postura de compromiso se hace más difícil. Según el grado de polarización, los llamados a la moderación pueden no ser escuchados. En este caso, el centro puede fácilmente hacerse vulnerable a tironeos desde los extremos. Por otra parte, cuando el conflicto político deja un "espacio corto", esto es, deriva en una estrecha brecha que separa a los antagonistas situados en los polos, la aparición de un centro político es poco probable. Como conjeturaba Sartori, un "espacio corto" "no tiene lugar" para que aparezca una tendencia de centro[528]. Después de todo, mientras más moderadas sean la derecha y la izquierda mismas, tiene menos sentido preocuparse de la moderación. Starzinger captó bien esta ironía al afirmar "el centro es menos realista allí donde es más relevante, y más realista donde es menos relevante"[529].

Duverger atribuye la aparición del multipartidismo y, por lo tanto, la existencia de partidos de centro, a la noción de fisuras sobrepuestas. Duverger razonaba que, aunque todo conflicto produce inherentemente sólo dos alternativas, cuando una fisura atraviesa a otra, los "dualismos sobreimpuestos"

---

528 Sartori (1976), p. 347.
529 Véase Starzinger (1965), pp. 16-17.

que resultan pueden producir un partido en el centro si ninguna línea individual de fisura domina la agenda política. Sin embargo, siguiendo la concepción de Duverger, no es claro por qué el partido resultante habría de terminar cerca del centro del sistema de partidos, o aún en algún punto entre los dos polos extremos. Más aún, según Duverger, éste será sólo un fenómeno temporal. Puesto que el partido de centro es sólo un pálido reflejo de las fuerzas reales que operan en los extremos, eventualmente será dividido por el poder de atracción que ejercen los dos polos del eje de fisura predominante.

Al omitir subrayar el carácter persistente de las fisuras multidimensionales que compiten dentro de un espectro de izquierda-derecha basado en clases sociales, las exposiciones anteriores sobre el centro no han captado la naturaleza heterogénea del conflicto entre partidos[530]. Si un sistema de partidos se caracteriza de hecho mejor por múltiples líneas de fisura, sobrepuestas como "pintura sobre una tela", entonces cualquiera interpretación de los esquemas de competencia (y cooperación) entre partidos debe simultáneamente tomar en cuenta el relieve relativo de las dimensiones diferentes (esto es, anteriores o posteriores) de conflicto. Como lo explica Daalder en relación a la competencia entre partidos, "cada partido intenta explotar al máximo aquella dimensión en que se encuentra más cómodo, mientras intenta simultáneamente introducir una cuña en las filas de sus adversarios cuya ventaja principal puede estar en otra dimensión"[531].

En forma típica, las cuestiones específicas tienen grados diferentes de relieve para diferentes grupos de actores políticos. También se sigue que, si hay una línea de fisura predominante dentro de un sistema dado de partidos, los partidos formados en una dimensión diferente de fisura terminan sosteniendo una posición heterogénea, y por lo tanto, equívoca con respecto al conflicto principal que divide el electorado. Tal ambivalencia no caracterizaría a un partido cuya identidad se hubiera formado sobre la base de la principal línea de fisura. Por consiguiente, el relieve relativo de la línea de fisura predominante frente al partido de centro dará forma decisivamente a las relaciones entre el centro y los partidos a cada lado de éste.

He argumentado que la aparición de los liberales en el centro del espectro inicial de partidos a mediados del siglo XIX fue en gran parte el resultado de la manera en que una temprana lucha por los cargos públicos (entre los liberales de Manuel Camilo Vial y los pelucones de Antonio Varas), fue atravesada por el conflicto clerical-anticlerical. La manera en que estas dos líneas de fisura se interceptaron, y subsecuentemente la manera en que fueron explotadas, produjeron un sistema de partidos caracterizado por tres tendencias políticas fundamentales. El conflicto clerical-anticlerical precipitó partidos que se aglutinaron literalmente en polos opuestos sobre la cuestión, y dejaron un

530 Esto es cierto en las explicaciones de Duverger (1954); Downs (1957); Sartori (1976); y otros, todos los cuales tienden a reducir la competencia interpartidaria a una única línea de conflicto basada en las clases sociales.

531 Daalder (1984), p. 100.

espacio intermedio lo bastante extenso como para ser llenado por el "partido marginal" de Vial, los liberales.

La lucha por los cargos públicos entre Montt y Varas, por una parte, y Vial por la otra, llegó a ser especialmente importante porque dejó un legado institucional en la forma de un grupo político relativamente cohesionado leal a la persona de Manuel Camilo Vial. Las identidades políticas que se han cristalizado alrededor de un conflicto anterior, como fue el caso de la lucha por los cargos públicos, a menudo no se sitúan sobre la misma línea que el eje de fisura predominante en el sistema de partidos. Puesto que estas lealtades anteriores pueden ser invocadas como recursos por los políticos en posteriores batallas políticas (aun mucho después de que han aparentemente desaparecido tras el horizonte), los partidos formados por conflictos anteriores pueden a veces desempeñar un conjunto de roles que están cerrados a otros partidos de más reciente formación. En este caso, los liberales pudieron jugar el papel de mediadores en el conflicto clerical-anticlerical, un papel que no estaba a disposición de los otros.

Podría hacerse un argumento similar respecto a la aparición de los radicales en el centro del espectro de partidos, como consecuencia de la irrupción de la fisura urbana de clases en las primeras décadas del siglo XX. Tal como sus predecesores del partido Liberal situados en el centro, los radicales anticlericales habían surgido en gran parte como consecuencia de un conflicto anterior, y fueron luego eclipsados en la izquierda por el surgimiento de los partidos de clase obrera. Estos dos partidos de centro, los liberales y los radicales, se formaron sobre la base de un conflicto que había precedido su ocupación del centro. Puesto que ambos se habían formado sobre la base de una dimensión de fisura anterior, tanto los liberales como los radicales consistían de elementos más bien heterogéneos, si se los miraba desde la perspectiva de la dimensión predominante de conflicto. En el contexto turbulento de una coyuntura crítica, el liderazgo de estos partidos llegó a equiparar su propios intereses con una posición algo indeterminada y, por lo tanto, de "compromiso," o "centrista"[532].

El surgimiento de los democratacristianos en el centro en el contexto de la tercera coyuntura crítica representó un desarrollo algo diferente. He argumentado que los democratacristianos surgieron en gran medida como consecuencia del desarrollo de una respuesta alternativa al conflicto de clases que incluía la movilización social y política de los sectores populares, tanto en las áreas urbanas como rurales. Tal vez más que ninguna otra cosa, la invasión democratacristiana del campo, que alteró las relaciones sociales y de propiedad, y despojó a la derecha de su dominio electoral, constituyó una virtual declaración de guerra contra el *statu quo* político. De una manera muy crucial, los democratacristianos y sus cercanos aliados en la jerarquía católica, rechazaban absolutamente tanto la vía marxista como la capitalista de desarrollo. Proponían

532 Este argumento es consistente con el de Daalder (ibid.).

una tercera vía, un vía que excluía tanto a la izquierda como a la derecha. Si se comparan las experiencias fundantes de los liberales y radicales con la de los democratacristianos, se descubre una diferencia importante entre ellas, a saber, que estos últimos irrumpieron en el centro de un espectro político de izquierda-derecha y se colocaron decididamente en el centro del conflicto de clases, mientras los anteriores fueron desplazados por otros partidos en ambos lados. Los democratacristianos no fueron accidentales respecto a la línea de fisura predominante, la de clases. Más bien los democratacristianos, a diferencia de los liberales y radicales anteriores a ellos, rechazaron las políticas tanto de la izquierda como de la derecha, y ofrecieron una tercera alternativa fundamental, un "tercer polo" dentro del sistema de partidos[533]. Esta diferencia en la identidad esencial de los democratacristianos contribuyó a que observaran un tipo de conducta en el centro que fue muy diferente de la de sus predecesores, una conducta caracterizada por una capacidad grandemente disminuida del centro para entrar en compromisos.

En suma, la política democrática versa en medida importante sobre el compromiso, esto es, el encontrar posiciones intermedias en relación a los conflictos importantes. El compromiso implica a menudo la creación de una opción de centro. La manera en que múltiples líneas de fisura se atraviesan las unas a las otras puede crear más oportunidades de compromisos, más posibilidades de forjar un espacio habitable en el centro. El que un partido realmente surja y perdure en el centro dependerá de la distribución variable de oportunidades electorales, los procedimientos electorales que conforman estas oportunidades, y de la existencia de emprendedores políticos que las aprovechen. El peculiar tipo de partido que aparece en el centro, y el impacto del partido de centro sobre la dinámica de conflicto interpartidario dentro del sistema de partidos, será conformado decisivamente por el relieve relativo del eje de fisura predominante.

b. Dos tipos de partido de centro

La experiencia de Chile sugiere que las diferencias en el relieve relativo de la fisura predominante produce al menos dos tipos diferentes de partidos de centro: el *posicional* y el *programático*. Un partido de centro posicional toma la posición intermedia a lo largo del eje principal de fisura sin un compromiso substantivo a un resultado o conjunto de políticas específicas. Por el contrario, un partido de centro programático tiene un programa intermedio específico sobre el cual puede muy bien no estar dispuesto a entrar en compromisos. Un centro posicional tiende a ver su razón de ser en ganar el control del gobierno y luego mantenerlo. Para hacer esto, el partido estará muy dispuesto a intentar hacer coaliciones electorales y de gobierno con partidos que estén a su derecha,

533 Garretón ha afirmado enfáticamente que los democratacristianos representan un tercer polo dentro del sistema de partidos (1989b, pp. 9-10).

o a su izquierda, o aun con a ambos a la vez. Idealmente, un partido de centro posicional puede moverse con relativa libertad para mediar entre los polos porque el partido se habrá formado sobre la base de una fisura anterior, ahora secundaria. Como los liberales y los radicales en el caso chileno, el centro posicional goza de relativa libertad para actuar como intermediario entre dos polos, en gran medida porque su identidad política fundamental tiende a ser *incidental* a la batalla política predominante que está en curso. Como consecuencia, el partido experimenta menos fricción al moverse a lo largo del eje principal del espectro de partidos, haciendo y deshaciendo los compromisos y ajustes necesarios. Contrariamente a lo que pueden haber argumentado exposiciones anteriores, la presencia de un partido de centro de esta clase puede desempeñar un papel crucialmente importante en hacer posible la competencia de partidos. Este es el caso especialmente dentro de un sistema de partidos como el chileno, donde ningún grupo posee por sí mismo una posición de mayoría en el electorado.

La extraordinaria longevidad y estabilidad experimentada por el sistema de partidos chileno pueden ser explicadas en parte por el papel crucial de intermediario desempeñado por el centro posicional. En los casos, tanto de los liberales en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, como de los radicales hasta fines de la década de 1950, estos partidos estaban a menudo más interesados en acumular el apoyo necesario para construir coaliciones de gobierno estables que en proponer programas partidarios específicos. Estaban prontos para llegar a una posición de compromiso, a veces incluso en cuestiones políticas claves del momento. Así, lo que era menospreciado por Duverger como un centro *ambiguo* que impedía una opción real podría ser considerado como una fuente importante de esquemas estables de compromiso político dentro del sistema de partidos. Más bien que considerar el centro como un factor que contribuye casi inevitablemente a políticas inmoderadas y extremistas dentro del sistema de partidos, como lo hacen Duverger y Sartori, la experiencia de Chile sugiere que, al menos bajo algunas circunstancias, la presencia del centro es útil para mantener la estabilidad. En algunos contextos profundamente segmentados, como el chileno, donde la opinión política está con frecuencia agudamente dividida, un sistema bipartidista puede ser más destructivo de la estabilidad política que un sistema en que los partidos de centro puedan mediar entre extremos opuestos[534].

Por el contrario, un partido de centro *programático* es aquel cuyo núcleo de indentidad partidaria (o "perfil" partidario) se deriva fundamentalmente del eje

534 Varios analistas políticos, entre los cuales están Lechner (1985), p. 27; Huneeus (1983), p. 23; y Huntington (1968), p. 416, han tomado esta posición. Como el analista político Norberto Lechner ha afirmado para el caso chileno, "En contraposición a Sartori...el bipartidismo aparece ser no sólo no viable sino que también como algo indeseable" (1985, p. 27). De hecho, los dos casos de bipartidismo en Latinoamérica, Colombia y Uruguay, apoyan mi argumento. En los momentos en que los partidos han actuado como unidades aisladas, el resultado ha sido intensos conflictos. Con la fraccionalización, una fracción puede aliarse con el otro partido en un gobierno de tipo coalicional, jugando de esta forma el rol del centro.

predominante de fisura dentro del sistema de partidos. Cuando un partido se forma sobre la base de una posición de centro sobre el eje de fisura predominante, y se coloca en el centro electoral, encontrará mucha resistencia -tanto desde dentro del partido como de fuera de él- a que desempeñe el papel de mediador entre los extremos. Un partido de centro programático goza de mucho menor libertad para moverse entre polo y polo para hacer negociaciones y acuerdos que sirvan de lubricante a la competencia de partidos.

Los democratacristianos surgieron en el centro del espectro de partidos basado en clases sociales a fines de la década de 1950, y se tornaron cada vez más reticentes e incapaces de jugar un papel de intermediarios entre la izquierda y la derecha[535]. Sartori y Valenzuela están en lo cierto cuando argumentan que los democratacristianos centristas jugaron un papel diferente, si se los compara con sus predecesores en el centro. Pero no se trata sólo de que los democratacristianos eran "más ideológicos" que los radicales; es que eran ideológicos de una *manera diferente*, una manera que se remonta, en último término, al modo en que los democratacristianos se definían a sí mismos en términos del eje de fisura predominante. Los democratacristianos ocuparon un tercer polo en el medio del espectro de partidos chileno, polo que constituía, efectivamente, un compromiso programático con una *alternativa política específica de inspiración cristiana* -que rechazaba explícitamente tanto a la derecha como a la izquierda- y contribuía de esta manera a esquemas de competencia centrífuga de partidos.

3. DESPUES DE PINOCHET: EL RETORNO DE LOS PARTIDOS A LA ARENA POLITICA

En septiembre de 1973 un golpe militar llevó al poder el gobierno más largo y más represivo de la historia chilena. Los partidos políticos fueron proscritos, los registros electorales destruidos, y la junta militar presidida por Augusto Pinochet, que asumió el poder, prometió reestructurar fundamentalmente el sistema político. Durante 16 años de régimen militar el general Pinochet dejó rara vez pasar la oportunidad de identificar a los partidos políticos y sus dirigentes ("los señores políticos") como la fuente principal de los males sociales y económicos de Chile. Pinochet dictaminó que la cirugía radical sería el único remedio. El único método seguro para rescatar la sociedad chilena de la seducción del oportunismo político ("la politiquería"), y reafirmar la iniciativa privada, era someter a la sociedad por un largo período de tiempo a las fuerzas desatadas del mercado. Los analistas políticos del gobierno de Pinochet, como Jaime Guzmán, razonaban que, inundando la economía con bienes importados que estuvieran a disposición aún de los sectores de bajos ingresos, el atractivo de las propuestas populistas de

535 Aquí mi argumento, que puede encontrarse con mayor detalle en el capítulo 4, es considerablemente más complejo. Sin embargo, es importante señalar que una razón crucial para la creciente rigidez dentro del sistema partidario puede encontrarse en la creciente indisponibilidad que se aprecia desde la mitad de los años 50 en los polos derechista e izquierdista, así como en el centro, respecto a la formación de coaliciones partidarias.

los partidos desaparecería. Se pensaba que, pasado un tiempo, éstas y otras medidas acarrearían una completa renovación del sistema político de Chile[536].

La pieza central institucional del esfuerzo del régimen para dar nueva forma a la política chilena consistió en una Constitución cuidadosamente elaborada que obtuvo aceptación en un plebiscito nacional estrechamente controlado en 1980. La Constitución de 1980 proveía una decisiva transferencia de poderes y responsabilidades del Poder Legislativo al Ejecutivo[537]. Al reducir dramáticamente la jurisdicción de ambas ramas del Congreso, la nueva Constitución buscaba castrar la arena institucional que había proporcionado históricamente la base para la existencia de partidos fuertes en Chile.

¿Hasta qué punto logró el régimen de Pinochet transformar el panorama político? ¿Generó una década y media de gobierno autoritario un nuevo conjunto de relaciones políticas que hayan resultado en un sistema de partidos diferente a aquel que precedió al golpe? En esta sección final exploro varios aspectos claves de la herencia partidaria dejada por la experiencia del régimen autoritario en Chile. Basado en lecciones extraídas del pasado de Chile, planteo algunas proposiciones genéricas acerca de la forma del conflicto político dentro del sistema de partidos posterior a Pinochet. Sin embargo, antes de explorar el terreno del sistema de partidos posterior a Pinochet es necesario explorar una cuestión previa. ¿En qué medida lograron los esfuerzos del régimen autoritario reestructurar el contexto socioeconómico en el que habrían de reaparecer los partidos en Chile? ¿Alteró el régimen el carácter de la sociedad y economía chilenas, al grado de lograr un reordenamiento del conjunto básico de oportunidades electorales que habrían de confrontar los actores partidarios en proceso de resurgir?

a. El contexto: el cambio socioeconómico durante el período de Pinochet

La estructura social y económica de Chile experimentó una transformación significativa durante las décadas de 1970 y 1980. Estos cambios estructurales han sido tal vez más profundos al nivel de la capacidad económica básica de producción. El episodio de autoritarismo chileno se distinguió, en un grado mayor que cualquier otro de los equivalentes latinoamericanos, por su devoción a las políticas económicas neoconservadoras al "estilo Chicago"[538]. Durante los años de Pinochet, en un grado creciente, el régimen militar aplicó severas políticas de desarrollo a base del mercado, para forzar una reorganización a nivel

---

536 Una muy útil descripción de los esfuerzos hechos por Pinochet de reestructurar el paisaje político puede encontrarse en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1986), pp. 184-229. Véase esp. pp. 191-92.

537 Para una exposición de los intentos de Pinochet de remodelar el sistema político a través de la Constitución de 1980, véase Arriagada Herrera (1984), esp. pp. 176-85.

538 Para una detallada exposición de las bases ideológicas del experimento económico neoliberal en Chile, véase a Valdés (1989). Para una explicación de sus implicancias económicas, véase Foxley (1982).

de producción. Un subproducto de estas políticas ha sido un cambio significativo en la estructura del empleo, tanto en el sector rural como en el urbano.

Los efectos de las políticas económicas del régimen en la clase trabajadora urbana fueron, con muy pocas excepciones, devastadores. Durante el período de Pinochet el desempleo llegó a un promedio de 19,5%, mientras que durante la década de 1960 el índice de desempleo fluctuaba entre el 5% y el 7%[539]. Esta espiral descendente ocurría en un tiempo en que el número de los desempleados, y específicamente los autoempleados (lo que se conoce como "sector informal")[540], crecía significativamente. En 1986, el 37% de todos los empleos en Chile era proporcionado por el sector informal[541]. Durante el mismo período, la proporción relativa de empleo (y producción) en el sector productor de bienes, en el de los servicios públicos, y en el transporte (el más sindicalizado), declinó significativamente, mientras el empleo creció más rápidamente en los sectores menos sindicalizados, como el comercio, las finanzas y los servicios. Parejamente a la caída en las cifras del empleo y los cambios importantes en la estructura de los trabajadores urbanos, los sueldos experimentaron una declinación concurrente, siendo el sueldo real promedio entre 1974 y 1987 equivalente a un 81% del nivel de 1970[542]. Aunque la economía experimentaba niveles altos de crecimiento a fines de la década de 1980, el sueldo real promedio en 1988 era todavía 10% menor que los niveles de 1970[543].

Estas transformaciones en la estructura del empleo fueron acompañadas por cambios en la legislación laboral destinados a aumentar la importancia relativa del intercambio individual[544]. Las leyes laborales promulgadas por el régimen de Pinochet en 1978 buscaban debilitar las organizaciones laborales a través de varios mecanismos. Por ejemplo, la afiliación sindical se hizo completamente voluntaria, acabando con las normas de participación obligatoria que caracterizaban las industrias chilenas antes de 1973. Además, el conjunto de protecciones legales de que gozaban los dirigentes sindicales bajo la legislación anterior se redujeron severamente[545]. Como consecuencia, en la década de 1980 el número de miembros de sindicatos se había reducido a un tercio de lo que había sido en 1973, y el movimiento sindical chileno estaba, en las palabras de un observador, "más débil, más pobre, y políticamente impotente hasta un grado que recordaba los duros años de la década de 1930"[546].

---

539 Las cifras están en Campero y Cortázar (1988), pp. 8-9, y Angell (1989), p. 6.
540 Véase a Portes y Watson (1983), para una exposición de este término.
541 Angell (1989), p. 7.
542 Campero y Cortázar (1988), pp. 8-9.
543 Calculado en Angell (1989), p. 5, y Campero y Cortázar (1988), p. 10.
544 Para una más profunda exposición de los efectos de la legislación laboral de 1978 en el movimiento sindical en Chile, véase Barrera y J. S. Valenzuela, en Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1986), esp. pp. 251-60.
545 Campero y Cortázar (1988), p. 9.
546 Las cifras son entregadas por Angell (1989), p. 9, y Campero y Cortázar (1988), p. 8. La cita es de Angell (1989), p. 2.

A pesar de estos ataques frontales, los trabajadores organizados surgieron como protagonistas importantes en las protestas nacionales contra el régimen de Pinochet que estallaron en mayo de 1983.[547]

A la altura de agosto de 1988, los trabajadores se habían reorganizado en una sola confederación laboral nacional importante, la Central Unitaria de Trabajadores (CUT)[548]. Sin embargo, la drástica reducción del número de trabajadores organizados en el sector urbano en relación con el total de la fuerza de trabajo tendrá muy probablemente implicaciones importantes para la forma futura de competencia de partidos en Chile[549]. Basta recordar el papel crucial desempeñado por los trabajadores organizados en el sector urbano desde la década de 1930 en adelante en asegurar un electorado leal a los partidos de clase obrera, para darse cuenta de las profundas implicaciones de este cambio para los esquemas de competencia de partidos.

No solamente ha disminuido el número de los trabajadores organizados en relación a los trabajadores urbanos en general, sino que también hay indicaciones de que la distribución del apoyo a los partidos dentro de los trabajadores organizados urbanos se ha desplazado un tanto hacia el centro. Un indicio de este cambio se reflejó en las elecciones para el Comité Ejecutivo de la CUT que tuvo lugar a fines de 1988. Hubo cuatro listas de partidos que compitieron, la lista A (que incluía socialistas de Almeyda e Izquierda Cristiana) que obtuvo 57.198 votos (19,7%), y se aseguró 9 puestos en el comité. La lista B, de los democratacristianos, obtuvo 16 puestos con 106.192 votos (36,6%). La lista C (comunistas y MIR) obtuvo 11 cargos, con un total de 74.180 votos (25,6%). La lista D (socialistas de Núñez y MAPU) alcanzó a obtener 8 representantes con un total de 52.288 votos (18,0%)[550]. Se recordará que expusimos, en el capítulo 4, que en las elecciones de la CUT de mayo de 1972 los candidatos democratacristianos recibieron el 26,3% de los votos emitidos, terminando en tercer lugar detrás de los comunistas (30,9%) y socialistas (26,4%). Queda por verse si estos cambios representan desplazamientos a largo plazo de las afiliaciones partidarias de los trabajadores urbanos organizados.

Los que sí parecen ser desplazamientos de largo plazo son las transformaciones estructurales reflejadas en la distribución del empleo; por ejemplo, el crecimiento del tamaño del sector informal. El peso del modelo económico del régimen cayó de lleno sobre los hombros de los pobres urbanos, especialmente los jóvenes. Este cambio se reflejó también en la extensión de los barrios urbanos pobres, o poblaciones. Durante el período autoritario el

---

547 El primer día de protesta nacional fue convocado por Rodolfo Seguel, cabeza de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC).

548 El acrónimo de esta organización, CUT, recuerda la antigua CUT y representa sólo un sutil cambio, de Central Unica de Trabajadores a Central Unitaria de Trabajadores. Véase Angell (1989), p. 2.

549 Mientras que en 1973 el 25 por ciento del total de la fuerza laboral estaba sindicalizado, esa cifra había caído al 13 por ciento en los años 80. Véase Huneeus (1988), p 190, n. 79.

550 Calculado en base a Angell (1989), p. 20.

porcentaje de familias de Santiago que vivía en poblaciones creció desde un tercio de los habitantes a alrededor de un 40%[551]. Como resultado, ha crecido significativamente la distancia organizativa entre los partidos políticos y los trabajadores sindicalizados, por una parte, y este amplio estrato situado en el extremo inferior del sector urbano informal, por la otra. Tanto los dirigentes de los partidos como los sindicales se ven enfrentados con el problema de cómo precisamente pueden organizarse estos trabajadores de una manera que facilite la incorporación política y social de estos grupos sociales y políticos marginales[552].

En el sector rural, la estructura del empleo ha experimentado un conjunto de cambios igualmente dramáticos. Los principales de ellos fueron el crecimiento del empleo asalariado entre los obreros agrícolas de temporada (temporeros), y la desaparición gradual de los campesinos con tierra (inquilinos), junto con el conjunto de relaciones clientelistas que les eran anexas. De hecho, alimentado por un gran aumento de las exportaciones de productos agrícolas, el sector agrícola experimentó índices extraordinarios de crecimiento desde mediados de la década de 1980 en Chile. Sin embargo, a pesar de la expansión de la actividad productiva, los salarios reales de los trabajadores agrícolas cayeron verticalmente durante el período del gobierno militar[553]. Esta declinación de los ingresos de los trabajadores agrícolas fue reforzada por la virtual desaparición de los sindicatos en el campo, y la correspondiente declinación del poder de negociación de estos mismos trabajadores. Después de un período de crecimiento espectacular en la década de 1960 y comienzos de la de 1970 (Ver cuadro 4.13), en 1985 el número de campesinos que pertenecían a sindicatos representaba sólo el 20% de los afiliados a sindicatos con anterioridad al golpe[554]. En resumen, el efecto del

---

551 Para aquellos bajo los 29 años de edad la cifra fue cercana al 50 por ciento (Campero y Cortázar, 1988, p. 17).

552 No está claro cómo estos cambios estructurales se traducirán exactamente en futuros modelos de competencia partidaria. Como vemos en el capítulo 4, durante los años 60 y comienzos de los 70 un gran número de pobres urbanos, habitantes de las poblaciones, fueron objeto de políticas estatales dirigidas a su incorporación política y social. Durante el período autoritario el reducido rol promocional del Estado fue compensado en parte por los esfuerzos organizacionales hechos por la Iglesia Católica en la base social. Fuera de la Iglesia, a fines de los 80, la única presencia institucional de importancia entre estos sectores de población urbana parecían ser los sectores de la extrema izquierda (especialmente el partido Comunista). Es posible que este cambio en la base de sustentación de los comunistas desde su histórica relación con los sindicatos a una compuesta de elementos más marginales de las poblaciones, a menudo jóvenes desempleados, ha tenido el efecto de reforzar la posición de los sectores extremistas dentro del partido. En cualquier caso, estos grupos de marginales urbanos introdujeron un elemento de incerteza en el retorno de la competencia partidista en el año 1989 en Chile.

553 Indicaciones de la magnitud de la caída de los salarios rurales durante el período del gobierno militar en Chile son entregadas por Ortega, (1987), cap. 3; Cereceda y Dahse (1980), p. 153. Desgraciadamente no existe un confiable conjunto de cifras para un análisis de los salarios en el sector agrícola. De acuerdo a Sanfuentes, "Bajo el supuesto de que los salarios agrícolas generalmente están al mismo nivel del salario mínimo, éstos habrían caído en un 34,7 por ciento entre 1982 y 1985" (1987, p. 127).

554 Angell (1989), p. 9. Aunque estas cifras no son seguras es posible que el número real de campesinos organizados en sindicatos rurales a mediados de los 80 fuera mucho menor. Todos los principales sindicatos campesinos han sufrido un debilitamiento, no sólo aquellos de afiliación izquierdista, como Ranquil. Véase Cereceda y Dahse (1980), p. 158.

régimen autoritario en las condiciones de vida de grandes segmentos del campesinado, y sobre la organización laboral rural, ha sido en general destructivo. Queda abierta la pregunta de qué conjunto de alternativas políticas podrán surgir como respuesta al agravamiento de la cuestión social en el sector rural.

b. *Fisuras generativas y el efecto de Pinochet sobre los partidos*

Los analistas políticos han hecho predicciones contradictorias sobre el carácter del sistema de partidos en Chile posterior a Pinochet. Algunos han argumentado que la experiencia autoritaria tenía pocas probabilidades de introducir cambios perdurables dentro del sistema de partidos, ya fuera a causa de sus profundas raíces históricas y/o porque el gobierno militar tendía a "congelar" el *statu quo ante* eliminando la arena en que nuevos dirigentes, partidos y tendencias ideológicas pudieran desarrollarse y adquirir una base de apoyo popular[555]. Otros, sin embargo, han argumentado que los profundos cambios sociopolíticos obrados por el régimen de Pinochet erosionaron la base social del sistema de partidos preexistente y crearon la posibilidad de que un retorno a la democracia pudiera resultar en un sistema de partidos que se diferenciara substancialmente del que había en el período anterior a 1973[556].

He argumentado que la politización de nuevas fisuras sociales y políticas importantes en Chile precipitó transformaciones mayores en el sistema de partidos. Estos períodos de cambio importante los llamamos coyunturas críticas. Durante los tres períodos de alteración mayor dentro del sistema de partidos que hemos analizado más arriba, la composición (y, en todos los casos, aun las identidades) de los partidos, y el carácter de la lucha política que se dio entre ellos, cambiaron dramáticamente. Uno de los problemas que hay que resolver en esta clase de análisis reside en cómo reconocer, definir, y medir una coyuntura crítica en un sistema dado de partidos. Este problema se exacerba al intentar un análisis del sistema de partidos posterior a Pinochet. Sin embargo, está implícito en el uso que hago del término a través de este estudio, el entendimiento de que, para que haya una coyuntura crítica, los cambios experimentados por el sistema de partidos durante un período de tiempo especificado deben ser perdurables, esto es, deben durar bastante más allá del período de transformación. Por lo tanto, para clasificar un período como coyuntura crítica debe pasar una cantidad

---

555 Para una convincente presentación de este argumento véase Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1986). Ellos afirman que "la continuidad del cuerpo político está asegurada por la existencia de distintas tendencias políticas en el electorado, un 'paisaje político' que envuelve más que varias generaciones, reforzado por la larga tradición chilena de políticas electorales" (p. 186). Véanse también Valenzuela, A. (1985, 1989); y Hunceus (1984), pp. 59-60.

556 Como Remmer ha sostenido, mientras más tiempo un régimen autoritario permanece en el poder más probable es que el sistema de partidos anterior sufra cambios. De acuerdo con Remmer, el grado de cambio depende no sólo del espacio de tiempo en el cual el régimen autoritario permanece en el poder, sino que también de los cambios que intervienen en el electorado, del grado de institucionalización del sistema de partidos, y del carácter represivo del régimen. Según estos indicadores el sistema de partidos chileno es candidato a transformaciones importantes. Véase Remmer (1985), pp. 255-74.

razonable de tiempo para permitir un juicio informado de si los cambios en el sistema de partidos han o no sobrevivido las varias fuerzas de corto plazo que hayan podido estar actuando. Por consiguiente, cualesquiera conclusiones que pudieran surgir de este análisis del sistema de partidos posterior a Pinochet son todavía prematuras y deben, por lo tanto, permanecer necesariamente como provisionales.

En este libro me he aproximado a la explicación de la estructura del conflicto político dentro del sistema de partidos chileno enfocando dos amplias variables, las que pueden servir para informar mi análisis del efecto en los partidos de los años de Pinochet: primero, el papel de las fisuras sociales y políticas subyacentes en establecer los términos de la batalla política; segundo, el papel jugado por los partidos de centro dentro de los sistemas multipartidarios. Al examinar el sistema de partidos posterior a Pinochet a través de la óptica de estas dos variables amplias, aparecen varias preguntas. Primero, ¿cuáles son las fisuras fundamentales que proveen las coordenadas básicas para el sistema de partidos postautoritario? Segundo, ¿sobrevivió la división subyacente, tripartita, del sistema de partidos al asalto del régimen de Pinochet? El resto de este capítulo está organizado como un intento de responder a cada una de estas preguntas.

Mi tesis central respecto del sistema de partidos recientemente reconstituido es que, aunque el sistema de partidos ha sufrido cambios significativos como consecuencia de la experiencia del autoritarismo, es poco probable que una nueva fisura generativa haya reorganizado los contornos básicos del panorama político chileno. Si bien ha habido desplazamientos significativos en las preferencias partidistas de votantes individualmente considerados, el carácter básico de la política misma, y las cuestiones subyacentes que definen la agenda política, permanecen fundamentalmente las mismas que las que existían dentro del sistema de partidos anterior al golpe. Esto no es para argumentar que el sistema de partidos posterior a Pinochet ha resurgido intacto. Muy por el contrario, argumento que, si bien no hay una nueva fisura que gobierna la competencia de partidos, los cambios, tanto dentro como entre actores partidarios importantes, sugieren que los fundamentos que gobernaban la competencia y cooperación entre partidos ha experimentado una reorientación significativa.

No es de sorprenderse que muchos de los partidos y dirigentes de partidos que han reaparecido en la arena de partidos son conocidos. Más aún, el sistema de partidos ha retenido aparentemente su predisposición a dividirse entre tendencias de derecha, de centro y de izquierda. De hecho, a pesar de los efectos traumáticos del gobierno autoritario, hay dos líneas de fisura fundamentales en Chile, la religión y la clase social (tanto en los sectores urbano como rural), que continúan siendo las fuerzas principales que dan forma a la estructura del conflicto dentro del sistema de partidos.

Es difícil captar el carácter exacto de la fisura religiosa en el sistema de partidos contemporáneo. Durante los años de Pinochet la Iglesia Católica resurgió como actor social y político clave en Chile. Durante gran parte del

período autoritario sectores claves de la Iglesia Católica presentaron la oposición más coherente al gobierno de Pinochet[557]. En gran medida gracias al a veces incluso valeroso papel jugado por la Iglesia como crítica del régimen de Pinochet, la Iglesia alcanzó un grado de legitimación no igualado por ningún otro actor importante de la sociedad civil[558]. Sin embargo, aunque la Iglesia se opuso a Pinochet y apoyó consistentemente un retorno a la democracia, ya no existe un consenso claro entre los jerarcas de la Iglesia en cuanto a lo deseable que sea cualquiera alternativa específica de partido político (como existió antes con los conservadores, o después con los democratacristianos)[559]. Aunque es posible que la disociación de la Iglesia del partido Conservador pueda ser reemplazada en la década de 1990 por una alianza renovada, informal, entre la Iglesia y los democratacristianos de centro, es mucho más probable que los católicos practicantes se van a fragmentar y entrar en nuevas alianzas y combinaciones con una variedad de grupos e intereses situados a la derecha, a la izquierda, y al centro del espectro de partidos[560]. Es especialmente notable la aproximación de muchos sectores de la izquierda a la Iglesia Católica como consecuencia de la común experiencia de represión durante los años de la dictadura. En breve, mientras las identidades partidistas todavía mantienen rasgos de la división clerical-anticlerical tan crucial en el pasado, el relieve de esta fisura está grandemente disminuido. Es poco probable que la Iglesia como institución se involucre en la política partidista, a menos que sus intereses institucionales estén amenazados, y sólo mientras dure esa circunstancia. Queda por verse qué relieve alcanzarán cuestiones tales como el aborto, el divorcio, y cualquier esfuerzo por modificar los subsidios públicos a la educación católica. Sin embargo, el escenario más probable en el corto plazo es que la Iglesia retroceda del campo político a medida que los partidos y otras instituciones de la sociedad civil reasumen sus papeles respectivos de canalizar y representar los intereses sociales.

Una nueva fisura política, la de democracia versus autoritarismo, apareció en la arena electoral con alguna fuerza, tanto en el plebiscito de 1988 como en las elecciones generales de diciembre de 1989. Aunque hay signos dentro del sistema de partidos de que coexisten puntos de vista diferentes con respecto al tipo de régimen político que sea más apropiado para Chile, es dudoso que una semejante "fisura de régimen" vaya a transformarse en una fisura esencial (o

---

557 Esto ha sido confirmado por numerosos análisis. Véase Valenzuela, A. y J. S. Valenzuela (1983), pp. 29-30. Véase también Garretón (1989a), pp. 405-38, para una visión más reciente.

558 De acuerdo a encuentas llevadas a cabo por CERC en Santiago en el año 1987, la Iglesia Católica (junto con la Vicaría de la Solidaridad) consistentemente emergió como la institución en Chile con mayor apoyo. Véase a Huneeus (1987), pp. 112-14. Para una exposición más detallada de los efectos del autoritarismo en la Iglesia Católica en Chile vease Ibid., pp. 135-52.

559 Esto es especialmente verdadero a causa de que el mismo partido Demócrata Cristiano sufrió fragmentación y, consecuentemente, pérdida electoral hacia la izquierda durante los últimos años 60 (Mapu) y principios de los 70 (Izquierda Cristiana). Esta división hacia la izquierda dejó un sedimento de inspiración cristiana tanto en la derecha, el centro y en la izquierda.

560 La principal excepción parece ser el partido Comunista en la izquierda y partidos extremistas en la derecha, los que gozan de muy poca simpatía o respaldo en la jerarquía católica.

generativa) sobre la cual vaya a girar una futura competencia electoral. Esto no se afirma para sugerir que no quedarán en el electorado, y por algún tiempo en adelante, grupos autoritarios opuestos a la democracia política. Ni tampoco se quiere decir que varios partidos de derecha, especialmente en el corto plazo, no intentarán rescatar el período de Pinochet como una experiencia política positiva. Lo que parece dudoso, especialmente si se puede ver el caso chileno a la luz de otras experiencias de transición, es que los partidos vayan a competir unos contra otros por un período de tiempo largo sobre la base de una postura en favor o en contra el sistema de democracia electoral mismo.

Casi con certeza, el eje principal de la fisura política que va a definir el conflicto entre partidos en la década de 1990 continuará siendo el de clase -tanto en el sector rural como en el urbano. Esto representa una fuente mayor de continuidad que subyace a la dinámica de la competencia de partidos. Sin embargo, este elemento principal de continuidad dentro del sistema de partidos plantea algunas interrogantes de por sí. Como vimos al analizar los esquemas de competencia de partidos en Chile desde la década de 1950 en adelante, la intensidad de las estrategias de movilización política seguidas por los partidos que buscaban captar las lealtades electorales de grupos de apoyo electoral de reciente disponibilidad, especialmente entre los campesinos y los sectores urbanos populares, contribuyeron decisivamente a la polarización de la política competitiva. ¿Qué grado de semejanza guardan los partidos que actúan en la reconstituida arena política, y las tendencias políticas que la subyacen, con los que actuaban en el sistema de partidos en 1973? ¿Significará el retorno a la política competitiva basada en clases sociales, simplemente un retorno a las dinámicas centrífugas que vinieron a caracterizar el sistema de partidos antecedente? ¿Sucumbirán los partidos a la tentación de una política de superarse en las ofertas, en un esfuerzo por atraer nuevos electores?

c. *La reconstitución de la política de partidos en Chile*

A partir del estallido de protestas organizadas a nivel nacional en 1983, y especialmente desde el triunfo de la oposición a Pinochet en el plebiscito del 5 de octubre de 1988, los partidos políticos han reasumido su papel de columna vertebral del proceso político chileno[561]. El plebiscito sobre el gobierno de Pinochet mandado por la Constitución de 1980 proporcionó a muchos partidos su primera oportunidad real de restablecer vínculos con grupos de la sociedad civil desde 1973. Los partidos políticos recobraron la legalidad oficialmente con una ley promulgada por el régimen en marzo de 1987, y desde esa fecha en adelante participaron activamente en campañas de inscripciones, no sólo en

561 Esta expresión es utilizada por Garretón (1983), y también (1983b), pp. xvi-xix. De acuerdo a Garretón esta "columna vertebral" se formó por "la imbricación de las organizaciones de base con la estructura política de los partidos, ambos en tensión con el Estado como punto central de la acción política. Esta columna vertebral fue la forma de los sujetos políticamente organizados y de los actores sociales de alcance nacional" (Garretón 1989b, p. xvi, original en inglés).

apoyo de sus intentos respectivos de obtener reconocimiento legal, sino también en un esfuerzo por animar a grandes cantidades de chilenos para que se inscribieran para votar en el plebiscito. Los partidos de la oposición a Pinochet, que representaban un amplio espectro de opinión política (incluían toda la oposición excepto los comunistas y algunos grupos pequeños), se unieron para formar una alianza, llamada la "Concertación de Partidos por el No", con el fin de coordinar esfuerzos para derrotar la tentativa de Pinochet de permanecer en el poder[562]. Los 17 partidos de la Concertación demostraron gran habilidad durante la campaña para sacar a Pinochet del poder, logrando inscribir más que el 90% del universo electoral potencial para que participara en el plebiscito, y frustrando las esperanzas de éste de permanecer en la Presidencia, por un margen de 54,7% contra 43,0%[563].

Recién logrado el triunfo en el plebiscito de 1988, los partidos de la Concertación formaron una alianza política nueva y más ambiciosa designada como "Concertación de Partidos por la Democracia." Después de varios meses de intensas negociaciones, los 17 partidos de la alianza llegaron a un acuerdo en una cantidad de cuestiones estratégicas, incluyendo la decisión de apoyar un candidato único para la Presidencia, y el compromiso de elaborar un programa común para un gobierno de coalición multipartidista. De nuevo el liderazgo de los partidos de la Concertación demostró una agilidad política notable al ponerse de acuerdo sobre una lista completa de candidatos. Como cabeza de la lista, los dirigentes de los partidos acordaron apoyar a un candidato único para Presidente, escogiendo a Patricio Aylwin, un democratacristiano, para encabezar la lista. En cada distrito electoral la Concertación presentó dos candidatos, en términos generales dividiendo su lista común de candidatos en dos, entre las tendencias principales de la alianza: el centro y la izquierda.

Los esfuerzos de la Concertación lograron tanto la elección de Aylwin a la Presidencia, consiguiendo el apoyo del 55,2% de la votación popular, como también asegurarse una clara mayoría de la votación popular en las contiendas electorales por las dos Cámaras del Congreso. En la carrera presidencial el aparente heredero del régimen autoritario, Hernán Büchi, obtuvo el 29,4% de los votos, y la candidatura populista de derecha de Francisco Javier Errázuriz (conocido popularmente como "Fra-Fra") obtuvo el 15,4% de la votación. El 11

---

562 El 2 de febrero de 1988 trece partidos de oposición formaron la Concertación por el No. Al final de 1988 otros cuatro pequeños partidos se habían agregado a la alianza. Los partidos principales que participaron y llegaron a un acuerdo para formar una coalición para las elecciones de diciembre con un solo candidato presidencial y una plataforma común de gobierno fueron los Demócrata Cristiano, el partido Radical, el partido Socialdemócrata, los Socialistas de Núñez, los Socialistas de Almeyda, el partido Humanista, el partido por la Democracia (PPD), el partido Radical Socialista Democrático, el MAPU, la Izquierda Cristiana, y varios otros pequeños grupos de la izquierda y el centro. El núcleo de la alianza estuvo compuesto por los Demócrata Cristiano y los Socialistas de Núñez y Almeyda. Para una detallada descripción de este complejo proceso de negociación véase Garretón (1989a), pp. 395-466.

563 Tanto el alto porcentaje de población inscrita para votar (92 por ciento) como el muy bajo nivel de abstensión (2,4 por ciento) fueron records para Chile. Estas cifras se encuentran disponibles en el Servicio Electoral de Chile.

de marzo de 1990 Patricio Aylwin y su gobierno de coalición de amplia base, asumieron el mando, poniendo término oficial al gobierno autoritario en Chile.

Los contornos básicos del panorama político que volvieron a surgir como resultado de la transición a partir del gobierno autoritario, a fines de la década de 1980, no fueron muy diferente de los que predominaban a comienzos de la década de 1970[564]. Tal como en el sistema de partidos previo al desmoronamiento que éste sufrió en 1973, es posible observar la reaparición de básicamente tres tendencias políticas subyacentes en Chile: la derecha, la izquierda y el centro. Sin embargo, a pesar de múltiples semejanzas, hay importantes diferencias tanto dentro como entre los actores políticos recientemente reconstituidos. En lo que sigue, intento esbozar la trayectoria política de los actores principales dentro de estas tendencias, subrayando algunas de las continuidades y cambios más importantes que ha sufrido cada uno de ellos con el renacimiento de la política de partidos.

d. La derecha

La aparición de una derecha electoralmente fuerte e ideológicamente agresiva en la arena de partidos posterior a Pinochet constituye una de las mayores discontinuidades con el previo sistema de partidos. Se recordará que a comienzos de la década de 1960 y en la década de 1970 los partidos de la derecha estaban sufriendo constantes pérdidas electorales en favor tanto del centro como de la izquierda. La defección de sectores claves de la Iglesia a los democratacristianos, y la consiguiente deslegitimación experimentada por la derecha clerical, combinada con el avance aparentemente irresistible del socialismo revolucionario, precipitó una crisis de identidad importante en los partidos de derecha, y contribuyó a su desilusión general con la política competitiva.

La derecha en Chile ha experimentado un renacimiento político considerable. Habiéndose disuelto voluntariamente a sí mismos después del golpe, sectores importantes de la derecha se aliaron con el régimen militar para asesorarlo en la formulación de las políticas económica, social, y de organización política. La afinidad entre la derecha política y el régimen militar se hizo especialmente pronunciada después de 1975 con la adopción de una versión radical de políticas económicas orientadas al mercado. Tal vez más aún que el régimen militar mismo, la derecha chilena, en la última década y media, ha vinculado su destino político a una economía política liberal, de mercado libre. La derecha ha venido a identificarse como campeona de la iniciativa privada y del mercado y, dentro del contexto más global del colapso del comunismo y el

564 El único actor realmente nuevo en el recientemente reconstituido sistema de partidos fue el partido Humanista, básicamente compuesto por jóvenes, el que propugnaba una nueva agenda política basada en temas tales como la ecología, el feminismo y el pacifismo. Como Garretón correctamente señala, este grupo político se mostraba a sí mismo más como un movimiento político que como un partido político, y fue incapaz de obtener más que un reducido apoyo electoral. Véase Garretón (1990a), p. 12.

resurgimiento del liberalismo en muchas partes del mundo, la derecha ha reaparecido como un actor político más fuerte, con bastante mayor confianza en sí misma.

Con el retorno de la política competitiva en Chile, la derecha se encontró dividida en básicamente dos campos políticos opuestos[565]. Por una parte, Renovación Nacional (RN) ha intentado distanciarse de los rasgos más inaceptables del régimen de Pinochet y ocupar el espacio electoral que ha estado tradicionalmente reservado a la derecha democrática (espacio que, entre 1966 y 1973, fue ocupado por el partido Nacional). Por otra parte, la Unión Democrática Independiente (UDI), creación de Jaime Guzmán y heredera política directa del régimen militar, se ve a sí misma como depositaria de los aspectos tutelares de la versión de democracia presentada en la Constitución de 1980[566]. En las elecciones de diciembre de 1990 estos dos partidos políticos se unieron para formar una única lista de candidatos bajo la bandera de "Democacia y Progreso." Aunque ambos partidos mostraron una capacidad sorprendente para captar votos en las elecciones de diciembre, RN surgió como partido hegemónico dentro de la derecha, obteniendo el 18,2% de la votación popular en las elecciones parlamentarias (consiguiendo 29 diputados para el partido) y 12,4% en las contiendas electorales para senadores (obteniendo 6 senadores, más varios independientes que luego ingresaron al partido después de las elecciones)[567]. El nivel de apoyo a la UDI fue de alrededor de la mitad del que obtuvo Renovación Nacional, logrando el 9,2% de los votos para sus candidatos a parlamentarios (11 diputados) y 5,4% del voto en las contiendas senatoriales (2 senadores).

Al interpretar estos resultados hay que ser cautelosos. Hay que considerar no solamente que los candidatos derechistas generalmente aprovecharon las redes clientelistas del Estado para apoyar sus campañas, sino también que el sistema electoral adoptado para los comicios de diciembre estaba diseñado para favorecer con su lógica al candidato ganador de la lista que terminara segunda (es decir, al candidato de Democracia y Progreso). La ley electoral establecía que, para las elecciones de diputados y senadores, cada distrito electoral debía elegir dos candidatos. Para que una lista determinada obtuviera ambos cargos, el total combinado que obtuvieran los dos candidatos de la lista tenía que ser el doble del total combinado de sus competidores más cercanos. Teóricamente,

---

565 Los esfuerzos para unir ambos partidos en uno solo en 1987 no perduraron a causa de las diferencias ideológicas y personales entre ambos grupos.

566 El retorno a la democracia en marzo de 1991 estuvo condicionado a la preservación de lo que Garretón ha denominado "enclaves autoritarios". El cita los ejemplos de la reducción constitucional del rol del Estado en la economía, las leyes constitucionales orgánicas tales como aquellas que institucionalizaron la autonomía del Banco Central, de Televisión Nacional, y de las Fuerzas Armadas, así como las medidas que permitieron que partidarios de Pinochet permanecieran en cargos públicos de designación presidencial tales como rectorías universitarias, miembros de la judicatura, y especialmente las figuras principales dentro de las Fuerzas Armadas. Véase Garretón (1990b), p. 6.

567 Todos los datos de las elecciones de diciembre fueron tomados de los resultados dados por el Ministerio del Interior publicados en El Mercurio, 16 y 17 de Dic. 1989 y La Epoca, 16, 17, y 18 y 25 de Dic. 1989.

este sistema permitía a la lista que obtuviera el apoyo de una minoría ganar el 50% de los puestos[568].

Sin embargo, aún tomando en consideración los efectos distorsionantes del sistema electoral adoptado por el régimen, el nivel de apoyo electoral para los partidos de derecha en las elecciones de 1989 fue considerable más alto que el de 1973. (Referirse a cuadro 4.18). La lista combinada de RN y la UDI, junto con exitosos candidatos independientes, obtuvo 33,6% de la votación popular en las elecciones de diputados, y 35,4% en las de senadores. Si los votos obtenidos por los partidos derechistas más pequeños (cuyos totales individuales cayeron bajo el mínimo legal y fueron, por lo tanto, obligados por la ley a disolverse) se suman al total obtenido por "Democracia y Progreso", el total de votación popular obtenido por la derecha aumenta a aproximadamente el 40%[569]. Queda por verse si esta ola de apoyo a la derecha será un rasgo del panorama político chileno que perdurará. Sin embargo, aun si la derecha sufre alguna erosión electoral en futuras elecciones, es notable que los resultados electorales de los candidatos a diputados de la derecha en 1989 fueron casi el doble de los de 1973 (40% comparado con 21,3%).

e. La izquierda

Los cambios en la composición de los partidos del lado izquierdo del espectro político han sido al menos de tanta importancia como los que han tenido lugar en los del lado derecho. Habiendo sufrido el embate de las políticas represivas del régimen militar, incluyendo la tortura, la cárcel, el exilio y, en algunos casos, la exterminación física, los partidos y los jefes de partidos de la izquierda han surgido de la experiencia del autoritarismo en gran parte transformados. Aunque los partidos principales que componían el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende han reaparecido: los socialistas y los comunistas (junto a algunos sectores del partido radical y fragmentos desprendidos de la democracia cristiana), estos partidos han pasado por importantes cambios internos.

---

568 La distorsionada naturaleza del régimen electoral puede ser apreciada por los resultados. Los partidos opositores a Pinochet obtuvieron 72 diputados (el 60 por ciento de la Cámara) con el 56 por ciento de los votos, mientras que Democracia y Progreso ganó 48 diputados (el 40 por ciento) con el 33,4 por ciento de los votos. En el Senado, los partidos de la oposición ganaron 22 puestos (48 por ciento) con el 56,3 por ciento de los votos, mientras que Democracia y Progreso gano 16 asientos (34 por ciento) con el 35,4 por ciento de los votos. La Constitución de 1980 establece 8 senadores designados. Si los senadores designados votaran en bloque con la derecha, ésta tendría una mayoría absoluta en el Senado. A raíz de que la Constitución de 1980 establece que para materias legislativas importantes (dependiendo del tipo de ley) se requieren quorum de tres-quintos, dos-tercios, o cuatro-séptimos en ambas cámaras, tal tipo de distribución de puestos dificulta al gobierno de Aylwin el legislar.

569 Estos partidos y su total de votos respectivo fueron el Partido Nacional (2,2 por ciento), el Partido del Sur (0,7 por ciento), los Independientes (1,3 por ciento), Avanzada Nacional (0,9 por ciento), la Democracia Radical (0,4 por ciento), el Partido Liberal (0,7 por ciento), y el Partido Socialista Chileno (0,2 por ciento). Estos compitieron distribuidos en varias listas.

Como ha sucedido con la derecha, en el reconstituido sistema de partidos la izquierda se encuentra dividida en dos tendencias básicas. Los socialistas, que hasta poco después de las elecciones de 1989 estaban divididos en dos facciones principales (los socialistas de Núñez y los socialistas de Almeyda, según el apellido de sus respectivos secretarios generales), se han apartado gradualmente de sus históricos aliados, los comunistas. Después del triunfo del candidato presidencial de la Concertación, los socialistas se unieron con el centro (principalmente los democratacristianos) para formar un gobierno de coalición bajo la conducción de Patricio Aylwin. Aunque compuestas de diferentes corrientes y tendencias ideológicas, ambas facciones principales del partido socialista -en mayor o menor grado- se han sometido a una rigurosa autocrítica de su participación en el gobierno de la Unidad Popular. En consonancia con esto, una facción importante del reunificado partido Socialista, en particular los que provienen de la facción Núñez, se han conscientemente distanciado del leninismo, han reevaluado el valor de la democracia política "formal", y han abiertamente favorecido el fortalecimiento y la expansión de la alianza con el centro. Esta versión "renovada" del socialismo chileno representa a un actor político marcadamente diferente, si se lo compara con su predecesor más "purista" dentro del sistema de partidos anterior al golpe.

La división en el campo socialista hizo imposible que un único partido socialista coordinara sus esfuerzos en las elecciones de diciembre. En vez de eso, los socialistas de Núñez, más inclinado al centro, junto con varios grupos políticos más pequeños, formaron el Partido por la Democracia (PPD) como instrumento electoral "cath-all" para presentar sus candidatos a parlamentarios. En las elecciones de diciembre los candidatos a diputado del PPD recibieron un 11,0% de la votación popular (consiguiendo 17 puestos), y el apoyo de un 12% del electorado para sus candidatos a senadores (eligiendo senadores a 4 de sus miembros). Los socialistas almeydistas, de línea más dura, junto con los comunistas, la izquierda cristiana, y otros, crearon una alianza electoral llamada Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS). Esta segunda alianza de partidos de izquierda, a pesar de los esfuerzos hechos por coordinar las estrategias electorales de las dos alianzas de izquierda (el PPD y el PAIS), captó sólo 4,3% del electorado en las contiendas electorales por la Cámara Baja, y sólo un poco más, 4,7%, en las elecciones senatoriales. Por consecuencia, el PAIS logró sólo dos puestos en la Cámara Baja. Aunque es difícil sacar conclusiones a partir de los resultados de las elecciones parlamentarias de diciembre debido a las divisiones dentro de la izquierda, el carácter prejuiciado del régimen electoral, y la ambigüedad del PAIS frente a las elecciones mismas, los partidos de izquierda surgieron de las elecciones habiendo perdido una parte considerable de su participación en la votación popular, si se la compara a la obtenida en 1973[570].

570 El total del sufragio de los candidatos de izquierda (PPD, PAIS, PRSD e independientes de izquierda) en las elecciones parlamentarias de 1989 rondó el 25 por ciento, una aguda baja cuando se le compara con los niveles disfrutados por la coalición de la Unidad Popular, la que recibió el 43,9 por ciento de los votos en las elecciones de 1973. La cifra del 25 por ciento

El segundo actor clave dentro de la coalición de la Unidad Popular, los comunistas, ha sufrido tal vez la transformación política más profunda que haya experimentado actor alguno del sistema de partidos. En parte como resultado de la extrema represión de que fue objeto el partido durante los primeros años de la dictadura de Pinochet, y en parte como consecuencia de la creciente consolidación del régimen militar que representó la Constitución de 1980. En 1980 los comunistas adoptaron una nueva estrategia política que consistía en el "uso de todas las formas de lucha," incluyendo "la rebelión popular...y las formas agudas de violencia"[571]. Sin embargo, a mediados y a fines de la década de 1980, a medida que retornaba a Chile la política competitiva, y todos los otros actores políticos (incluyendo sus aliados tradicionales, los socialistas) eventualmente optaban por una estrategia que requería aceptar la Constitución de 1980 como marco de referencia para la transición, los comunistas se encontraron cada vez más aislados. Hacia fines de la década de 1980 la reaparición de la arena política dentro del marco de referencia básico de la Constitución de 1980 había producido una esquizofrenia dentro del partido Comunista. Por una parte, el partido participaba con vacilaciones (y atraso) en la derrota electoral del régimen, llamando a los cuadros del partido a apoyar los candidatos de la oposición en las urnas. Sin embargo, por otra parte, los dirigentes del partido, reunidos en un Congreso del Partido poco después de las elecciones de 1989, reafirmaron fuertemente el apoyo del partido a la "rebelión popular" y la lucha armada[572]. Esta confusión, combinada con la situación crítica que enfrentaba el leninismo internacional, ha precipitado la peor crisis de identidad en la historia del partido Comunista chileno. A comienzos de la década de 1990 el futuro del partido Comunista en Chile aparecía dudoso. Era una pregunta abierta si el partido había de insistir en su estrategia insurreccional, y sufrir las consecuencias de una represión estatal adicional, o si el partido iba a intentar acercarse a su aliado histórico, los socialistas, dentro del contexto de la política electoral, o si habría para el partido una tercera alternativa.

f. El centro

De todos los actores partidarios que volvieron a la arena política en la década de 1980 tal vez el principal partido del centro, los democratacristianos, resurgieron como el más coherente desde el punto de vista organizativo. En tanto que todos los partidos políticos habían sido proscritos durante los años de gobierno militar, no todos los partidos fueron tratados de la misma manera.

---

correspondiente a 1989 es respaldada por Aníbal Palma en un artículo que apareció en La Epoca, el 18 de diciembre de 1989. Para las cifras de 1973 véase Valenzuela, A. (1978), p. 85.

571 Citado de Garretón (1990a), p. 10.

572 Para una exposición de este proceso, véase Ahumada et al. (1989), vol. 3. Estos autores atribuyen la transformación del partido Comunista en 1980 a cuatro factores fundamentales: la represión ejercida por el régimen militar; el impacto de la victoria sandinista en Nicaragua; la renuencia política de la Democracia Cristiana; y la severa crítica interna hecha en el Pleno del Partido en 1977 sobre la falla del gobierno de la Unidad Popular para autodefenderse.

Mientras los partidos de derecha entraron voluntariamente en receso después del golpe, los partidos de izquierda sufrieron en general una dura represión. Los democratacristianos centristas, aunque legalmente proscritos, pudieron explotar su relación privilegiada con sectores claves de la Iglesia y, al menos inicialmnete, gozaron de la indulgencia de algunos sectores del régimen. En algunos aspectos, pues, el partido de centro gozó de una ventaja comparativa, en términos organizativos, en relación a los otros partidos durante los años de la dictadura. El partido Demócrata Cristiano volvió a la arena electoral en diciembre de 1989 con una demostración impresionante de apoyo partidista. Además de ver a un miembro del partido, Patricio Aylwin, elegido a la Presidencia, los democratacristianos obtuvieron las mayores representaciones como partido en ambas cámaras del Congreso. Los democratacristianos recibieron el 26% de los votos en las elecciones de diputados (sin incluir en esta cifra el éxito de un democratacristiano que se presentó como independiente en la Octava Región), eligiendo 38 representantes. En la carrera senatorial, los democratacristianos consiguieron 13 puestos con el 32,0% de votos. Así, los niveles de apoyo electoral obtenidos por los candidatos democratacristianos en las elecciones de 1989 son sorprendentemente similares a los de 1973, cuando los democratacristianos obtuvieron el 29,1% del voto en las elecciones parlamentarias. (Referirse a cuadro 4.18).

Los democratacristianos muestran todavía algunos signos de las divisiones internas que desgarraron el partido en facciones opuestas de derecha y de izquierda, a fines de la década de 1960 y en la de 1970. La enconada lucha intrapartidaria entre los dirigentes del partido por la candidatura presidencial en las elecciones de 1990 da fe de esto. El surgimiento de Aylwin como la opción del partido representó una victoria de la vieja guardia partidaria. Sin embargo, a partir de lucha interna en la convención para su nominación, y particularmente desde la demostración de la fuerza del partido en las elecciones parlamentarias de diciembre de 1989, Aylwin se ha transformado en una fuerza mayor de unidad dentro del partido Demócrata Cristiano. Parece que anteriores predicciones de la inminente defunción del partido eran prematuras[573]. De nuevo es preciso ser cauteloso. Es imposible saber si los resultados de 1989 se reflejarán en tendencias de largo plazo del electorado. Aún si los democratacristianos son capaces de consolidar su arraigo electoral sobre el centro, quedan varias preguntas por responder. ¿Proporcionará la reconstitución política del centro el suficiente peso político al sistema de partidos, como para reforzar las tendencias centrípetas dentro de éste? ¿Podrán y/o querrán los democratacristianos asumir el papel de mediadores entre los extremos, papel que ha sido tan útil en el

573 La más prominente de tales predicciones fue hecha por Fleet (1985). Fleet afirmó que esta división entre la derecha y la izquierda obligaría a la democracia cristiana "en algún momento relativamente cercano" a escoger entre una u otra de estas tendencias, resultando una división permanente entre ambos grupos. El argumento de Fleet comparte la misma lógica dualista que se encuentra en Duverger (Ibid., p. 5).

pasado para la estabilidad del régimen en Chile? En la sección final de este libro, querría examinar este último conjunto de preguntas.

g. Esquemas futuros de conflicto y cooperación de partidos

Al discutir el centro dentro del contexto de la política chilena es importante distinguir entre el partido de centro principal, en este caso los democratacristianos, y la tendencia política subyacente que hace al centro electoralmente habitable. La competencia de partidos en Chile a menudo ha dado vueltas en torno a más de tres partidos, pero ha estado casi siempre dividida en tres tendencias políticas fundamentales. El sistema de partidos posterior a Pinochet se caracteriza no sólo por tener un partido político fuerte en el centro, sino también, y esto es tal vez más importante en términos de estabilidad política, por una tendencia de centro que parece haber llegado a transformarse en la tendencia principal dentro del sistema de partidos.

Los datos de encuestas previas a las elecciones de diciembre sugerían que la distribución del electorado en Chile había cambiado significativamente respecto de la del período previo al golpe. La Tabla 1 muestra la distribución ideológica del electorado chileno durante un período de casi tres décadas. Como lo indican los datos, a la altura de 1986, aunque todavía tripartita, la ubicación ideológica que hacía de sí mismo el electorado se había desplazado notablemente.

Este desplazamiento hacia el centro fue parcialmente ratificado por los resultados de las elecciones generales de diciembre de 1989. Candidatos de todo el espectro político rivalizaban por identificarse con el "centro", y disociaban conscientemente sus posiciones tanto de las de la extrema derecha como de las de la extrema izquierda. Aunque, de nuevo, es difícil evaluar esto a causa del conjunto complejo de coaliciones y alianzas interpartidarias, los candidatos centristas, esto es, candidatos democratacristianos, combinados con los candidatos de sus aliados de pequeños partidos centristas, que eran también dependientes en lo organizativo (algunos sectores de los radicales y los socialdemócratas), obtuvieron alrededor del 30,0% de los votos en las elecciones de diputados (asegurándose 44 puestos en la cámara baja), y 34,9% en la contienda por el Senado (logrando 16 asientos).

Así, a pesar de la tesis de Duverger de que "no hay una tendencia, una doctrina de centro," hay fuertes indicaciones de que, dentro del reconstituido sistema de partidos, el centro ha recobrado su predominio histórico. A pesar de la advertencia de Sartori de que "cuando no tenemos un partido de centro es probable que haya una tendencia de centro que predomina dentro del sistema de partidos"[574], esta tendencia centrista que subyace al sistema de partidos chileno ha sido fomentada de modo decisivo por la presencia y conducta de un partido importante en el centro. A juzgar por la conducta de los democratacristianos

574 Duverger (1954), p. 215; Sartori (1976), p. 135.

Cuadro Nº 5.1. Distribución ideológica del electorado chileno 1958-86
(Porcentaje)

Respuesta a la pregunta ¿Se siente usted más cercano a la derecha, el centro o a la izquierda?	*1958*	*1961*	*1964*	*1970*	*1973*	*1986*
Derecha	31,4	23,8	17,4	26,6	21,9	16,6
Centro	17,8	28,2	29,0	24,2	26,8	41,2
Izquierda	24,5	26,5	32,0	26,0	42,9	14,2
No Responde	26,3	21,5	21,6	23,2	8,4	28,0

Fuente: Carlos Huneeus (1987), p. 163. Sus datos anteriores a 1973 están tomados de Eduardo Hamuy. Los datos de 1986 son los resultados de una encuesta de opinión dirigida por CERC en Santiago, la que incluyó 889 entrevistas en el Area Metropolitana del Gran Santiago.

dentro del sistema de partidos en la década de 1980, parece que han aprendido lecciones importantes a raíz del fracaso de sus esfuerzos por constituir una fórmula de gobierno dominada por un solo partido en Chile. Se recordará que, como vimos en el capítulo 4, desde fines de la década de 1950 en adelante la estrategia electoral y de gobierno preferida por los democratacristianos era la de ir solos, antes que la de buscar alianzas con otros partidos. Profesando una ideología que rechazaba tanto el capitalismo liberal como el marxismo, los democratacristianos intentaron una estrategia de partido hegemónico para lograr una posición de mayoría dentro del electorado chileno. A fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 las limitaciones de esta estrategia se habían hecho evidentes. Es probable que, después de comprobar la ruina que acarreó la política maximalista en las décadas de 1960 y 1970, los dirigentes del partido Demócrata Cristiano habrán aprendido que sólo elaborando una estrategia activa de coaliciones y alianzas se puede llegar en Chile a una fórmula de gobierno estable[575].

Esta conclusión parece justificada sobre la base de la observación de la conducta substancialmente diferente del partido Demócrata Cristiano durante la década de 1980. Una vez que el plebiscito patrocinado por el régimen en 1980 hubo borrado toda duda acerca de sus intenciones futuras, los democratacristianos asumieron cada vez más el papel de dirigentes públicos de la oposición. En 1983, con el estallido de las protestas nacionales contra el

575 El difunto líder del partido, Eduardo Frei, antes de fallecer, en su libro "El mandato de la historia y las exigencias del porvenir" (1975) señaló la necesidad de un cambio de tal tipo en la estrategia coalicional. Mis entrevistas durante 1988 y 1989 y nuevamente en 1990, con aproximadamente 35 líderes del partido Demócrata Cristiano, apoyan también este punto de vista.

régimen, los democratacristianos lograron reunir grupos políticos de la derecha, del centro y de la izquierda socialista, para formar una alianza coherente, que se llamó la "Alianza Democrática"[576]. La formación de la Alianza Democrática fue el primero de una cantidad de intentos de unificar los múltiples y fragmentados partidos de la oposición y de adoptar una estrategia común contra el régimen de Pinochet. De nuevo fueron los democratacristianos los que jugaron un papel clave en la construcción de la exitosa coalición de 17 partidos que formaron la "Concertación por el No" para el plebiscito de 1988. Esta coalición, que más tarde se transformó en la "Concertación de Partidos por la Democracia", ha llegado a desempeñar un papel principal en la conformación de esquemas de conflicto y cooperación dentro del sistema de partidos.

El crecimiento de la capacidad de los democratacristianos para formar coaliciones y alianzas sugiere una pregunta para este análisis. ¿Puede un partido de centro, que fue antes un partido programático de centro intransigente, transformarse en un partido de centro posicional más flexible? En otras palabras, ¿han resultado las dimensiones del trauma provocado por el quiebre de la democracia y los 16 años de gobierno autoritario que lo siguieron, en un proyecto político y en una racionalidad fundamentalmente nuevos para los democratacristianos? Sectores claves del liderazgo de los democratacristianos han experimentado un proceso de moderación, o "secularización", de los contenidos ideológicos de su programa de partido[577]. Aunque es posible que una facción menos flexible y pragmática pueda conseguir la hegemonía dentro del partido en algún momento del futuro, cuando la competencia de partidos retornó a Chile a fines de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, los democratacristianos estaban jugando el papel de artífices de coaliciones dentro del sistema de partidos. Este cambio, combinado con cambios similares en las estrategias de coalición de los potenciales aliados de la derecha y de la izquierda, sugiere la posibilidad de que los esquemas de competencia de partidos en Chile en la década de 1990 van a corresponder a un pluralismo moderado, antes que uno polarizado[578].

La predisposición renovada a formar coaliciones y alianzas dentro del sistema de partidos constituye una diferencia crucial cuando se le compara al sistema de partidos antecedente. Su significación es puesta en alto relieve cuando se revisa el curso de decenios de competencia de partidos en Chile, un

---

576 Otras alianzas interpartidarias se formaron también entre agosto y diciembre de 1983. El Movimiento Popular Democrático (MDP) se constituyó con otros grupos socialistas, así como el partido Comunista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); el Bloque Socialista constituyó un esfuerzo de unir a los socialistas con la Izquierda Cristiana y el MAPU. Para una detallada descripción de estos esfuerzos véase Garretón (1989a), pp. 417-22.

577 "Secularización" es el término utilizado por Huneeus para describir este proceso de desideologización en el contexto político chileno (1989, p. 15). Véase Garretón (1989a), pp. 417-18.

578 Para Sartori una variable crucial que determina la diferencia entre los pluralismos moderados y los pluralismos polarizados es la "distancia ideológica" que separa a los extremos. En el caso chileno, se ha también producido un proceso de secularización en los partidos de la derecha y de la izquierda. Véase Garretón (1989a), pp. 438-65. Véase también Huneeus (1989), pp. 15-16.

período durante el cual ningún partido individualmente considerado ha tenido una ventaja electoral decisiva. La formación de una amplia alianza electoral y de gobierno de centro izquierda entre los partidos de la Concertación, y especialmente el acercamiento que representa entre democratacristianos y socialistas, sugiere también la posibilidad de que se ha forjado una nueva coalición de gobierno de largo plazo. Compartiendo estos dos partidos el poder en el gobierno de transición de Patricio Aylwin, los costos y beneficios del gobierno se distribuyen más parejamente, disminuyendo así los incentivos para una política de sobreofertas. Una indicación adicional de la nueva flexibilidad adquirida por el sistema de partidos puede encontrarse en la capacidad de los actores principales de la derecha, del centro y la izquierda para ponerse de acuerdo sobre ciertas condiciones mínimas que deben cumplirse en la transición al gobierno democrático[579].

A pesar de los esfuerzos de Pinochet por reestructurar el sistema de partidos, parece claro que la familiar distribución tripartita del electorado ha reaparecido dentro del sistema de partidos. Sin embargo, a pesar de que las mismas fisuras sociales fundamentales que estructuraron el conflicto político dentro del sistema de partidos durante doce décadas todavía conforman los esquemas de este sistema, el período de Pinochet transformó la política de partidos en Chile de manera substancial. La experiencia de gobierno autoritario traumatizó a grupos sociales y políticos claves, y sugiere que estos grupos han reevaluado tanto el valor, como la muy real fragilidad del dar y recibir exigido por la democracia política[580]. El fracaso de los grupos políticos en pugna en obtener sus metas a través de la lógica, crecientemente de suma cero, de la política mayoritaria, seguido por la represión de la política de partidos durante los años de gobierno militar, puede llevar a las elites políticas a buscar la cooperación más bien que el conflicto en políticas claves. Dentro de este nuevo cálculo de conflicto y cooperación políticos, las ganancias inciertas de la política de coaliciones pueden parecer preferibles a las pérdidas tangibles que acarrean los principios políticos mayoritarios[581]. Si así sucede, es muy posible que la disposición al consenso que caracterizó al sistema de partidos en las elecciones de diciembre de 1989, fomentado por la presencia de un fuerte partido de centro, como también por una tendencia de centro predominante, contribuirá decisivamente a la consolidación de la democracia en Chile.

---

579 Los partidos de la derecha, del centro y de la izquierda fueron capaces de acordar reducir algunos de los "enclaves autoritarios" que estaban prescritos en la Constitución de 1980. Esto incluyó la aprobación de normas para facilitar el proceso de reforma de la Constitución, la reducción del primer período presidencial a cuatro años, mejorar la protección de los derechos humanos, la eliminación de las proscripciones ideológicas, y la reducción del rol de los senadores designados y del Consejo de Seguridad Nacional. Los cambios fueron aprobados en un plebiscito nacional en julio de 1989. Véase Garretón (1990b), p. 6.

580 Garretón afirma que las elites políticas chilenas han sufrido un proceso de aprendizaje político, con una curva de aprendizaje especialmente álgida entre 1983 y 1989 (1989a, pp. 395-465).

581 Los esfuerzos de continuar la Concertación como coalición gubernamental comparten algunos de los elementos de la fórmula consociacional del poder compartido. Lijphart ha definido el consociacionalismo como una variedad de democracia en la cual "las tendencias centrífugas inherentes a una sociedad plural son contrarrestadas por las actitudes cooperativas y la conducta de los líderes de los diferentes segmentos de la población" (1977, p. 1).

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

NOTA INTRODUCTORIA A LAS FUENTES PRIMARIAS:

En el desarrollo de esta investigación encontré necesario consultar una cierta cantidad de documentos públicos y periódicos correspondientes al siglo diecinueve, especialmente las Sesiones Parlamentarias de la Cámara de Diputados, 1856-57, las Sesiones Parlamentarias de la Cámara de Senadores, 1856-57, ambas en el Archivo Nacional en Santiago. Los periódicos revisados son los siguientes: La Revista Católica, 1º abril 1843 a 31 de diciembre 1868; El Bien Público 1863; El Conservador 1857; El País 1857; El Araucano 1857; El Ferrocarril 1857; El Mercurio 1857. Todas estas fuentes fueron consultadas en la Biblioteca Nacional en Santiago.

La investigación para el capítulo 4 implicó consultar el principal periódico del Partido Demócrata Cristiano, la revista Política y Espíritu, desde 1945 a 1975, la que se puede consultar en el Centro Bellarmino en Santiago; revisar archivos diversos conservados en la Fundación Frei; y emplear los datos agregados disponibles tanto en la Dirección del Registro Electoral (hasta 1973) como en el Servicio Electoral de Chile (luego de 1988).

También, en el transcurso de la investigación para el capítulo 4 me entrevisté con los siguientes líderes sociales y políticos chilenos de los años 50, 60 y 70:

CLOTARIO BLEST, fundador de la Central Unica de Trabajadores (CUT) (varias entrevistas grabadas durante el mes de julio de 1988).

OSCAR DOMINGUEZ, activo participante en la Acción Católica, trabajador en la reforma agraria de la Iglesia en los primeros días de la Democracia Cristiana (20 julio 1988).

RAMON DOWNEY, estratega demócrata cristiano en el área rural, especialista en reforma agraria (20 julio 1988).

RAFAEL GUMUCIO, miembro fundador de la Falange y posteriormente fundador del MAPU en 1969 junto a Julio Silva Solar (19 julio 1988).

ALEJANDRO HALES, miembro fundador del Partido Agrario Laborista, ministro de Ibáñez (Agricultura) y Frei (Minería) (12 julio 1988).

GABRIEL LARRAIN, activo participante de la Acción Católica, ex obispo auxiliar de Santiago, Secretario General del Instituto de Educación Rural (21 julio 1988).

BERNARDO LEIGHTON, miembro fundador de la Falange, ministro en diversas carteras en la administraciones de Ibáñez y Frei (11 julio 1988).

FRANCISCO LEON, activista católico en la revolución cubana, luego simpatizante democratacristiano. Durante la administración Frei y luego de ésta León trabajó como funcionario de CORA y encargado de la estrategia rural del PDC (15 julio 1988).

ALEJANDRO MAGNET, miembro fundador de la Falange y activo participante en la administración Frei (6 julio 1988).

ALVARO MARFAN, jefe de estrategia de la campaña de Frei en 1964 (20 julio 1988).

ENRIQUE MELLADO, líder sindical campesino demócrata cristiano, presidente de Triunfo Campesino (20 julio 1988).

EMILIANO ORTEGA, profesional de INDAP durante el gobierno de Frei (19 julio 1988).

SERGIO OSSA, jefe de Promoción Popular antes y durante el gobierno de Frei. Posteriormente fue nombrado Ministro de Defensa por Frei luego del "Tacnazo" (8 julio 1988).

PATRICIO ROJAS, consejero personal de Frei y Ministro de Defensa durante su administración (11 julio 1988).

CARDENAL RAUL SILVA HENRIQUEZ, arzobispo de Santiago entre 1960 y 1983 (12 julio 1988).

JULIO SILVA SOLAR, activista del partido Demócrata Cristiano y diputado, luego fundador del MAPU (12 julio 1988).

HUMBERTO SOTO, líder sindical urbano demócrata cristiano, presidente del sindicato FUT (20 julio 1988).
RADOMIRO TOMIC, miembro fundador de la Falange, político de larga trayectoria en la democracia cristiana y candidato presidencial por ese partido en la elección de 1970 (10 julio 1988).
HUGO TRIVELLI, Ministro de Agricultura en la administración Frei (6 y 7 julio 1988).
TOMAS VIAL VIAL, profesional de CORA durante el gobierno de Frei, experto en el diseño del programa de reforma agraria (6 julio 1988).
SERGIO WILSON, figura clave en la Acción Católica y luego en el desenvolvimiento y ejecución del programa de Promoción Popular del gobierno de la Democracia Cristiana (6 julio 1988).
ANDRES ZALDIVAR, Ministro de Frei, activo líder político del PDC (11 julio 1988).

Finalmente, al escribir las conclusiones de este libro utilicé información reunida en entrevistas desarrolladas entre el 15 de julio y el 15 de agosto de 1990, con los siguientes dirigentes políticos chilenos:

JOSE PABLO ARELLANO, Director de Presupuesto del gobierno de Patricio Aylwin.
GENARO ARRIAGADA, vicepresidente del partido Demócrata Cristiano.
MARIANA AYLWIN, dirigente del partido Demócrata Cristiano.
CARLOS BASCUÑAN, Secretario del Presidente Aylwin.
JOSE JOAQUIN BRUNNER, asesor del Ministro de Educación e importante figura en el Partido por la Democracia (PPD).
JORGE CORREA, Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (nombrada por el Presidente Aylwin para investigar violaciones de derechos humanos).
ANGEL FLISFISCH, alto analista político del gobierno de Aylwin, Secretaría General de Gobierno de la administración de Aylwin.
ALEJANDRO FOXLEY, Ministro de Hacienda del gobierno de Aylwin y miembro del Consejo Nacional de la Democracia Cristiana.
CARMEN FREI, Senadora de la democracia cristiana por Antofagasta, 2º distrito, importante figura de la democracia cristiana.
MANUEL ANTONIO GARRETON, asesor del Ministro de Educación y dirigente del Partido por la Democracia (PPD).
RICARDO LAGOS, Ministro de Educación del gobierno de Aylwin y líder del Partido por la Democracia (PPD)
CLAUDIO ORREGO, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC) y dirigente juvenil del partido Demócrata Cristiano.
EUGENIO ORTEGA, Diputado democratacristiano por Talca, distrito 37, y dirigente del partido Demócrata Cristiano.
SEBASTIÁN PIÑERA, Senador de Renovación Nacional por Santiago, distrito 7, y miembro del Consejo Nacional de Renovación Nacional.
RICARDO SOLARI, jefe de división, Secretaría General de Gobierno de Aylwin.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AFFONSO, A. (1970), "El Sindicato Chileno, Agente de Cambio", *Cuadernos de la Realidad Nacional* Nº 5, septiembre, pp. 118-139.
_____(1972), "Esbozo Histórico del Movimiento Campesino Chileno", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* Nº 3, junio, pp. 37-68.
AGÜERO, F.; CH. GUILLESPIE y T. SCULLY (1985), "The Role of Political Parties in the Return to Democracy in the Southern Cone", Woodrow Wilson Center Working Paper Nº 171.
AHUMADA, E. et. al. (1989), *Chile: La Memoria Prohibida*, Santiago: Pehuén.
ALDUNATE, A.; A. FLISFISCH y T. MOULIAN (1985), *Estudios Sobre Sistemas de Partidos en Chile*, Santiago: FLACSO.
ALEXANDER, R. J. (1962), *Labor Relations in Argentina, Brazil and Chile*, New York: McGraw Hill Book Co., Inc.
ALLART, E. (1982), "Reflections on Stein Rokkan's Conceptual Map of Europe", *Stein Rokkan Lecture*, Bergen: University of Bergen.
ALMOND, G.; S. C. FLANAGAN y R. J. MUNDT, eds. (1973), *Crisis, Choice, and Change: Historical Studies of Political Development*, Boston: Brown, Little and Co.
ALONSO, I.; R. POBLETE y G. GARRIDO (1963), *La Iglesia en Chile*, Bogotá: FERES.
AMUNATEGUI, D. (1891), *El Instituto Nacional Bajo los Rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente, y don Antonio Varas, 1835-1845*, Santiago.

_____(1946), *La Democracia en Chile*, Santiago: Universidad de Chile.
ANGELL, A. (1972), *Politics and the Labor Movement in Chile*, London: Oxford University Press.
_____(1986), "Algunos Problemas en la Interpretación de la Historia Chilena Reciente", *Opciones*, mayo-septiembre, pp. 9-30.
_____(1989), "Trade Unions in Chile in the 1980's", trabajo presentado en el seminario "Transformation and Transition in Chile, 1982-1989", University of California, San Diego, (marzo 13-14).
ARANEDA, F. (1947), *Hombres de Relieve de la Iglesia Chilena*, Santiago: Imprenta El Esfuerzo.
ARELLANO, J. P. (1983), "Las Políticas Sociales en Chile: Breve Reseña Histórica", *Apuntes CIEPLAN* Nº 40, abril.
ARRIAGADA, G. (1974), *De la Vía Chilena a la Vía Insurreccional*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1984), "El Sistema Político Chileno (Una Exploración de Futuro)", *Colección Estudios CIEPLAN* 15, diciembre, pp. 171-202.
ASTORGA, J. R. (1902), *Obras Científicas y Literarias de Rafael Valentín Valdivieso*, Tomos I, II y III, Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
AYLWIN, A. (1967), "Carta Informe Sobre Experiencias Sindicales Campesinas", mimeo, (disponible en Fundación Frei).
AYLWIN, M. et. al. (1985), *Chile en el Siglo XX*, Santiago: Emisión.
AYLWIN, P. et. al. (1971), *El Socialismo Visto por los Comunitarios*, Santiago: Instituto de Estudios Políticos.
BAGU, S. (1975), "Tres Oligarquías, Tres Nacionalismos", *Cuadernos Políticos*, enero-marzo, pp. 6-17.
BANDE, A. (1969), *The Chilean Radical Party and the Popular Front (1936-1941)*, Tesis presentada para el grado de Bachiller en Filosofía Política en Oxford University, Saint Anthony's College.
BAÑO, R. (1989), "Acerca del sistema de partidos probable", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 407, mayo.
_____(1990), "Elecciones en Chile: ¿Otra vez lo mismo o al revés?", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 454, junio.
BARRERA, M. (1971), "Perspectiva Histórica de la Huelga Obrera en Chile", *Cuadernos de la Realidad Nacional* Nº 9, septiembre, pp. 119-155.
BARRERA, M.; H. HENRIQUEZ y T. SELAME (1985), *Sindicatos y Estado en el Chile Actual*. Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.
BARRIA, J. (1971), *El Movimiento Obrero en Chile*, Santiago: Trígono.
BARROS, L. y X. VERGARA (1986), *El Modo de Ser Aristocrático*, Santiago: Ediciones Aconcagua.
BARROS ARANA, D. (1884-1902), *Historia General de Chile*, Santiago: R. Jover.
BARROS, E. (1990), "El nuevo orden de partidos: Algunas hipótesis", *Estudios Públicos* Nº 38, Otoño, pp. 129-139.
BASCUÑAN, C. (1982), "La Estrategia Política para la Formación de Frentes Populares", *Estudios Sociales* Nº 33, pp. 69-113.
_____(1990), *La izquierda sin Allende*, Santiago: Editorial Planeta.
BENAVENTE, A. (1984), "Partidos Políticos Bajo la Constitución de 1925", *Política*, Vol. 6, diciembre, pp. 63-131.
BENAVIDES, L. (1982), "La Democratización y el Desarrollo en el Proyecto Popular: Chile 1880-1970", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 65, noviembre.
_____(1985), "El Período 1938-1952", *FLACSO, Documento de Trabajo*, diciembre.
BENDIX, R. (1977), *Nation-Building and Citizenship*, Berkeley: University of California Press.
BENGOA, J. (1972), "Movilización Campesina: Análisis y Perspectivas", *Sociedad y Desarrollo* Nº 3, julio-septiembre, pp. 54-75.
_____(1983), *El Campesinado Chileno: Después de la Reforma Agraria*, Santiago: Ediciones Sur.
BERQUIST, CH. (1986), *Labor in Latin America*, Palo Alto: Stanford University Press.
BENNETT, J. (1926), *La Revolución del 5 de Septiembre de 1924*, Santiago: Balcells and Co. Editores.
BINDER, L. et. al. (1971), *Crises and Sequences in Political Development*, Princeton: Princeton University Press.
BLONDEL, J. (1978), *Political Parties*, Glouster: P. Smith Press.
BOIZARD, R. (1949), *La Democracia Cristiana en Chile*, Santiago: Editorial del Pacífico.
BORON, A. (1971), "La Evolución Electoral y sus Efectos en la Representación de los Intereses Populares: El Caso de Chile", *FLACSO, Documento de Trabajo*.

_____(1971), "Movilización Política y Crisis Política en Chile, 1920-1970", *Aportes* Nº 20, abril, pp. 41-69.
BOWMAN, J. R. y M. WALLERSTEIN (1982), "The Fall of Balmaceda and Public Finance in Chile: New Data for an Old Debate", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 24, Nº 4, noviembre, pp. 421-460.
BOYE, O. (1984), "La Iglesia y los Partidos Demócrata Cristianos en América Latina", *Iglesia, Teología y Política*, Santiago: CESOC, pp. 53-59.
BRAVO, B. (1978), *Régimen de Gobierno y Partidos Políticos en Chile, 1924-1973*, Santiago: Editorial Jurídica de Chile.
_____(1985), "Orígenes, Apogeo y Ocaso de los Partidos Políticos en Chile", *Política* Nº 7, julio, pp. 9-42.
BURNETT, B. G. (1970), *Political Groups in Chile: The Dialogue Between Order and Change*, Austin: University of Texas Press.
BURNHAM, W. D. (1965), "The Changing Shape of the American Political Universe", *American Political Science Review*, Vol. 59, Nº 1, marzo, pp. 7-28.
_____(1970), *Critical Elections and the Mainstream of American Politics*, New York: Norton.
BUSHNELL, D. y N. MACAULEY (1988), *The Emergence of Latin America in the Nineteenth Century*, Oxford: Oxford University Press.
CAMPERO, G. y R. CORTAZAR (1985), "Lógicas de Acción Sindical en Chile", *Colección Estudios CIEPLAN* 18, Santiago, diciembre, pp. 5-39.
_____(1988), "The Labor Movement and the Non-Transition Democracy in Chile", Trabajo presentado en la Conferencia "Labor Movements in Transition to Democracy", University of Notre Dame, abril 26-28.
CARO, J. M. (1939), *La Iglesia está con el Pueblo*, Valparaíso: Editorial Audax.
CARRIERE, J. (1981), *Landowners and Politics in Chile*, Amsterdam: CEDLA.
CASH, J. (1986), *Bosquejo de Una Historia*, Santiago: Imprenta Pucará, Ltda.
CASTILLO VELASCO, F. (1986), *Iglesia Liberadora y Política*, Santiago: Eco.
CASTILLO VELASCO, J. (1955), *El Problema Comunista*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1955), *Las Fuentes de la Democracia Cristiana*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1972), *Los Caminos de la Revolución*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1972), *Teoría y Práctica de la Democracia Cristiana Chilena*, Santiago: Editorial del Pacífico.
CAVAROZZI, M. (1976), "Populismos y Partidos de Clase Media: Notas Comparativas", Buenos Aires: CEDES/CLACSO, Nº 3, junio.
_____(1978), "El Orden Oligárquico en Chile: 1880-1940", en *Desarrollo Económico* Nº 70, julio-septiembre, pp. 231-263.
_____(1984), "Sociedad, Política, Partidos y Transición a la Democracia en el Cono Sur". Trabajo presentado en "Workshop on the Role of Political Parties in the Political Opening in the Southern Cone", Latin American Program, the Wilson Center.
CAVAROZZI, M. y M. A. GARRETON, eds. (1989), *Muerte y Resurrección: Los Partidos Políticos en el Autoritarismo y las Transiciones en el Cono Sur*, Santiago: FLACSO.
CAVIEDES, C. (1979), *The Politics of Chile: A Sociographical Assessment*, Boulder: Westview Press.
CERECEDA, L. E. y F. DAHSE (1980), *Dos Décadas de Cambios en el Agro Chileno*, Santiago: Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica.
CHALMERS, D. A. (1972), "Parties and Society in Latin America", *Studies in Comparative International Development*, Vol. 7, Nº 2, pp. 102-130.
CHARLIN, C. (1972), *Del Avión Rojo a la República Socialista*, Santiago: Editorial Quimantú.
CHONCHOL, J. (1969), "Poder y Reforma Agraria en la Experiencia Chilena", Conferencia dictada en el Departamento de Investigaciones de Estudios Socio-Económicos de la Universidad de Chile, 18 de junio.
CIDA (1966), "Chile: Tenencia de la Tierra y Desarollo Socio-Económico del Sector Agrícola", Santiago: Centro de Investigación y Desarrollo de Agricultura.
CIEDES (1988), *El Partido Radical: Antecedentes Históricos y Perspectivas Futuras*, Santiago: CIEDES.
CIFUENTES, A. (1872), *La Religión y la Política*, Santiago: Imprenta de El Independiente.
_____(1936), *Memorias*, Vols. I y II, Santiago, Editorial Nascimento.
CLEAVES, P. (1974), *Bureaucratic Politics and Administration in Chile*, Berkeley: University of California Press.
COLLIER, D., ed. (1979), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton: Princeton University Press.

COLLIER, R. B. y D. COLLIER (1991), *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, The Labor Movement and Regime Dynamics in Latin America*, Princeton: Princeton University Press.

COLLIER, R. B. (1986), "Historical Founding Moments in State Labor Relations: Brazil, Chile, Mexico and Venezuela", Berkeley: Institute for International Studies, agosto.

CONGRESOS INTERNACIONALES DEMOCRATA-CRISTIANOS (1957), Santiago: Editorial del Pacífico.

CONVERSE, P. y R. PRICE (1986), *Political Representation in France*, Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.

COPE, O. (1968), "The 1965 Congressional Election in Chile: An Analysis", *Journal of Inter-American Studies* Nº 2, abril.

CORA (1970), "Reforma Agraria Chilena", Reportaje al Presidente, Santiago: CORA.

CORREA, S. (1986), "La Derecha en la Política Chilena de la Década de los 50", *Opciones* Nº 9, mayo-septiembre, pp. 30-51.

CORREA, S.; N. CRUZ; V. KRZEMENSKI y S. SERRANO (1976), *Horacio Walker y Su Tiempo*, Santiago: Ediciones Aconcagua.

CORTAZAR, R. y G. CAMPERO (1985), "Lógicas de Acción Sindical en Chile", *Estudios CIEPLAN* Nº 18, diciembre, pp. 5-39.

CRUZ, D. B. (1872), *La Religión y la Política*, Santiago: Imprenta de El Independiente.

CRUZ COKE, R. (1952), *Geografía Electoral de Chile*, Santiago: Editorial del Pacífico.

_____(1984), *Historia Electoral de Chile 1925-1973*, Santiago: Editorial Jurídica de Chile.

CUMPLIDO, F. (1977), "Proyectos de Cambio, Multipartidismo y Representación Proporcional en Chile (1964-1973)", *FLACSO, Documento de Trabajo*.

DAALDER, H. (1966), "The Netherlands: Opposition in a Segmented Society", en R. A. Dahl, *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven: Yale University Press.

_____(1983), "The Italian Party System in Transition: the end of Polarized Pluralism?", *West European Politics*, Vol. 6, pp. 216-236.

_____(1984), "In Search of the Center of European Party Systems", *American Political Science Review*, Vol. 78, Nº 1-2, pp. 92-109.

DAALDER, H. y P. MAIR, eds. (1983), *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Beverly Hills: Sage.

DALTON, R. J.; F. SCOTT y P. ALLEN BECK, eds. (1984), *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton: Princeton University Press.

DAVID, P. (1985),"Ciclo and the Economics of Query", *American Economic Review*, Vol. 75, Nº 2, mayo, pp. 332-337.

DE JANVRY, A. (1981), *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.

DE RIZ, L. (1979), *Sociedad y Política en Chile*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

DE SHAZO, P. (1983), *Urban Workers and the Labor Movement in Chile: 1902-1927*, Madison: University of Wisconsin Press.

DINAMARCA, M. (1987), *La República Socialista Chilena: Orígenes Legítimos del Partido Socialista*, Santiago: Ediciones Documentas.

DI PALMA, G. (1977), *Surviving Without Governing: Italian Parties in Parliament*, Berkeley: University of California Press.

_____(1980), "Founding Coalitions in Southern Europe: Legitimacy and Hegemony", *Government and Opposition* Nº 15, Primavera.

DIRECCION NACIONAL DE CAPACITACION DOCTRINARIA (1973), *El Pensamiento de la Democracia Chilena*, Santiago: Talleres Gráficos Corporación, Ltda.

DI TELLA, T. S. (1965), "Populism and Reform in Latin America", en Claudio Véliz, ed., *The Politics of Conformity in Latin America*, London: Oxford University Press.

_____(1990), *Latin American Politics: A Theoretical Framework*, Austin: University of Texas Press.

DIX, R. H. (1980), "Consociational Democracy: The Case of Colombia", *Comparative Politics*, abril, pp. 303-320.

_____(1989), "Cleavage Structures and Party Systems in Latin America", *Comparative Politics*, Vol. 22, Nº 1, octubre, pp. 23-37.

DOMINGUEZ, J. (1980), *Insurrection or Loyalty*. Cambridge: Harvard University Press.
DOMINGUEZ, O. (1960), *La Acción Católica en el Ambiente Rural*, Santiago: Universidad Católica.
_____(1961), *Una Oportunidad en la Libertad*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1966), *Aspiraciones de los Inquilinos de la Provincia de Santiago*, Santiago: Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria.
DONOSO, R. (1952), *Alesandri: Agitador y Demoledor*, México: Fondo de Cultura Económica.
_____(1975), *Las Ideas Políticas en Chile*, Buenos Aires: EUDEBA.
DOONER, P. (1985), "La Segunda Administración de Ibáñez", *Estudios Sociales* Nº 43, pp. 83-113.
_____(1988), *Crónica de una democracia cansada*, Santiago: ICHEH.
DOS SANTOS, W. G. (1982), "Autorismo e Apos: Convergencias e Divergencias entre Brazil e Chile", *Revista de Ciencias Sociales*, Río de Janeiro: Instituto Universitario de Pesquisas, Vol. 25, Nº 2, pp. 151-165.
DOUGHERTY, CH., ed. (1964), *Chile, Election Factbook*, Washington, D.C.: Institute for the Comparative Study of Political Systems.
DOWNS, A. (1957), *An Economic Theory of Democracy*, New York: Harper and Row.
DOWNEY, R.; E. ORTEGA y M. ZAÑARTU (1971), *La Autogestión*, Santiago: Centro de Estudios Políticos.
DRAKE, P. (1978), *Socialism and Populism in Chile*, Urbana: University of Illinois Press.
DURAN, F. (1958), *El Partido Radical*, Santiago: Editorial Nascimento.
DUVERGER, M. (1954), *Political Parties*, New York: John Wiley and Sons.
ECHAIZ, R. L. (1971), *Evolución Histórica de los Partidos Políticos Chilenos*, Santiago: Editorial Francisco de Aguirre.
ECHEÑIQUE, A. (1981), "El Proceso de Desarrollo y la Culminación de la Crisis del Estado Oligáquico en Chile (1891-1932)", Tesis de Maestría para FLACSO, Ciudad de México.
EDWARDS, A. (1932), *El Gobierno de don Manuel Montt*, Santiago: Editorial Nascimento.
_____(1976), *Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos Chilenos*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1984), *La Fronda Aristocrática*, Santiago: Editorial Universitaria.
EDWARDS, A. y E. FREI (1949), *Historia de los Partidos Políticos Chilenos*, Santiago: Editorial del Pacífico.
EPISCOPADO CHILENO (1962), "La Iglesia Chilena y el Campesinado Chileno", *Mensaje* 11, mayo, pp. 185-194.
_____(1962), "El Deber Social y Político en la Hora Presente", *Mensaje* 11, noviembre, pp. 577-587.
_____(1974), *Documentos del Episcopado: Chile 1970-1973*, Santiago: Empresa Periodística Mundo Ltda.
ENCINA, F. (1949), *Historia de Chile*, Santiago: Editorial Nascimento.
ENYSENCK, H. J. (1960), *The Psychology of Politics*, London: Routledge and K. Paul.
ERRAZURIZ, C. (1934), *Algo de lo que he visto*, Santiago, Editorial Nascimento.
EYZAGUIRRE, J. (1957), *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena*, Santiago: Editorial Universitaria.
_____(1967), *Historia de las Instituciones Políticas y Sociales de Chile*, Santiago: Editorial Universitaria.
FALETTO, E. (1971), *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno*, Santiago: Quimantú, Ltda.
_____(1984), "Clases Sociales y Opciones Políticas en Chile", en E. Ortiz, ed., *Temas Socialistas*, Santiago: Vector, pp. 133-142.
FARNETI, P. (1983), *Il Sistema dei Partiti in Italia 1946-1979*, Bologna: Il Mulino.
FAUNDEZ, J. (1988), *Marxism and Democracy in Chile*, New Haven: Yale University Press.
FFRENCH-DAVIS, R. (1981), "El Modelo Económico y la Industria en Chile: 1973-1981", *Apuntes CIEPLAN* Nº 36, Santiago, agosto.
FLACSO (1986), *Encuesta Sobre la Realidad Socio-Política Chilena*, Santiago: FLACSO.
FLEET, M. (1985), *The Rise and Fall of Chilean Christian Democracy*, Princeton: Princeton University Press.
FLISFISCH, A. (1983), "Coaliciones Políticas y Transiciones en Chile: Notas Exploratorias", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 45.

_____(1987), "Consenso democrático en el Chile autoritario", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 330, marzo.
_____(1987), *La política como compromiso democrático*, Santiago: FLACSO.
FOGARTY, M. (1957), *Christian Democracy in Western Europe: 1820-1953*, London: Routledge and Kegan Ltd.
FOXLEY, A. (1982), *Latin American Experiments in Neo-Conservative Economics*, Berkeley: University of California Press.
_____(1984), "Paradigmas de Desarrollo y Democratización: Temas de Investigación", Notre Dame: Helen Kellogg Institute for International Studies, Nº 17.
_____(1985), *Para Una Democracia Estable, Economía y Política*, Santiago: Editorial Aconcagua.
_____(1987), *Chile y Su Futuro: Un País Posible*, Santiago: Ediciones CIEPLAN.
FOXLEY, A.; M. McPHERSON y G. O'DONNELL, eds. (1986), *Development, Democracy and the Art of Trespassing*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.
FREI, E. (1946), *Política y Espíritu*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1951), *Sentido y Forma de una Política*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1967), *América Latina Tiene un Destino*, Santiago: Zig-Zag.
_____(1955), *La Verdad Tiene su Hora*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1958), *Pensamiento y Acción*, Santiago: Editorial del Pacífico.
_____(1975), *El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir*, Santiago: Alta Mar.
FRIEDMANN, R. (1988), *La Política Chilena: 1964-1988*, Santiago: Servicio Editorial.
FUECI, C. (1984), *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, London: Zed Books, Ltd.
GALDAMES, L. (1934), *La Universidad de Chile, 1843-1934*, Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
GAMONAL, G. (1987), *Jorge Alessandri: el Hombre, el Político*, Santiago: Holanda Comunicaciones S.A.
GARCIA DE LA HUERTA, M. (1981), *Chile 1891: La Gran Crisis y su Historiografía*, Santiago: Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
GARRETON, M. A. (1983), *El Proceso Político Chileno*, Santiago: FLACSO.
_____(1984), *Dictaduras y Democratización*, Santiago: FLACSO.
_____(1985), "Partidos Políticos, Sociedad y Democratización: El Caso Chileno", *FLACSO, Documento de Trabajo*.
_____(1989a), "La Oposición Política y el Sistema Partidario en el Régimen Militar Chileno: Un Proceso de Aprendizaje para la Transición", en Cavarozzi, M. y M. A. Garretón, *Muerte y Resurrección: Los Partidos Políticos en el Autoritarismo y las Transiciones del Cono Sur*, Santiago: FLACSO.
_____(1989b), *The Chilean Political Process*, Boston: Unwin Hyman.
_____(1990a), "Los Partidos Políticos Chilenos en la Perspectiva de la Transición y Consolidación Democráticas", *Kellogg Institute Working Paper* Nº 138, University of Notre Dame, mayo.
_____(1990b). "Las Condiciones Socio-Políticas de la Inauguración Democrática en Chile", *Kellogg Institute Working Paper* Nº 142, University of Notre Dame, junio.
GAZMURI, J. (1988), "El sistema de partidos políticos en Chile en la década del sesenta", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 53, junio.
GERSCHENKRON, A. (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
GIL, F. (1962), *Los Partidos Políticos Chilenos: Génesis y Evolución*, Buenos Aires: Ediciones De Palma.
_____(1966), *The Political System of Chile*, Boston: Houghton, Miflin and Co.
GIÑES, J. (1972), *El Pensamiento Político Cristiano en la Historia*, Santiago: Instituto de Estudios Públicos.
GENELETTI, C. (1979), "Peasant Mobilization in Mexico and Chile", *FLACSO, Documento de Trabajo*.
GERTH, H. H., y C. WRIGHT MILLS (1946), *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York: Oxford University Press.

GODIO, J. (1980), *Historia del Movimiento Obrero en América Latina*, México: Nueva Sociedad.
GOMEZ, M. S. (1984), "El Partido Comunista de Chile: Factores Nacionales e Internacionales de su Política Interna", *FLACSO Working Paper* Nº 228, diciembre.
GOMEZ, S. (1989), "Políticas estatales y campesinado en Chile, 1960-1989", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 409, junio.
GOMEZ, S. y J. ECHENIQUE (1988), *La agricultura chilena: Las dos caras de la modernización*, Santiago: FLACSO-AGRARIA.
GONGORA, M. (1981), *Ensayo Histórico Sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, Santiago: Ediciones La Ciudad.
GONZALEZ, M. E.; H. MUÑOZ y C. RODRIGUEZ (1989), *Tres Momentos del Nacionalismo en Chile*, Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
GOUREVICH, P. (1986), *Politics in Hard Times: Comparative Responses to International Economic Crises*, Ithaca: Cornell University Press.
GRAHAM, B. (1964), "Theories of the French Party System Under the Third Republic", *Political Studies* Nº 12, pp. 19-32.
GRAYSON, G. (1968), *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, Buenos Aires: Francisco de Aguirre.
GREW, R., ed. (1978), *Crises of Political Development in Europe and the United States*, Princeton: Princeton University Press.
GROFMAN, B. y A. LIJPHART (1986), *Electoral Laws and their Political Consequences*, New York: Agathon Press, Inc.
GUILISASTI, S. (1964), *Partidos Políticos Chilenos*, Santiago: Editorial Nascimento.
HALPERIN, E. (1965), *Nationalism and Communism in Chile*, Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.
HALPERIN, T. (1970), *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial.
HAMUY, E. (1967), "Chile: El Proceso de Democratización Fundamental", *Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos*, Santiago: Universidad de Chile.
HANCOCK, A. U. (1893), *History of Chile*, Chicago: Charles H. Sergel and Company.
HARRIS, W. (1971), *The Growth of Latin American Cities*, Athens: Ohio University Press.
HARTLYN, J. (1988), *The Politics of Coalition Rule in Colombia*, Cambridge: Cambridge University Press.
HARTZ, L. (1964), *The Founding of New Societies*, New York: Harcourt, Brace and World.
HAZELRIGG, L. E. (1970), "Religious and Class Bases of Political Conflict in Italy", *American Journal of Sociology* Nº 26, pp. 496-511.
HEISE, J. (1974), *Historia de Chile*, Santiago: Editorial Andrés Bello.
_____(1976), *150 Años de Evolución Institucional*, Santiago: Editorial Andrés Bello.
_____(1978), *Años de Formación y Aprendizaje Políticos, 1810-1833*, Santiago: Editorial Universitaria.
_____(1982), *El Período Parlamentario*, Santiago: Editorial Universitaria, Universidad de Chile.
HELLER, C. (1973), *Política de la Unidad en la Izquierda Chilena*, México: Colegio de México.
HELLINGER, D. (1978), "Electoral Change in the Chilean Countryside: The Presidential Elections of 1958-1970", *Western Political Quarterly*, Vol. 31, Nº 2, pp. 253-273.
HELLMAN, L. (1973), *Pentimento*, Boston: Little, Brown Co.
HIPPOLITO, L. (1985), *P.S.D.: De Raposas e Reformistas*, Río de Janeiro: Paz e Terra.
HIRSCHMAN, A. O. (1965), *Journeys Toward Progress: Studies of Economic Policy-Making in Latin America*, Garden City, New York: Doubleday.
HOFMEISTER, W. (1989), "El partido Demócrata Cristiano ante la transición a la democracia en Chile", *Estudios Sociales* Nº 62, tercer semestre, pp. 31-64.
HUBNER, J. (1959), *Los Católicos en la Política*, Santiago: Zig-Zag.
HUERTA, M. A. (1989), *Otro agro para Chile: La historia de la reforma agraria en el proceso social y político*, Santiago: CISEC-CESOC.
HUNEEUS, C. (1984), "Los Partidos Políticos y la Transición a la Democracia en Chile Hoy", *Estudios Públicos* Nº 15, Invierno, pp. 57-88.
_____(1986), "Autoritarismo, Cuestión Sucesoria y Transición a la Democracia: España, Brasil y Chile", *Opciones*, enero-abril, pp. 138-181.

_____(1987), *Los Chilenos y la Política*, Santiago: CERC.
_____(1988), "El Partido Demócrata Cristiano", Santiago: CED, mimeo.
_____(1988), "Sistema de Partidos Políticos en Chile: Cambios y Continuidad", *Opciones* Nº 13, enero-abril, pp. 163-198.
_____(1989), "Los Partidos Políticos y la Democracia en Chile". Documento presentado en el seminario sobre "Transformation and Transition in Chile, 1982-1989", University of California, San Diego, marzo 13-14.
HUNEEUS, C. y J. OLAVE (1987), "La Participación de los Militares en los Nuevos Autoritarismos: Chile en una Perspectiva Comparada", *Opciones*, mayo-agosto, pp. 119-163.
HUNTINGTON, S. P. (1968), *Political Order in Changing Societies*, New Haven: Yale University Press.
IBAÑEZ, A. (1988), "Parlamentarios y partidos políticos en Chile, 1932-1973", *Revista Historia*, Universidad de Chile, Vol. 23, pp. 169-203.
INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS (1972), *¿Consecuencia Cristiana o Alienación Política?*, Santiago: IES.
INSTITUTO DE PROMOCION RURAL (1984), "Presencia de la Iglesia en el Movimiento Sindical Campesino", Santiago: IPRU.
JAKSIC, I. (1989), *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*, Albany: State University of New York.
JAKSIC, I. y S. SERRANO (1990), "In the Service of the Nation: The Establishment and Consolidation of the Universidad de Chile, 1842-79", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 70, Nº 1.
JARVIS, L. (1981), *Small Farmers and Agricultural Workers in Chile: 1973-1979*, Santiago: PREALC.
JOBET, J. C. (1987), *Historia del Partido Socialista de Chile*, Santiago: Ediciones Documentas.
JOHNSON, J. (1958), *Political Change in Latin America: The Emergence of the Middle Sectors*, Stanford: Stanford University Press.
_____(1961), *Continuity and Change in Latin America*, Stanford: Stanford University Press.
KATZ, R. (1980), *A Theory of Parties and Electoral Systems*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
KATZENSTEIN, P. (1985), *Small States in World Markets: Industrial Policy in Europe*, Ithaca: Cornell University Press.
KAUFMAN, R. (1972), *The Politics of Land Reform in Chile, 1950-1970*, Cambridge: Harvard University Press.
KEY, V. O. (1955), "A Theory of Critical Elections", *Journal of Politics*, Vol. 17, Nº 1, febrero, pp. 3-18.
_____(1959), "Secular Realignment and the Party System", *Journal of Politics*, Vol. 21, Nº 2, mayo, pp. 198-210.
KINNEN, E. (1972), *El Marxismo: ¿Humanismo o Antihumanismo?*, Santiago: Instituto de Estudios Políticos.
KIRSCH, H. (1977), *Industrial Development in a Traditional Society: The Conflict of Entrepreneurship and Modernization in Chile*, Gainsville: University Press of Florida.
KRASNER, S. D. (1982), "Punctuated Equilibrium: An Approach to the Evolution of State Society Relations", Department of Political Science, Stanford University.
KREBBS, R., ed. (1981), *Catolicismo y Laicismo*, Santiago: Ediciones Nueva Universidad.
LABARCA, E. (1966), *Chile Invadido*, Santiago: Editorial Austral.
LAGOS, R. (1960), *La Concentración del Poder Económico*, Santiago: Editorial del Pacífico.
LANDSBERGER, H. y F. CANITROT (1967), *Iglesia, Intelectuales y Campesinos*, Santiago: Editorial del Pacífico.
LANDSBERGER, H. y T. MC DANIEL (1976), "Hypermobilization in Chile, 1970-1973", *World Politics*, Vol. 28, Nº 4, julio, pp. 502-541.
LANGDON, K. y R. RAPOPORT (1976), "Religious Leftist Mobilization in Chile", *Comparative Political Studies*, Vol. 9, Nº 3, octubre, pp. 277-308.
LARRAIN, F. (1989), "Chile: The Challenge of Democratic Development". Documento presentado en el seminario sobre "Transformation and Transition in Chile, 1982-1989", University of California, San Diego, marzo 13-14.

LARRAIN, M. (1947), *Acción Católica y Realidades Modernas*, Obispado de Talca, Chile.
_____(1956), *La Hora de la Acción Católica*, Santiago: Editorial del Pacífico.
LA PALOMBARA, J. (1964), *Interest Groups in Italian Politics*, Princeton: Princeton University Press.
LA PALOMBARA, J. y M. WEINER, eds. (1966), *Political Parties and Political Development*, Princeton: Princeton University Press.
LASTARRIA, J. V. (1912), *Obras Completas de don J. V. Lastarria*, Vols. 3 y 10, Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
_____(1968), *Recuerdos Literarios*, Santiago: Editorial Zig-Zag.
LAWSON, R. y P. MERKL, eds. (1988), *When Parties Fail*, Princeton: Princeton University Press.
LECHNER, N. (1970), *La Democracia en Chile*, Buenos Aires: Ediciones Signos.
_____(1985), "El Sistema de Partidos en Chile-Una Continuidad Problemática", *FLACSO, Documento de Trabajo*.
_____, ed. (1985), *Partidos y Democracia*, Santiago: FLACSO.
LEVINE, D. (1973), *Conflict and Political Change in Venezuela*, Princeton University Press.
LIJPHART, A. (1977), *Democracy in Plural Societies*, New Haven: Yale University Press.
_____(1981), "Political Parties: Idcologies and Programs", en D. Butler, et al., *Democracy at the Polls: A Comparative Study of Competitive National Elections*, Washington D.C.: American Enterprise Institute.
_____(1984), *Democracies: Patterns of Majoritarian and Concensus Government in Twenty-One Countries*, New Haven: Yale University Press.
_____(1990), "The Political Consequences of Electoral Laws, 1945-1985", *American Political Science Review*, Vol. 84, Nº 2, junio, pp. 481-496.
LINZ, J. (1978), *Crisis, Breakdown and Reequilibration*, en J. Linz, y A. Stepan, *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
LIPSET, S. M. (1981), *Political Man: The Social Bases of Politics*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
_____(1983), "Radicalism or Reformism: The Sources of Working Class Politics", *American Political Science Review*, Vol. 77, Nº 1, marzo, pp. 1-18.
LIPSET, S. y S. ROKKAN (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Lipset y Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*, New York: The Free Press.
LOVEMAN, B. (1976), *Struggle in the Countryside*, Bloomington: Indiana University Press.
_____(1979), *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism*, New York: Oxford University Press.
LUEBBERT, G. (1984), "A Theory of Government Formation", *Comparative Politics*, Vol. 17, Nº 2, julio, pp. 229-264.
_____(1985), "Origins of Modern Capitalist Politics and Labor Markets in Western Europe", trabajo presentado para la Fifth International Conference of Europeanists, Washington.
_____(1986), *Comparative Democracy*, New York: Columbia University Press.
_____(1987), "Social Foundations of Political Order in Inter-war Europe", *World Politics*, Vol. 39, Nº 4, julio, pp. 449-478.
_____(por aparecer), "Cleavage Structures and the Failure of Liberal Movements in Late 19th Century Europe", Capítulo 4 de un manuscrito incompleto por ser publicado postumamente por Princeton University Press.
MAGINOT, L. F. (1973), "Introduction", en Jean-Pierre Bernard, et al., *Guide to the Political Parties of South America*, Baltimore: Penguin Books.
MAINWARING, S. (1986), *The Catholic Church and Politics in Brazil 1916-1985*, Stanford: Stanford University Press.
_____(1988), "Political Parties and Democratization in the Southern Cone: A Review Essay", *Comparative Politics*, Vol. 21, Nº 1, octubre, pp. 91-120.
MAISEL, L. y J. COOPER, eds. (1978), *Political Parties: Development and Decay*, Beverly Hills: Sage Publications.
MALLOY, J. (1977), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburgh: University of Pittsburgh.
MALLOY, J. M. y M. A. SELIGSON (1987), *Authoritarians and Democrats: Regime Transitions in Latin America*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

MAMALAKIS, M. (1976), *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende*, New Haven: Yale University Press.

_____(1987), "The Notion of the State in Chile: Six Topics", *Revista Historia*, Universidad Católica, Nº 22, pp. 107-115.

MARCELLA, G. (1973), *The Structure of Politics in Nineteenth Century Spanish-American Oligarchy, 1833-1891*, University of Notre Dame, Ph. D.

MARTINEZ, J. y E. TIRONI (1985), *Las Clases Sociales en Chile*, Santiago: Ediciones Sur.

MASON, P. (1986), *El Movimiento Obrero Chileno y la República Socialista de 1932*, Santiago: Editorial Cambio.

MATTELART, A. (1965), *Atlas Social de las Comunas de Chile*, Santiago: Editorial del Pacífico.

MATTE LARRAIN, A. (1916), *La Alianza Liberal de 1875*, Santiago: Imprenta Universitaria.

MCDONALD, R. y J. M. RUHL (1989), *Party Politics and Elections in Latin America*, Boulder: Westview Press.

MECHAM, J. L. (1934), *Church and State in Latin America*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.

MERKL, P. (1969), "Political Cleavages and Party Systems", *World Politics*, Vol. XXI, Nº 3, abril, pp. 469-485.

MICHELS, R. (1962), *Political Parties*, New York: The Free Press.

MILLAR, R. (1981), *La Elección Presidencial de 1920*, Santiago: Editorial Universitaria.

MIRANDA, T. (1982), "El Sistema Electoral y el Multipartidismo en Chile 1949-1969", *Revista de Ciencia Política* Nº 1, pp. 59-69.

MOLINA, S.; C. ORREGO; E. TIRONI y R. TRONCOSO, *Cristianos en Política*, Santiago: ICHEH.

MONTEON, M. (1982), *Chile in the Nitrate Era: The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*, Madison: University of Wisconsin Press.

MOORE, B. (1966), *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston: Beacon Press.

MORAN, T. (1974), *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile*, Princeton: Princeton University Press.

MORENO, E. (1986), *Historia del Movimiento Sindical Chileno*, Santiago: ICHEH.

MORENO, F. (1969), *Legitimacy and Stability in Latin America: A Study of Chilean Political Culture*, New York: New York University Press.

MORRIS, J. (1966), *Elites, Intellectuals, and Consensus*, Ithaca: Cornell University Press.

MOULIAN, T. (1982a), "El Desarrollo Político Chileno entre 1938-1973", *APSI*, Tres fascículos, julio a septiembre.

_____(1982b), "El Desarrollo Político y Estado de Compromiso", *Colección Estudios CIEPLAN* 8, Santiago, julio, pp. 105-158.

_____(1982c), "Evolución Histórica de la Izquierda Chilena: Influencia del Marxismo", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 139, abril.

_____(1983), *Democracia y Socialismo en Chile*, Santiago: FLACSO.

_____(1986a), "El Gobierno de Ibáñez", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 2, enero.

_____(1986b), "La Democracia Cristiana en su Fase Ascendente: 1957-1964", *FLACSO, Documento de Trabajo*.

MOULIAN, T. y G. BRAVO (1981), "Debilidad Hegemónica de la Derecha Chilena en el Estado de Compromiso", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 129, noviembre.

_____(1985), "La Derecha en Chile: Evolución Histórica y Proyecciones a Futuro", Santiago: CED.

_____(1986), "Las Candidaturas Presidenciales de la Derecha: Ross e Ibáñez", *FLACSO, Documento de Trabajo*.

_____(1989), "El régimen de gobierno 1933-1973: Algunos problemas institucionales", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 406, mayo.

MOULIAN, T. e I. TORRES DUJISON (1988), *Discusiones Entre Honorables*, Santiago: FLACSO.

_____(1989), "Sistema de partidos en la década del sesenta: Antecedentes históricos", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 413, julio.

MUÑOZ, O. (1972), *Proceso a la Industrialización Chilena*, Santiago: Ediciones Nueva Universidad.

_____(1986), *Chile y su Industrialización: Pasado, Crisis y Opciones*, Santiago: Ediciones CIEPLAN.

_____, ed. (1990), *Transición a la democracia*, Santiago: CIEPLAN.
MUÑOZ, O. y A. M. ARRIAGADA (1977), "Orígenes Políticos y Económicos del Estado Empresarial en Chile", *Estudios CIEPLAN* Nº 16, septiembre.
NOGUEIRA, H. (1988), *Manual del Ciudadano*, Santiago: Editorial Andante.
NOHLEN, D. (1985), "Sistemas Electorales Comparados: El Caso Chileno", *Estudios Públicos* Nº 18, Otoño, pp. 69-86.
O'DONNELL, G. (1973), *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley: Institute for International Studies.
_____(1979), "Notes for the Study of Processes Democratization from the Bureaucratic-Authoritarian State", Latin American Program, The Wilson Center, Washington, D.C.
O'DONNELL, G.; P. SCHMITTER y L. WHITEHEAD (1986), *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
OLAVARRIA, A. (1962), *Chile Entre Dos Alessandri: Memorias Políticas*, (Tomos I, II, III, y IV), Santiago: Editorial Nascimento.
_____(1966), *Chile Bajo la Democracia Cristiana*, Santiago: Editorial Nascimento.
ORREGO, C. (1974), *Para Una Paz Estable Entre Los Chilenos*, Santiago: Edición Privada.
_____, ed. (1979), *Siete Ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, Santiago: ICHEH.
ORTEGA, E. (1987), *Transformaciones Agrarias y Campesinado*, Santiago: Ediciones CIEPLAN.
_____(1989), *Pensar de nuevo la política*, Santiago: Editorial Aconcagua.
ORTIZ, F. (1985), *El Movimiento Obrero en Chile 1891-1919*, Santiago: Libros del Meridian.
PAIGE, J. (1975), *Agrarian Revolutions*, New York: The Free Press.
PALACIOS, B. (1918), *El Partido Conservador y el Partido Radical: Frente a Frente*, Santiago: Partido Conservador.
PALMA, L. (1967), *Historia del Partido Radical*, Santiago: Editorial Andrés Bello.
PANEBIANCO, A. (1988), *Political Parties: Organization and Power*, Oxford: Oxford University Press.
PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO (1970), *Fundamentos de la Democracia Cristiana: Manual de Adoctrinamiento para Militantes y Simpatizantes*, Santiago: Partido Demócrata Cristiano.
PETRAS, J. (1969), *Politics and Social Forces in Chilean Development*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
PETROCIK, J. R. (1981), *Party Coalitions: Realignment and the Decline of the New Deal Party System*, Chicago: University of Chicago Press.
PIKE, F. (1963), *Chile and the United States: 1880-1962*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.
PINTO, A. (1959), *Chile: Un Caso de Desarrollo Frustrado*, Santiago: Editorial Universitaria.
PIZARRO, C. (1986), *La Huelga Obrera en Chile*, Santiago: Ediciones Sur.
PORTES, A. y J. WALTON (1976), *Urban Latin America*, Austin: University of Texas Press.
_____(1983), "The Informal Sector", *Review* VII, Nº 1, Verano, pp. 151-174.
_____(1989), "Latin American Urbanization during the Years of Crisis", *Latin American Research Review*, Vol. 24, Nº 3, pp. 7-44.
POWELL, S. (1970), "Political Change in the Chilean Electorate: 1952-1964", *Western Political Quarterly*, Vol. 23, Nº 2, junio, pp. 364-384.
PRIMER CONGRESO NACIONAL DE PROFESIONALES Y TECNICOS DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA E INDEPENDIENTES (1962), "Informe Preliminar para un Programa de Gobierno de la Democracia Cristiana", Santiago: Partido Demócrata Cristiano.
PRZEWORSKI, A. (1975), "Institutionalization of Voting Patterns, or is Mobilization the Source of Decay?", en *The American Political Science Review*, Vol. 69, pp. 49-67.
_____(1980), "Some Problems in the Study of the Transition to Democracy", *Working Paper* Nº 61, Latin American Program, The Wilson Center, Washington, D.C.
_____(1981), "Class Compromise and the State: Western Europe and Latin America", publicado en español en N. Lechner, ed., *El Estado y la Política en América Latina*, México: Siglo XXI.
RAMIREZ, H. (1951), *Historia del Movimiento Obrero en Chile*, Santiago: Siglo XIX.
_____(1965), *Orígenes y Formación del Partido Comunista Chileno*, Santiago: Editorial Austral.

REMMER, K. (1984), *Party Competition in Argentina and Chile*, Lincoln: University of Nebraska Press.

_____(1985), "Redemocratization and the Impact of Authoritarian Rule", *Comparative Politics*, Vol. 17, Nº 3, abril, pp. 253-275.

RIKER, W. H. (1982), "The Two Party System and Duverger's Law: An Essay on the History of Political Science", *The American Political Science Review* Nº 4, diciembre, pp. 753-766.

RIVAS, M. (1964), *Historia Política y Parlamentaria de Chile*, Vols. I, II y III, Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.

ROBERTSON, D. (1976), *A Theory of Party Competition*, London: J. Wiley and Sons.

RODRIGUEZ, J. (1888), *Estudios Constitucionales*, Santiago: Imprenta de H. Izquierdo y Cía.

ROKKAN, S. (1970), *Citizens, Elections and Parties*, New York: David McKay, Ed., Inc.

ROSE, R. y D. W. URWIN (1969), "Social Cohesion, Political Parties and Strains in Regimes", *Comparative Political Studies*, Vol. 21, pp. 7-67.

_____(1970), "Persistence and Change in Western Party Systems Since 1945", *Political Studies*, Vol. XVIII, pp. 287-319.

SALAZAR, G. (1985), *Labradores, Peones y Proletarios*, Santiago: Ediciones Sur.

SANFUENTES, A. (1987), "Chile: Effects of the Adjustment Policies on the Agricultural and Forestry Sectors", *CEPAL Review* Nº 33, diciembre, pp. 115-127.

SANI, G. y G. SARTORI (1983), "Polarization, Fragmentation and Competition in Western Democracies", en Daalder y Mair, eds., *Western European Party Systems*, Beverly Hills: Sage, pp. 307-340.

SANTIBAÑEZ, A. (1988), *Los Partidos Políticos*, Santiago: Editorial Andante.

SARTORI, G. (1966), "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism", en Joseph La Palombara y Myron Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, Princeton: Princeton University Press.

_____(1969), "From the Sociology of Politics to Political Sociology", en Seymour Martin Lipset, ed., *Politics and the Social Sciences*, Oxford: Oxford University Press.

_____(1976), *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.

_____(1982), *Teoría dei Partiti e Caso Italiano*, Milan: Surgarco Edizioni.

SATER, W. (1986), *Chile and the War of the Pacific*, Lincoln: University of Nebraska Press.

SCHATTSCHNEIDER, E. E. (1960), *The Semisovereign People: A Realist's View of Democracy in America*, New York: Holt, Rinehart and Winston.

SCHMITTER, P. C. (1976), "Historical Block Formation and Regime Consolidation in Post-Authoritarian Portugal", no publicado, Dept. of Political Science, University of Chicago.

SCULLY, T. R. (1985), "Electoral Systems and Political Parties in Argentina, Brazil, Uruguay, and Chile", documento preparado para el proyecto, "The Role of Political Parties in the Return to Democracy in the Southern Cone", auspiciado por el Woodrow Wilson Center, septiembre 9-11.

_____(1989), *Cleavages, Critical Junctures, and Party Evolution in Chile: Constituting and Reconstituting the Center*, Disertación doctoral para el Departamento de Ciencia Política, University of California, Berkeley.

SHAMIR, M. (1984), "Are Western Party Systems Frozen?", en *Comparative Political Studies*, Vol. 17, Nº 1, abril, pp. 35-79.

SIGMUND, P. (1977), *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press.

SILVA, A. (1949), *Una Experiencia Social Cristiana*, Santiago: Editorial del Pacífico.

SILVA HENRIQUEZ, R. (1982), *El Cardenal Nos Ha Dicho: 1961-1982*, Santiago: Editorial Salesiana.

SILVA SANCHEZ, F. (1972), *Los Partidos Políticos Chilenos*, Viña del Mar: Lourdes.

SILVERT, K. (1965), *Chile: Yesterday and Today*, New York.

SJOBLOM, G. (1968), *Party Strategies in a Multiparty System*, Lund: Studentlitteratur.

SKIDMORE, T. y P. H. SMITH (1984), *Modern Latin America*, Oxford: Oxford University Press.

SMITH, B. (1982), *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism*, Princeton: Princeton University Press.

SNOW, P. (1972), *Radicalismo Chileno*, Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

STALLINGS, B. (1978), *Class Conflict and Economic Development in Chile: 1958-1973*, Stanford: Stanford University Press.

STARZINGER, V. E. (1965), *Middlingness: Juste Milieu Political Theory in France and England, 1815-1848*, Charlottesville: The University Press of Virginia.

STEENLAND, K. (1977), *Agrarian Reform under Allende*, Albuquerque: University of New Mexico Press.

STEPAN, A. (1978), *The State and Society: Peru in Comparative Perspective*, Princeton: Princeton University Press.

STEVENSON, J. R. (1942), *The Chilean Popular Front*, Westport: Greenwodd Press.

STINCHCOMBE, A. (1968), *Constructing Social Theories*, New York: Harcourt, Brace and World, inc.

SUAU BAQUEDANO, F. (1989), *La Democracia en el PDC Chileno: De la Ambigüedad Política a la Crisis Institutional (1957-1970)*, Santiago: Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile.

SUNDQUIST, J. L. (1983), *Dynamics of the Party System: Alignment and Realignment of Political Parties in the United States*, Washington, D.C.: The Brookings Institution.

SZYMANSKI, A. (1975), "The Rise and Decline of the Christian Democratic Party in Chile: An Analysis of the 1961 and 1965 Congressional Elections", *Social and Economic Studies*, Vol. 24, Nº 4, pp. 458-482.

TALLER EMANUEL MOUNIER (1984), *El Pensamiento de la Democracia Chilena*, Santiago: Gráfica Andes.

TEPLIZKY, B. (1979), "116 Años del Partido Radical y la Historia de Chile", *Chile-América* Nº54-61, junio, pp. 58-99.

TILLY, CH., ed. (1975), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton: Princeton University Press.

TORRES DUJISIN, I. (1989), "Historia de los cambios del sistema electoral en Chile, a partir de la Constitución de 1925", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 408, junio.

TORSVIK, P., ed. (1981), *Mobilization, Center Periphery Structures and Nation Building*, Bergen: Universitetsforlaget.

TUPPER, P. (1988), *1989-1990: Opciones Políticas en Chile*, Santiago: Colchagua.

URWIN, D. (1970), "Political Cleavages and Political Parties in Belgium: Problems of Institutionalization", *Political Studies*, Vol. XVIII, Nº 3, pp. 320-340.

URZUA, G. (1968), *Los Partidos Políticos Chilenos: Las Fuerzas Políticas*, Santiago: Editorial Jurídica de Chile.

_____(1984), *Diccionario Político Institucional de Chile*, Santiago: Editorial Jurídica de Chile.

_____(1986), *Historia Política Electoral de Chile (1931-1973)*, Santiago: Tamarcos.

_____(1988), *La Democracia Práctica*, Santiago: Editorial Melquiades.

VALDES, J. G. (1989), *La Escuela de Chicago: Operación Chile*, Buenos Aires: Grupo Editorial Zeta.

VALENZUELA, A. (1972), "The Scope of the Chilean Party System", *Comparative Politics*, enero, pp. 179-199.

_____(1977a), *Political Brokers in Chile*, Durham: Duke University Press.

_____(1977b), "Political Participation, Agriculture, and Literacy: Communal versus Provincial Voting Patterns in Chile", *Latin American Research Review*, Vol. 12, Nº 1, pp. 105-114.

_____(1978), *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, en Juan Linz y Alfred Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

_____(1985), "The Chilean Party System: Origins Characteristics, and Future Prospects", Woodrow Wilson Center Working Paper.

_____(1989), "Chile: Origins, Consolidation, and Breakdown of a Democratic Regime," en Larry Diamond, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset, *Democracy in Developing Countries: Latin America*, Vol. 4. Denver, Colorado: Lynne Rienner Publishers, Inc.

VALENZUELA, A. y J. S. VALENZUELA (1981), "Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime", Woodrow Wilson Working Paper.

_____(1986), *Military Rule in Chile*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.

VALENZUELA, J. S. (1976), "The Chilean Labor Movement: The Institutionalization of Conflict", en A. Valenzuela y J. S. Valenzuela, *Chile: Politics and Society*, New Brunswick, New Jersey: Transaction Books.

_____(1979), "Labor Movement Formation and Politics: The Chilean and French Cases in Comparative Perspective, 1850-1950", Disertación doctoral, Departmento de Sociología, Columbia University.
_____(1985), *Democratización Vía Reforma: La Expansión del Sufragio en Chile*, Buenos Aires: Ediciones del IDES.
VARAS, A., et. al. (1984), *Transiciones a la Democracia: América Latina y Chile*, Santiago: Salesianos.
VEKEMANS, R. e I. SILVA (1976), *Marginalidad, Promoción Popular y Neomarxismo*, Bogotá: CEDIAL.
VELASCO, F. (1925), *La Revolución de 1891*, Santiago: Dirección de Talleres Fiscales de Prisiones.
VERGARA, R. (1886), *Don Rafael Valentín Valdivieso*, dos vols., Santiago: Imprenta Nascimento.
_____(1906), *Vida y Obras de Don Rafael Valentín Valdivieso*, tres vols., Santiago: Imprenta y Encuadernación Chilena de Nicasio Ezguerra.
VERGARA, P. (1990), *Políticas hacia la extrema pobreza en Chile 1973-1988*, Santiago: FLACSO.
VICUÑA, C. (1945), *La Tiranía en Chile*, Santiago: O'Higgins.
VIAL, G. (1987), *Historia de Chile*, tres vols., Santiago: Editorial Santillana del Pacífico.
VILLALOBOS, S. (1984), "Sugerencias para un Enfoque del Siglo XIX", *Colección Estudios CIEPLAN* 12, Santiago, marzo, pp. 9-36.
_____(1989), *Portales: Una Falsificación Histórica*, Santiago: Editorial Universitaria.
VILLALOBOS, S.; O. SILVA; F. SILVA y P. ESTELLE (1974), *Historia de Chile*, Vols. I-IV. Santiago: Editorial Universitaria.
VITALE, L. (1964), *Esencia y Apariencia de la Democracia Chilena*, Santiago: Arancibia Hnos.
VODANOVIC, H. (1988), *Un Socialismo renovado para Chile*, Santiago: Editorial Andante.
WALKER, I. (1986), "Del Populismo al Leninismo y la Inevitabilidad del Conflicto: El Partido Socialista en Chile (1933-1973)", *Notas Técnicas* Nº 91, *CIEPLAN, Santiago*, diciembre.
_____(1987), "Utopías, Ideología y Democracia", en *Política y Espíritu*, octubre, pp. 28-32.
_____(1990), *Socialismo y Democracia: Chile y Europa en Perspectiva Comparada*, Santiago: CIEPLAN-Hachette.
_____, et. al. (1987), *Democracia en Chile*, Santiago: Ediciones CIEPLAN.
WEBER, M. (1978), *Economy and Society*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
WILENSKY, H. (1975), *The Welfare State and Equality: Structural and Ideological Roots of Public Expenditures*, Berkeley: University of California Press.
_____(1981), "Leftism, Catholicism, and Democratic Corporatism: The Role of Political Parties in Welfare State Development", Berkeley: Institute of Industrial Relations.
WINN, P. (1986), *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, New York: Oxford University Press.
WYNIA, G. (1978), *The Politics of Latin American Development*, Cambridge: Cambridge University Press.
YOCELEVSKY, R. (1983), "La Democracia Cristiana Chilena: Trayectoria de un Proyecto", *FLACSO, Documento de Trabajo* Nº 9.
ZAÑARTU, M. y C. ORREGO (1971), *Socialismos, Propietarismo y Liberación del Pueblo*, Santiago: Instituto de Estudios Políticos.
ZEITLIN, M. (1976), "Class Segments: Agrarian Property and Political Leadership in the Capitalist Class of Chile", *The American Sociological Review* Nº 48, diciembre, pp. 1006-1029.
_____(1984), *The Civil Wars in Chile*, Princeton: Princeton University Press.
ZEITLIN, M. y J. PETRAS (1970), "The Working Class in Chile: Christian Democracy versus Marxism", *The British Journal of Sociology* Nº 21, marzo, pp. 16-29.
ZEITLIN, M. y R. E. RATCLIFF (1988), *Landlords and Capitalists: The Dominant Class of Chile*, Princeton: Princeton University Press.
ZUCKERMAN, A. (1975), "Political Cleavage: A Conceptual and Theoretical Analysis", *British Journal of Political Science*, Vol. 5, pp. 231-248.

En este libro, el cientista político Timothy Scully, amigo y gran colaborador de CIEPLAN, enfoca la evolución política chilena desde un prisma novedoso.
Con gran capacidad de análisis, explica cómo tres conflictos básicos - el religioso, el de clases urbanas y el de clases rurales - generaron las "coyunturas críticas" a partir de las cuales surgió el singular esquema político chileno, organizado en base a tres tendencias, dos de ellas en polos opuestos y una en el centro.

Bajo la mirada de Scully, el conflicto clerical - anticlerical (1857-1861) dio origen al sistema de partidos inicial. Luego, el conflicto de clases del sector urbano y en los enclaves mineros (1920-1932), forzó un reordenamiento partidario debido a las demandas de la clase obrera y la creciente clase media. Y, finalmente, el conflicto de clases se extendió al sector rural (1952-1958). En esta tercera "coyuntura crítica" la postura de la Iglesia Católica jugó un rol crucial, teniendo como consecuencia la aparición de un importante partido de centro de inspiración cristiana.

El autor se sumerge de lleno en el estudio del centro político chileno, que llama la atención de tantos especialistas. ¿Por qué emerge un partido de centro en cada periodo critico de la evolución politica en Chile? Scully responde esta interrogante, compara la conducta del centro politico a lo largo del tiempo y elabora un marco conceptual que sirve para analizar estos partidos frente a diversas coyunturas.